EL LOBO DE MAR

Jack London



Editado por

http://www.librodot.com

CAPITULO I

Apenas sé por dónde empezar; pero a veces, en broma, pongo la causa de todo ello en la cuenta de Charley Furuseth. Este poseía una residencia de verano en Mill Valley, a la sombra del monte Tamalpaís, pero ocupábala solamente cuando descansaba en los meses de invierno y leía a Nietzsche y a Schopenhauer para dar reposo a su espíritu. Al llegar el verano, se entregaba a la existencia calurosa y polvorienta de la ciudad y trabajaba incesantemente. De no haber tenido la costumbre de ir a verle todos los sábados y permanecer a su lado hasta el lunes, aquella mañana de un lunes de enero no me hubiese sorprendido navegando por la bahía de San Francisco.

No es que navegara en una embarcación poco segura, porque el Martínez era un vapor nuevo que hacia la cuarta o quinta travesía entre Sausalito y San Francisco. El peligro residía en la tupida niebla que cubría al mar, y de la que yo, hombre de tierra, no recelaba lo más mínimo. Es más: recuerdo la plácida exaltación con que me instalé en el puente de proa, junto a la garita del piloto, y dejé que el misterio de la niebla se apoderara de mi imaginación. Soplaba una brisa fresca, y durante un buen rato permanecí solo en la húmeda penumbra, aunque no del todo, pues sentía vagamente la presencia del piloto y del que ocupaba la garita de cristales situada a la altura de mi cabeza, que supuse sería el capitán.

Recuerdo que pensaba en la comodidad de la división del trabajo, que me ahorraba la necesidad de estudiar las nieblas, los vientos, las mareas y el arte de navegar, para visitar a mi amigo que vivía al otro lado de la bahía. Estaba bien eso de que se especializaran los hombres, meditaba yo. Los conocimientos peculiares del piloto y del capitán bastaban para muchos miles de personas que entendían tanto como yo del mar y sus misterios. Por otra parte, en lugar de dedicar mis energías al estudio de una multitud de cosas, las concentraba en unas pocas materias particularmente, tales como, por ejemplo, investigar el lugar que Edgar Poe ocupa en la literatura americana, un ligero ensayo que acababa da publicar el Atlantic, periódico de gran circulación. Al llegar a bordo y entrar en la cabina, sorprendí a un caballero gordo que leía el Atlantic, abierto precisamente por la página donde estaba mi ensayo. Y aquí venía otra vez la división del trabajo; los conocimientos especiales del piloto y del capitán permitían al caballero gordo leer mi especial conocimiento de Poe, mientras le transportaban con toda seguridad desde Sausalito a San Francisco.

Un hombre de rostro colorado, cerrando ruidosamente tras él la puerta de la cabina, interrumpió mis reflexiones. En mi mente se grabó todo esto para usarlo en un ensayo en proyecto que pensaba titular: La necesidad de la independencia. Una defensa para el artista. El hombre del rostro colorado dirigió una mirada a la garita del piloto, observó la niebla que nos envolvía, dio una vuelta, cojeando, por la cubierta (evidentemente llevaba las piernas artificiales), y se detuvo a mi lado con las piernas muy separadas y una expresión de satisfacción intensa en el semblante. No me equivoqué al conjeturar que había pasado la mayor parte de su vida en el mar.

-Un tiempo asqueroso como éste hace encanecer antes de hora -dijo, señalando con la cabeza la garita del piloto.

-Yo no me figuraba que esto exigiese ningún esfuerzo especial -repuse-. Parece tan sencillo como el a b c conocer la dirección por la brújula, la distancia y la velocidad. Lo hubiese llamado seguridad matemática.

-¡Sencillo como el a b c! ¡Seguridad matemática! -dijo, excitado.

Pareció crecerse y se me quedó mirando, con el cuerpo inclinado hacia atrás.

-¿Cree usted que se aventuran muchos a cruzar con este tiempo la Puerta de Oro? preguntó, o mejor dicho rugió-. ¿Cómo avanzar a la ventura? ¿Eh? Escuche y verá. La campana de una boya; pero, ¿dónde se halla? Mire cómo cambian de dirección.

A través de la niebla llegaba el triste tañido de una campana, y vi al piloto que hacía rodar el volante con gran presteza. La campana que me pareció oír a proa sonaba ahora a un lado. Nuestra propia sirena silbaba incesantemente y de vez en cuando nos llegaba el sonido de otras sirenas.

-Será algún barco de los que cruzan la bahía -dijo el recién llegado, refiriéndose a un pito que oíamos a la derecha-. ¿Y esto? ¿Oye usted? Probablemente alguna goleta sin quilla. ¡Mejor será que vaya usted con cuidado, caballero de la goleta! ¡Ahora sube el demonio en busca de alguien!

El invisible barco de transporte silbaba una y otra vez y el cuerno sonaba con muestras de terror.

-Ahora están ofreciéndose mutuamente los respetos y tratando de salir del atolladero -prosiguió el hombre del rostro colorado al cesar aquella confusión.

La excitación le hacía resplandecer la cara y brillarle los ojos cuando traducía al lenguaje articulado las expresiones de cuernos y pitos.

-Eso es la sirena de un buque que pasa por la izquierda. ¿Y no oye usted a este individuo, que parece tener una rana en la garganta? Si no me equivoco, es una goleta de vapor que llega de los Heads luchando con la marea.

Un pitido pequeño y estridente, silbando como un loco, llegaba directamente por la proa y de muy cerca. Sonaron los gongos del Martínez. Detuviéronse nuestras hélices, cesaron sus latidos y después comenzaron de nuevo. El pequeño pitido estridente, que parecía el chirrido de un grillo entre los gritos de animales mayores, cruzó la niebla por nuestro lado y se fue perdiendo rápidamente. Miré hacia mi compañero para que me ilustrara.

-Una de esas lanchas del demonio -dijo-. ¡Casi hubiera valido la pena hundir a este bicho! Ellos son la causa de muchas calamidades. ¿Y a ver de qué sirven? Llevan a bordo un asno cualquiera, que los hace correr como locos, tocando el pito a toda orquesta para advertir a los demás que tengan cuidado, pues ellos no saben tenerlo. ¡Llega él y tiene uno que andar con precaución, dejarle paso y qué sé yo! ¡Claro que esto es de la más elemental urbanidad, pero ésos no tienen de ella la menor idea!

A mí me divertía aquella cólera, que creía injustificada, y mientras cojeaba él indignado, yo me detuve a meditar sobre el romanticismo de la niebla. Y en verdad que lo tenia aquella niebla, semejante a la sombra gris del misterio infinito, que cobija a la tierra en su rodar vertiginoso; y los hombres, simples átomos de luz y chispas, maldecidos, con un mismo gusto por el trabajo montados en sus construcciones de acera y madera, cruzan el corazón del misterio, abriéndose a tientas el camino por entre lo invisible, gritando y chillando en un lenguaje procaz, en tanto pesa en sus corazones la incertidumbre y el miedo.

La voz de mi compañero me hizo volver a la realidad con una carcajada. Yo también me había debatido mientras creía correr muy despierto a través del misterio.

-Alguien nos sale al encuentro -decía-. Pero, ¿no oye usted? Viene corriendo y se nos echa encima. Parece que aún no nos ha oído. El viento llega en dirección contraria

Teníamos de cara el aire fresco y a un lado, algo a proa, se oía distintamente el pito.

-¿Un barco de transporte? pregunté. Asintió con la cabeza, y luego añadió

-De lo contrario, no metería tanta bulla Parece que los de ahí arriba empiezan a impacientarse.

Miré en aquella dirección. El capitán había sacado la cabeza por la garita del piloto y clavaba los ojos con insistencia en la niebla como si quisiese penetrarla con la fuerza de su voluntad. En su rostro se reflejaba la inquietud, lo mismo que en el del piloto, que habla llegado hasta la barandilla y miraba con igual insistencia en dirección del peligro invisible.

Entonces ocurrió todo con una rapidez inaudita. La niebla se abrió como rasgada por una cuña, y surgió la proa de un vaporcillo, arrastrando a cada lado jirones de neblina. Pude distinguir la garita del piloto y asomado a ella un hombre de barba blanca. Vestía uniforme

azul y sólo recuerdo su corrección y tranquilidad. Esta tranquilidad era terrible en aquellas circunstancias. Aceptaba el Destino, caminaba de su mano y media el golpe fríamente. Nos examinó con mirada serena e inteligente, como para determinar el lugar preciso de la colisión, sin darse por enterado, cuando nuestro piloto, pálido de coraje, le gritaba: "¡Usted tiene la culpa!".

Al volverme comprendí que la observación era demasiado evidente para hacer necesaria la réplica.

-Coja algo y prepárese me dijo el hombre del rostro colorado.

Todo su furor había desaparecido y parecía haberse contagiado de aquella calma sobrenatural.

-Y escuche los gritos de las mujeres prosiguió advirtiéndome, con espanto... casi con amargura, como si ya en otra ocasión hubiese pasado por la misma experiencia.

Los barcos chocaron antes de que yo hubiese podido seguir su consejo. El golpe debió ser en el centro del buque, pues el extraño vapor había pasado fuera de mi campo de visión y no vi nada. El Martínez se tumbó bruscamente y se oyeron crujidos de maderas. Caí de bruces sobre la cubierta mojada y en el mismo instante oí los gritos de las mujeres. Ciertamente era un estrépito indescriptible, que me heló la sangre y me llenó de pánico. Me acordé de los salvavidas dispuestos en la cabina, pero en la puerta me vi repelido bruscamente por hombres y mujeres enloquecidos. Lo que sucedió durante los minutos siguientes no lo recuerdo bien, aunque conservo una memoria clara de unos salvavidas arrancados de los soportes, en tanto que el hombre del rostro colorado los sujetaba alrededor de los cuerpos de aquellos seres convulsos. El recuerdo de esta visión es el más claro de todos. Todavía parece que estoy viendo los bordes dentados del boquete en el lado de la cabina donde se arremolinaba la niebla gris; los cama- rotos vacíos, revueltos, con todas las muestras de una súbita huida, tales como paquetes, bolsas de mano, paraguas y envoltorios; el hombre gordo que estuvo leyendo mí ensayo embutido en corcho y lona conservando la revista en la mano y preguntándome con monótona insistencia sí creía que hubiese peligro; el del rostro colorado cojeando valerosamente por allí con sus piernas artificiales y proveyendo de salvavidas a cuantos iban llegando; y, finalmente, el grupo de mujeres chillando enloquecidas.

Estos gritos era lo que más me atacaba los nervios. Idéntico efecto debían producirle al hombre del rostro colorado, pues conservo otra visión que jamás se borrará de mi mente. El hombre gordo, guardándose la revista en el bolsillo de la americana, miraba con curiosidad. Un revuelto grupo de mujeres, con los semblantes desencajados y las bocas abiertas, chillaban como almas en pena, y el hombre del rostro colorado, encendido de furor como si estuviera lanzando rayos, gritaba: "¡Cállense, oh, cállense!".

Recuerdo que la escena me impulsó a reír de pronto, y un instante después me di cuenta de que yo también era presa del histerismo. Aquellas mujeres, que eran de mi propio raza, semejantes a mí madre y hermanas, se veían invadidas por el terror de la muerte y se negaban a morir. Aquellas voces traíanme a la memoria los chillidos de los cerdos bajo el cuchillo del carnicero y me horroricé ante tan completa analogía. Aquellas mujeres, capaces de las más sublimes emociones, de los más tiernos sentimientos, seguían dando alaridos. Querían vivir, estaban desamparadas y chillaban como ratas en una trampa.

El horror de todo esto me empujó fuera de la cubierta. Sentíame mareado, y me senté en un banco. Como a través de una bruma vi y oí a los hombres precipitarse y dar voces en sus esfuerzos por arriar los botes. Era una escena como para ser leída en un libro. Las cuerdas estaban apretadas; nada obedecía. Descendió un bote sin los tarugos, ocupado por mujeres y niños, y al llenarse de agua se hundió. Otro bote fue arriado por un extremo y el otro continuó colgado del aparejo, donde quedó abandonado. No se veía nada del extraño buque que había

ocasionado el desastre, pero oí decir a los hombres que indudablemente enviaría botes para socorrernos.

Bajé a la cubierta inferior. Comprendí que el Martínez se hundía rápidamente porque el agua estaba ya muy cerca. Muchos de los pasajeros saltaban por la borda; otros, ya en el agua, clamaban que se les subiesen de nuevo al barco. Nadie les atendía. Se elevó un grito diciendo que nos hendíamos. Fui presa del consiguiente pánico y me lancé al mar entre una oleada de cuerpos. Ignoro cómo sucedió, pero comprendí instantáneamente por qué los que estaban en el agua deseaban tanto volver a bordo. Estaba fría, tan fría, que resultaba dolorosa, y cuando me hundí en ella su mordedura fue tan rápida y aguda como la del fuego. Mordía los tuétanos; parecía la presión de la muerte. Me debatí, abrí la boca angustiado, y antes de que el salvavidas me hubiese vuelto a la superficie, el agua me había llenado los pulmones. Sentí en la boca el fuerte sabor de la sal, y con aquella cosa acre en los pulmones y la garganta, me ahogaba por momentos.

Pero lo que más me molestaba era el frío. Sentía que no podría sobrevivir sino muy pocos minutos. A mi alrededor había gente debatiéndose y luchando con el agua; les oía llamarse unos a otros. Y oí también ruido de remos. Evidentemente, aquel buque extraño había arriado los botes. Pasado algún tiempo me maravillé de continuar aún con vida; había perdido la sensación en los miembros inferiores y ya el frío empezaba a invadirme el corazón y a paralizarlo. Pequeñas olas erizadas de espuma rompían de continuo sobre mí, molestándome en grado sumo y produciéndome angustias indescriptibles.

Los ruidos se fueron haciendo menos distintos, pero finalmente oí en lontananza un coro desesperado de gritos y comprendí que el Martínez acababa de hundirse. Más tarde, ignoro el tiempo que transcurriría, recobré el sentido con un estremecimiento de espanto. Estaba solo. Ya no se oían ni voces ni gritos..., únicamente el ruido de las olas, a las que la niebla comunicaba reflejos sobrenaturales. El pánico en una multitud unida en cierto modo por la comunidad de intereses no es tan terrible como el pánico en la soledad, y este pánico es el que yo sufría ahora. ¿Adónde me arrastraban las aguas? El hombre del rostro colorado había dicho que la corriente se alejaba de la Puerta de oro. Pues entonces, ¿me empujaba hacia afuera? ¿Y el salvavidas que me sostenía? Yo había oído decir que estos objetos eran de papel y cañas, por lo que pronto se saturaban y sumergían. Me sentía incapaz de nadar. Y estaba solo, flotando, aparentemente, en medio de aquella inmensidad gris y primitiva. Confieso que perdí la razón que chillé con todas mis fuerzas, como lo habrían hecho las mujeres, y agité el agua con las manos entumecidas.

No tengo idea de cuánto duró esto, porque sobrevino una confusión de la que no recuerdo más de lo que se recuerda de un sueño inquietante y doloroso. Cuando desperté me pareció que habían transcurrido varias centurias; y vi surgir de la niebla, casi encima de mí, la proa de un barco y tres velas triangulares, ingeniosamente enlazadas entre sí e hinchadas por el aire. La proa cortaba el agua, formando borbotones de espuma, y no parecía abandonar el rumbo. Traté de gritar, pero estaba demasiado agotado. Al zambullirse la proa, faltó poco para que me tocara y me roció completamente la cabeza. Después comenzó a deslizarse por mi lado el costado negro y largo de la embarcación, y tan cerca, que hubiera podido tocarlo con la mano. Quise alcanzarlo con una loca resolución de agarrarme con las uñas a la madera, pero los brazos sin vida me pesaban enormemente. De nuevo hice esfuerzos por gritar, pero no logré emitir ningún sonido.

Pasó la proa del barco hundiéndose en una concavidad formada por las olas; y distinguí a un hombre junto al timón y a otro que no parecía tener más ocupación que la de fumar un cigarro. Vi el humo salir de sus labios, cuando volvió la cabeza lentamente y fijó los ojos en el agua en dirección mía. Fue una mirada indiferente, impremeditada, una de esas cosas casuales que hacen los hombres cuando no les llama particularmente otra tarea más inmediata, pero que, sin embargo, han de realizarla porque viven y necesitan hacer algo.

En aquella mirada se juntaban la vida y la muerte. Pude ver cómo la niebla se tragaba el barco; vi la espalda del hombre que estaba en el timón, y la cabeza del otro, hombre que se volvía lenta, muy lentamente, y su mirada rozaba el agua hasta dirigirse por casualidad hacia mí. En su semblante había una expresión de abandono, como de meditación profunda, y temí que aquellos ojos, no obstante estar fijos en mí, no me vieran. Pero me encontraron y se clavaron en los míos; y me vio, porque saltó sobre el timón, empujando al hombre a un lado, y viró en redondo al mismo tiempo que voceaba unas órdenes. El barco pareció trazar una tangente a su ruta anterior y saltó casi instantáneamente, perdiéndose en la niebla.

Yo sentía cómo me sumergía en la inconsciencia, y trataba con la fuerza de mi voluntad de luchar contra aquella confusión que me ahogaba y las tinieblas que empezaban a envolverme. Un poco después oí golpes de remo que iban acercándose y las voces de un hombre. Cuando estuvo ya muy próximo, le oí gritar en tono enojado: %Por qué diablo no cantará?". Esto debía referirse a mí, pensé entonces; pero ya la confusión y las tinieblas me envolvieron por completo.

CAPITULO II

Creí estar balanceándome en un ritmo poderoso por la inmensidad de la órbita. Estallaban chispas de luz que pasaban raudas por mi lado. Comprendí que eran estrellas y cometas resplandecientes que acompañaban mi fuga por entre los soles. Cuando alcancé el límite de mi vuelo y me disponía a volverme, atronó los espacios el golpe de un gran gongo. Durante un período de tiempo inconmensurable, gocé y saboreé mi formidable vuelo envuelto en las ondulaciones de plácidas centurias.

Después el sueño cambió de aspecto; yo me decía que no podía ser sino un sueño. El ritmo se fue acortando. Me sentía lanzado de un lado a otro con irritante rapidez. Apenas podía cobrar aliento, tal era la fuerza con que me veía impelido a través del espacio. El gongo sonaba con más frecuencia y más furia. Empecé a oírlo con un terror indecible. Después me pareció que me arrastraban por una arena áspera, blanca y caldeada por el sol. Esto dio lugar a una sensación de angustia infinita. Mi piel se chamuscaba en el tormento del fuego. El gongo retumbaba. Las chispas luminosas pasaban junto a mí en una corriente interminable, como si todo el sistema se precipitara en el vacío. Abrí la boca, respiré dolorosamente y abrí los ojos. A mi lado, y manipulándome, había dos hombres arrodillados. Aquel ritmo poderoso era el vaivén de una embarcación en el mar. El terrible gongo era una sartén colgada en la pared que resonaba a cada movimiento del barco. La arena áspera y ardiente, las manos de un hombre que me frotaba el pecho desnudo. Me encogí de dolor y levanté a medias la cabeza. Tenía el pecho rojo y desollado y vi asomar unas gotitas de sangre por la piel inflamada y lacerada.

-Ya habrá bastante, Yonson -dijo uno de los hombres-. ¿No ves que has frotado hasta hacer salir sangre de esta piel tan delicada?

El hombre a quien se había llamado Yonson, un tipo gigantesco de escandinavo, cesó de manipularme y se puso de pie pesadamente. El otro que había hablado no podía ocultar que era londinense, tenía los rasgos puros y de una belleza enfermiza, casi afeminada, del hombre que con la leche de su madre ha absorbido el sonido de las campanas de la iglesia de Bow. Una gorra sucia de muselina en la cabeza y un delantal de dudosa limpieza alrededor de sus angostas caderas proclamaban su condición de cocinero de la no menos sucia cocina del barco en que me hallaba.

-¿Cómo se encuentra usted ahora, señor? -preguntó con una sonrisa servil, consecuencia de varias generaciones de antepasados acostumbrados a esperar la propina.

Para responder, traté de sentarme, a pesar de mi gran debilidad, y Yonson me ayudó a ponerme de pie. Los golpes de la sartén me atacaban los nervios horriblemente. No podía reunir mis ideas. Apoyándome en las maderas de la cocina y debo confesar que la grasa de que estaban impregnadas me hizo rechinar los dientes-, alcancé el escandaloso utensilio por encima de los hornillos calientes, lo descolgué y lo dejé sobre la caja del carbón.

El cocinero hizo una mueca ante mis manifestaciones de nerviosidad y me puso en la mano un vasito humeante, diciendo: `Esto le hará a usted bien". Era un brebaje nauseabundo -café de barco-, pero el calor me reanimó. Mientras tragaba aquella infusión dirigí una mirada a mi pecho desollado y sanguinolento, y me volví hacia el escandinavo.

-Gracias, míster Yonson -dije-; pero, ¿no cree usted que sus remedios son algo heroicos?

Más que el reproche de mis palabras, comprendió el de mi gesto, pues levantó la palma de la mano para examinarla. Era extraordinariamente callosa. Pasé la mía por las duras desigualdades y una vez más me rechinaron los dientes al contacto de tan horribles aspereza.

-Mi nombre es Johnson, no Yonson -dijo en muy buen inglés, aunque un poco lento, con un acento extranjero apenas perceptible.

En sus ojos de azul pálido asomó una dulce protesta, acompañada de franqueza tímida y de una dignidad que me ganaron por completo.

-Gracias, mister Johnson -corregí, y le tendí la mano.

Titubeó, un poco avergonzado, se apoyó en una pierna, luego en la otra, y después sonrojándose, cogió mi mano con vigoroso apretón.

-¿Tiene ropa seca que pueda ponerme? pregunté al cocinero.

-Sí, señor -contestó alegremente-. Bajaré corriendo y veré en mi equipaje, si usted, señor, no tiene inconveniente en usar mis cosas.

Salió por la puerta de la cocina, o más bien, se escurrió, con un paso tan rápido y suave que me llamó la atención por ser al mismo tiempo felino y untuoso. Esta untuosidad, como pude comprobar más adelante, era el rasgo más saliente de su personalidad.

-¿Y dónde estoy? -interrogué a Johnson, a quien tomé, acertadamente, por uno de los marineros-. ¿Qué clase de barco es éste y adónde se dirige?

-A la altura de las Farallones, con la proa al Sudoeste -respondió lentamente y con método, como tanteando el inglés y observando estrictamente el orden de mis preguntas-. La goleta Ghost, que se dirige al Japón a pescar focas.

-¿Y quién es el capitán? Necesito hablarle tan pronto como esté vestido.

Johnson pareció aturullarse. Se quedó titubeando mientras medía sus palabras y componía una respuesta completa.

-El capitán es Wolf[1] Larsen, o al menos así le llaman los hombres. Yo nunca le oí otro nombre. Será bueno que le hable usted dulcemente. Esta mañana está loco. El segundo...

Pero no concluyó. Acababa de entrar el cocinero.

-Podrías salir de aquí, Yonson -dijo-. El viejo te necesitará en la cubierta, y no conviene que le exasperes.

Johnson, obedeciendo, se volvió hacia la puerta, y al mismo tiempo, por encima del hombro del cocinero me hizo un ademán de una solemnidad aterradora, como para dar más energía a su interrumpida advertencia para hacerme comprender la necesidad de hablar dulcemente al capitán.

Del brazo del cocinero pendían unas cuantas prendas de vestir revueltas, arrugadas, malolientas y de aspecto repugnante.

-Están húmedas, señor -dijo a guisa de explicación-. Pero tendrá que remediarse con ellas mientras seco las suyas al fuego.

[1] wolf, en inglés significa lobo.

Cogido e. las maderas, dando traspiés con el vaivén del barco y ayudado por el cocinero, conseguí meterme en una burda camiseta de lana. En el mismo instante me raspó la carne el desagradable contacto. Dándose cuenta de mis muecas y movimientos involuntarios, sonrió con afectación:

-Supongo que no habrá usado en su vida nada semejante, porque tiene una piel tan fina, que más parece de mujer. En cuanto le vi, adiviné que era usted un caballero.

Al principio me había inspirado repugnancia, pero cuando me ayudó a vestir, esta repugnancia fue en aumento. Había algo repulsivo en su contacto. Me aparté de sus manos, puesta toda mi carne en rebelión. Y entre esto y los olores que subían de los varios pucheros que hervían en la cocina, me hacían desear el momento de salir al aire fresco. Además, había necesidad de ver al capitán para ponernos de acuerdo sobre la manera de desembarcarme.

Una camisa de algodón, barata, con el cuello rozado y la pechera descolorida por algo que juzgué antiguas manchas de sangre, me fue puesta, entre un tropel de comentarios y excusas vehementes. Encerraban mis pies unas botas de cuero sin curtir, como las que usan los obreros, y hacían las veces de pantalones unos calzones azules, deslavazados, de los cuales una pierna era diez pulgadas más corta que la otra. Esta última hacía pensar en un diablo que al querer apoderarse del alma del londinense se hubiese agarrado allí, quedándose con la materia en vez del espíritu.

-¿A quién debo agradecer tanta amabilidad? -pregunté cuando ya estuve completamente equipado, con una gorrita de niño en la cabeza, y llevando en lugar de americana una chaqueta de algodón que me llegaba a la cintura y cuyas mangas apenas me cubrían los codos.

El cocinero se apartó con un gesto de fingida humildad y una sonrisa implorante y servil. Si no me engañaba la experiencia adquirida con los mayordomos de los trasatlánticos al fin del viaje, hubiese jurado que esperaba una propina. Ahora que ya he tenido ocasión de conocer más a fondo aquel ser, comprendo que el gesto fue inconsciente, debido, sin duda, a un servilismo hereditario.

-Mugridge, señor -dijo con tono adulador, mientras sus facciones afeminadas se dilataban en una sonrisa untuosa-. Thomas Mugridge, señor, servidor de usted.

-Muy bien, Thomas -repuse yo-. Me acordaré de usted cuando esté seca mi ropa.

Por su semblante se difundió una luz suave y brillaron sus ojos como si allá en las profundidades de su ser sus antepasados se hubiesen animado y removido con el recuerdo de las propinas recibidas en vidas anteriores.

-Gracias, señor -dijo muy agradecido y muy humilde, en verdad.

Se hizo a un lado al abrirme la puerta y salí a cubierta. A causa de mi prolongada inmersión, me sentía aún débil. Me sorprendió una ventada, y dando traspiés por la movediza cubierta, me dirigí hacia un ángulo de la cabina, en busca de apoyo. La goleta, con una inclinación muy alejada de la perpendicular, se balanceaba movida por el profundo vaivén del Pacifico. Si en realidad llevaba la dirección Sudoeste, como había dicho Johnson, el viento, entonces, según mis cálculos, debía soplar aproximadamente del Sur. La niebla había desaparecido y el sol llenaba de chispas e irisaciones la superficie del agua. Me volví cara al Este donde sabía que debía hallarse California, pero no pude ver sino unas masas de niebla a poca altura, indudablemente la misma que había ocasionado el desastre del Martínez y me había traído al presente estado. Por el Norte, y no muy lejos, surgía del agua un grupo de rocas desnudas, y sobre una de ellas se distinguía un faro. Hacia el Sudoeste y casi en nuestra ruta, vi el bastidor piramidal de unas velas.

Después de haber reconocido el horizonte, volví me hacia lo que me rodeaba más inmediatamente. Mi primer pensamiento fue que un hombre llegado de manera tan inesperada, luego de codearse con la muerte, merecía más atención de la que yo recibía.

Aparte del marinero que iba en el timón y que me observaba curiosamente por encima de la cabina, no atraje ya más miradas.

Todos parecían interesados en lo que en el centro del barco ocurría. Allí, echado sobre las tablas, había un hombre gordo. Estaba completamente vestido, pero llevaba rasgada la camisa por la pechera. Sin embargo, no se veía nada de su pecho, pues lo cubría una masa de pelo negro semejante a una piel de perro. La cara y el cuello se ocultaban bajo una barba negra salpicada de gris, que de no haber estado chorreando y lacia por efecto del agua, debió ser tiesa y tupida. Tenía los ojos cerrados y parecía desvanecido, pero mostraba la boca muy abierta y el pecho anhelante, esforzándose ruidosamente por respirar. De vez en cuando, metódicamente, ya como una rutina, un marinero hundía en el mar un cubo de lona atado al extremo de una cuerda, lo subía braza a braza y vertía su contenido sobre el hombre postrado.

Paseando de arriba abajo a lo largo de la cubierta y mascando furioso el extremo de un cigarro, estaba el hombre cuya mirada casual me había rescatado del mar. Tendría una altura quizás de cinco pies, diez pulgadas o diez y media, pero lo primero que me impresionó en él no fue eso, sino su vigor. A pesar de su constitución sólida y de sus hombros anchos y pecho elevado, no era la solidez de su cuerpo lo que caracterizaba su fuerza. Antes bien, consistía en lo que podríamos llamar nervio, la dureza que atribuimos a los hombres flacos y enjutos, pero que en él, a causa de su corpulencia, recordaba al gorila. No es que su exterior tuviese nada de gorila; lo que yo pretendo describir es su fuerza misma como algo aparte de su aspecto físico. Era esa fuerza que solemos asociar a las cosas primitivas, a las fieras y a los seres que imaginamos son el prototipo de los habitantes de nuestros árboles; esa fuerza salvaje, feroz, que este en sí misma, la esencia de la vida en lo que tiene de potencia del movimiento, la propia materia elemental, de la cual han tomado forma otros muchos aspectos de la vida; en una palabra, lo que hace retorcer el cuerpo de una serpiente después de haberle sido cortada la cabeza y cuando la serpiente, como a tal, puede considerarse ya muerta, o lo que persiste en el montón de la carne de la tortuga que rebota y tiembla al tocarla con el dedo.

Esa fue la impresión de fuerza que me produjo el hombre que caminaba de un lado a otro. Se apoyaba sólidamente sobre las piernas; sus pies golpeaban la cubierta con precisión y seguridad; cada movimiento de sus músculos, desde la manera de levantar los hombros hasta la forma de apretar el cigarro con los labios, era decisivo y parecía ser el producto de una fuerza excesiva y abrumadora. Sin embargo, aunque la fuerza dirigía todas sus acciones, no parecía sino el anuncio de otra fuerza mayor que acechaba desde dentro, como si estuviera dormida y sólo se agitara de vez en cuando, pero que podría despertar de un momento a otro, terrible y violenta, cual la cólera de un león o el furor de una tormenta.

El cocinero asomó la cabeza por la puerta de la Bocina, haciéndome muecas alentadoras y señalando al propio tiempo con el pulgar al hombre que paseaba por la cubierta. Así me daba a entender que aquél era el capitán, el alejo, según había dicho él, el individuo con quien debía entrevistarme, y al que ocasionaría la extorsión de tener que desembarcarme.

Ya me disponía a afrontar los cinco minutos tempestuosos que, sin duda, me esperaban, cuando el desdichado que estaba en el suelo sufrió otro ataque más violento aún. Se retorcía convulsivamente. La barba negra y húmeda se tendió hacia arriba, al envararse los músculos de la espalda e hincharse el pecho en un esfuerzo inconsciente e instintivo para obtener más aire. Aunque no lo veía, adivinaba que bajo las patillas la piel se había puesto colorada.

El capitán, o Wolf Larsen, como le llamaban los hombres, cesó de pasear y clavó la mirada en el moribundo. Tan cruel fue esta última lucha, que el marinero se detuvo en su ocupación de rociarle con agua, y con el cubo de lona a medias levantado y derramando su contenido por la cubierta, se le quedó mirando con curiosidad. El moribundo tocó un redoble con los tacones sobre el entarimado, estiró las piernas y con un gran esfuerzo se puso rígido y rodó la cabeza de un lado a otro. Después se relajaron los músculos, la cabeza dejó de rodar y

de sus labios salió un suspiro como de profundo alivio; bajó la quijada, subió el labio superior, y aparecieron dos hileras de dientes oscurecidos por el tabaco. Parecía como si sus facciones se hubiesen helado en una mueca diabólica al mundo que había abandonado y burlado.

Entonces sucedió una cosa sorprendente. El capitán se desató como una tormenta contra el muerto. De su boca salía un manantial inagotable de juramentos. Y no eran juramentos sin sentido o meras expresiones indecentes. Cada palabra (y dijo muchas) era una blasfemia. Crujían y restallaban como chispas eléctricas. En toda mi vida había oído yo nada semejante, ni lo hubiera creído posible. Por mi afición a la literatura, a las figuras y palabras enérgicas, me atrevo a decir que yo apreciaba mejor que ningún otro la vivacidad peculiar, la fuerza y la absoluta blasfemia de sus metáforas. Según pude entender, la causa de todo ello era que el hombre, que era el segundo de a bordo, había corrido una juerga antes de salir de San Francisco y después había tenido el mal gusto de morir al principio del viaje, dejando a Wolf Larsen con la tripulación incompleta.

No necesitaría asegurar, al menos a mis amigos, cuán escandalizado estaba. Los juramentos y el lenguaje soez me han repugnado siempre. Experimenté una sensación de abatimiento, de desmayo y casi puedo decir de vértigo. Para mí, la muerte había estado siempre investida de solemnidad y respeto. Se había presentado rodeada de paz y había sido sagrado todo su ceremonial. Pero la muerte en sus aspectos sórdidos y terribles había sido algo desconocido para mí hasta entonces. Como digo, al par que apreciaba la fuerza de la espantosa declaración que salía de la boca da Wolf Larsen, estaba enormemente escandalizado. Aquel torrente arrollador era suficiente para secar el rostro del cadáver. No me hubiese sorprendido ver encresparse, retorcerse y andar entre humo y llamas la barba negra. Pero el muerto no se dio por aludido. Continuaba desafiándole con su risa sardónica y burlándose con cinismo. Era el dueño de la situación.

CAPITULO III

Wolf Larsen dejó de jurar tan súbitamente como había comenzado. Volvió a encender el cigarro y miró a su alrededor. Sus ojos se fijaron por casualidad en el cocinero.

-¿Qué pasa? -dijo con una amabilidad acerada y fría.

-Sí, señor -contestó presuroso el cocinero, tratando de calmarle y disculparse servilmente.

-¿No te parece que ya has estirado bastante el cuello? Es malsano, ¿sabes? El segundo ha muerto, y no permito perderte a ti también. Tienes que cuidar mucho de tu salud, ¿entiendes?

La última palabra contrastaba notablemente con el tono de las frases anteriores y hería como un latigazo. El cocinero quedó anonadado.

-Sí, señor -respondió humildemente, al mismo tiempo que desaparecía en la cocina la cabeza delincuente.

Ante esta ligera repulsa, que sólo se había dirigido al cocinero, el resto de la tripulación quedó indiferente y se ocupó en distintas tareas. Sin embargo, unos cuantos hombres que haraganeaban aparte entre la escotilla y la cocina y que no tenían aspecto de marineros, continuaron hablando en voz baja entre ellos. Más tarde supe que eran los cazadores, los que mataban a las focas, y que formaban una casta superior a la de los vulgares marineros.

-¡Johansen! -llamó Wolf Larsen. Un marinero avanzó, obediente-. Toma la aguja y el rempujo y cose a este desdichado. En el cajón de las velas encontrarás lona vieja. Aprovéchala.

-¿Qué le pondré en los pies, señor? -preguntó el hombre después del acostumbrado, "¡Ay, ay, señor!".

-Ya veremos -contestó Wolf Larsen, y elevó la voz para llamar al cocinero.

Thomas Mugridge salió de la cocina como un muñeco de resorte.

-Baja y llena un saco de carbón... ¿Hay alguno de vosotros que tenga alguna Biblia o un libro de oraciones? -volvió a preguntar el capitán, dirigiéndose esta vez a los cazadores que haraganeaban por los alrededores de la escalera.

Movieron la cabeza, y uno de ellos hizo alguna observación jocosa que no pude oír, pero que promovió una carcajada general.

Wolf Larsen repitió la pregunta a los marineros. Las Biblias y los libros de oraciones parecían objetos raros; pero uno de los hombres se ofreció voluntariamente a proseguir la investigación entre los que estaban de guardia abajo, volviendo un minuto después con el informe de que no había ninguna.

El capitán encogió los hombros.

-Pues lo tiraremos sin discurso, a no ser que nuestros réprobos de aspecto clerical sepan de memoria el servicio de difuntos.

En esto había dado una vuelta en redondo y estaba cerca de mí.

-Tú eres predicador, ¿verdad? -me preguntó.

Los cazadores, que eran seis, se volvieron como un solo hombre y me miraron. Yo comprendía dolorosamente mi semejanza con un espantajo. Al verme, prorrumpieron en una carcajada, que la presencia del muerto, tendido ante nosotros y con los dientes apretados, no fue bastante a moderar; una carcajada tan áspera, tan dura y tan franca como el mismo mar, una carcajada nacida de los sentimientos groseros y las sensibilidades embotadas de unas naturalezas que no conocían ni la nobleza ni la educación.

Wolf Larsen no se rió, pero en sus ojos grises brilló una ligera chispa de alegría; y en aquel momento en que avancé hasta llegar junto a él, recibí la impresión del hombre en sí, del hombre que nada tenía de común con su cuerpo, ni con el torrente de blasfemias que le había oído vomitar. El rostro de facciones grandes y líneas pronunciadas y correctas, si bien proporcionado, a primera vista parecía macizo; pero después sucedía lo mismo que con el cuerpo, desaparecía esta impresión y nacía el convencimiento de una tremenda y excesiva fuerza mental o espiritual oculta que dormía en las profundidades de su ser. La mandíbula, la barba, la frente hermosa, despejada y abultada encima de los ojos, aunque fuertes en si mismos, extraordinariamente fuertes, parecían revelar un inmenso vigor espiritual escondido y fuera del alcance de la vista. No había manera de sondar un espíritu semejante, ni de medirlo o determinarlo con límites y medidas, ni de clasificarlo exactamente en un estante con otros similares.

Los ojos -y yo estaba destinado a conocerlos bien eran hermosos, grandes y rasgados como los de los verdaderos artistas, protegidos por espesas pestañas y con unas cejas negras tupidas y arqueadas. Las pupilas eran de ese gris desconcertante que nunca es dos veces igual, que recorre muchos matices y colores como la seda herida por el sol, que es gris oscuro y brillante, gris verdoso, y a veces parece azul claro como las aguas marinas. Eran ojos que ocultaban el alma de mil maneras, y que algunas veces, en muy raras ocasiones, se abrían y le permitían salir, como si fuera a lanzarse desnuda por el mundo en busca de alguna aventura maravillosa; ojos que podían cobijar toda la melancolía desesperada de un cielo plomizo; que podían producir chispas de fuego como el choque de las espadas: que sabían volverse fríos como un paisaje ártico y de nuevo dulcificarse y encenderse con reflejos amorosos, intensos y

masculinos; atrayentes e irascibles, que fascinan y dominan a las mujeres hasta que se rinden con una sensación de placer, de alivio y de sacrificio.

Pero volviendo a lo primero, le dije que, desgraciadamente, para el servicio de difuntos yo no era predicador, y entonces me preguntó rudamente:

-¿De qué vives, pues?

Confieso que nunca se me había dirigido tal pregunta ni la había pensado jamás. Quedé del todo cortado, y al recobrar la serenidad, tartamudeé:

-Yo..., yo soy... un caballero.

Su labio se torció con un breve gesto de desdén.

-He trabajado, trabajo -exclamé impetuosamente, como si él hubiese sido mí juez y necesitara justificarme, dándome cuenta al mismo tiempo de mi notoria estupidez al hablar de aquel asunto.

-¿Para ganarte la vida?

Había algo en él algo tan imperioso y dominador, que me sentía completamente fuera de mí y azorado, hubiese dicho Furuseth, como un niño ante un maestro de escuela inflexible.

-¿Quién te mantiene? -fue la siguiente pregunta.

-Poseo una fortuna -contesté resueltamente, y en el mismo instante me hubiese mordido la lengua-. Perdone usted, pero esto no tiene ninguna relación con lo que tenemos que tratar.

El hizo caso omiso de mi protesta.

-¿Quién la ganó, eh...? Ya me lo figuro: tu padre. Te sostienes sobre las piernas de un muerto. Nunca has usado las tuyas. No podrías andar solo un día entero, ni buscar el alimento de tu estómago para tres comidas. Enséñame la mano.

Su formidable fuerza oculta debió removerse en aquel mismo punto, o debí descuidarme un momento, pues antes de que me apercibiese había avanzado dos pasos, cogido mi mano derecha con la suya, y la levantaba para examinarla. Traté de retirarla, pero sus dedos se cerraron sin esfuerzo aparente alrededor de los míos, hasta el extremo que creí me la machacaba. Bajo tales circunstancias era difícil conservar la dignidad. Yo no podía huir o luchar como un chiquillo, ni mucho menos podía atacar a aquel hombre, que me hubiese retorcido el brazo hasta rompérmelo. No me quedaba más remedio que estarme quieto y aguantar aquella vejación. Tuve tiempo de ver cómo vaciaban sobre cubierta los bolsillos del muerto y cómo su cuerpo y su mueca quedaban envueltos en una lona, cuyos pliegues cosía con burdo hilo blanco el marinero Johansen, dejando ver la aguja, que apoyaba ingeniosamente en un trozo de cuero ajustado a la palma de la mano.

Wolf Larsen dejó caer la mía con un gesto desdeñoso.

-Las manos de los muertos te las han conservado finas. Buenas únicamente para fregar platos y hacer trabajos de marmitón.

-Deseo que se me desembarque -dije firmemente, porque sabía que observaban-. Pagaré cuanto juzgue usted que vale su molestia.

Me miró con curiosidad y a sus ojos asomó la burla.

-Voy a proponerte otra cosa, para bien de tu alma. Mi segundo ha muerto, y van a ascender todos. Un marinero subirá a popa para ocupar el lugar del segundo, el grumete pasará a ser marinero y tú serás grumete. Firmas el contrato para la expedición, veinte dólares mensuales, y ya está. ¿Qué dices a esto? Y piensa que es para bien de tu alma. Es precisamente lo que tú necesitas; así aprenderás a sostenerte sobre tus propias piernas y tal vez a hacer pinitos.

Pero yo no me di por aludido. Las velas del barco que había visto a Sudoeste se habían hecho más grandes y más visibles. Eran de una goleta igual que el Ghost, aunque de casco más pequeño. Constituía un lindo espectáculo verla saltar y volar hacia nosotros, y seguramente iba a pasar muy cerca. El viento había arreciado de pronto y el sol había

desaparecido, enojado tras sus vanos esfuerzos por seguir luciendo. El mar empezaba a agitarse, volviéndose de un color plomizo, desagradable, y comenzaba a lanzar a lo alto montañas de espuma. Habíamos aumentado la velocidad y el barco corría mucho más inclinado. Un golpe de viento hundió la borda, y el agua, por un momento, barrió la cubierta de aquel lado, haciendo levantar rápidamente los pies a dos marineros.

-Aquel barco pasará pronto por aquí -dije después de un instante de silencio-. Como lleva dirección contraria, es probable que vaya a San Francisco.

-Muy probable -respondió Wolf Larsen, volviéndose en parte y gritando: "¡Cocinero, cocinero!".

El cocinero salió.

-¿Dónde está aquel muchacho? Dile que le necesito.

-Sí, señor.

Thomas Mugridge corrió a popa y desapareció por otra escalera próxima al timón. Un momento después surgís un sujeto de dieciocho o diecinueve años, corpulento, de aspecto vil y enfurruñado, andando sobre los talones.

-Ahí viene, señor -dijo el cocinero.

Pero Wolf Larsen, sin fijarse en este héroe, se volvió hacia el grumete

-¿Cómo te llamas, muchacho?

-George Leach, señor -respondió de mal humor, y el continente del muchacho mostraba bien a las claras que adivinaba la razón por que había sido llamado.

-No es un nombre irlandés -repuso el capitán con perversa intención-. O'Toole o McCarthy sentarían algo mejor a tu aspecto. A no ser que haya algún irlandés entre las relaciones de tu madre.

Vi crisparse los puños del muchacho ante el insulto y la sangre le enrojeció la nuca.

-Pero dejemos eso -continuó Wolf Larsen-. Debes tener excelentes razones para olvidar tu nombre, y me gustaría que no te ocasionara ningún perjuicio mientras permanecieras a bordo. Por supuesto, tú te inscribiste en el puerto de Telegraph Hill; pero como suelen hacerlo allí o más sucio todavía. Ya conozco la especie. Bueno, puedes decidir si quieres que lo suprimamos aquí. ¿Comprendes? A ver, ¿quién te embarcó?

-McCready & Swanson.

-¡Señor! -vociferó Wolf Larsen.

-McCready & Swanson, señor -corrigió el muchacho, a cuyos ojos asomó la llama del odio.

-¿Quién tiene el dinero que te adelanté?

-Ellos, señor.

-Me lo figuraba. Pudiste dejárselo bien contento. Todo era poco a cambio de desaparecer en seguida. Ya habrás oído decir que te están buscando varios caballeros.

Instantáneamente el muchacho se trocó en una fiera. Encogió el cuerpo como si se dispusiera a saltar, y su semblante se metamorfoseó en el de un animal enfurecido cuando gritó:

-Esto es una...

-¿Una qué? -preguntó Wolf Larsen con una dulzura singular en la voz, como si sintiera una curiosidad invencible por conocer la palabra no pronunciada.

El muchacho titubeó, después hizo un esfuerzo por dominarse.

-Nada, señor, lo retiro.

-Pues me demuestras que yo tenía razón -dijo, con una sonrisa satisfecha-. ¿Cuántos años tienes?

-Acabo de de cumplir dieciséis, señor.

-Mentira. Tú ya no cumplirás dieciocho. Con todo, estás desarrollado y tienes una musculatura de caballo. Coge el fardo y pasa al castillo de proa. Ahora eres remero; has ascendido, ¿ves?

Sin esperar a que el muchacho aceptara, el capitán se volvió hacia el marinero que acababa la fúnebre tarea de coser el envoltorio del cadáver.

-Johansen, ¿conoces algo de navegación?

-No, señor.

-Bueno, no importa; lo mismo puedes ser segundo. Lleva tus cosas a popa al sitio del segundo.

-¡Ay, ay, señor! -respondió Johansen alegremente, dirigiéndose a proa.

Mientras tanto, el grumete continuaba sin moverse.

-¿Qué esperas? -preguntó Wolf Larsen.

-Yo no me ajusté como remero, señor -repuso-. Entré de grumete y no quiero ser remero.

-Anda y haz lo que te he dicho.

Esta vez la orden de Wolf Larsen era extraordinariamente imperiosa. El muchacho le clavó la vista con obstinación y se negó a marcharse.

Entonces hubo otro despertar de la formidable fuerza de Wolf Larsen. Fue algo completamente inesperado lo que sucedió en el intervalo de los segundos. Dio un salto a fondo, de seis pies, y metió el puño en el estómago de Leach. En el mismo instante, como si me hubiesen herido a mí, sentí un choque tremendo en la misma parte del cuerpo. Lo hago constar para demostrar cuán sensible era mi sistema nervioso y lo poco acostumbrado que estaba yo a espectáculos brutales. El grumete, que pesaría cuando menos ciento sesenta y cinco libras, se plegó alrededor del puño con la misma flexibilidad que un trapo mojado alrededor de un palo. Se levantó en el aire, describió una breve curva y cayó junto al cadáver, golpeando la cubierta con la cabeza y los hombros, y allí permaneció retorciéndose de dolor.

-¿Qué hay? -me preguntó Larsen-. ¿Estás decidido?

Yo había mirado casualmente hacia la goleta que se aproximaba, y ahora se hallaba a nuestra vista a una distancia no mayor de doscientas yardas. Era una embarcación pequeña, muy elegante y bien conservada. Sobre una de sus velas pude leer un gran número negro, y me pareció, recordando los dibujos que había visto, un barco-piloto.

-¿Qué es este barco? -pregunté.

-El barco-piloto Lady Mine -contestó Wolf Larsen de mala manera.-. Ha dejado a los pilotos y corre hacia San Francisco. Con este viento llegará en cinco o seis horas.

-Entonces, ¿tiene usted la bondad de hacerles una seña, a fin de que pueda desembarcar?

-Lo siento, porque he perdido el libro de señales -advirtió, y los cazadores celebraron la gracia con muecas.

Reflexioné, mirándole directamente a los ojos. Había visto el terrible tratamiento de que había sido objeto el grumete, y sabía que probablemente me pasaría lo mismo, si no peor. Como digo, reflexioné, y entonces realicé el acto más valeroso de mi vida. Corrí hasta la borda agitando los brazos y gritando:

-¡Lady Mine! ¡Desembárquenme! ¡Mil dólares si me desembarcan!

Esperé, observando a dos hombres que estaban junto al timón, uno de ellos gobernando, el otro se llevaba un megáfono a los labios. Yo no volvía la cabeza, pero a cada momento esperaba un golpe mortal del bruto humano que había detrás de mí. Al fin, después de unos instantes, que me parecieron siglos, no pudiendo resistir aquella tentación, miré en derredor. No se había movido. Se hallaba en la misma posición, balanceándose blandamente con el vaivén del barco y encendiendo otro cigarro.

-¿Qué pasa? ¿Alguna avería?

Este grito procedía del Lady Mine.

-¡Sí! -exclamé con toda la fuerza de mis pulmones-. ¡Vida o muerte! ¡Mil dólares si me desembarcan!

-Demasiada confusión en San Francisco para la salud de mi tripulación -gritó Wolf Larsen después-. ¡Este -y me indicó a mí con el pulgar- cree ver ahora serpientes de mar y monos!

El hombre del Lady Mine respondió con una carcajada a través del megáfono, y el barco-piloto pasó de largo.

-¡Mándalo al infierno! -gritó finalmente, y los dos hombres agitaron los brazos en señal de despedida. Me apoyé desesperado sobre la barandilla, mirando cómo la elegante goleta hacía crecer la extensión desierta del océano que nos separaba y pensando que probablemente estaría en San Francisco dentro de cinco o seis horas. Parecía que la cabeza iba a estallarme; tenía un dolor en la garganta como si mi corazón hubiese subido hasta allí. Una ola rizada rompió en el costado y me salpicó los labios. El viento soplaba con fuerza y el Ghost corría mucho más, hundiendo la barandilla de sotavento. Oía cómo el agua se precipitaba sobre la cubierta.

Cuando me volví un momento después, vi al grumete levantarse dando traspiés. Estaba mortalmente pálido y se encogía queriendo reprimir el dolor. Parecía enfermo.

-Qué, ¿te vas a proa? -preguntó Wolf Larsen.

-Sí, señor -respondió acobardado.

-¿Y tú? -me interrogó a mí.

-Le daré a usted mil... -empecé, pero fui interrumpido.

-¡Guarda eso! ¿Estás dispuesto a cumplir tus deberes de grumete, o habré de enseñarte por mi mano? ¿Qué iba a hacer? Ser brutalmente apaleado, muerto quizás, de nada serviría en mi caso. Miré con fijeza en aquellos ojos grises, crueles. Toda la luz y el calor del alma humana que contenían debían estar petrificados. En los ojos de algunos hombres se ve la agitación de su alma; pero los suyos eran fríos y grises como el mismo mar.

-¿Qué hay?

-Sí -dije.

-Di: sí, señor.

-Sí, señor -enmendé.

-¿Cómo te llamas?

-Van Weyden, señor.

-¿El primer nombre?

-Humphrey, señor. Humphrey van Weyden.

-¿Edad?

-Treinta y cinco años, señor.

-Bien va. Vete al cocinero y aprende tus obligaciones.

Y así fue cómo pasé a un estado de servidumbre involuntaria con Wolf Larsen. El era más fuerte que yo, y esto era todo. Pero entonces me parecía muy irreal; y ahora, cuando miro hacia atrás, no me parece más real que entonces. Para mí será siempre una cosa monstruosa, inconcebible, una horrible pesadilla.

-Alto, no te vayas ahora.

Me detuve obedientemente en mi camino hacia la cocina.

-Johansen, llama a los hombres ahora que lo hemos resuelto todo; celebraremos el entierro y libraremos la cubierta de trastos inútiles.

Mientras Johansen bajaba a avisar a los del cuarto, dos marineros, bajo la dirección del capitán, colocaban el cadáver envuelto en lona sobre una tapa de escotilla.

A cada lado de la cubierta, contra la barranquilla y con las quillas hacia arriba, había atados un buen número de pequeños botes. Varios hombres levantaron la tapa de escotilla con

su fúnebre carga, la transportaron a sotavento y la colocaron encima de los botes con los pies afuera. Atado a los mismos iba el saco de carbón que el cocinero había llenado.

Yo había imaginado siempre que un sepelio en el mar era una ceremonia muy solemne que inspiraba respeto, pero en éste, al menos, me llevé una gran desilusión. Uno de los cazadores, pequeño y de ojos negros, a quien sus compañeros llamaban Smoke contaba historias abundantemente salpicadas de juramentos y obscenidades, y a cada minuto, poco más o menos, el grupo de cazadores soltaba la carcajada, que me parecía un coro de lobos o de espíritus infernales. Los marineros se reunieron a popa ruidosamente, y algunos que subían del cuarto se frotaban los ojos cargados de sueño y hablaban entre ellos en voz baja. En sus semblantes había una expresión siniestra de enojo. Era evidente que no les gustaba la perspectiva de un viaje bajo las órdenes de tal capitán y comenzando bajo tan malos auspicios. De vez en cuando dirigían a Wolf Larsen miradas furtivas y pude comprender que recelaban de aquel hombre.

Este avanzó hacia la tapa de la escotilla, y todas las cabezas se descubrieron. Los observé con la mirada: veinte hombres entre todos; veintidós, incluyendo al hombre del timón y a mí. Mi inspección curiosa podía perdonárseme, pues parecía ser mi destino convivir con ellos en aquella miniatura de mundo flotante, Dios sabría cuántas semanas o meses. Los marineros, en su mayoría, eran ingleses o escandinavos, y sus caras eran las de unos hombres torpes y estólidos. En cambio, los rostros de los cazadores, de líneas duras y con las huellas de todas las pasiones, revelaban más energía y variedad. Aunque parezca extraño, noté en seguida que las facciones de Wolf Larsen no representaban tanta perversidad. No descubría nada maligno en ellas. Es verdad que había líneas, pero sólo indicaban decisión y firmeza; antes bien, era un semblante franco y abierto, cualidades que acentuaba el hecho de estar completamente rasurado. Apenas podía creer, hasta que ocurrió el incidente referido, que aquel rostro fuese el de un hombre que pudiera comportarse como lo había hecho con el grumete.

En aquel momento, cuando abrió la boca para hablar, las ráfagas de viento empezaron a golpear la goleta e hiciéronla hundir de costado. El viento entonaba un canto feroz a través de los aparejos; algunos cazadores miraron a lo alto con inquietud; la borda de sotavento, donde yacía el cadáver, estaba bajo el agua, y cuando la goleta se enderezó, las olas barrieron la cubierta, mojándonos más arriba de nuestros zapatos. Nos cayó encima un aguacero y las gotas nos herían como si fueran granizo. Cuando pasó, Wolf Larsen empezó a hablar, y los hombres, con la cabeza desnuda, se balanceaban al unísono con el vaivén del barco.

-No recuerdo sino una parte del servicio -dijo-, que es: "Y el cuerpo se arrojará al mar". Así, pues, ya podéis arrojarlo.

Cesó de hablar; los hombres que sostenían la tapa de la escotilla parecían perplejos, extraviados, sin duda, de la brevedad de la ceremonia. Se lanzó sobre ellos furioso.

-¡Levantad este extremo, malditos! ¿Qué demonios os pasa?

Levantaron la tapa de la escotilla con una precipitación sensible, y como un perro lanzado por la borda, se hundió el muerto en el mar empezando por los pies.

El saco de carbón le arrastró hacia el fondo y desapareció.

-Johansen -dijo Wolf Larsen brevemente al otro segundo-, que permanezcan todos sobre cubierta ahora que han subido; recoged las gavias y los foques y aseguradlos bien. Se nos viene encima un Sudeste; también convendrá que se rice el foque y la vela mayor mientras permanecéis por aquí.

Un instante después había gran agitación en la cubierta. Johansen rugiendo órdenes y los hombres apretando, arriando cuerdas de diversas clases, siendo todo aquello confusión para un hombre de tierra como yo. Pero lo que me sorprendió particularmente fue la falta de sentimientos. El muerto era un episodio que ya había pasado, un incidente que se había hundido envuelto en una lona y con un saco de carbón, mientras el barco seguía su rumbo y

continuaba su trabajo. Nadie estaba afectado. Los cazadores volvían a reír con una historia nueva de Smoke; los hombres tiraban y halaban, y dos de ellos trepaban a lo alto; Wolf Larsen observaba el cielo nuboso a barlovento, y el hombre muerto, sepultado con sordidez, hundiéndose, hundiéndose...

Entonces fue cuando la crueldad del mar, su Inflexibilidad y su respeto se apoderaron de mí. La vida había perdido el valor y la seriedad y se había convertido en una cosa bestial y sin nombre; era el barco sin alma puesto en movimiento. Permanecí en la barandilla de sotavento, junto a los obenques, y mirando por encima de las tristes olas cubiertas de espuma los bancos de niebla poco elevados que impedían ver San Francisco y la costa de California. Caían algunos chaparrones que casi me ocultaban la niebla, y esta extraña embarcación, con sus hombres terribles, impelida por el viento y el mar y saltando acompasadamente, se dirigía hacia el Sudoeste, internándose en la gran extensión desierta del Pacífico.

CAPITULO IV

Todo lo que me sucedió después en la goleta Ghost, al tratar de adaptarme al nuevo ambiente, no puede sino formar parte del capítulo de dolores y humillaciones. El cocinero, a quien la tripulación llamaba el Doctor, Tommy, los cazadores y Cocinero, Wolf Larsen, se había trocado en otra persona. La diferencia sufrida en mi estado trajo una diferencia correspondiente en su trato conmigo. Todo lo que antes tuvo de servil y adulador, tenía ahora de dominante y belicoso. En realidad, yo no era ya el caballero distinguido, con una piel tan fina como la de una dama, sino un grumete vulgar y sin importancia.

Insistía absurdamente en que le llamase míster Mugridge, y su conducta y su talante cuando me enseñaba mis deberes eran insufribles. Además de mi trabajo en la cabina, que se componía de cuatro camarotes, suponía que debía ser su ayudante en la cocina, y mi colosal ignorancia respecto a cosas como el mondar patatas y fregar cacharros grasientos era para él un manantial inagotable de admiraciones sarcásticas. Se negaba a tomar en consideración lo que yo era, o mejor dicho, cuáles habían sido mi vida y mis costumbres. Esta era en parte la actitud que había adoptado para conmigo, y confieso que antes de terminarse el día le odiaba con una intensidad tal, como nunca había odiado a nadie hasta entonces.

El primer día resultó más difícil para mí por el hecho de que el Ghost, con todos los rizos (términos como éste no los aprendí hasta más adelante), capeaba lo que míster Mugridge llamaba un "Sudeste aullador". A las cinco y media, y bajo su dirección, puse la mesa en la cabina, con las bandejas para el mal tiempo, y después transporté desde la cocina el té y la carne asada. Con esta oportunidad no puedo evitar el relatar mi primera experiencia en un mar revuelto.

-Anda con cuidado o irás de narices -ordenó míster Mugridge cuando salí de la cocina con una gran tetera en una mano y en el hueco del otro brazo varios panes tiernos.

En aquel momento, uno de los cazadores, un mucho alto y espigado, llamado Henderson, se dirigía a popa, yendo desde la bodega (nombre con que jocosamente designan los cazadores la parte central del barco donde duermen) a la cabina. Wolf Larsen estaba en la toldilla fumando el sempiterno cigarro.

-¡Ahí viene! ¡Agárrate bien! -gritó el cocinero.

Me detuve, porque no sabía qué era lo que venía, y vi la puerta de la cocina cerrarse con estrépito. Después vi a Henderson saltar como un loco hacía el aparejo mayor subiendo por la parte interior, hasta que estuvo unos cuantos pies más alto que mi cabeza. Vi también una ola enorme retorcida y cubierta de espuma suspendida por encima de la barandilla. Me hallaba directamente bajo ella. Todo era tan nuevo y extraño que mirando no lo advertía con

rapidez. Comprendí que me encontraba en peligro, y eso fue todo. Estaba sin movimiento, atemorizado. Entonces, Wolf Larsen gritó desde la toldilla:

-¡Agárrate, tú! ¡Tú, Hump!

Pero fue demasiado tarde. Di un salto en dirección del aparejo, al que hubiera- podido asirme, más viene sorprendido por el muro de agua al caer. Lo que sucedió después me parece muy confuso; estaba debajo del agua sofocado y ahogándome. Me sentí elevado del suelo dando vueltas y revueltas y por fin arrastrado no sé dónde. Varias veces choqué con objetos duros, y una de tantas recibí un golpe terrible en la rodilla derecha. Después cesó de pronto la inundación y volví a respirar el aire puro. Había sido barrido desde barlovento a los imbornales contra la cocina y alrededor de la escalera de la bodega. La rodilla herida me producía un dolor atroz; no podía apoyarme sobre ella, o cuando menos eso pensaba yo, y creía seguro haberme roto la pierna. Pero el cocinero estaba detrás de mí, gritando desde la puerta de la cocina que daba a sotavento.

-¡Eb, tú! ¡No te entretengas toda la noche! ¿Dónde está la tetera? ¿Se ha caído al mar? ¡Ojalá te hubieses roto el cuello!

Hice lo posible por ponerme de pie. Todavía conservaba en la mano la enorme tetera. Llegué cojeando hasta la cocina y se la di. Pero estaba completamente indignado, no sé si con indignación real o fingida.

-Te aseguro que eres una calamidad. Me gustaría saber para qué sirves. ¿Para qué sirves? No sabes llevar un poco de té sin verterlo. Ahora tendré que hervir más... ¿Pero por qué resoplas? -estalló otra vez, con nueva rabia-. ¿Porque te has hecho daño en la piernecita, pobre nene, encanto de su mamá?

Yo no resoplaba, aunque es posible que mi rostro expresara con algún gesto mi dolor. Pero hice un llamamiento a toda mi resolución, apreté los dientes, y sin más contratiempos anduve renqueando de la cocina a la cabina y de la cabina a la cocina, una y otra vez. Dos cosas había ganado con mi accidente: una desolladura en la rodilla, que me fastidió varios meses, y el nombre de Hump con que me había llamado Wolf Larsen desde la toldilla. Ya no se me conoció en todo el barco por otro nombre, hasta llegar esta palabra a formar parte de mis procesos imaginativos, de tal suerte, que llegué a pensar que yo era realmente Hump y que toda la vida no había sido otra cosa.

No era empresa fácil servir a la mesa de la cabina, donde se sentaban Wolf Larsen, Johansen y los seis cazadores. Por de pronto, la cabina era pequeña y los cabeceos y movimientos de la goleta dificultaban más aún dar la vuelta a su alrededor, como me veía obligado a hacer.

Pero lo que más me molestaba era la total ausencia de simpatía en los hombres a los cuales servía. A través de la ropa sentía hincharse la rodilla y estaba enfermo y extenuado del daño que me producía. En el espejo me veía el semblante pálido y cadavérico descompuesto por el dolor. Todos los hombres debieron ver mi estado, pero ninguno me hablé o se dio cuenta de mi presencia, tanto que casi le quedé agradecido a Wolf Larsen cuando más tarde, hallándome fregando los platos, me dijo:

-No te preocupes por tan poca cosa. Con el tiempo te acostumbrarás. Cojearás un poco, pero eso no será obstáculo para que aprendas a andar. Eso es lo que vosotros llamáis una paradoja, ¿verdad? -añadid.

Pareció complacido cuando incliné la cabeza con el acostumbrado "Sí, señor".

-Supongo que conoces algo de literatura, ¿eh? Bien. Charlaremos algún rato.

Y después, sin hacerme más caso, se volvió y subió a cubierta.

Aquella noche, después de acabar con una cantidad abrumadora de trabajo, me enviaron a dormir en la bodega, donde me instalé en un camarote de reserva. Estaba contento de verme libre de la presencia detestable del cocinero y de poder acostarme. Me sorprendí al ver que las ropas se me habían secado encima, sin que notase síntomas de un resfriado a pesar

del último remojón y de la inmersión prolongada a consecuencia del desastre del Martínez. En circunstancias ordinarias, después de todo lo que había sufrido, hubiera tenido que guardar cama y entregarme a los cuidados de una experta enfermera.

La rodilla me molestaba horriblemente. A mi entender, la rótula se había puesto de canto en el centro de la tumefacción. Mientras estaba sentado en la litera, examinándola, los seis cazadores se hallaban todos en la bodega, fumando y hablando en voz alta. Henderson me dirigid casualmente una mirada.

-Tiene mal aspecto -comentó-. Atale un trapo alrededor y no será nada.

Eso fue todo. En tierra, hubiese estado en la cama tendido de espaldas, asistido por un cirujano, con la orden expresa de observar un reposo absoluto. He de ser, sin embargo, justo con aquellos hombres. Tan insensibles como se mostraban a mis sufrimientos, lo eran igualmente para los suyos cuando les ocurría algo, y esto, creo yo, era debido primero a la costumbre y después a que su temperamento era menos sensitivo. Me figuro que realmente un hombre de constitución delicada y sensibilidad exquisita sufriría dos o tres veces más que aquellos con el mismo daño.

A pesar de estar tan cansado, agotado más bien, el dolor de mi rodilla me impedía dormir. Era todo lo que podía hacer para no quejarme a voces. En casa hubiese, sin duda alguna, desahogado mi angustia, pero este ambiente nuevo y primitivo, parecía exigir una represión feroz. Como los salvajes, estos hombres eran también estoicos para las cosas grandes, e infantiles para las pequeñas. Recuerdo haber visto después, durante el viaje, a Kerfoot, otro de los cazadores, con un dedo aplastado, hecho una papilla, y a pesar de eso ni siquiera murmuré o cambié la expresión de su semblante; sin embargo, he visto al mismo hombre arrebatarse exageradamente por una insignificancia.

Eso es lo que hacía ahora: vociferaba, rugía, agitaba los brazos y juraba como un demonio, todo por un desacuerdo con otro cazador respecto si un cachorro de foca sabía nadar instintivamente; él sostenía que sí que podía nadar desde el instante en que nacía; el otro cazador, Latimer, un sujeto de tipo yanqui, flaco, de ojos pequeños y astutos, sostenía lo contrario: que el cachorro nacía en tierra por la sencilla razón de que no podía nadar viéndose por lo mismo la madre obligada a enseñarle, como los pájaros enseñan a sus pequeñuelos a volar.

La mayor parte del tiempo, los cuatro cazadores restantes, apoyados o tumbados en sus literas, dejaban que discutiesen los dos rivales; pero estaban sumamente interesados, pues alguna que otra vez tomaban parte a favor de uno de ellos y a veces hablaban todos a la vez, hasta que sus voces sonaban como truenos. Con todo y ser tan pueril e insignificante el tópico, el carácter de sus razonamientos era todavía más pueril e insignificante. En realidad, había muy poco razonamiento o absolutamente ninguno; su método era de afirmación, suposición y amenazas. Ellos probaban que el cachorro de foca podía o no nadar al nacer, estableciendo muy belicosamente la proposición y haciéndola seguir de un ataque a la opinión del contrario, a su sentido común, nacionalidad o pasado histórico. La réplica era muy semejante.

He relatado esto para demostrar el calibre mental de los hombres con quienes estaba en contacto. Intelectualmente, eran niños encerrados en el interior físico de hombres.

Y fumaban, fumaban incesantemente un tabaco ordinario, barato y maloliente. La atmósfera estaba espesa y caliginosa con aquel humo, y esto, combinado con el movimiento violento del barco luchando con el temporal, me hubiese mareado seguramente, de haber tenido propensión a ello. Con todo, sentía náuseas, aunque bien pudieran ser debidas al dolor de mi pierna y a mi agotamiento.

Mientras estaba allí acostado, reflexionando, púseme a pensar en mí y en la situación en que me encontraba. Era una cosa singular, nunca soñada, que yo, Humphrey van Weyden, sabio y diletante, con permiso de ustedes en objetos de arte y literatura, estuviese allí, a bordo

de una goleta de caza del mar de Bering. ¡Grumete! Yo, que en toda mi vida había ejecutado un trabajo manual difícil, y mucho menos trabajos de marmitón, que había gozado una existencia plácida, regular, sedentaria, existencia de artista y de recluso con una renta cómoda y segura. Nunca me habían seducido la vida agitada y los deportes atléticos; siempre había sido una rata de biblioteca, como me llamaban mis hermanos y mi padre durante mi infancia. Sólo una vez había ido de excursión, y entonces abandoné a mis compañeros casi al principio de la expedición y me restituí a las comodidades y conveniencias de la vida bajo techado. Y ahora estaba allí, teniendo como perspectiva espantosa y sin fin el poner la mesa, mondar patatas y fregar platos. Yo no era robusto; los médicos habían dicho siempre que tenía una buena constitución, pero que debía haberla desarrollado mediante el ejercicio. Mis músculos eran pequeños como los de una mujer, al menos así lo aseguraban los galenos en el transcurso de sus tentativas para persuadirme de que debía aficionarme a los ejercicios de cultura física.

Pero yo había preferido hacer trabajar la cabeza y no el cuerpo y ahora no estaba en condiciones para afrontar la vida que tenía delante.

Estos son someramente algunos de los pensamientos que cruzaron por mi mente, y los he relatado para justificar por anticipado mi debilidad e inutilidad en el papel que estaba representando. Pensé también en mi madre y en mis hermanas, y me imaginé su pena. Yo figuraría en la lista de los muertos a consecuencia del desastre del Martínez; vendría a ser para ellas un cuerpo no recobrado. Leía los títulos de los periódicos, veía a mis compañeros del Club, de la Universidad y del Bibelot cómo movían la cabeza diciendo: "¡Pobre muchacho!", y veía finalmente a Charley Furuseth, cuando me despedía aquella mañana envuelto en una bata, tumbado en el diván de la ventana y recitando epigramas sombríos y pesimistas.

Y a todo esto el Ghost se balanceaba, se zambullía, trepaba por las montañas movedizas y caía dando tumbos en los valles de espuma, internándose trabajosamente en el corazón del Pacífico, y yo me hallaba a bordo. Oía el viento encima de mí; llegaba hasta mi oído como un trueno velado; de vez en cuando alguien andaba por la cubierta. Una serie infinita de crujidos me rodeaba por todas partes, los maderos y las junturas se quejaban, gritaban y se lamentaban en mil tonos distintos. Los cazadores continuaban arguyendo y vociferando como una raza semihumana, anfibia. La atmósfera estaba llena de juramentos y expresiones soeces; veía sus caras rojas y coléricas, la brutalidad descompuesta y acentuada por la luz enfermiza o amarillenta de las lámparas que se balanceaban con los movimientos del barco. A través de la niebla del humo, los camarotes parecían los departamentos de los animales de una casa de fieras; de las paredes pendían impermeables y botas de agua, y aquí y allá, asegurados en los soportes, había rifles y escopetas. Era una decoración propia de filibusteros y piratas de épocas pretéritas. Mi imaginación corría alborotada, y seguía sin poder dormir. Fue una noche abrumadora, horrible e interminable.

CAPITULO V

Debo advertir que mi primera noche en el dormitorio de los cazadores fue también la última. Al día siguiente, Johansen, el piloto, fue despedido de la cabina por Wolf Larsen, con la orden de dormir en adelante en la bodega en tanto que yo tomé posesión del pequeño departamento de la cabina que ya durante el primer día de viaje había tenido dos amos. La razón de este cambio llegó rápidamente a conocimiento de los caza dores y dio origen a muchas quejas. Al parecer, Johansen revivía en sueños los acontecimientos del día. Wolf

Larsen había encontrado excesivo aquel incesante hablar, gritar y rugir órdenes, y en consecuencia había endosado la molestia a sus cazadores.

Tras una noche sin sueño, me levanté débil y dolorido, para renquear otro día por el Ghost. Thomas Mugridge me arrancó de la cama a las cinco y media, de forma muy parecida a la que Bill Sykes debía hacer levantar a su perro, pero la brutalidad que míster Mugridge usara conmigo le fue devuelta en calidad y con creces. El ruido innecesario que hizo (pues yo había estado toda la noche con los ojos abiertos) debió despertar a uno de los cazadores, porque un pesado zapato cruzó zumbando en la semioscuridad, y míster Mugridge, con un agudo alarido de dolor, pidió perdón a todos humildemente. Más tarde, en la cocina noté que tenía una oreja contusa e hinchada, que por cierto ya no recobró jamás la forma natural, y los marineros llamáronla "oreja de coliflor".

El día transcurrió sin que ocurriera nada digno de mención. La noche anterior había recogido yo mis ropas secas de la cocina y lo primero que hice fue cambiarlas por las del cocinero. Busqué mí monedero, que la víspera, recuerdo contenía ciento ochenta y cinco dólares entre oro y papel y algo de calderilla, y debo hacer constar que para estas cosas tengo muy buena memoria. El monedero lo encontré, pero lo de dentro, con excepción de la calderilla, había sido sustraído. Hablé de ello al cocinero cuando subí a cubierta para comenzar mi trabajo en la cocina, y aunque ya suponía la respuesta que había de darme, no esperaba la arenga belicosa que me dirigió.

-Mira, Hump -empezó, con un destello maligno en la mirada y gruñendo-, ¿tienes ganas de que te aporree la nariz? Si creías que yo era un ladrón, haberte guardado tú mismo el dinero. ¡No andas poco equivocado! ¡Y no es gratitud la que demuestras! Llegas aquí como una piltrafa, te admito en la cocina y te trato bien, ¿y así es como me lo pagas? La próxima vez ya podrás ir al infierno y te aseguro que te daré algo para el viajo.

Mientras así hablaba, vino hacia mí con el puño en alto. Me avergüenza decir que rehuí el golpe y salí corriendo por la puerta de la cocina. ¿Qué otra casa podía hacer? En este barco de brutos sólo vencía la fuerza. Lo persuasión moral era una cosa desconocida. Figúrenselo ustedes: un hombre de estatura regular, delgado, de musculatura débil y falto de desarrollo, que había disfrutado una vida plácida y pacífica, y sin estar acostumbrado a ninguna clase de violencias, ¿qué podía hacer un hombre así? No había más razón para hacer frente a estas bestias humanas que pudiese haberla para hacer frente a un toro enfurecido.
Eso pensaba yo entonces, sintiendo la necesidad de Justificarme y de estar en paz con mi conciencia. Esta justificación, sin embargo, no lograba satisfacerme; ni aún hoy consiente mi virilidad que, el pensar en aquellos acontecimientos, me encuentre completamente disculpado. La situación excedía en realidad a las fórmulas racionales de conducta y pedía algo más que las frías conclusiones de la razón. Visto con la luz de la lógica formal, no hay nada de que tengamos que avergonzarnos, y, no obstante, al recordarlo la vergüenza se levanta en mi interior y con el orgullo de mi virilidad siento que ésta ha sido mancillada por todos los medios imaginables.

Mas volvamos a mi narración. La rapidez con que salí de la cocina me produjo un dolor horrible en la rodilla y caí sin fuerzas a la entrada de la toldilla; el cocinero no me había seguido.

-¡Mirad cómo corre! -oíle gritar-. Y eso que tiene inutilizada una pierna. Ven a la cocina pobrecito mío. No te pegaré, ven.

Volví y continué mi trabajo, terminando aquí el episodio por el momento, aunque más adelante debían tener lugar otros sucesos. Puse la mesa para el desayuno en la cabina, y a las siete serví a los cazadores y oficiales. El temporal había amainado evidentemente durante la noche, pero el mar seguía bastante recio y el viento soplaba aún con fuerza. De madrugada se había soltado más lona, de suerte que el Ghost corría con todas las velas, excepto las dos gavias y el foque pequeño. Según deduje de la conversación, estas tres velas se izarían in-

mediatamente después del desayuno; supe también que Wolf Larsen tenía gran interés en aprovechar el temporal, que le empujaba hacia el Sudoeste en aquella parte del océano, donde esperaba encontrarse con el contraalisio del Nordeste. Cuando él confiaba recorrer la mayor parte de la travesía al Japón fue antes de iniciarse este viento. Pensaba torcer al Sur, en dirección de los trópicos, y al aproximarse a las costas de Asia volver de nuevo hacia el Norte.

Después del desayuno soporté otra experiencia nada envidiable. Cuando terminé de lavar los platos, limpié la estufa de la cabina y llevé la ceniza a cubierta para tirarla. Wolf Larsen y Henderson estaban junto al timón, enfrascados en una conversación profunda. El marinero Johnson gobernaba. Mientras me dirigía a barlovento le vi hacer un gesto rápido con la cabeza, que tomé equivocadamente por un saludo matinal al reconocerme. En realidad, trataba de advertirme que echara las cenizas por el lado de sotavento. Sin darme cuenta de mi desatino, pasé al lado de Wolf Larsen y del cazador y las lancé por barlovento. El viento las rechazó, no sólo encima de mi, sino también encima de Henderson y Wolf Larsen. Un instante después este último me daba un violento puntapié lo mismo que a un perro. Nunca hubiese creído que un puntapié doliera tanto. Me alejé de allí titubeando y me apoyé medio desvanecido contra la cabina. Todo empezó a flotar ante mis ojos y me mareé. Sentí náuseas y como pude me arrastré hacia el costado del barco. Pero Wolf Larsen ya no se preocupó de mí; se sacudió la ceniza de la ropa y reanudó su conversación con Henderson. Johansen, que desde la toldilla lo había presenciado todo, mandó dos marineros a popa para limpiar la suciedad.

Muy entrada ya la mañana, recibí otra sorpresa de especie totalmente distinta. Siguiendo las instrucciones recibidas, había entrado en el camarote de Wolf Larsen para ponerlo en orden y hacer la cama. Junto a la cabecera de la misma, adosado a la pared, había un estante lleno de libros. Eché una ojeada, y no sin asombro leí nombres tales como Tyndall, Proctor y Darwin. Allí tenían su representación la astronomía y la física: La edad de la fábula, de Bullfinch; la Historia de la literatura inglesa y americana, de Shaw; la Historia natural, de Johnson, en dos grandes volúmenes. Había, además, una porción de gramáticas, como las de Metcalf, Reed y Kellog; sonreí al ver un ejemplar de El inglés del Deán.

No podía relacionar aquellos libros con el hombre a quien pertenecían a juzgar por lo que de él había visto, y me maravilló la posibilidad de que pudiera leerlos. Pero cuando fui a hacer la cama encontré entre las mantas un Browning completo de la edición de Cambridge que, al parecer, se le debió escurrir al quedarse dormido. Estaba abierto por "En un balcón", y advertí aquí y allá pasajes subrayados con lápiz. Después, con una sacudida del barco, se me cayó el libro y salió una hoja de papel llena de diagramas y cálculos. Estaba patente que aquel hombre terrible no era un ignorante, como hubiera podido suponerse dadas sus manifestaciones de brutalidad. De pronto se convertía en un enigma. Cada una de las dos partes de su naturaleza era perfectamente comprensible, pero las dos juntas desorientaban. Yo ya había notado que su lenguaje era correcto, aunque desfigurado a veces por algún ligero descuido. Naturalmente, al hablar con los marineros y cazadores lo plagaba con frecuencia de faltas, lo cual se debía al mismo idioma vernacular; en las pocas frases que había cruzado conmigo se había expresado con claridad y corrección.

La visión que acababa de tener de ese otro aspecto suyo debió animarme, porque resolví hablarle acerca del dinero que había perdido.

-Me han robado -le dije un poco más tarde, cuando le encontré paseando solo por la popa.

-Señor -corrigió, no con dureza, pero sí con seriedad.

-Me han robado, señor -enmendé.

-¿Cómo ha sido? -preguntó.

Entonces le enteré de las circunstancias del incidente, cómo me había despojado de la ropa para que se secara en la cocina y cómo después el cocinero casi me pegó al mencionarle el asunto.

-Raterías -concluyó-, raterías del cocinero. ¿Y no crees que tu vida vale este precio? Además, considéralo como una lección; así aprenderás a tener cuidado de tu dinero. Supongo que hasta ahora lo habrá hecho por ti tu abogado o tu agente de negocios.

Sentí todo el desdén de sus palabras, pero pregunté

-¿Cómo puedo recuperarlo?

-Eso es cosa tuya; ahora no tienes abogado ni agente de negocios, así que habrás de contar contigo nada más. Cuando tengas un dólar, guárdalo bien; un hombre que se deja el dinero en cualquier parte, como tú haces, merece perderlo. Además, has pecado; no tienes derecho a poner la tentación en el camino de tus semejantes, tentaste al cocinero y él cayó. Has puesto, pues, en peligro su alma inmortal. Y a propósito: ¿crees en la inmortalidad del alma?

Los párpados se levantaron perezosamente al hacer la pregunta, y pareció que aquellos abismos se descubrían para mí, para que yo mirara dentro de su alma; pero no fue sino una ilusión. Aunque se crea lo contrario, nadie ha podido penetrar nunca en el alma de Wolf Larsen ni mucho menos ha logrado verla; de esto estoy convencido. Era un alma solitaria, según pude comprender, que jamás se desenmascaraba, aunque en ciertos momentos, muy raros, lo aparentase.

Leo la inmortalidad en sus ojos -respondí, suprimiendo el «señor» y haciendo una prueba que la intimidad de la conversación, según pensé, me autorizaba.

El no se dio por enterado.

Esto quiere decir -repuso- que ves algo que vive, pero que necesariamente no podría vivir siempre.

-Leo más que esto -continué, audazmente.

-Entonces tú lees la conciencia, la conciencia de la vida que vive, pero nada más, no una vida infinita.

¡Con qué claridad discurría y qué bien expresaba sus pensamientos! Después de mirarme con curiosidad, volvió la cabeza hacia barlovento y fijó la vista en el mar color de plomo. Sus ojos se oscurecieron y las líneas de su boca se hicieron más severas y más duras. Evidentemente, estaba de mal humor.

-Entonces, ¿en qué para esto? -preguntó de pronto, volviéndose hacia mí-. Si soy inmortal... ¿por qué? Yo vacilaba. ¿Cómo explicar mi idealismo a este hombre? ¿Cómo expresar con palabras algo sentido, algo parecido a los sonidos que se oyen en sueños, algo que convence aun prescindiendo de las excelencias del lenguaje?

-¿Qué es lo que cree usted, entonces? -dije, llevándole la contraria.

-Creo que la vida es como una espuma, un fermento -respondió prontamente-; una cosa que tiene movimiento y que puede moverse durante un minuto, una hora, un año o cien años, pero que al fin cesará de moverse. El grande se come al pequeño, para poder continuar moviéndose; el fuerte al débil, para conservar la fuerza. El afortunado se come la mayor parte, y se mueve más tiempo, eso es todo. ¿Qué te parecen estas cosas?

Dirigió el brazo con un gesto de impaciencia hacia unos cuantos marineros que maniobraban con unas cuerdas en el centro del barco.

-Esos se mueven para que se mueva la materia, se mueven para comer y para poder seguir moviéndose, ahí lo tienes todo. Viven para el estómago, y el estómago existe para ellos. Es un círculo que no tiene salida. Ellos tampoco. Se detienen al fin, ya no se mueven, están muertos.

-Pero sueñan -interrumpí yo-, tienen sueños radiantes, luminosos...

-De comida -concluyó sentenciosamente.

-Y de otras cosas...

-¡Comer! Sueñan en tener más apetito y más suerte para satisfacerlo -su voz sonaba dura, monótona-. Porque, fíjate, ellos sueñan en hacer viajes productivos que les reporten más dinero, en llegar a ser segundos en los barcos, en encontrar fortunas... en una palabra, en mejorar de posición para comerse a sus semejantes, en tener buena comida todas las noches y que otros carguen con el trabajo despreciable. Tú y yo somos exactamente como ellos. No hay ninguna diferencia entre ellos y nosotros, como no sea aquella que estriba en tener más comida y mejor. Yo les como a ellos ahora y a ti también; pero en otros tiempos tú has comido más que yo, tú has dormido en lechos mullidos, has vestido ropas buenas y comido buenos alimentos. ¿Quién hizo aquellas camas y aquellas ropas y aquellas comidas? Tú no, tú nunca hiciste nada con tu propio sudor. Tú vives de la fortuna que ganó tu padre; tú eres como la conocida palmípeda que se deja caer sobre las bubias para robarles el pez que han cogido; tú formas parte de una multitud de hombres que han hecho lo que ellos llaman un Gobierno, y que dominan a los demás hombres, que se comen los alimentos que otros hombres han obtenido y que les hubiera gustado comerse ellos. Tú llevas las ropas que calientan; ellos las hicieron, pero van tiritando en sus andrajos y te piden a ti, a tu abogado o al agente de negocios que te administra el dinero, que se las compres.

-Eso no tiene nada que ver con la cuestión -exclamé.

-Ya lo creo -ahora hablaba rápidamente y sus ojos relampagueaban-. Esto es un egoísmo y esto es la vida. ¿De qué sirve o qué sentido tiene la inmoralidad del egoísmo? ¿Qué objeto tiene? ¿Qué dices a todo? Tú no has hecho la comida; sin embargo, lo que tú has comido o desperdiciado hubiese salvado la vida de una veintena de infelices que hicieron la comida, pero no la comieron. Considérate a ti mismo a mí. ¿Qué valor tiene tu ponderada inmortalidad, cuando tu vida discurre mezclada con la mía? Tú quisieras volverte a tierra, que es sitio más favorable para tu clase de egoísmo; yo, en cambio, tengo el capricho de tenerte a bordo de este barco, donde puedo abusar de ti; te doblaré o te romperé, podrás morir hoy, esta semana o el mes que viene y aún podría matarte ahora mismo de un puñetazo, porque eres un miserable alfeñique. Ahora bien; si somos inmortales, ¿qué razón hay para ello? El abusar como tú y yo hemos hecho toda la vida no parece que sea precisamente lo que deben hacer los mortales. De nuevo te pregunto: ¿qué dices a todo esto? ¿Por qué te he retenido aquí?

-Porque usted es más fuerte -conseguí articular.

-Pero, ¿por qué soy más fuerte? -continuó, con sus interminables preguntas-. Porque soy una porción mayor del fermento que tú. ¿Lo ves?

-Esto es para desesperarse -protesté.

-Estoy de acuerdo contigo -continuó-. Entonces ¿por qué nos movemos si el movimiento es vida? Sin moverse y ser una parte del fermento no habría desesperación. Pero, (y en esto está el toque) queremos vivir y movernos aunque no tengamos razón para ello, porque sucede que la naturaleza de la vida es vivir y moverse, querer vivir más. Si no fuera por eso, la vida moriría. A causa de esta vida que hay en ti, es por lo que sueñas en tu inmortalidad; la vida que hay en ti vive y quiere seguir viviendo eternamente. ¡Una eternidad de egoísmo!

De pronto se volvió y se dirigió a popa; se detuvo junto a la toldilla y me llamó.

-Veamos: ¿cuánto te ha sustraído el cocinero? -preguntó.

-Ciento ochenta y cinco dólares, señor.

Asintió con la cabeza. Un momento después, cuando me disponía a bajar la escalera para poner la mesa, le oí en el centro del barco cubrir de improperios a unos hombres.

CAPITULO VI

A la mañana siguiente el temporal había amainado por completo y el Ghost se balanceaba alegremente en un mar ensalmado, sin un soplo de viento. De vez en cuando se notaba, sin embargo, alguna brisa ligera y Wolf Larsen paseaba constantemente por la toldilla, escudriñando el mar por la parte del Nordeste, de cuya dirección debía soplar el gran contraalisio.

Los hombres estaban todos sobre cubierta, ocupados en preparar los botes para la época de caza. Había a bordo siete botes, el pequeño del capitán y los seis que habían de utilizar los cazadores. La tripulación de cada bote la componían tres hombres: un cazador, un remero y un timonel. A bordo de la goleta, estos remeros y timoneles era como los tripulantes. Los cazadores se suponía también que formaban parte de las guardias y estaban siempre a las órdenes de Wolf Larsen.

Todo esto y más había aprendido yo. El Ghost era la goleta más veloz de las flotas de San Francisco y Victoria. En realidad, había sido antes un yate particular, siendo por lo mismo construida con vistas a la velocidad. Aunque no entendía nada de estas cosas, sus líneas y su aspecto lo demostraban claramente. Johnson me hablaba de ella en una breve conversación que sostuvimos durante la segunda guardia de la mañana. Hablaba con un entusiasmo y un amor por una buena embarcación semejantes a los que sienten algunos hombres por los caballos. Estaba muy disgustado con la guardia y he creído comprender que Wolf Larsen tiene una reputación muy mala entre los capitanes de los barcos de caza. Fue la atracción del Ghost la que indujo R Johnson a engancharse para el viaje, pero, al parecer, empezaba a arrepentirse.

Según me dijo, el Ghost es una goleta de ochenta toneladas, de un modelo excelente. Este pequeño mundo flotante que contiene veintidós hombres es un mundo muy pequeño, una mancha, un átomo, y yo me admiro de que los hombres se atrevan a cruzar el mar en barco tan pequeño y tan frágil.

Wolf Larsen tiene fama también de ser muy abandonado en el cuidado del velamen. Sorprendí por casualidad a Henderson y a otro de los cazadores, Standish, un californiano, hablando de esto. Dos años antes durante un temporal en el mar de Bering desarboló al Ghost, después de lo cual se le pusieron los mástiles que ahora lleva, que de todos modos son más fuertes y resistentes.

Todos los hombres de a bordo, excepción hecha de Johansen, que está engreído con su ascenso, parecen buscar una excusa para justificar el haberse embarcado en el Ghost. La mitad de los hombres de proa son marinos de alta mar y su excusa es que no sabían nada acerca del barco ni de su capitán. Otros dicen que los cazadores, aunque tiradores excelentes, son tan conocidos por su tendencia a disputar y cometer canalladas, que no pudieron contratarse en ninguna goleta decente.

He hecho amistad con otro tripulante, llamado Louis. Es irlandés, de Nueva Escocia, rotundo, de rostro jovial muy sociable y aficionado a hablar mientras encuentra quien le escuche. Por la tarde, cuando el cocinero estaba durmiendo abajo y mondaba yo patatas, Louis penetró en la cocina para "pegar la hebra". Explica que se halle a bordo, porque al tiempo de contratarse estaba ebrio. Hace ya doce años que caza focas cada temporada y es considerado como uno de los mejores timoneles de ambas flotas.

-Esta es la peor goleta que pudiste haber elegido, a no estar entonces borracho como yo -dijo siniestramente-. La caza de focas es el paraíso de los cazadores en otros barcos. Ya ha habido un muerto, pero fíjate bien en lo que digo: antes que termine el viaje habrá más. Este Wolf Larsen es un verdadero demonio, y el Ghost será un infierno, como lo ha sido siempre desde que cayó en sus manos. ¿Lo sabré yo? Hace dos años, en Hakodate, tuvo una riña con cuatro de sus hombres y los mató. Me hallaba yo en el Emma, a trescientas yardas de distancia. Y en el mismo año mató a otro hombre. Sí, señor, sí, le mató. Le aplastó la cabeza

como si hubiese sido una cáscara de huevo. El gobernador de la isla de Kura y el jefe de policía, caballeros japoneses, vinieron invitados a bordo del Ghost, acompañados de sus esposas, unas mujercitas pequeñas y lindas como las que pintan en los abanicos. Cuando regresaban a tierra, Wolf Larsen, simulando un accidente dejó a los enamorados esposos en sus sampans. Y una semana después desembarcó a las pobres mujeres en el otro lado de la isla, con la perspectiva de una caminata a través de las montañas, calzadas con las frágiles sandalias de paja que no resistirían más de una milla. ¿Lo sabré yo? Este Wolf Larsen estaba hecho una bestia, la bestia monstruosa mencionada en el Apocalipsis, y de él no puede salir nada bueno. Pero como si no hubiera dicho nada, ¿eh? No he dicho una sola palabra; si se te soltara la lengua, este sería el último viaje del pobre Louis... ¡Wolf Larsen! -gruñó un momento después-. Escucha lo que voy a decirte. Un lobo... eso es, un lobo. No es que tenga el corazón negro como algunos hombres, no, carece de corazón absolutamente. Un lobo, eso es, un lobo exactamente. ¿No te admira lo bien que le va este nombre?

-Pero ¿cómo, conociéndole, encuentra hombres para navegar?

-¿Y cómo es que se encuentran hombres para todo en la tierra y en el mar? -replicó Louis-. ¿Cómo había de hallarme yo a bordo, de no haber estado borracho como un cerdo al estampar mi nombre? Los hay que no pueden navegar en mejor compañía, como los cazadores, y hay otros que nada saben, como estos pobres diablos de proa. Pero ya se enterarán, ya se enterarán, y maldecirán el día en que nacieron. Acuérdate de que no he dicho nada, ¿eh? Ni una palabra... Estos cazadores son unos malvados -continuó diciendo, porque padecía una abundancia oratoria-; pero espera que empiecen a mover escándalos. El les parará los pies, él será quien haga sentir el temor de Dios a estos corazones tan corrompidos. Fíjate en Horner, el cazador que va conmigo, Jock Horner, tan silencioso, con un hablar tan dulce como el de una doncella, pues el año pasado mató al timonel de su pote. Declararon el hecho como un accidente lamentable; pero yo encontré al remero en Yokohema y me lo contó todo. Y ahí está Smoke, ese diablejo moreno, a quien los rusos tuvieron tres años en las minas de sal de Siberia por cazar furtivamente en Copper Island, lugar acotado. Le encadenaron de pies y manos con su compañero, tuvo con éste una reyerta y lo mató, arrojando sus restos al fondo de la mina, hoy un brazo, mañana una pierna, al día siguiente la cabeza, hasta acabar con él.

-¡Pero eso no es posible! -exclamé horrorizado.

-Posible, ¿qué? -replicó rápido como una centella-. ¡Yo no he dicho nada, yo soy mudo, por vida de tu madre! ¡Jamás he abierto la boca si no es para decir cosas buenas de éstos y del otro, cuya alma maldiga Dios y se pudra en el purgatorio diez mil años, para hundirse luego en lo más profundo de los infiernos!

Johnson, el hombre que me frotó hasta arrancarme la piel el primer día que llegué a bordo, parecía el menos equívoco de todos los hombres del barco. En realidad, no había nada equívoco en él; impresionaba por su rectitud y energía, que a su vez se veían moderadas por una modestia fácil de confundir con la timidez. Sin embargo, no era tímido; antes bien, parecía tener el valor de sus convicciones, la certeza de su virilidad. Esto fue lo que le hizo protestar de que le llamaran Yonson cuando nos conocimos. Y sobre esta circunstancia y su personalidad emitió Louis juicios y profecías.

-Es un buen muchacho ese cabeza cuadrada de Johnson que tenemos a proa -dijo-. Es mi remero, el mejor marinero del barco. Tan cierto como la chispa vuela hacia arriba, que llegará a tener disgustos con Wolf Larsen. Eso lo sé yo; lo veo fermentar y crecer como una tormenta en el cielo. Le he hablado como a un hermano, pero no hace caso de avisos ni advertencias. Refunfuña cuando las cosas no le parecen bien, y no faltará algún soplón que vaya a contárselo a Wolf Larsen. Ese lobo es fuerte, y como los lobos odia la fuerza, y eso es lo que descubrirá en Johnson que no quiere someterse, ¡Oh, lo veo venir! Y Dios sabe dónde encontraré otro remero. ¿Sabes qué dice cuando el lobo le llama Yonson? "Pues mí nombre

es Johnson, señor", y después lo deletrea letra por letra. ¡Habrías de haber visto la cara del lobo! Yo creí que le dejaba en el sitio. No lo hizo, pero no te quepa duda que acabará mal; le romperá el corazón a ese cabeza cuadrada, o sé yo muy poco de los hombres de mar.

El cocinero había acabado por ponerse insoportable. Me veía obligado a llamarle "señor" cada vez que le dirigía la palabra. Una de las razones para ello es que Wolf Larsen parecía distinguirle. Es un hecho sin precedentes que un capitán intime con el cocinero; pero así lo hacía Wolf Larsen. Dos o tres veces había introducido la cabeza en la cocina y le había embromado bondadosamente, y aquella tarde charló con él en la toldilla más de quince minutos- Cuando terminaron, Mugridge volvió a la cocina dando muestras de una alegría pegajosa, y al emprender de nuevo el trabajo tarareaba canciones con un falsete tan discordante, que era un tormento para los nervios.

-Yo siempre estoy en buenas relaciones con los oficiales -observó en tono confidencial-. Sé cómo hacerme indispensable. El último capitán que tuve me hacía bajar siempre a la cabina para charlar un rato y beber una copa como buenos amigos. "Mugridge -me decía-, Mugridge, has torcido tu vocación." "¿Cómo es eso?", decía yo. "Tú debiste haber nacido caballero, y así no hubieras tenido que trabajar para vivir." ¡Así Dios me castigue, Hump, si no decía eso y no me hacía entrar en su propia cabina, cómoda y agradable, a fumar sus cigarros y beber su ron!

Estas confidencias me volvían loco. Jamás voz alguna me había parecido tan odiosa. Su tono untuoso e insinuante, su sonrisa pegajosa y su monstruosa vanidad me atacaban los nervios, hasta tal extremo, que a veces me ponía a temblar. Era positivamente la persona más repugnante y asquerosa con que he tropezado en mi vida. Sus guisos eran de una suciedad indescriptible; y cuando preparaba la comida, me veía obligado a escoger mi parte con gran circunspección, eligiendo del menos sucio de sus guisotes.

Mis manos, que no estaban acostumbradas al trabajo me fastidiaban mucho. Se me pusieron morenas y descoloridas, y la piel estaba tan saturada de mugre, que ni con un estropajo se hubiese podido quitar. Después se me formaban ampollas, sucediéndose en dolorosa e interminable procesión, y me produje una enorme quemadura en el antebrazo al perder el equilibrio en un movimiento del barco y caerme encima de la cocina económica. Por otra parte, la rodilla no mejoraba ni disminuía la hinchazón y la rótula continuaba de canto. Lo que yo necesitaba, si es que había de curarme, era reposo y no andar cojeando de la mañana a la noche sin parar.

¡Reposo! Hasta entonces no había conocido el significado de esta palabra. Toda mi vida había estado reposando sin enterarme. Y ahora el poder sentarme media hora y no hacer nada, ni siquiera pensar, me hubiera parecido la cosa más deleitable del mundo. En cambio esto era para mí una revelación. En lo sucesivo podría apreciar la vida de la gente que trabaja. Yo no imaginaba que el trabajo fuese una cosa tan horrible. Desde las cinco y media de la mañana hasta las diez de la noche soy el esclavo de todo el mundo, sin tener un momento para mí, excepto los que puedo escamotear cerca del final de la segunda guardia de la mañana. Si me detengo un instante a contemplar el mar que centellea bajo el sol, a mirar a un marinero trepar hasta la vela de cangreja o subir por el bauprés, tengo la seguridad de oír la voz odiosa que dice: "Eh, Hump, no te entretengas, que te estoy viendo".

Hay señales de agitación en la bodega y se murmura que Smoke y Henderson han reñido. Este último, un sujeto calmoso y difícil de excitar, parece el mejor de los cazadores, pero al fin habrán logrado hacerle perder la calma, porque Smoke llevaba un ojo contuso y amoratado, y cuando entró en la cabina para cenar tenía un aspecto particularmente sospechoso.

Antes de cenar precisamente, sucedió algo cruel que confirma la dureza e insensibilidad de estos hombres, Entre los tripulantes hay un novato, llamado Harrison, muchacho campesino, torpe, dominado, creo yo por el espíritu de aventuras y que hace su

primer viaje. Con el airecillo la goleta había virado mucho de borda, y cuando esto ocurre, se pasan las velas de un lado a otro y se manda a un hombre a lo alto para volver la gavia de sobremesana. Al parecer, una vez estuvo Harrison arriba, la vela se atascó a la garrucha por la que corre al extremo del botalón. Había dos maneras de librarla, según entendí yo; la primera arriando el trinquete, lo cual era relativamente fácil y nada peligroso y la otra trepando por las drizas del penol hasta la punta del botalón, acción ésta sumamente arriesgada.

Johansen dijo a Harrison que subiera por las drizas. El muchacho se veía claramente que tenía miedo, y tenía motivos sobrados, pues había de trepar por aquellas cuerdas delgadas y movedizas a una altura de ochenta pies. De haber soplado un viento constante, hubiese sido menos difícil; pero el Ghost se balanceaba con las velas lacias en un mar tranquilo y a cada vaivén la lona aleteaba y las drizas se aflojaban y tendían. Hubieran lanzado a un hombre con la misma facilidad que un latigazo sacude a una mosca.

Harrison oyó la orden y comprendió lo que de él se exigía, pero vaciló. Probablemente era la primera vez en su vida que subía allá arriba. Johansen, que copiaba las maneras imperativas de Wolf Larsen, se destapó con una rociada de insultos y juramentos.

-Basta ya, Johansen -dijo Wolf Larsen bruscamente-. Te participo que el único que jura aquí en el barco soy yo; si necesito ayuda ya te avisaré.

-Sí, señor -reconoció el segundo humildemente.

Entretanto, Harrison había empezado a subir por las drizas. Yo le observaba desde la puerta de la cocina y le vi temblar de pies a cabeza como si tuviese calentura. Procedía muy lentamente y con precaución, avanzando por pulgadas. Trepaba por los bordes de la vela y como una araña gigantesca se recortaba en el azul pálido del cielo.

Era una ascensión penosa porque el trinquete estaba muy alto, pero las drizas, pasando por varias garruchas del botalón y el mástil, le proporcionaban apoyos, aunque distantes, para pies y manos. La dificultad estribaba en que el viento no era lo bastante fuerte ni constante Para mantener hinchada la vela. Cuando Harrison estuvo a medio camino, el Ghost se inclinó a barlovento y después se hundió de nuevo en la depresión que quedó entre dos olas. El muchacho se detuvo, sosteniéndose con todas sus fuerzas. Desde ochenta pies más abajo distinguía yo la tensión angustiosa de sus músculos al aferrarse dominado por el instinto de conservación. Todo sucedió rápidamente, la vela se vació, el garfio cayó en el centro del barco, y se aflojaron las drizas, que vi ceder bajo el peso del cuerpo de Harrison. El garfio corrió entonces hacia un lado con repentina celeridad, la vela mayor retumbó como un cañonazo y las tres hileras de rizos restallaron en la lona lo mismo que una descarga de fusilería. Harrison se soltó, precipitándose por el aire vertiginosamente; de pronto se detuvo en su caída al tenderse las drizas con un golpe de viento. Aflojó la presión de sus manos, la una se desprendió de su asidero, la otra resistió durante un momento con desesperación y siguió el mismo camino. El cuerpo se lanzó en el vacío, pero él trató de salvarse con ayuda de las piernas, quedando suspendido con la cabeza hacia abajo. Un esfuerzo rápido llevó sus manos a las drizas; pero aún tardó mucho en recobrar la posición anterior y permaneció colgado como un objeto insignificante.

-Apostaría cualquier cosa a que no tiene gana de cenar -oí decir a Wolf Larsen, cuya voz llegó hasta mí por detrás de la cocina-. Apártate, tú, Johansen. ¡Cuidado! ¡Ahí va!

Verdad es que Harrison parecía muy enfermo, como si estuviese mareado, y durante un buen rato quedó suspendido, sin intentar moverse. Johansen, sin embargo, continuaba increpándole violentamente e instándole a que completara su tarea.

-Esto es una vergüenza -dijo Johnson en correcto inglés, pronunciado con dolorosa lentitud. Se hallaba junto al aparejo mayor y no lejos de mí. El muchacho tiene buena voluntad. Si sale de ésta, aprenderá pronto. Pero esto es... -se detuvo un momento, porque la palabra "crimen" era el final de su juicio.

-¡Chist! ¡Cállate! -le dijo Louis por lo bajo-. ¡Por el amor de tu madre, no hables!

Pero Johnson continuó mirando y gruñendo.

-Mira -dijo el cazador Standish a Wolf Larsen-, es mi remero y no quiero perderle.

-Está bien, Standish -replicó-. Es tu remero cuando está en el bote; pero a bordo es mi marinero, y haré con él lo que me dé la gana.

-Pero esto no es razón... -comenzó Standish, ya con violencia.

-Basta ya y será mejor -le aconsejó Wolf Larsen-. Ya te he dicho lo que hay, y valdrá más que lo dejes estar. El hombre es mío, y puedo hacer con él una sopa y comérmelo si tal es mi deseo.

A los ojos del cazador asomó una chispa de cólera, pero se volvió y entró en la escalera de la bodega y desde allí continuó mirando hacia arriba. Ahora se hallaban todos sobre cubierta y con los ojos en alto, donde una vida humana luchaba a brazo partido con la muerte. Era horrible la dureza de estos hombres, a quienes una organización industrial daba autoridad sobre las vidas de otros semejantes. Yo, que siempre había vivido alejado del torbellino del mundo, no había sospechado nunca que este trabajo se efectuara en esta forma. La vida me había parecido siempre una cosa sagrada; pero aquí no tenía ningún valor, era una cifra en la aritmética del comercio. Debo decir, no obstante, que los marineros estaban emocionados, ahí está el caso de Johnson; pero los patronos (los cazadores y el capitán) se mostraban insensibles e indiferentes. Aun la protesta de Standish nacía del deseo de no querer perder a su remero. Si hubiese tenido a mano otro, él, lo mismo que los demás, se hubiese divertido con aquello.

Harrison, a pesar de los insultos y ultrajes que le dirigía Johansen, tardó más de diez minutos en volver en si. Un poco después llegó al extremo del botalón, y allí, a horcajadas sobre la verga, pudo continuar su trabajo con más suerte. Una vez desenredada la vela, quedó libre para volverse y descender lentamente a lo largo de las drizas del mástil. Su posición actual era harto insegura, pero estaba tan enervado, que le repugnaba abandonarla por la otra menos segura sobre las drizas.

Contempló el camino aéreo que debía atravesar y después bajó los ojos hasta la cubierta; los tenía dilatados y fijos y temblaba violentamente. Yo no había visto nunca el espanto reflejarse con tal fuerza en un rostro humano. De un momento a otro estaba expuesto a caerse del botalón y en vano le gritaba Johansen que bajara. Estaba paralizado por el miedo. Wolf Larsen empezó a pasear hablando con Smoke y no volvió a parar mientes en él, aunque una vez gritó el hombre que estaba en el timón

-¡Que pierdes el rumbo, amigo! ¡Ten cuidado, si no quieres que te pase algo!

-¡Ay, señor! -respondió el timonel, haciendo bajar un par de rayos el volante.

Se había apartado de la ruta a fin de que el vientecillo hinchase el trinquete y lo mantuviese en tensión, tratando de ayudar así al infortunado Harrison, aun a riesgo de incurrir en el enojo de Wolf Larsen.

Pasaba el tiempo, y aquella tirantez de nervios era horrible para mí. En cambio, Thomas Mugridge lo consideraba un caso de risa y asomaba continuamente la cabeza por la puerta de la cocina para hacer observaciones jocosas. ¡Cómo le odiaba yo! Y durante aquel rato espantoso mi odio fue creciendo, creciendo hasta alcanzar proporciones gigantescas. Por primera vez en mi vida experimenté el deseo de matar; "lo vi todo rojo", como dicen algunos de nuestros escritores pintorescos. En general, la vida debe ser una cosa sagrada, pero en el caso particular de Thomas Mugridge se convertía en algo verdaderamente profano. Me asusté al darme cuenta de que "veía rojo", y por mi mente cruzó una idea: ¿acabaría yo también por contagiarme de la brutalidad de aquel ambiente? ¿Yo, que aun en los más graves delitos había negado la justicia de la pena capital?

Transcurrió más de media hora, y entonces vi a Johnson y a Louis que sostenían una especie de altercado. Finalmente, Johnson se desasió del brazo del otro, que trataba de

retenerle, y corrió a proa. Atravesó la cubierta saltó al aparejo delantero y comenzó a subir, pero la mirada rápida de Wolf Larsen le sorprendió:

-Eh, tú, ¿a qué subes? -le gritó.

Johnson se detuvo, miró de frente al capitán y contestó lentamente:

-Voy a bajar a ese muchacho.

-¡Lo que has de hacer es bajar de ese aparejo, y aprisa! ¿Oyes? ¡Abajo!

Johnson dudó, pero los largos años de obediencia a los patronos de los barcos vencieron al fin. Descendió a cubierta y continuó hacia la proa.

A las cinco y media bajé a la cabina para poner la mesa, sin saber a punto cierto lo que hacía, porque mis ojos y mi cerebro estaban ocupados con la visión de aquel hombre, pálido y tembloroso como un espectro, montado cómicamente sobre el azotado botalón. A las seis, cuando serví la cena, pasé por la cubierta para ir a la cocina a buscar la comida, y vi a Harrison en la misma postura. En la mesa, la conversación giraba sobre cosas muy distintas; nadie parecía interesarse por aquella vida tontamente comprometida. Algo más tarde hice un viaje extraordinario a la cocina, y tuve la satisfacción de ver a Harrison bambolearse débilmente desde el aparejo a la escotilla del castillo de proa. Al fin, reuniendo todo su valor, había logrado descender.

Antes de terminar este incidente, debo anotar un fragmento de la conversación que sostuve con Wolf Larsen en la cabina mientras lavaba los platos.

-Parecías disgustado esta tarde, ¿qué te pasa? -me dijo.

Yo adiviné que él ya sabía qué era lo que me había puesto casi tan enfermo como al mismo Harrison y que trataba de sonsacarme, y contesté:

-Era a causa del tratamiento brutal de que ha sido objeto aquel muchacho.

Soltó una breve carcajada.

Algo parecido al mareo, me parece. Hay quien tiene propensión a ello.

-No es eso -objeté.

-Es así precisamente -prosiguió-. La tierra está tan llena de brutalidad como el mar de movimiento, y unos hombres enferman en aquélla y otros en éste. He ahí la única razón.

-Pero usted que juega con la vida humana, ¿no le da absolutamente ningún valor?

-¿Valor? ¿Qué valor? -me miró, y aunque su mirada era fija y tranquila, me pareció ver en sus ojos una sonrisa cínica-. ¿Qué clase de valor? ¿Cómo lo mides? ¿Quién se lo da?

-Yo -le respondí.

-Entonces, ¿qué valor tiene para ti? Quiero decir la vida de otro hombre. Di, ¿qué valor tiene?

¿El valor de la vida? ¿Cómo podría yo darle un valor tangible? Yo, que siempre me he expresado con bastante facilidad, carecía de medios de expresión con Wolf Larsen. Después he comprobado que una parte de este fenómeno era debido a la personalidad de aquel hombre, pero que la mayor de ello se debía a nuestros puntos de vista totalmente distintos. Al contrario de otros materialistas con quienes había tropezado y con los cuales tenía alguna comunidad de principios, con él no tenía nada de común. Tal vez fuese también la simplicidad fundamental de su mente lo que me desconcertaba. Se dirigía con tal rectitud a la base del asunto, despojaba siempre la cuestión de todos los detalles superfluos y con tal decisión, que yo creía estar luchando en un mar sin fondo. ¿El valor de la vida? ¿Cómo contestar a una pregunta tan inesperada? Para mí era tan evidente que la vida tenía valor intrínseco, que jamás lo había puesto en duda; así que cuando recusó al axioma, me quedé sin saber qué contestar.

-Ayer hablamos de esto -dijo-. Yo sostenía que la vida era un fermento algo espumoso que devoraba vida para poder vivir, en fin, que la vida era meramente el egoísmo afortunado. De las cosas sujetas a ofertas y demanda, la vida es la más barata del mundo. Hay una cantidad limitada de agua, de tierra, de aire, pero la vida que está pidiendo nacer es ilimitada.

La vida es de una prodigalidad infinita. Púja te en el pez y en los millones de huevos que produce. Sin ir tan lejos, fíjate en ti, en mí. Nosotros llevamos el germen de millones de vidas. Si pudiésemos hallar tiempo y oportunidad para utilizar todas las partículas de vida futura que hay en nosotros, podríamos convertirnos en padres de naciones y poblar continentes. ¿La vida? ¡Bah! No tiene valor alguno; entre las cosas baratas, es la más barata. Se ofrece por todas partes. La Naturaleza la vierte con mano pródiga. En el lugar de una vida siembra mil, la vida devora a la vida, prevaleciendo la más fuerte y la más egoísta.

-Usted ha leído a Darwin -dijo-, pero le ha leído sin comprenderle si deduce que la lucha por la existencia sanciona la loca destrucción de la vida.

Se encogió de hombros.

-Tú únicamente relacionas esto con la vida humana, porque en cuanto a los animales, a las aves y a los peces, destruyes tantos como cualquier otro hombre; pero la vida humana no es en modo alguno diferente, aunque tú lo sientes así y creas que razonas sus causas. ¿Por qué habría de ser yo parco con esta vida que es barata y no tiene ningún valor? Hay más marineros que barcos para ellos en el mar, más obreros que fábricas y máquinas para emplearlos- Bueno; tú que vives en tierra, sabes que relegáis a la gente pobre a los barrios infectos, que dejáis que el hambre y la peste se ceben en ellos, y que, a pesar de esto, siempre queda gente pobre que desea un mendrugo de pan y un pedazo de carne (que es vida destruida), y de los que no sabéis qué hacer-

Se dirigió hacia la escalera, pero volvió la cabeza para decir la última palabra:

-¿No sabes que el valor que tiene la vida es el que la misma vida se atribuye? Y se valúa con exceso, ya que por necesidad se la previene en favor de ella misma. Fíjate en el hombre que tenia yo allá arriba. Se sostenía como si hubiese sido un objeto precioso, un tesoro de más valor que diamantes y rubíes- ¿Por ti? No ¿Por mí? De ninguna manera- ¿Por él? Sí- Pero yo no acepto su apreciación. Se encarece a sí mismo de un modo lamentable- Hay vida en abundancia que no pide sino nacer. Si llega a caerse y a verter los sesos como la miel de un panal, para el mundo no hubiese sido ninguna pérdida; él no vale nada para el mundo La oferta es excesiva- Únicamente tiene valor para sí mismo, y para probar cuán ficticio es aún este valor después de muerto no se da cuenta de que se ha perdido- El solamente se estimaba en más que los diamantes y los rubíes, pero desaparecen los diamantes y rubíes arrastrados por un cubo de agua de mar y ni siquiera sabe que han desaparecido- Por tanto, no pierde nada, si con la pérdida de sí mismo pierde el conocimiento de la pérdida- ¿Lo ves? Y ahora, ¿qué tienes que decir a esto?

-Que, cuando menos, es usted consecuente -fue todo lo que pude decir, y continué lavando los platos.

CAPITULO VII

Al fin, después de tres días de vientos variables, teníamos el contraalisio del Nordeste. Subí a cubierta tras una noche de reposo, a despecho de mi pobre rodilla, y encontré al Ghost corriendo con todas las velas desplegadas, excepto los foques, e impelido por un vientecillo de popa. ¡Oh, la maravilla del gran contraalisio! Navegamos todo el día y toda la noche y el día siguiente y el otro, día tras día, soplando siempre fuerte y constantemente el viento de popa. La goleta navegaba sola; no había necesidad de tirar de velas y jarcias, no había que mudar de sitio las gavias; los marineros no tenían más trabajo que el de gobernar. Cada día aumentaba el calor sensiblemente. De seis a ocho de la mañana, los marineros subían a cubierta desnudos y se rociaban unos a otros con cubos de agua. Ya empezaban a verse peces

voladores, y durante la noche los hombres que estaban de guardia arriba, trataban de alcanzar a los que caían sobre la cubierta. Luego, debidamente sobornado, Thomas Mugridge los freía, embalsamando la cocina con tan delicioso aroma; otras veces servían en todo el barco carne de delfín, y Johnson, desde el extremo del bauprés, contemplaba la sorprendente belleza.

Johnson parece invertir todo el tiempo que le queda libre allí o arriba, en la cruz, para mirar al Ghost hender las aguas, bajo la presión de las velas. En sus ojos hay pasión, adoración, va de un lado a otro como un sonámbulo, contempla extasiado las velas hinchadas, la estela espumosa, las palpitaciones del barco y su carrera sobre las olas que avanzaban con nosotros en procesión majestuosa.

Los días y las noches son «toda una maravilla y un deleite violento" y a pesar de que mi horrible trabajo me deja poco tiempo, le robo algunos momentos para contemplar la gloria infinita de la que nunca imaginé pudiera estar el mundo poseído. Arriba, el cielo es de un azul inmaculado, azul como el mismo mar, el cual, bajo la gorja, tiene los reflejos del raso celeste. Cerrando el horizonte hay vellones de pálidas nubes Inmutables y quietas, que sirven de estuche a la uniforme turquesa del firmamento.

-Siempre perdurará en mí el recuerdo de esta noche que en vez de dormir me había recostado en el castillo de proa y miraba los rieles de espuma que abría el Ghost. Su sonido traía a la memoria el murmullo de una fuente al borbotar sobre las piedras y musgos de un arroyo; aquella cantilena me hizo olvidar mi condición y el sitio en que me hallaba, hasta el extremo que ya no fui Hump el grumete, ni Van Weyden, el hombre que durante treinta y cinco años había soñado entre libros. Pero una voz detrás de mí, la inconfundible voz de Wolf Larsen, fuerte, con la seguridad invencible del hombre y dulce al dar su justo valor a las palabras que citaba, me sacó de mi ensimismamiento

¡Oh ardientes noches tropicales,
en que la estela es una cinta de luz
que retiene la tibia dulzura del cielo,
y la proa poderosa hiende el solar sembrado de planetas
que la ballena medrosa marca con su pasión!
El sol une sus láminas, ¡oh doncella!,
y el rocío pone las cuerdas en tensión;
pero nosotros avanzamos por el antiguo sendero,
nuestro sendero, el sendero del Más Allá,
nos inclinamos hacia el Sur por el Largo Sendero...
el camino que es siempre nuevo.

-¡Eh, Hump! ¿Qué te parece? -dijo después de la pausa que las palabras y la situación requerían.

Le miré a la cara, que resplandecía como el mismo mar, y sus ojos fulguraban a la luz de las estrellas.

-Me parece singular, por no decir otra cosa, que pueda usted mostrar entusiasmo -respondí fríamente.

-¿Por qué, hombre, si esto es la vida? ¡Es la vida! -exclamó.

-Que es una cosa barata y sin valor alguno -repliqué con sus propias palabras.

Se rió, y aquélla fue la primera vez que oí vibrar su voz con una alegría sincera.

-¡Oh, no puedo hacerte comprender, no puedo meterte en la cabeza lo que es la vida! Por supuesto, la vida no tiene valor, excepto para ella misma. De la mía sé decirte que ahora precisamente es cuando vale mucho... para mí. No tiene precio, por lo que no dejarás de

comprender que es apreciarla en demasía; pero no puedo evitarlo, porque es la vida que hay en mí la que le da valor.

Parecía buscar las palabras con que expresar el pensamiento, y al fin prosiguió

-Mira; me siento elevado de una manera extraña, como si el tiempo repercutiera en mí, como si fuesen míos todos los poderes. Conozco la verdad, distingo lo bueno de lo malo, mi visión es clara y lejana, casi podría creer en Dios. Pero -cambió su voz y desapareció el fuego de su mirada-, ¿a qué es debido este estado mío, esta alegría de vivir, este triunfo de la vida, esto que bien podría llamarse inspiración? Pues no es más que la consecuencia de una perfecta digestión, y ocurre cuando el estómago se halla en buenas condiciones y el apetito tiene un límite y todo marcha bien. Es la seducción de la vida, el champaña de la sangre, la efervescencia del fermento... es lo que inspira a algunos hombres ideas santas, y hace que otros vean a Dios o crean en él cuando no puedan verle. Eso es todo, la embriaguez de la vida, la excitación y el movimiento de la espuma, la cháchara de la vida que enloquece al saber que vive. Y... ¡bah! Mañana lo pagaré todo, como lo paga el borracho. Y sabré que he de morir en el mar probablemente, que cesará mi movimiento propio para confundirse con el movimiento de la corrupción del mar; serviré de alimento, me convertiré en carroña, entregaré toda la fuerza y movimiento de mis músculos para que se convierta en fuerza de aletas y escamas en los intestinos de los peces. ¡Bah! El champaña ya es Insípido. Han desaparecido las chispas y las burbujas, ya es una bebida sin sabor.

Me dejó tan de repente como había venido, saltando a la cubierta con la ligereza y suavidad del tigre. El Ghost continuaba su camino. Advertí que el murmullo del agua se parecía mucho a un ronquido, y al escucharlo, el efecto de la rápida transición de Wolf Larsen, desde los transportes sublimes hasta la desesperación, se fue esfumando lentamente. Entonces en el interior del barco se elevó una hermosa voz de tenor, de algún marinero probablemente, entonando la Canción del alisio:

¡Oh, soy el viento que el marino ama...
soy constante, fuerte y sincero;
siguen mi rumbo cual las nubes en lo alto,
por el azul insondable de los trópicos!...

De día y de noche sigo el ladrido,
conservo su ruta lo mismo que un perro.
Al mediodía es mayor mi fuerza,
pero bajo la luna también pongo en tensión la vela.

CAPITULO VIII

Muchas veces creo que Wolf Larsen está loco o al menos medio loco, tales son sus cambios de humor y extravagancias. Otras veces imagino que es un gran hombre, un genio fracasado, pero finalmente me he convencido de que es el prototipo del hombre primitivo, nacido mil años o generaciones demasiado tarde, constituyendo un anacronismo en este siglo cumbre de la civilización. Es, sin duda alguna, un individualista del tipo más pronunciado, y no solamente esto, sino que está muy aislado. No hay ninguna afinidad entre él y los demás hombres de a bordo. Su formidable virilidad y fuerza mental lo mantienen aparte; él los considera más bien como nifios, y como niños los trata, aun a los cazadores, descendiendo por fuerza hasta su nivel y jugando con ellos como si fueran cachorrillos. Y si no, les sondea

con la crueldad de un disector, sigue sus procesos mentales y examina sus almas como si quisiera conocer la materia de que están formadas.

En la mesa le he visto varias veces insultar, ora a un cazador, ora a otro, con mirada fría y tranquila, y observar al mismo tiempo sus acciones, sus respuestas o sus enojos pueriles, con cierto interés o curiosidad casi ridículos para mí, que era un espectador y lo comprendía. En cuanto a sus propios enfurecimientos, tengo la seguridad de que no son reales, que a menudo son experimentos, pero en su mayor parte proceden de la costumbre, de una actitud que ha creído conveniente adoptar con sus semejantes. Sé que con la posible excepción del incidente de la muerte del segundo, no le he visto verdaderamente enojado; no es que desee tampoco presenciar uno de sus momentos de genuino furor en que todas sus energías deben entrar en funciones.

Por lo que respecta a la cuestión de sus extravagancias, voy a relatar lo que le aconteció a Thomas Mugridge en la cabina y así completaré un incidente al que ya me he referido en otras ocasiones.

Cierto día, terminada la comida de las doce y cuando acababa yo de poner en orden la cabina, Wolf Larsen bajó la escalera en compañía de Thomas Mugridge. Aunque el cocinero tiene su madriguera en un departamento que comunica con la cabina, nunca se atreve a entretenerse o dejarse ver por allí y sólo un par de veces al día la cruza rápidamente, como un tímido espectro.

-Así, pues, sabes jugar al "Nap" iba diciendo Wolf Larsen con una entonación alegre en la voz-. Debí suponerlo en un inglés. Yo lo aprendí en los barcos Ingleses.

Thomas Mugridge estaba a su lado, estúpidamente satisfecho, encantado de ver que el capitán le trataba como a un camarada. Su petulancia y los esfuerzos que hacía al querer moverse con el desembarazo propio de gentes bien nacidas, hubieran sido insoportables de no haber sido ridículas. Mi presencia le pasó por completo desapercibida, aunque aseguraría que se hallaba simplemente imposibilitado de verme. Sus ojos claros, deslavazados, flotaban como olas indolentes de verano, pero las visiones de bienaventuranzas que pudiesen vislumbrar estaban fuera del alcance de mi imaginación.

-Trae la baraja, Hump -ordenó Wolf Larsen cuando se sentaban a la mesa-. Y saca también los cigarros y el whisky, que encontrarás en mi camarote.

Volví con las cosas requeridas, a tiempo para oír cómo el cocinero insinuaba groseramente que en su vida debía haber algún misterio, que debía ser fruto del error de algún caballero o algo por el estilo, y también que había sido alejado de Inglaterra, y ahora le pagaban a fin de que no volviese por allá.

-Y bien pagado, señor -decía-, bien pagado para que eche el ancla y me esté quieto.

Yo había traído las copas de licor usuales, pero Wolf Larsen frunció el ceño, movió la cabeza y me indicó con la mano que trajera los vasos grandes. Llenó dos tercios de éstos de whisky, puso "una bebida de caballeros", según dijo Thomas Mugridge, y brindaron por el glorioso juego del "Nap", luego encendieron cigarros y empezaron a barajar y repartir las cartas.

Jugaban dinero, aumentaban las cantidades de las apuestas y bebían whisky, se lo acabaron todo y traje más. Ignoro si Wolf Larsen haría trampas, de lo cual era muy capaz, pero el caso es que ganaba constantemente. El cocinero hacía frecuentes viajes a su camarote en busca de dinero, y cada vez lo realizaba con mayor jactancia, pero sin traer nunca más que unos dólares. Según crecía su borrachera aumentaba también su familiaridad, y apenas podía sostener las cartas o mantenerse erguido. Antes de emprender otro viaje a su camarote clavó un dedo grasiento en el ojal de Wolf Larsen y reiteró estúpidamente varias veces: "Tengo dinero, ya le dije que tengo dinero, y que soy el hijo de un caballero".

Wolf Larsen continuaba impasible, y eso que bebía vaso tras vaso y los suyos quizá fuesen los más llenos. No se operaba ningún cambio en él, ni siquiera parecía divertirse con las payasadas del otro.

Finalmente, el cocinero, afirmando en alta voz que podía perder como un caballero, apostó el último dinero y lo perdió, después de lo cual apoyó la cabeza en las manos y se puso a llorar. Wolf Larsen le observaba con curiosidad, como si quisiera escudriñar en su interior; después cambió de parecer, cediendo probablemente a la conclusión de que nada había que hacer allí.

-Hump -me dijo con exagerada cortesía-, ten la bondad de coger a míster Mugridge del brazo y acompáñale a cubierta, no se encuentra muy bien. Y di a Johnson que le vierta unos cuantos cubos de agua salada por encima.

Esto último lo dijo en voz baja, para que sólo pudiera oírlo yo.

Dejé a Mugridge en la cubierta en manos de dos marineros malhumorados que habían sido llamados para el caso. Mugridge, medio adormecido, seguía tartajeando que era hijo de un caballero; pero cuando bajé la escalera para limpiar la mesa, le oí chillar bajo la impresión del primer cubo de agua.

Wolf Larsen contaba las ganancias.

-Ciento ochenta y cinco dólares justos -dijo en voz alta-. Precisamente lo que yo me figuraba. El miserable llegó a bordo sin un centavo.

-Lo que usted ha ganado es mío, señor -dije audazmente.

Me favoreció con una sonrisa burlona.

-En mi época, Hump, estudié gramática -dijo-, y me parece que has confundido los tiempos. "Era mío", debiste haber dicho, no "es mío".

-Esto no es una cuestión de gramática sino de ética -respondí.

Transcurrió un minuto antes de que volviese a hablar.

-Mira, Hump -dijo con una alegre seriedad que encerraba un dejo indefinible de tristeza-, ésta es la primera vez que oigo la palabra "ética" en labios de un hombre. Tú y yo somos los únicos de a bordo que conocemos su significado... Hubo una época en mi vida -continuó después de otra pausa en que soñé que algún día hablaría yo con hombres que usaran este lenguaje, que podría elevarme del lugar de la vida en que había nacido y discutir y mezclarme con gentes que hablaran precisamente de cosas tales como la ética. Esta es la primera vez que oigo pronunciar la palabra, lo cual tiene poca importancia porque estás en un error. No es una cuestión de gramática ni de ética, sino de hecho.

-Ya comprendo -dije-. El hecho es que usted tiene el dinero.

Se le avivó el semblante y pareció satisfecho de mi perspicacia.

-Pero esto es esquivar la verdadera cuestión -continué yo-, se trata de un hecho de justicia.

-¡Ah! -observó haciendo un gesto con la boca-, por lo que veo, ¿sigues creyendo en esas cosas de justicia e injusticia?

-Pero, ¿usted no? ¿No cree usted en eso?

-De ninguna manera. Fuerza es razón y no hay más; la debilidad es culpa, lo cual es un pobre sistema para decir que el ser fuerte es bueno en sí mismo, como por la propia causa es malo ser débil, o mejor aún, el ser fuerte es agradable porque es provechoso y el ser débil es doloroso como lo es un castigo. Ahora precisamente, le posesión de este dinero es una cosa agradable, siempre es bueno tener dinero, y pudiendo poseerlo cometería una injusticia conmigo mismo y con la vida que hay en mi si te lo diera y renunciara al placer de poseerlo.

-Pero reteniéndolo comete una injusticia conmigo -repliqué.

-No lo creas; un hombre no puede hacer injusticias a otro hombre. Sólo puede ser injusto consigo mismo. Según mi manera de ver, yo cometo siempre una injusticia cuando considero los intereses de los demás. ¿No lo comprendes? ¿Cómo pueden ser injustas dos

partículas del fermento al luchar por devorarse mutuamente? Es una herencia innata este hecho de devorar y no ser devorado. El que renuncia a ello, peca.

-Entonces, ¿usted no cree en el altruismo? -pregunté.

Escuchó la palabra como si fuese un sonido conocido, pero meditó sobre ella profundamente.

-Espera; significa algo así como cooperación, ¿no es eso?

-Bueno; en cierto modo, viene a ser una especie de conexión -contesté, sin sorprenderme esta vez ente estas lágrimas de su vocabulario, el cual, lo mismo que sus conocimientos, era producto de la instrucción de un hombre que se ha educado a sí mismo, cuyos estudios nadie ha dirigido y que ha pensado mucho y ha hablado poco o nada-. Una acción altruista es la que se realiza para el bienestar de otros. Es una acción desinteresada por oposición a otra realizada en bien de uno mismo, lo cual es el egoísmo.

Asintió con la cabeza.

-¡Oh, sí! Ahora lo recuerdo, lo encontré en una obra de Spencer.

-¡Spencer! -exclamé-. ¿Le ha leído usted?

-No mucho -declaró-. Comprendí bastantes de sus Primeros principios, pero su Biología está fuera de mí alcance y su Psicología me dejó en suspenso por muchos días. Confieso honradamente que no pude comprender adónde se dirigía. Lo atribuí a deficiencia mental por mi parte, pero después me he convencido de que era falta de preparación. Carecía de una base apropiada, y sólo Spencer y yo sabemos cuánto machaqué. De sus Datos de ética entresaqué algo; allí es donde tropecé con la palabra "altruismo", y ahora recuerdo cómo la empleaba.

Me preguntaba yo qué fruto habría sacado este hombre de una obra semejante. Recordaba lo bastante a Spencer para saber que el altruismo era imperativo para su ideal de conducta elevada. Wolf Larsen había evidentemente cribado las enseñanzas del gran filósofo, desechando y escogiendo de acuerdo con sus necesidades y deseos.

-¿Qué más encontró usted? -pregunté.

Frunció un poco las cejas con el esfuerzo mental para expresar convenientemente pensamientos que jamás había traducido en palabras. Sentí que mi espíritu se exaltaba. Estaba practicando un tanteo en su alma, lo mismo que hacía él con el alma de los demás. Estaba explorando un territorio virgen. Ante mis ojos se desarrollaba una región extraña, terriblemente extraña.

-Empleando la menor cantidad posible de palabras -comenzó-, Spencer lo expone de esta manera: Primero, un hombre debe obrar en beneficio propio, hacerlo así es ser moral y bueno. Después debe obrar en beneficio de sus hijos, y en último término debe obrar en beneficio de la raza.

-Y la conducta más justa, más noble y elevada -le interrumpí yo- es aquella acción que beneficia al mismo tiempo al hombre, a sus hijos y a la raza.

-Yo no sostendría eso -replicó-. No veo la necesidad de ello ni es de sentido común. Yo suprimo la raza y los hijos; para ellos no sacrificaría nada. Eso es precisamente muy dulce y sentimental, y debes comprenderlo tú mismo, así es al menos para un hombre que no cree en la vida eterna. Teniendo la inmortalidad por delante, el altruismo sería la proposición de pago de un negocio. Podría elevar mi alma a toda suerte de alturas. Pero, sin tener ante mí otra cosa eterna más que la muerte, dada la corta duración del movimiento de este fermento que se llama vida, sería una inmoralidad ejecutar ninguna acción que representara un sacrificio. Cualquier sacrificio que me hiciese perder una sola vibración de este movimiento sería una tontería, y no solamente una tontería, sino una injusticia para conmigo mismo y además una cosa inicua. No debo perder un latido, si quiero sacar el mayor producto del fermento. La eterna inmovilidad que me espera no se hará más cómoda o más dura con los sacrificios o los egoísmos del tiempo en que habré sido fermento palpitante.

-Entonces usted es un individualista, un materialista, y lógicamente un hedonista

-Estas son palabras fuertes -dijo, sonriendo-. Pero ¿qué es un hedonista?

Cuando hube dado la definición, movió la cabeza aprobando.

-Y además -continué-, ¿es usted hombre a quien se pudiera confiar la cosa más insignificante donde hubiese posibilidad de que interviniese un interés egoísta?

-Ahora empiezas a comprender -dijo con viveza.

-¿Es usted un hombre que carece absolutamente de lo que el mundo llama moralidad?

-Eso es.

-¿Un hombre a quien hay que temer siempre...

-Así es precisamente.

-...como se teme a una serpiente, a un tigre o a un tiburón?

-Ahora me conoces -dijo-, y me conoces como soy generalmente conocido. Otros hombres me llaman "lobo".

-Usted es una especie de monstruo -añadí audazmente-. Calibán, a quien ha ponderado Setebos, obra lo mismo que usted en momentos de ocio, dejándose llevar por el capricho y la fantasía.

Su frente se ensombreció con la alusión. No la comprendió, y pronto entendí que no conocía el poema.

-Precisamente estoy leyendo a Browning -confesó-, y es muy fuerte. Aún estoy al principio y ya he perdido la paciencia.

Para no hacerme pesado, diré que traje el libro de su camarote y leí Calibán en voz alta. Estaba encantado. Aquélla era una manera primitiva de razonar y observar cosas que comprendía a fondo. Me interrumpía una y otra vez con comentarios y criticas. Cuando terminé, me lo hizo leer dos veces más. Nos pusimos a discutir filosofía, ciencia, evolución y religión. Revelaba la incorrección del hombre que ha aprendido solo, y al propio tiempo, fuerza es reconocerlo, la seguridad y rectitud de la inteligencia primitiva. La misma sencillez de sus razonamientos constituía su fuerza, y su materialismo era mucho más contundente que el sutil y complejo de Charley Furuseth. No es que yo, un convencido, según expresión de Furuseth, un idealista por temperamento, fuese a convencerme; pero ese Wolf Larsen asaltó los últimos baluartes de mi fe con un vigor que imponía respeto, por no decir convicción decidida.

Pasaron las horas; se acercaba el momento de cenar y la mesa no estaba puesta. Empecé a estar inquieto y agitado, y cuando Thomas Mugridge, desde lo alto de la escalera, me dirigió miradas de indignación, con el rostro pálido de coraje me dispuse a cumplir con mi obligación. Pero Wolf Larsen gritó.

-Cocinero, esta noche habrás de apretar; estoy ocupado con Hump, y procura arreglarte como puedas sin él.

Y de nuevo sucedió una cosa sin precedentes. Aquella noche me senté a la mesa con el capitán y los cazadores, mientras Thomas Mugridge nos servía y después lavaba los platos, debido todo ello a un capricho de Wolf Larsen, semejante a los de Calibán, y que, según me parecía, iba a ocasionarme disgustos. Durante este tiempo hablamos largamente, con gran contrariedad de los cazadores, que no entendían una palabra

CAPITULO IX

Tres días de descanso, tres benditos días de descanso gocé al lado de Wolf Larsen, durante los cuales comí a la mesa de la cabina y no hice otra cosa que discutir sobre la vida,

la literatura y el universo, en tanto que Thomas Mugridge, colérico y furioso, ejecutaba mi trabajo al mismo tiempo que el suyo.

-Cuidado con irritarle, y no te digo más -me advirtió Louis, un rato que estuvimos hablando sobre cubierta, mientras Wolf Larsen se hallaba ocupado resolviendo una pendencia entre marineros.

-Es imposible prever los acontecimientos -prosiguió Louis, respondiendo a mis requerimientos de una información más precisa. Ese hombre es tan contradictorio como las corrientes de agua o de aire. Nadie es capaz de adivinar jamás lo que se propone. Con él ocurre que crees conocerle bien, y piensas que a su lado te empuja una brisa favorable; pero de pronto se vuelve y se te echa encima como un huracán, rasgando todas tus velas y haciéndolas pedazos.

Así fue que no me sorprendió grandemente cuando estalló sobre mi cabeza la cólera presagiada por Louis. Wolf Larsen y yo habíamos sostenido una discusión acalorada -sobre la vida, por supuesto- y en un arranque de temeridad yo había emitido juicios severos acerca de él y de su vida. En realidad, lo que había hecho era sondarle y volverle el alma del revés, tan por completo y con la misma malignidad que él usaba con los demás. Probablemente mi manera de hablar incisiva es una de mis debilidades; pero aquel día, lanzando a los vientos toda prudencia, corté y desmenucé, hasta que conseguí ponerle como una fiera. Con la ira, el oscuro bronceado de su cara se puso negro y sus ojos se convirtieron en dos ascuas. De ellos había huido la razón y la serenidad, dejando lugar a la furia terrible de la locura. Había quedado al descubierto el lobo que había en él, pero este lobo estaba enloquecido.

Se me echó encima con un rugido sordo y me atenazó el brazo. Yo, aunque temblando interiormente de miedo, me había revestido de ánimo para hacerle frente, mas el vigor formidable de aquel hombre era superior a mi fortaleza. Me asió fuertemente por el bíceps con una sola mano y cuando aumentó la presión no pude resistir más y lancé un alarido. Levanté los pies del suelo, pues era imposible conservar la posición vertical y soportar aquella agonía. El dolor era demasiado intenso para que los músculos obedecieran a mi voluntad; me había machucado el bíceps como una pulpa.

Entonces pareció recobrarse, porque a sus ojos asomó un destello de lucidez y aflojó la presa con una risa breve que más parecía un gruñido. Caí al suelo completamente extenuado y él se sentó, encendiendo un cigarro y vigilándome como vigila el gato al ratoncillo. Al volver la cabeza, hallé en su mirada aquella curiosidad que ya había observado con tanta frecuencia, aquella extrañeza, aquella investigación, aquella interrogación eterna acerca de todo lo existente.

Finalmente, me levanté como pude y subí las escaleras. Había concluido el bienestar y ya no me quedaba otro remedio que volver a la cocina. Tenía el brazo izquierdo entumecido, como paralizado, y tardé muchos días en poder hacer uso de él; pero entes de que desapareciera el dolor y el envaramiento transcurrieron varias semanas; y hay que tener en cuenta que no había hecho sino poner la mano encima de mí brazo y apretar un poco.

No me había sacudido ni hecho violencia alguna, sólo había cerrado la mano con una presión firme. Pero hasta el día siguiente, cuando introdujo la cabeza en la cocina, como queriendo restablecerme en su gracia y preguntándome por el estado de mí brazo, no comprendí el daño que pudo haberme hecho.

-Podría haber sido peor -dijo sonriendo.

Del lebrillo de patatas que estaba yo mondando, cogió una con piel, grande y dura, cerró la mano sobre ella, apretó, y por entre los dedos chorreó la patata hecha una papilla. Volvió a tirar el resto de la pulpa en el lebrillo y se fue, con lo cual tuve una rápida visión de lo que hubiese sucedido si aquel monstruo llega a usar toda su fuerza conmigo.

A pesar de todo, aquellos tres días de descanso me habían sentado bien, pues había proporcionado a mí rodilla el reposo de que estaba tan necesitada. Me encontraba mucho

mejor, la hinchazón había disminuido sensiblemente y la rótula parecía descender y volver a su sitio. Pero los tres días de descanso trajeron consigo también los disgustos que había previsto yo. La intención de Thomas Mugridge de hacérmelos pagar era bien manifiesta. Me trataba vilmente, me maldecía a todas horas y me acumuló su propio trabajo; aún hizo más; se aventuró a levantarme la mano, pero yo, que ya empezaba a embrutecerme, le enseñé los dientes de manera tan terrible que debió asustarle, porque retrocedió. Supongo que no sería muy halagador para mí el aspecto que debía ofrecer yo, Humphrey van Weyden, en aquella hedionda cocina de barco, encogido en un rincón sobre mí tarea y con el rostro levantado hacia aquel ser que estaba a punto de golpearme, mostrándole los dientes con el labio levantado como un perro, los ojos encendidos por el miedo y la impotencia y por el valor que el miedo y la impotencia infunden. No me gusta evocarlo; me recuerda con trazos demasiado violentos a una rata cogida en una trampa. No quiero pensar en ello. Fue eficaz, sin embargo, porque el puño suspendido sobre mí no descendió.

Thomas Mugridge retrocedió con una mirada tan llena de odio y tan viciosa como la mía. Eramos dos brutos enjaulados que nos enseñábamos los dientes. Su cobardía le impedía pegarme porque aún no me veía suficientemente abatido; así que buscó otro sistema para intimidarme. En la cocina no había sino un cuchillo, pero como a tal no valía nada. A través de largos años de uso y servicio, la hoja se había ido estrechando. Su aspecto era de una crueldad insólita y al principio temblaba cada vez que tenía que manejarlo. Johansen había prestado una piedra al cocinero y éste procedió a sacar filo al cuchillo. Lo hacía con gran ostentación, dirigiéndome al propio tiempo miradas significativas. Se pasaba el día afilando, en cuanto tenía un momento libre, sacaba la afiladera y el cuchillo, cuya hoja empezaba a tener la finura de una navaja. La probaba en la yema del pulgar y en la uña, se afeitaba los pelos del dorso de la mano, miraba el corte con agudeza microscópica, y siempre encontraba o fingía encontrar alguna ligera desigualdad. Entonces volvía a colocarlo sobre la piedra y a afilar, resultando todo ello tan cómico que de buena gana me hubiese reído a carcajadas; pero al mismo tiempo era aquello muy serio, pues adiviné que sería capaz de usarlo, ya que bajo aquella cobardía, lo mismo que me ocurría a mí, se ocultaba el valor de los cobardes, que le impulsaría a realizar aquello mismo contra lo que protestaba su naturaleza toda y que temía hacer.

-El cocinero afila el cuchillo para Hump- murmuraban los marineros, y algunos hacían chistes sobre ello.

A Mugridge le parecía esto bien y le complacía en extremo, sacudía la cabeza con misteriosa y cruel presciencia, hasta que George Leach, el antiguo grumete, aventuró algunas bromas groseras sobre este sujeto.

Ahora bien; este Leach era uno de los marineros que subieron a remojar a Mugridge después de haber jugado a las cartas con el capitán, y evidentemente había llevado a efecto su tarea con un afán que Mugridge no había olvidado, porque a las bromas siguieron palabras e insultos que envolvían con su lodo a todo el linaje. Mugridge amenazaba a Leach con el cuchillo que afilaba para mí, y éste se reía y continuaba con sus pullas propias de la pescadería de Telegraph Hill; pero antes de que él o yo nos hubiésemos dado cuenta, un golpe rápido del cuchillo le había cortado el brazo desde el codo a la muñeca. El cocinero retrocedió con una expresión endiablada en el rostro y sosteniendo el cuchillo ante él en actitud defensiva. Leach, sin embargo, no se inmutó a pesar de que la sangre de su herida caía sobre cubierta con la misma generosidad que el agua de una fuente.

-Ya te cogeré, cocinero -dijo-, y sabrás quién soy yo. No quiero precipitarme, pero cuando te coja procuraré que no tengas ese cuchillo.

Dicho esto se volvió, dirigiéndose a proa tranquilamente. Mugridge estaba lívido de susto por lo que había hecho y por lo que debía esperar más pronto o más tarde del hombre a quien había acuchillado. En cambio, su conducta para conmigo se hizo más feroz que nunca.

A despecho de su miedo y de lo que había de cobarde en su hazaña, comprendía que aquello había sido para mí una lección práctica, y tornóse más insolente y dominante. A la vista de la sangre que habia hecho brotar nació en él un deseo rayano en la locura. Empezaba a ver rojo en cualquier dirección que mirara. La psicología de ello, es, por desgracia, muy enmarañada, y con todo yo leía los procesos de su mente con la misma claridad que en un libro impreso.

Pasaron varios días, durante los cuales el Ghost siguió avanzando impulsado por el contraalisio, y en ellos juraría que la expresión de locura era cada vez mayor en los ojos de Thomas Mugridge. Confieso que empecé a sentir miedo, mucho miedo. De la mañana a la noche estaba afila que afila, y cuando probaba la aguda hoja, la mirada de odio que me dirigía era verdaderamente de un carnívoro. Me daba miedo volverle la espalda, y cuando salía de la cocina lo hacía caminando hacia atrás, con gran regocijo de marineros y cazadores, que se reunían para presenciar mis salidas. La situación era insoportable y había veces que temía perder la razón bajo aquel peso, cosa nada extraña en un barco lleno de locos y brutos. Cada hora, cada minuto de mi existencia, era un peligro. Yo era un alma angustiada, y sin embargo, no había de popa a proa otra que experimentara simpatía suficiente para venir en mi ayuda. A veces pensaba en abandonarme a la compasión de Wolf Larsen, pero la visión del diablo burlón que desde sus ojos interrogaba la vida y despreciaba, me obligaba con fuerza a refrenarme. Otras veces contemplaba el suicidio seriamente y necesitaba de todo el poder de mi filosofía optimista para apartarme de la borda en la oscuridad de la noche.

En varias ocasiones, Wolf Larsen trataba de envolverme en alguna discusión, pero yo le respondía con el mayor laconismo y le eludía. Finalmente, me ordenó que volviera a ocupar mi sitio en la mesa de la cabina por algún tiempo y dejara que el cocinero hiciese mi trabajo. Entonces le hablé francamente, diciéndole lo que Thomas Mugridge me hacía sufrir a causa de los tres días de favoritismo que me habían puesto en evidencia. Wolf Larsen me miró con ojos sonrientes.

-Por lo visto, tienes miedo, ¿eh? -dijo con desdén.

-Sí -contesté valiente y honradamente-, tengo miedo.

-Esto es lo que hacéis vosotros -exclamó casi enojado-. Os ponéis sentimentales con la inmortalidad del alma y teméis a la muerte. A la vista de un cuchillo afilado y de un cocinero cobarde, el apego a la vida se sobrepone a todas vuestras tonterías. En ese caso, querido amigo, quieres vivir eternamente. Eres un dios, y a Dios no se le mata. El cocinero no puede herirte. Estás seguro de resucitar. ¿Qué es lo que temes entonces?

Tienes delante de ti una vida eterna, eres millonario en inmortalidad, y un millonario cuya fortuna no puede perderse porque es tan imperecedera como las estrellas y tan infinita como el espacio o el tiempo. Es imposible que pierdas tu capital. La inmortalidad es una cosa sin principio ni fin. La eternidad, y aunque mueras ahora aquí, volverás a la vida después en algún otro sitio. Es muy hermoso eso de librarse de la carne para que el espíritu aprisionado en ella pueda tender sus alas y remontarse. El cocinero no te puede perjudicar, únicamente puede empujarte hacia el camino que debes hollar eternamente.

Y si ahora no quieres que te empujen todavía, ¿por qué no empujas tú al cocinero? De acuerdo con tus ideas, él también debe ser un millonario en inmortalidad. Tú no puedes arruinarle. Matándole no puedes disminuir la longitud de su vida, porque carece de principio y de fin. Está obligado a seguir viviendo dondequiera y comoquiera que sea. Empújale, pues, clávale un cuchillo y deja su espíritu en libertad. Actualmente se halla en una cárcel inmunda y le harías un señalado favor derribando la puerta. ¿Y quién sabe? Es posible que de un cuerpo tan feo saliera para volar a lo alto un espíritu hermoso. Dale el empujón y te ascenderé a su categoría, y ten en cuenta que gana cuarenta y cinco dólares mensuales.

Bien claro se veía que no podía esperar ayuda ni protección de Wolf Larsen. Debía resolver por mí mismo lo que hubiese de hacer, y con el valor que infunde el miedo decidí combatir a Thomas Mugridge con sus propias armas. Pedí a Johansen una afiladera. Louts, el

timonel del bote, ya me había pedido en otras ocasiones leche condensada y azúcar. El lazareto donde estaban almacenadas estas golosinas se hallaba debajo del entarimado de la cabina.

Aceché la oportunidad y sustraje cinco botes de leche, y aquella noche, cuando Louis hizo la guardia sobre cubierta, se los cambié por un puñal, tan delgado y de aspecto tan cruel coma el cuchillo de cortar la verdura de Thomas Mugridge. Estaba embotado y mohoso, pero Louis le sacó filo mientras yo daba vueltas a la piedra. Aquella noche dormí más ruidosamente que de costumbre.

El día siguiente, después del desayuno, Thomas Mugridge empezó de nuevo a vaciar el cuchillo; yo le observaba prudentemente, porque me hallaba arrodillado quitando la ceniza de la cocina. Cuando volví, después de echarla al agua, estaba hablando con Harrison, cuyo semblante honrado de hombre rústico dilataban el asombro y la fascinación.

-Sí -iba diciendo Mugridge-, y total me condenaron a dos años en Reading. Pero eso maldito lo que importa. El otro estaba bien muerto. Tenías que haberle visto. Le clavé un cuchillo exactamente como éste, que se hundió en su cuerpo como si hubiese sido de manteca. Chillaba como un condenado.

Miró hacia donde yo estaba para ver si me daba por aludido, y prosiguió

-A pesar de sus chillidos, continué persiguiéndole. Le corté a tiras y él chillaba sin parar. Una vez cogió el cuchillo con la mano y cerró los dedos, pero yo tiré de él y le corté hasta el hueso. ¡Oh, puedes creer que era una visión terrible!

Una voz del segundo interrumpió la sangrienta narración, y Harrison se fue a proa. Mugridge se sentó a la entrada de la cocina y siguió afilando el cuchillo. Yo quité la pala del cajón del carbón y me senté encima tranquilamente y de cara a él. Me favoreció con una larga mirada de odio. Con la misma calma, a pesar de que mí corazón latía con violencia, saqué el puñal de Louis y conmencé a vaciarlo con la piedra. Yo casi había esperado alguna manifestación por parte del cocinero, pero con sorpresa mía no pareció darse cuenta de lo que yo estaba haciendo. Continuó afilando el cuchillo, yo hice otro tanto, y durante dos horas estuvimos allí sentados cara a cara y afila que afila, hasta que cundió la noticia y la mitad de la tripulación se arremolinó a las puertas de la cocina para contemplar el espectáculo.

Estímulos y consejos se nos ofrecían espontáneamente, y Jock Horner, el cazador tranquilo y callado que parecía incapaz de molestar a un ratón, me aconsejó que dejara estar les costillas y arremetiera más abajo, por el abdomen, y diciendo al mismo tiempo que torciera el cuchillo a la española. Leach, con el brazo vendado bien a la vista, me suplicaba que le dejase algunos restos del cocinero para él, y Wolf Lar- sen se detuvo un par de veces a la entrada de la toldina para observar curiosamente lo que para él eran latidos de ese fermento que conocía como vida.

Y ahora puedo decir que en aquel momento la vida tenía para mí el mismo valor sórdido; no había nade hermoso en ella, nada divino; únicamente dos cosas cobardes que se agitaban, que afilaban acero sobre piedra, y otro grupo de cosas semovientes que miraban. Tengo la seguridad de que la mitad de ellos estaban ansiosos de ver derramarse nuestra sangre; hubiese sido una distracción, y no creo a ninguno de ellos capaz de intervenir si nos hubiésemos enzarzado en una lucha a muerte.

Por otra parte, todo aquello era risible y pueril. Afila que afila. De todas las situaciones aquélla era la más inconcebible. Nadie de los míos lo hubiese creído posible. Me habían llamado siempre el alfeñique de Van Weyden, y que el alfeñique de Van Weyden fuese capaz de hacer aquello, era una revelación para mí, que no sabía si alegrarme o avergonzarme.

Pero no ocurrió nada. Al cabo de dos horas Thomas Mugridge tiró el cuchillo y la piedra y me tendió la mano.

-¿Por qué hemos de ofrecer un espectáculo a estos tipos? -preguntó-. No nos quieren y se alegrarían mucho si nos vieran cortándonos los gaznates. Tú no eres malo, Hump. Eres corajudo, como decís vosotros los yanquis, y eso me gusta. Ven y dame la mano.

Con todo y ser yo tan cobarde, lo era él más aún. Yo había obtenido una victoria señalada y me negué a ceder estrechando aquella mano detestable.

-Está bien -dijo sin orgullo-; tómala o déjala, no por eso has de agradarme menos -y para desviar el rostro, se encaró ferozmente con los mirones-: ¡Fuera de las puertas de mi cocina, grandísimos estropajos!

Esta orden fue corroborada por un caldero de agua humeante, a cuya vista los marineros desaparecieron instantáneamente. Hasta cierto punto, esto fue una victoria para Thomas Mugridge y permitió aceptar con más honra la derrota que yo le había infligido, aunque, por supuesto, era demasiado discreto para proceder de idéntico modo con los cazadores.

-Veo venir el fin del cocinero -oí que Smoke decía a Homer.

-Apuesto -replicó el otro- que Hump será desde ahora el amo de la cocina y el cocinero perderá las agallas.

Mugridge lo oyó, y me dirigió una mirada rápida; pero yo no di muestra de haberme enterado de la conversación. Yo no había imaginado que tuviera tanto
alcance mi victoria y fuese tan completa, mas decidí no perder ninguna de las ventajas obtenidas. Según transcurrían los días, se iba cumpliendo la profecía de Smoke. El cocinero llegó a mostrarse más humilde y esclavizado conmigo que con el propio Wolf Larsen. Ya no volví a llamarle señor, ni a lavar cacerolas grasientas, ni a mondar patatas. No hacía más que mi trabajo cuándo y en la forma que tenía por conveniente. Además, llevaba en la cadera el puñal enfundado al estilo de los marineros, y con Thomas Mugridge me mantuve constantemente en una actitud compuesta de arrogancia, insolencia y desprecio por partes iguales.

CAPITULO X

Mi intimidad con Wolf Larsen va en aumento, si es que pueden llamarse así las relaciones que existen entre patrón y marinero, y mejor aún entre rey y bufón. Para él no soy más que un juguete. Mi ocupación es entretenerle, y mientras le entretengo, todo va bien, pero en cuanto empieza a aburrirse o tiene uno de esos ratos de humor negro, quedo en seguida relegado desde la mesa de la cabina a la cocina, y al mismo tiempo puedo llamarme dichoso si escapo con vida y el cuerpo intacto.

El aislamiento de este hombre se va apoderando lentamente de mí. No hay un solo individuo a bordo que no le odie o le tema, ni hay ninguno a quien él no desprecie. Parece consumirse con la tremenda fuerza que reside en él y que no parece haber encontrado nunca adecuada expresión en los obras. Le pasa lo que probablemente le ocurriría a Lucifer si este ángel rebelde estuviese confinado en una sociedad de espíritus mezquinos a lo Tomlinson.

Este aislamiento, que es ya bastante malo en sí, está agravado por la melancolía original de la raza. Conociéndole a él, analizo los viejos mitos escandinavos con una expresión más clara. Los salvajes de blanca epidermis y cabellera dorada que crearon aquel terrible panteón eran de su misma fibra. La frivolidad de los alegres latinos le es desconocida. Su risa tiene visos de ferocidad; pero se ríe muy raras veces porque está triste con demasiada frecuencia. Su tristeza es tan profunda como los orígenes de la raza- Es la herencia de la raza, la tristeza que hace a la raza poco imaginativa, puritana y moral hasta el fanatismo, y que en su último entronque ha culminado en la Iglesia reformada inglesa y míster Grundy.

Hay que señalar el hecho de que la principal manifestación de esta melancolía original ha sido la religión en sus formas más desgarradoras; pero a Wolf Larsen le son negadas las compensaciones de una religión así- Su materialismo brutal no lo permite, de tal suerte, que cuando le acometen esos momentos negros no le queda más remedio que ser diabólico- Si no fuese un hombre tan terrible, algunas veces le compadecería, como por ejemplo hace tres semanas, cuando entré en su camarote para llenar la botella de agua y me hallé de pronto con él. No me vio- Tenía la cara oculta entre las manos y movía los hombros convulsivamente, como agitados por los sollozos. Parecía atormentado por un dolor muy grande- Al alejarme sin hacer ruido, oí cómo gemía: "¡Dios, Dios, Dios!"- No es que implorara a Dios, empleaba únicamente esta palabra como expletivo, pero le salía del alma.

A la hora de comer pidió a los cazadores un remedio para el dolor de cabeza, y por la tarde, siendo tan fuerte como era, daba vueltas por la cabina con paso inseguro y medio ciego.

-En mi vida he estado enfermo, Hump -me dijo cuando le acompañaba a su camarote-, ni he tenido nunca un dolor de cabeza, excepto durante el tiempo que tardó en cicatrizarse un boquete de seis pulgadas que me abrió una barra del cabrestante.

Tres días duró este horrible dolor de cabeza, y sufrió como deben sufrir las fieras, como parecía ser la costumbre de sufrir en el barco, sin quejas, ni simpatías, absolutamente solo.

Aquella mañana, sin embargo, al entrar en su camarote para hacer la cama y poner las cosas en orden, le hallé bien y trabajando de firme. Mesa y cama estaban cubiertas de dibujos y cálculos- Sobre una hoja de papel transparente, con el compás y la escuadra en la mano, estaba copiando una cosa que parecía una escala.

-!Hola, Hump! -me saludó alegremente-.. Estoy dándole los últimos toques- ¿quieres ver mi obra? -Pero, ¿qué es eso? -pregunté.

-Una invención para ahorrar trabajo a los marineros, la navegación reducida a una sencillez infantil -respondió en tono jovial-. Desde hoy un niño podrá mandar un barco- Se acabaron los cálculos interminables. Todo lo que se necesita para conocer instantáneamente la situación es una estrella en el firmamento en una noche oscura. Mira, coloco esta escala transparente sobre este mapa sideral, haciéndola girar hacia el polo Norte- En la escala he señalado los circuitos de altitud y las líneas de posición- Todo lo que hago es colocarla sobre una estrella, hacer girar la escala hasta que se halle frente a esas figuras del mapa de abajo, ¡y ya está! ¡Ya tenemos la situación exacta del barco!

En su voz había una vibración de triunfo, y sus ojos, de un azul tan claro como el mar de aquella mañana, centelleaban.

-Usted debe estar fuerte en matemáticas –dije-. ¿Dónde fue usted a la escuela?

-Por mi mala suerte, jamás he pisado ninguna -contestó- He tenido que aprender solo- ¿Y por qué crees que he hecho esto? -me preguntó de pronto- ¿Con la esperanza de dejar mis huellas en los arenales del tiempo? -se rió con una de sus horribles carcajadas burlonas-. De ninguna manera; para patentarlo, para hacer dinero con ello, para emborracharme toda la noche con ideas de egoísmo mientras los otros hombres trabajan. Ese es mi propósito; de modo que también he gozado ejecutándolo.

-El goce de crear -murmuré yo.

-Me parece que es así como debía llamarse. Esto es otra forma de expresar el goce de la vida en lo que tiene de vivo, el triunfo del movimiento sobre la materia, de lo animado sobre lo inanimado, el orgullo del fermento porque es fermento y palpita.

Levanté las manos en un gesto desesperado de reproche a su materialismo inveterado y continué haciendo la cama. El siguió copiando líneas y figuras sobre la escala transparente. Era un trabajo que exigía el mayor cuidado y precisión, y no pude por menos de admirar la manera con que atemperaba su fuerza a la finura y delicadeza requeridas.

Cuando concluí de hacer la cama, me sorprendí al hallarme mirándole fascinado. Realmente, era un verdadero tipo de belleza masculina, y nuevamente con la misma extrañeza de siempre advertí en su semblante una total ausencia de vicio, perversidad o corrupción. Tengo la convicción de que era la cara de un hombre incapaz de cometer injusticias, y por este motivo debe entenderse que su rostro era el del hombre que, o no hacía nada contrario a los dictados de su conciencia, o bien carecía de ella; yo me inclino a la última suposición. Era un atavismo magnífico, un hombre tan puramente primitivo, que era del tipo de los que vinieron al mundo antes del desarrollo de la naturaleza moral. No era inmoral, sino amoral.

He dicho que su rostro era bello, de una belleza masculina. Era de líneas pronunciadas, afeitado y tallado con la pureza y precisión de un camafeo. El mar y el sol habían curtido la piel naturalmente blanca, dándole ese color bronceado que revela los esfuerzos y las luchas, con lo cual añadía cosas a su belleza feroz. Los labios eran llenos, y sin embargo, poseían la firmeza, casi diría la dureza, característica de los labios finos. La forma de la boca, de la barba, de la mandíbula, era igualmente firme o dura, lo mismo que la nariz, con toda la fuerza indomable del macho. Era la nariz de un ser nacido para conquistador o caudillo, recordaba justamente el pico del águila. Podía haber sido griega, como podía haber sido romana, sólo que para lo primero era un poco demasiado sólida y para lo segundo era algo delicada, y mientras el conjunto del rostro era la encarnación de la ferocidad y fuerza, la melancolía original que le aquejaba parecía dilatar las líneas de la boca, de los ojos y de la frente, comunicándole una grandeza y perfección que de otro modo no hubiese tenido.

Y así me sorprendí de pie, inmóvil y estudiándole. No puedo decir de qué manera había llegado a interesarme aquel hombre. ¿Quién era? ¿Cómo hubiera podido ser? Tenía toda la fuerza, toda la potencialidad, ¿por qué no era más que el oscuro patrón de una goleta de caza, con una reputación de horrible brutalidad entre los cazadores?

Mi curiosidad estalló en un torrente de palabras.

-¿Cómo es que no ha hecho usted cosas grandes en el mundo? Con el poder que tiene, hubiese llegado a cualquier altura; careciendo de conciencia e instinto moral, hubiese dominado al mundo, le hubiese sometido a su voluntad, y no obstante, está usted en la cumbre de la vida, donde comienzan el descenso y la muerte, arrastrando una existencia oscura y sórdida, cazando animales marinos para satisfacción de la vanidad femenina y su amor a los adornos, revelando un egoísmo, para usar sus propias palabras, que podrá ser cualquier cosa, indudablemente, menos espléndida. ¿Por qué, con esta energía maravillosa, no ha hecho usted nada? Nada le detenía, nada podía detenerle. ¿Quién ha tenido la culpa? ¿Le ha faltado ambición? ¿Cayó en alguna tentación? ¿Qué le pasó, qué le pasó?

Levantó los ojos hacia mí al principio de mi exordio y me escuchó complacido hasta que hube terminado, Y yo quedé frente a él sin aliento y consternado. Aguardó un momento, como si no supiera por dónde empezar, y después dijo:

-Hump, ¿conoces la parábola del sembrador que salió a sembrar? Recordarás que una parte de la semilla cayó en pedregales donde no había mucha tierra y nació luego porque no tenía profundidad la tierra; mas en saliendo el sol se quemó y secóse, porque no tenía raíz. Y parte cayó en espinas y las espinas crecieron y la ahogaron.

-¿Y bien? -dije yo.

-¿Y bien? -repitió con cierta petulancia-. Yo era una de esas semillas.

Inclinó la cabeza sobre la escala y siguió copiando. Yo había dado fin a mi trabajo y ya había abierto la puerta para marcharme, cuando me dijo:

-Hump, si echas una mirada sobre la costa occidental en el mapa de Noruega, verás una entalladura llamada Romsdal Fiord. Yo nací cien millas más adentro de aquella faja de agua, pero no soy noruego, soy danés. Mi padre y mi madre eran daneses, y de cómo llegaron

a aquel helado rincón de la costa occidental nada sé, nunca lo oí decir. Aparte de eso, ya no hay ningún misterio. Mis padres eran gentes pobres e ignorantes labradores del mar, que sembraban sus hijos sobre las olas, según costumbre, desde tiempos inmemoriales. Eso es todo lo que hay que decir.

-Algo más habrá -objeté yo-. Esto es todavía muy oscuro para mí.

-¿Qué puedo contarte? -preguntó con un recrudecimiento de ferocidad-. ¿La pobreza de mi infancia? ¿El régimen de pescado y de alimentos groseros? ¿Las salidas al mar desde que pude sostenerme sobre las piernas? ¿Puedo hablarte de mis hermanos, que se ausentaron y no regresaron jamás? ¿De mí, que sin saber leer ni escribir era a la edad madura de diez años grumete en los barcos costeros de mi antigua patria? ¿De la mala vida y peores costumbres en que los puntapiés y los puñetazos eran la cama y el almuerzo y sustituían a las palabras, y el miedo, el odio y el dolor eran las únicas experiencias de mi alma? No lo quiero recordar. Aun ahora, cuando pienso en ello, parece que la locura se apodera de mi cerebro. Hubo capitanes de barcos a quienes hubiese querido volver a encontrar para matarles cuando fui un hombre, sólo que entonces mi vida ya se desarrollaba en otras partes. Volví por allí no hace mucho, pero desgraciadamente habían muerto los capitanes, excepto uno que había sido segundo en los viejos tiempos, patrón cuando lo encontré, y cuando lo dejé, baldado para el resto de sus días.

-Pero usted, que ha leído a Spencer y Darwin sin haber pisado nunca una escuela, ¿cómo aprendió a leer y escribir? pregunté.

-Sirviendo en la marina mercante inglesa. A los doce años era grumete, a los catorce paje de escoba, marinero ordinario a los dieciséis, marinero distinguido y cocinero en el castillo de proa a los diecisiete, con una ambición y un aislamiento infinitos, lo aprendí todo solo: la navegación, las matemáticas, la ciencia, la literatura y todo lo demás. ¿Y de qué me ha servido eso? Soy dueño y señor de un barco en la cumbre de la vida, como dices tú, cuando empiezo a decaer y a morir. Poca cosa, ¿verdad? Y cuando salió el sol me quemé, y como no tenía raíz, me sequé.

-Pero la Historia habla de esclavos que llegaron a vestir la púrpura -le reprendí.

-Y la Historia habla de las oportunidades que tuvieron los esclavos que llegaron a vestir la púrpura -respondió, ceñudo-. Ningún hombre crea las oportunidades. Todos los grandes hombres de todos los tiempos supieron aprovecharlas cuando les salieron al encuentro. El Corso lo supo. Yo he soñado cosas tan grandes como el Corso. Yo hubiese conocido y apreciado la oportunidad, pero no se ha presentado nunca. Las espinas subieron sobre mí, me ahogaron y no di
fruto. Y te aseguro, Hump, que sabes más acerca de mí que ningún ser viviente, excepto mi propio hermano.

-¿Y él qué es? ¿dónde está?

-Es patrón del vapor de caza Macedonia -respondió-. Probablemente le encontraremos en la costa del Japón. Los hombres le llaman Death[2] Larsen.

-¡Death Larsen! -exclamé involuntariamente-. ¿Se parece a usted?

-Apenas. Es un pedazo de animal sin ninguna inteligencia. Tiene toda mi, mi...

-Brutalidad -sugerí.

-Sí, gracias por la palabra, toda mi brutalidad, pero casi no sabe leer ni escribir.

-¿Y él no ha filosofado nunca sobre la vida? -añadí.

-No -respondió Wolf Larsen con un indescriptible tono de tristeza-. Y es mucho más feliz sin preocuparse de ello. Tiene demasiado trabajo para pensar en estas cosas. Mi falta ha consistido en haber abierto los libros.

[2] Death: muerte.

CAPITULO XI

El Ghost ha alcanzado el punto más meridional del arco que describe a través del Pacífico, y ya empieza a seguir la ruta hacia el Norte y Oeste, en dirección de alguna isla solitaria, donde, según se murmura, llenará las pipas de agua antes de emprender la temporada de la caza a lo largo de la costa del Japón. Los cazadores se han entrenado con los rifles y las escopetas hasta quedar satisfechos, y los remeros y timoneles han hecho las cebaderas, han envuelto los remos y las chumaceras con cuero y cuerda trenzada, a fin de no hacer ruido cuando se aproximen a las focas y han colocado los botes en orden de pastel de manzanas, según una frase familiar de Leach.

Ahora ya tiene el brazo perfectamente curado, pero la cicatriz le durará toda la vida. Thomas Mugridge vive con un recelo constante y tiene miedo de aventurarse sobre cubierta después de anochecido. En el castillo de proa hay dos o tres riñas permanentes. Louis me cuenta que alguien lleva a popa las charlas de los marineros y que dos de los soplones han recibido una tremenda paliza de sus compañeros. Mueve la cabeza con aire pesimista por la vigilancia de que es objeto el marinero Johnson, que es remero en su mismo bote. Johnson es culpable de haber expuesto su parecer con excesiva franqueza y ha disputado dos o tres veces con Wolf Larsen por la pronunciación de su nombre. La otra noche apaleó a Johansen en la cubierta central, y desde entonces el segundo le ha llamado por su verdadero nombre y está fuera de duda que Johansen sacudirá también a Wolf Larsen.

Louis me ha completado al propio tiempo la información acerca de Death Larsen, que se ajusta a la breve descripción del capitán. Esperamos encontrar a Death Larsen en las costas del Japón. "Y siempre están dispuestos a pelearse -profetizó Louis-, porque se odian mutuamente como lobeznos que son". Death Larsen manda el único vapor dedicado a la pesca de focas que hay en la flota, el Macedonia, el cual lleva catorce botes, mientras las demás goletas no llevan sino seis. Hay extraños rumores de un cañón a bordo y se le atribuyen expediciones misteriosas, desde el contrabando de opio en los Estados y el contrabando de armas en China, hasta el tráfico de negros y la piratería manifiesta. Y sin embargo, me es imposible no creerle, porque jamás le he sorprendido ninguna mentira y posee además unos conocimientos enciclopédicos de la caza de focas y de los hombres de las flotas de dichos barcos.

Lo mismo que a proa y en la cocina, ocurre en la bodega y a popa, en este verdadero barco del infierno. Los hombres riñen y luchan a muerte como fieras. Los cazadores esperan de un momento a otro que se rompan las hostilidades entre Smoke y Henderson, que no han olvidado la antigua contienda; mientras tanto, Wolf Larsen dice positivamente que matará al superviviente del negocio, si es que el tal negocio se ventila. Asegura francamente que al adoptar esta actitud no lo hace basándose en principios de moralidad, porque por él podrían matarse todos los cazadores si no necesitara que viviesen para la caza. Si se contienen únicamente hasta que termine la temporada, les promete un magnifico Carnaval, y cuando se puedan ajustar todos los resentimientos, los que sobrevivan podrán echar por la borda a los otros y arreglar la historia como si los hombres que falten se hubiesen perdido en el mar. Yo creo que hasta los cazadores están aterrados de su sangre fría. Con todo, y ser hombres tan perversos, es indudable que le tienen mucho miedo.

A Thomas Mugridge le tengo subyugado como a un perro, mientras yo sigo temiéndole en secreto. Su valor se lo inspira el miedo (una cosa extraña que yo conozco bien), y en cualquier momento puede dominarle el temor y empujarle a quitarme la vida. Mi rodilla está mucho mejor, aunque a veces me duele durante largos períodos, y el envaramiento del brazo que Wolf Larsen me estrujó va cediendo gradualmente. Por otra parte, mi salud es espléndida, mis músculos aumentan en tamaño y en dureza, pero mis

manos constituyen un espectáculo doloroso. Están enrojecidas y llenas de padrastros, en tanto que las uñas están rotas y descoloridas y las puntas de los dedos parecen tomar la forma de un hongo. Además, me salen diviesos, debido probablemente al régimen alimenticio, pues hasta ahora jamás había sufrido tales molestias.

Hace un par de tardes me llamó la atención ver a Wolf Larsen leyendo la Biblia, de la cual, después de las rápidas pesquisas hechas el principio del viaje, se encontró un ejemplar en el cajón del camarote del ayudante muerto. Yo me preguntaba qué frutos sacaría Wolf Larsen de ella. Y me leyó en voz alta el Eclesiastés. Al leer, me imaginaba que exponía sus propios pensamientos, y su voz resonante, triste y profunda en la reducida cabina me embelesó y retuvo. El podrá carecer de educación, pero es lo cierto que sabe expresar el significado de la palabra escrita. Paréceme que le estoy oyendo, como le oiré siempre, vibrando en su voz, al leer, la melancolía original.

"Reuní también plata y oro, y el tesoro preciado de reyes y de provincias; híceme de cantores y cantoras y los deleites de los hijos de los hombres, instrumentos músicos y de todas suertes.

"Y fui engrandeciendo y aumentando más que todos los que fueron antes de mí en Jerusalén; a más de esto, perseveró conmigo mi sabiduría.

"Miré luego todas las obras que habían hecho mis manos y el trabajo que tomé para hacerlas, y he aquí todo vanidad y aflicción, y no hay provecho debajo del sol.

"Todo acontece de la misma manera a todos: un mismo suceso ocurre al justo y al impío; al bueno y al limpio y al no limpio; al que sacrifica y al que no sacrifica; como el bueno, así el que peca; el que jura como el que teme juramento.

"Este mal hay entre todo lo que se hace debajo del sol, que todos tengan un mismo suceso y también que el corazón de los hijos de los hombres esté lleno de mal y de enloquecimiento durante toda su vida y después a los muertos.

"Aún hay esperanza para todo el que está entre los vivos; porque mejor es perro vivo que león muerto.

"Porque los vivos saben que han de morir; mas los muertos nada saben ni tienen más paga; porque su me moría es puesta en olvido.

"También su amor, y su odio y su envidia fenecieron ya, ni tiene ya más parte en el siglo, en todo lo que se hace debajo del sol."

-Aquí lo tienes, Hump -dijo cerrando el libro sobre el dedo y encarándose conmigo-. El Predicador que reinaba sobre Israel, en Jerusalén, pensaba como yo-. Me llamas pesimista-- ¿Acaso su pesimismo no es de los más negros? Todo es vanidad y aflicción de espíritu. No hay provecho debajo del sol. Un mismo suceso ocurre a todos, al loco y a sabio, al limpio, al pecador y al santo, y este suceso es la suerte, una cosa mala según él. Pues el Predicador amaba la vida y no quería morir, cuando dijo: "Porque mejor es perro vivo que león muerto"-- Prefería la vanidad y la aflicción, al silencio y la inmovilidad de la sepultura. Y yo también-- El moverse es egoísmo, pero el no moverse, ser como el barro y la roca, es una visión repugnante. Repugna a la vida que hay en mí, cuya verdadera esencia es el movimiento, el poder del movimiento y la conciencia del poder del movimiento. La vida en sí no satisface, pero el mirar de frente a la muerte, satisface menos aún.

-Usted está peor que Ornar -dije-. El, al menos, tras la inevitable agonía de la juventud, halló contento y convirtió su materialismo en una cosa alegre.

-¿Quién fue Omar? -preguntó Wolf Larsen, y aquel día ya no trabajé más, ni el siguiente, ni el otro.

En todas sus lecturas, al azar no había tropezado nunca con el Rubayat, y esto fue para él como el hallazgo de un tesoro. Probablemente recordaría yo casi dos tercios de las cuartetas, y pude, sin dificultad, ir sacando las restantes. Durante horas discutíamos sobre una

sola estancia, y hallé que leía en ellas con un lamento de dolor y rebelión, que yo mismo no podía descubrir.

Es probable que yo recitara con ese tono alegre que es natural en mí, porque él, que tenía buena memoria, a la segunda vez de oírlas y muy a menudo a la primera se apropiaba la cuarteta. Recitaba las mismos líneas y las' investía de una inquietud y protesta apasionadas que casi convencía.

Yo tenía interés por saber qué cuarteta le gustaría, y no me sorprendí cuando cayó sobre una nacida en un instante de irritabilidad y que contrastaba totalmente con la filosofía complaciente del persa y con aquel código genial de vida:

¿Que, sin preguntar de dónde, se precipita hacia acá,
y sin preguntar adónde se precipita hacia allá?
¡Oh, cuántas Copas de este Vino prohibido
habrán de ahogar el recuerdo de aquella insolencia!

-¡Grandioso -exclamó Wolf Larsen-, grandioso! He ahí la expresión. ¡La Indolencia¡ No podía haber empleado una palabra mejor.

En vano objeté y contradije. Me inundó, me abrumó con argumentos.

-Ser de otra manera es contrario a la naturaleza de la vida. La vida, cuando comprenda que se acerca su fin, se revelará siempre. Es inevitable. El Predicador halló que la vida y las obras de la vida eran todo vanidad, aflicción y maldad. A través de todos los capítulos se le ve atormentado por el mismo suceso que acontece a todos. Y Omar también, y yo y tú, hasta tú, porque tú te rebelaste contra la muerte cuando el cocinero afilaba un cuchillo para ti. Te asustaba morir; la vida que hay en ti, que te corresponde, que es más grande que tú, no quería morir-- Tú has hablado del instinto de la inmortalidad. Yo hablo del instinto de la vida, el cual, cuando la muerte aparece próxima e inminente, vence al instinto de la inmortalidad. El venció al otro en ti, no puedes negarlo, porque un débil cocinero afilaba un cuchillo. Y aún ahora le temes, me temes a mí, imposible negarlo. Si yo te cogiera así por la garganta -me puso la mano en la garganta, impidiéndome respirar y comenzara a oprimir hasta arrancarte la vida, así, así, tu instinto de inmortalidad no se dejaría ver y tu instinto de vida, que ansía vivir, se agitaría y tú lucharías por librarte, ¿eh? Veo en tus ojos el horror a la muerte. Mueves los brazos en el aire, empleas tus escasas fuerzas para luchar por la vida. Me aprietas el brazo con la mano, siento como si una mariposa se hubiese posado en él, se levanta tu pecho, sacas la lengua, la piel se te vuelve cárdena y la mirada es vacilante. ¡Vivir, vivir, vivir! estás gritando y pides vivir aquí y ahora, no en el porvenir. Dudas de tu inmortalidad, ¿eh? ¡Ah, ah! No estás seguro de ella. No quieres arriesgarte, sólo tienes la certeza de la realidad de esta vida. ¡Ah, se va oscureciendo, oscureciendo! Son las sombras de la muerte, dejar de ser, dejar de sentir, cesar de moverte eso es lo que se condensa a tu alrededor, descendiendo sobre ti y envolviéndote. Los ojos se inmovilizan, se ponen vidriosos, mi voz suena débil y lejana, no puedes verme la cara y todavía luchas bajo mi presión. Agitas las piernas, el cuerpo se retuerce como el de una serpiente, el pecho se levanta en un esfuerzo supremo. ¡Vivir, vivir, vivir!...

Ya no oí más. La conciencia había desaparecido en la oscuridad que tan gráficamente había descrito, y cuando recobré los sentidos halléme tendido en el suelo, y él, fumando un cigarro, me observaba atentamente con aquel destello de curiosidad tan familiar en sus ojos.

-Qué, ¿te he convencido? -preguntóme-. Bebe un sorbo de esto. Quiero hacerte algunas preguntas.

Desde el suelo negué con la cabeza.

-Los argumentos son demasiado -contundentes -conseguí articular a costa de grandes esfuerzos de mi garganta dolorida.

-De aquí a media hora estarás bien -me aseguró-, y te prometo no usar nunca más ninguna demostración física. Ahora levántate, puedes sentarte en una silla.

Y como un juguete que era para aquel monstruo, tuve que reanudar la discusión sobre Omar y el Predicador, continuando con ello hasta medianoche.

CAPITULO XLI

Las últimas veinticuatro horas han sido testigos de una orgía de brutalidad. Desde la cabina al castillo de proa ha estallado como una epidemia. Apenas sé por dónde empezar. En realidad, la causa de todo ello fue Wolf Larsen. Las relaciones entre los hombres, que estaban ya muy tirantes, llegaron, debido a las continuas disputas, riñas y odios, a una condición de equilibrio inestable y las malas pasiones se inflamaron como una pradera de heno en la cual hubiese prendido una chispa.

Thomas Mugridge es una serpiente, un espía, un delator. Ha intentado captarse la benevolencia y reintegrarse al favor del capitán llevándole soplos de los hombres de proa. No me cabe duda de que fue él quien contó a Wolf Larsen algunas de las frases violentas de Johnson. Al parecer, Johnson compró un equipo de impermeables en el bazar del barco y advirtió que era de ínfima calidad, y, ni corto ni perezoso, lo manifestó así. Este bazar en miniatura lo llevan todos los barcos cazadores y contiene los artículos peculiares a las necesidades de los marineros. Lo que éstos compran se les descuenta de las ganancias subsiguientes del conjunto de la expedición, porque -y esto sucede igualmente con los cazadores- los remeros y los timoneles, en lugar de salario, reciben una cantidad correspondiente a un tanto por cada pieza cobrada en su bote particular.

Pero yo no sabía nada de las reclamaciones de Johnson en el bazar, y por tanto lo que presencié me produjo mayor sorpresa aún. Acababa de barrer la cabina, y Wolf Larsen se había engatusado en una discusión sobre Hamlet, su carácter shakesperiano favorito, cuando Johansen bajó la escalera seguido de Johnson. El último se quitó la gorra, según la costumbre de los marineros, y permaneció respetuosamente de pie en el centro de la cabina, siguiendo triste y disgustado los balanceos de la goleta y mirando de frente al capitán.

-Cierra la puerta y corre el cerrojo -me dijo Wolf Larsen.

Mientras obedecía percibí un brillo inquieto en los ojos de Johnson, pero ni soñaba siquiera cuál pudiera ser su causa. No imaginé lo que iba a suceder hasta que ocurrió; pero él sabía desde el principio lo que sucedería y lo esperaba valientemente. En su acción hallé la refutación completa de todo el materialismo de Wolf Larsen. Al marinero Johnson le sostenían sus ideas, sus principios, la verdad y la sinceridad. Tenía razón, sabía que la tenía, y nada le atemorizaba. De ser preciso, hubiese dado su vida por la razón, hubiese sido fiel a sí mismo, sincero con su alma, y esto representaba la victoria del espíritu sobre la carne, la indomable grandeza moral del alma, que no conoce restricciones y se eleva por encima del tiempo, del espacio y de la materia, con seguridad invencible, hija de la eternidad y de la inmortalidad.

Pero volvamos al asunto. Percibí en los ojos de Johnson un brillo inquieto, y lo interpreté, equivocadamente, como timidez y embarazo naturales en él. El segundo, Johansen, estaba a su lado a distancia de varios pies, y frente a él, a tres yardas se hallaba Wolf Larsen sentado en una de las sillas giratorias de la cabina. Cuando estuvo cerrada la puerta y corrido el cerrojo hubo un silencio significativo que debió durar más de un minuto. Wolf Larsen lo rompió.

-Yonson -empezó.

-Mi nombre es Johnson, señor -corrigió el marinero audazmente.

-Bueno, pues, Johnson, maldito seas! ¿Adivinas por qué te he mandado llamar?

-Sí y no, señor -respondió lentamente-. Yo cumplo con mi obligación. El segundo lo sabe y usted también, señor. Así, que no puede haber ninguna queja.

-¿Y es eso todo? -preguntó Wolf Larsen con voz suave y lenta como un runruneo.

-Yo sé que usted me tiene ojeriza -continuó Johnson, con su pesada e inalterable lentitud-. Usted no me quiere, usted..., usted...

-Sigue -le incitó Wolf Larsen-. No tengas miedo de mis sentimientos.

-No tengo miedo -replicó el marinero, y la cólera asomó ligeramente a sus mejillas atezadas-. Si no hablo de prisa es porque hace poco tiempo que he salido de mi patria. Usted no me quiere porque soy demasiado hombre, ese es el motivo, señor.

-Eres demasiado hombre para la disciplina del barco si es eso lo que quieres dar a entender y comprendes lo que yo quiero decir -repuso Wolf Larsen.

-Conozco el inglés y sé lo que quiere usted decir, señor -respondió Johnson, y su rubor se hizo más pronunciado al mencionar su conocimiento del inglés.

-Johnson -dijo Wolf Larsen, como queriendo descargar el asunto principal de lo que acababa de decir a guisa de introducción-, según tengo entendido, no estás satisfecho con esos impermeables.

-No, señor. No son buenos, señor.

-Y tú debiste no hablar acerca de ello.

-Yo digo lo que pienso, señor -contestó el marinero atrevidamente, y al propio tiempo sin abandonar la cortesía del barco, que exigía a cada frase la coletilla "señor".

En este momento dirigí por casualidad mi vista hacia Johansen. Cerraba y abría sus enormes puños, y su rostro era verdaderamente diabólico, con tal fuerza se mostraba la malignidad con que miraba a Johnson. Aunque apenas era perceptible, distinguí una sombra en la mejilla de Johansen, como señal del vapuleo que unas noches antes le había dado el marinero. Entonces empecé a vislumbrar que se iba a decretar algo terrible, pero sin poder imaginar qué seria.

-¿Sabes qué les espera a los hombres que dicen de mi bazar y de mí lo que tú has hecho? -preguntó Wolf Larsen.

-Lo sé, señor -respondió.

-¿Qué? -volvió a preguntar Wolf Larsen, incisivo y dominador.

-Lo que usted y el segundo quieren hacer conmigo, señor.

-Mírale, Hump -díjose Wolf Larsen-, mira este montón de barro animado, esta porción de materia que se mueve, y respira, y me desafía y cree firmemente que está compuesto de algo bueno, que está penetrado de ciertas ficciones humanas, tales como justicia y honradez, y que quiere mantenerse en ellas a despecho de todas las amenazas y molestias personales. ¿Qué piensas de él, Hump, qué piensas de él?

-Pienso que es mejor que usted -respondí, impulsado, sin saber cómo, por un deseo de atraer sobre mí parte de la cólera que estaba a punto de estallar sobre su cabeza-. Las ficciones humanas, como pretende usted llamarles, constituyen su nobleza y su fuerza. Usted no tiene ficciones, ni sueños, ni ideales; usted es un pobre.

Movió la cabeza con un placer salvaje.

-Completamente cierto, Hump, completamente cierto.. Yo no tengo ficciones para parecer noble y fuerte. "Mejor es perro vivo que león muerto", digo yo con el Predicador. Mi única doctrina es la doctrina de la conveniencia, que es la que hace sobrevivir. Esta porción de fermento que llamamos Johnson, cuando no sea fermento y solamente polvo y ceniza, no tendrá más nobleza que el polvo y la ceniza, mientras que yo seguiré viviendo y tronando.

-¿Tú sabes lo que voy a hacer? -preguntó.

Yo negué con la cabeza.

-Pues voy a ejercer la prerrogativa de tronar y demostrarte cómo le va a la nobleza. Fíjate.

Estaba a tres yardas de distancia de Johnson y sentado (¡nueve pies!), y no obstante se levantó de la silla de un salto a fondo sin antes ponerse de pie. Dejó la silla exactamente en la misma posición en que estaba, saltando desde el asiento como una fiera, como un tigre, y como un tigre cubrió el espacio que les separaba. Johnson trató en vano de esquivar aquella avalancha de furor. Bajó un brazo para proteger el estómago y levantó el otro defendiendo la cabeza; pero el puño de Wolf Larsen se dirigió al pecho, pasando entre ambos en un choque violento y ruidoso. El aliento de Johnson, expelido de pronto, salió en seco de su boca, con la espiración forzada de un hombre al manejar el hacha. Casi cayó de espaldas, y se balanceó de un lado a otro en sus esfuerzos por recobrar el equilibrio.

Me es imposible dar detalles de la escena que siguió. Era demasiado repugnante. Aún ahora, el recordarla, me produce náuseas. Johnson peleó denodadamente, pero no era un contrincante para Wolf Larsen, y mucho menos para Wolf Larsen y el segundo. Aquello fue horrible. Yo no había imaginado nunca que un ser humano pudiese aguantar tanto, y más aún vivir y resistir, porque Johnson resistió; por supuesto que no había la más ligera esperanza para él, y lo sabía tan bien como yo, pero como era un hombre, no cesaría de luchar por su virilidad.

Aquello era demasiado para que yo lo presenciara. Sentía que iba a perder la razón, y corrí hacia la escalera para abrir las puertas y huir a la cubierta Mas Wolf Larsen, dejando a su victima por un momento y con uno de sus saltos formidables, me alcanzó y me tiró al rincón más lejano de la cabina.

-El fenómeno de la vida, Hump -dijo acorralándome-. No te muevas y observa. Podrás recoger datos sobre la inmortalidad del alma. Además, tú sabes que no podemos perjudicar el alma de Johnson. Sólo destruiremos la forma perecedera.

Es posible que la paliza no durara más de diez minutos, pero a mí me parecieron centurias. Wolf Larsen y Johansen arremetieron contra el pobre muchacho, le golpeaban con los puños, le pateaban con los zapatos, le derribaron y volvieron a levantarle para derribarle nuevo. Tenía los ojos velados, de manera que no podía ver; la sangre que manaba de sus orejas, nariz y boca convirtieron la cabina en un matadero, y cuando ya no pudo levantarse continuaron pegándole y pateándole en el sitio en que cayera.

-Basta, Johansen, basta ya -dijo Wolf Larsen al fin. El bestia del piloto, estaba tan desenfrenado que Wolf Larsen se vio obligado a darle un empujón con el brazo, al parecer ligero, pero que le tumbó de espaldas como un corcho, haciendo chocar su cabeza ruidosamente contra la pared. Cayó de momento al suelo medio aturdido, respirando con dificultad y parpadeando de una manera estúpida.

-Anda, abre la puerta, Hump -me ordenó.

Obedecí, y los brutos levantaron el cuerpo inanimado como si hubiese sido un saco de escombros, lo lanzaron por la escalera, a través de la puerta poco elevada, sobre la cubierta. De la nariz le salía a borbotones la sangre, formando un río escarlata a los pies del timonel, que precisamente era Louis, su compañero de bote. Pero Louis movió el volante y fijó imperturbable la mirada en la bitácora.

La actitud de George Leach, el antiguo grumete, fue muy otra. En todo el barco no hubiera podido ocurrir nada que nos sorprendiera tanto como lo hizo su conducta. El fue quien subió a popa sin que nadie se lo mandara y arrastró a Johnson a proa, donde procedió a curarle las heridas lo mejor que pudo y a aliviarle. A Johnson no había manera de reconocerle, y no solamente esto, sino que sus facciones estaban tan desfiguradas que habían perdido su aspecto humano, tanto es lo que se habían amoratado e hinchado durante los pocos

minutos transcurridos entre el comienzo de la paliza y el momento de ser arrastrado su cuerpo a proa.

Yo había subido a cubierta a respirar un poco de aire fresco y tratar de calmar mis nervios sobreexcita dos. Wolf Larsen estaba fumando un cigarro y examinando la corredera que el Ghost arrastraba usualmente a popa, y que ahora se había halado con algún propósito. De pronto llegó a mis oídos la voz de Leach. Era ronca y dura por la cólera que le dominaba. Volvíme, y le vi justamente de pie bajo la toldilla, junto a la puerta de babor de la cocina. Estaba pálido y convulso, echaba chispas por los ojos y tendía hacia arriba los crispados puños.

-¡Que Dios maldiga tu alma y la envíe al infierno, Wolf Larsen! ¡Aun el infierno es demasiado bueno para ti, cobarde, asesino, cerdo! -fue el principio de la salutación.

Yo me quedé como herido por el rayo, esperando su inmediato aniquilamiento. Pero no fue éste el deseo de Wolf Larsen, porque se dirigió lentamente a la entrada de la toldilla, y con el codo apoyado en el ángulo de la cabina, miró pensativo y curioso al excitado muchacho.

Y el muchacho acusó a Wolf Larsen como nadie le había acusado hasta entonces.

Los marineros, que formaban un grupo atemorizado junto al castillo de proa, observaban y escuchaban. Los cazadores salieron en tropel de la bodega, pero cuando Leach prosiguió sus invectivas, desapareció la alegría de sus semblantes. Sin embargo, estaban asustados, no por las terribles palabras del muchacho, sino por su terrible audacia. Parecía imposible que ningún ser pudiese provocar de aquel modo a Wolf Larsen en sus propias narices. De mí sé decir que estaba lleno de admiración por el muchacho y que en él veía cómo la espléndida inmortalidad inviolable se hacía superior a la carne y a los temores de la carne y cómo con cuánta razón los profetas de la antigüedad condenaban la injusticia.

¡Y qué manera de condenar! Expuso al desprecio de los hombres el alma de Wolf Larsen. Llamó sobro ella las maldiciones de Dios y del cielo y la fustigó con tan atroces invectivas que recordaban las excomuniones de la Iglesia católica en la Edad Media. Recorrió toda la gama de los insultos, elevándose a unas alturas de ira sublime y casi divina y descendiendo desde el puro agotamiento al ultraje más vil e indecente.

Su furor era casi locura. Tenía los labios cubiertos de espuma y a veces se ahogaba y hablaba a borbotones, acabando por no poder ni articular. Y a todo esto, Wolf Larsen, impasible y tranquilo, apoyado en el codo y mirando hacia abajo, parecía invadido por una grave curiosidad. Esta feroz agitación del fermento vivo, esta terrible rebelión y desafío a la materia que se mueve, le interesaban y le dejaban perplejo.

A cada momento, y conmigo todos los demás, creía verle saltar sobre el muchacho y destrozarle, pero no estaba de talante para ello. Se le terminó el cigarro y continuó mirándole en silencio y con curiosidad.

Leach había llegado al paroxismo de su rabia impotente.

-¡Cerdo, cerdo, cerdo! -iba repitiendo con toda a fuerza de sus pulmones-. ¿Por qué no bajas y me matas, asesino? Puedes hacerlo. Yo no tengo miedo. No hay nadie para impedirlo. ¡Prefiero mil veces morir y perderte de vista, que seguir viviendo entre tus garras! ¡Ven, cobarde, mátame, mátame!

Al llegar a este punto, el alma errante de Thomas Mugridge le volvió a la realidad. Había estado escuchando a la puerta de la cocina pero ahora salió ostensiblemente para echar por la borda algunos residuos, aunque bien claro se veía que era para presenciar la muerte que estaba seguro había de tener lugar. Dirigió una sonrisa rastrera al rostro de Wolf Larsen, quien pareció no fijarse en él. Pero el cocinero era descocado, aunque mejor podría llamársele insensato, verdaderamente insensato.

-¡Qué debilidad! ¡Parece mentira!

El furor de Leach dejó de ser impotente. Al menos ahora había algo a mano, y por segunda vez, después de la puñalada, aparecía el cocinero sin el cuchillo sobre cubierta. Apenas había concluido de pronunciar las palabras, cuando fue derribado por Leach. Tres veces trató de levantarse, esforzándose por llegar a la cocina, y otras tantas volvió a ser derribado.

-¡Oh, señor! -gritaba-. ¡Socorro, socorro! ¡Apártalo, ¿quieres? Apártalo.

Los cazadores rieron, sintiendo un gran alivio. La tragedia se había disipado y comenzaba la farsa. Ahora los marineros se arremolinaron a popa, con todo descaro, haciendo muecas para ver zurrar al odiado cocinero, y hasta yo experimenté un gran placer en mi interior. Confieso que gocé mucho con la paliza que Leach estaba propinando a Thomas Mugridge, a pesar de ser casi tan terrible como la que Johnson había recibido por su culpa. La expresión del rostro de Wolf Larsen no se alteró para nada, ni siquiera cambió de postura, pero continuó mirando hacia abajo con gran curiosidad. No obstante su impertinente seguridad, parecía como si observara el fuego y el movimiento de la vida con la esperanza de descubrir algo más acerca de ella, de hallar en sus desesperadas contorsiones algo que hasta entonces se le hubiese escapado, de encontrar la clave del misterio que pudiera aclararlo todo.

¡Pero qué paliza! Era casi igual a la que había presenciado yo en la cabina. El cocinero trataba en vano de protegerse contra la furia del muchacho y con iguales resultados intentaba ganar el refugio de la cabina. Cuando caía derribado, rodaba y se arrastraba en aquella dirección, pero los golpes seguían a los golpes con rapidez aterradora. El muchacho le arreaba como si fuera un rehilete, hasta que al fin, al igual que Johnson, recibió tantos golpes y patadas que quedó medio muerto sobre la cubierta. No intervino nadie absolutamente; Leach pudo haberle muerto; pero habiendo llegado, al parecer, la medida de su venganza, se alejó del enemigo, que estaba llorando y gimoteando como un cachorrillo, y se dirigió a proa.

Pero estos dos asuntos no fueron sino los acontecimientos iniciales del programa del día. Por la tarde, Smoke y Henderson dieron en cruzarse de palabras, y de la bodega llegó una descarga seguida de una carrera precipitada de los otros cuatro cazadores. Una columna de humo espeso y acre, el que produce siempre la pólvora negra, subía de la escalera, y por ella bajó de un salto Wolf. Larsen. Hasta nuestros oídos llegó el ruido de los golpes y de la pelea. Los dos hombres estaban heridos y ambos eran golpeados por el capitán por haber desobedecido sus órdenes y haberse inutilizado antes de la estación de la caza. En efecto, estaban malheridos, y después de haberles golpeado, se dispuso a operarles por un procedimiento quirúrgico brutal y a vendarles las heridas. Yo hacía de practicante, mientras él sondaba y lavaba los agujeros producidos por las balas, y vi a los dos hombres soportar esta cirugía cruenta sin anestésicos de ninguna clase y sin otra cosa para reanimarles que un gran vaso de whisky.

Luego, durante la primera guardia, los disturbios llegaron a lo más álgido en el castillo de proa. Sirvieron de pretexto los chismes y soplos que habían sido la causa de la paliza de Johnson, y por el ruido que oímos y por los hombres contusos que vimos al día siguiente, era evidente que la mitad de los del castillo de proa habían zurrado a la otra mitad. La segunda guardia y el resto del día se vieron señalados por un combate entre Johansen y Latimer, el escuálido cazador de tipo yanqui. Tuvo su origen en las observaciones de Latimer acerca de los ruidos que hacía el segundo mientras dormía, y con todo, y haber sido apaleado, Johansen mantuvo despiertos a todos en la bodega durante el resto de la noche, en tanto él dormía como un bienaventurado y revivía una y otra vez la lucha.

En cuanto a mí, toda la noche me vi atormentado por pesadillas. El día había sido como un sueño terrible; las brutalidades se habían sucedido sin cesar y las pasiones ardientes y la fría crueldad habían impulsado a los hombres a buscarse mutuamente las vidas y a tratar de herir, dañar y destruir. Yo tenía los nervios excitados lo mismo que mi mente. Toda mi vida había transcurrido en una ignorancia relativa de la animalidad del hombre. En realidad,

sólo había conocido la vida por su fase intelectual. También había experimentado la brutalidad, pero era la brutalidad del intelecto, el sarcasmo incisivo de Charley Faruseth, los epigramas crueles y las rudas agudezas de los socios del Bibelot y las observaciones ingratas de los profesores durante mí época de estudiante.

Y eso había sido todo; pero que los hombres hubiesen de descargar su cólera magullándose la carne mutuamente y derramando sangre, era algo extraño y terriblemente nuevo para mí. Por eso me habían llamado el alfeñique de Van Weyden, pensaba yo, y me agitaba inquieto en mi cama atormentado por fuertes pesadillas; me parecía que mi ignorancia de las realidades había sido bien completa; me reía amargamente de mí mismo y creí hallar en la repugnante filosofía de Wolf Larsen una explicación más adecuada de la vida.

Al darme cuenta de la dirección que tomaban mis pensamientos, me asusté. La continua brutalidad que me rodeaba era de efectos perniciosos. Prometía destruir en mí lo mejor y más luminoso de mi vida. Mi razón me sugería que la paliza de Thomas Mugridge era una cosa mala, y sin embargo, por lo que se refería a mi vida, no podía evitar que mi alma se alegrara de ello. Y aun estando bajo la influencia de la enormidad de mi pecado, porque era un pecado, me reí con un placer insano. Ya no era Humphrey van Weyden. Era Hump, el grumete de la goleta Ghost. Wolf Larsen era mi capitán. Thomas Mugridge y los demás eran mis compañeros, y yo estaba recibiendo repetidas impresiones del sello que había marcado a todos ellos.

CAPITULO XIII

Durante tres días ejecuté mi trabajo juntamente con el de Thomas Mugridge, y puedo jactarme de haberlo hecho bien. Sé que mereció la aprobación de Wolf Larsen, en tanto que los marineros estaban radiantes de satisfacción en el breve espacio que duró mi "régimen".

-El primer bocado limpio que como desde que estoy a bordo -me dijo Harrison en la puerta de la cocina cuando volvía del castillo de proa con las ollas y cacerolas-. La comida de Tommy siempre sabe a grasa, a grasa rancia, y calculo que no se ha mudado la camisa desde que salió de San Francisco.

-Yo tengo la seguridad -respondí.

-Apostaría que duerme con ella -añadió Harrison.

-Y no perderías --convine con él-. La misma camisa y sin quitársela una sola vez en todo este tiempo.

Pero Wolf Larsen no le concedió sino tres días para reponerse de los efectos de la paliza. Pues al cuarto, a pesar de estar dolorido y derrengado y casi sin poder ver, tan hinchados tenía los ojos, fue arrancado de la cama de un tirón en el pescuezo y restituido a sus obligaciones. Lloró y gimoteó, pero Wolf Larsen era inconmovible.

-Procura no servir más porquerías -fue su mandato al marcharse-. No quiero más grasa ni suciedad, fíjate bien, y mira si tienes una camisa limpia por casualidad, porque de lo contrario te zambulliré por la borda. ¿Entendido?

Thomas Mugridge se arrastraba penosamente de un lado a otro de la cocina, cuando un movimiento brusco del Ghost le hizo tambalearse. En sus tentativas para recobrar el equilibrio, tendió la mano hacia la barandilla de hierro que rodeaba la cocina económica y evitaba que los pucheros resbalaran y cayeran, pero no acertó a cogerla, y la mano, seguida de todo su peso, fue a caer de lleno sobre la ardiente superficie. Hubo un chirrido y olor a carne quemada y al mismo tiempo un agudo grito de dolor.

-¡Oh, Dios, Dios! ¿Qué he hecho? -se lamentaba sentado encima de la caja del carbón, y meciéndose, trataba de aliviar este nuevo daño-. ¿Por qué se volverá todo contra mí? Es muy triste esto, y yo soy un ser inofensivo que pasa por la vida sin perjudicar a nadie.

Por sus mejillas hinchadas y amoratadas corrían las lágrimas, y su rostro era una imagen del dolor. Lo cruzó un relámpago de cólera salvaje.

-¡Ah, cómo le odio, cómo le odio! -murmuró entre dientes.

-¿A quién? -pregunté yo; pero el infeliz lloraba de nuevo sus desdichas.

No era muy difícil adivinar a quién odiaba y a quién no. Sin embargo, yo había llegado a descubrir en él un espíritu maligno que le impulsaba a odiar a todo el mundo. A veces me parecía que hasta se odiaba a sí mismo, de tal modo se mostraba para él grotesca y monstruosa la vida. En esos momentos me inspiraba una gran compasión y me avergonzaba de haber sentido alguna vez alegría por sus derrotas o sus dolores. La vida había sido ingrata con él. Le había hecho una mala pasada al formarle tal como era, y desde entonces no había dejado de hacerle jugarretas. ¿Cómo podía convertirse en una cosa distinta de lo que era? Y en contestación a mi mudo pensamiento, gimoteó

-Yo no he tenido jamás una oportunidad, ni siquiera media ¿A quién tenía yo para que me mandase a la escuela, llenara mi estómago hambriento, me limpiara las narices ensangrentadas cuando era un niño? ¿Quién se interesó jamás por mi? ¿Quién, a ver?

-No importa, Tommy -dije, poniéndole una mano sobre el hombro-. ¡Animo! Al fin se arreglará todo. Tienes muchos años por delante y aún podrás hacer de ti lo que quieras.

-¡Eso no es cierto, eso no es cierto! -me escupió en la cara, apartando la mano al propio tiempo-. Eso no es cierto, y tú lo sabes. Para mí no hay remedio, soy una escoria, un pingajo. Eso está bien para ti, Hump, que has nacido en buena casa. Tú ignoras qué es tener hambre, acostarte llorando con el estómago vacío y royéndote como si dentro hubiese una rata. Eso no puede dar buenos frutos. Si mañana fuese yo presidente de los Estados Unidos, ¿sabes cómo me hartaría de una vez por toda el hambre que he pasado de niño?

"Pero, ¿cómo es posible? Yo he nacido para sufrir y penar. Yo he sufrido más cruelmente que diez hombres, La mitad de mi vida la he pasado en el hospital. He tenido fiebres en Aspinwall, en La Habana, en Nueva Orleáns. Estuve a punto de morir del escorbuto, que me fastidió durante seis meses, en las Barbadas. Tuve la viruela en Honolulú, me fracturé las dos piernas en Shanghai, una pulmonía en Unalaska, tres costillas rotas y todo el cuerpo magullado en San Francisco. Y aquí me tienes ahora ¡Fíjate, fíjate! Las costillas deshechas otra vez a patadas. No tardaré mucho en vomitar sangre. ¿Cómo acabaré?, pregunto yo. ¿Quién se encargará de ello? ¿Dios? ¡Cómo debía odiarme Dios cuando me con. trató para hacer una travesía por este mundo infame!

La invectiva contra el Destino duró más de una hora y después se entregó al trabajo, cojeando, gruñendo y mostrando en los ojos un odio terrible a todo lo existente. Su diagnóstico fue acertado, sin embargo, pues de vez en cuando sufría náuseas, durante las cuales vomitaba sangre y padecía horriblemente. Y según había dicho él, parecía que Dios le odiaba demasiado para dejarle morir, pues, poco a poco, fue mejorando y se hizo más maligno que nunca.

Transcurrieron varios días aún antes de que Johnson pudiera subir a cubierta, y finalmente se restituyó al trabajo con poco ánimo. Seguía enfermo, y más de una vez le observé subir penosamente a las gavias o caerse sin fuerzas cuando estaba en el timón. Pero lo peor de todo era que parecía haber perdido el valor. Se humillaba ante Wolf Larsen y se arrastraba casi con Johansen. Muy distinta era la conducta de Leach. Daba vueltas por la cubierta como un tigre joven, clavando en Wolf Larsen y Johansen sus ojos cargados de odio.

-Aún faltas tú, sueco patoso -oí que le decía a Johansen una noche sobre cubierta

El segundo. soltó un taco en la oscuridad, y un momento después algo fue a clavarse en la pared de la cocina. Hubo más juramentos y una carcajada burlona, y cuando todo estuvo

tranquilo, salí con precaución y encontré un cuchillo empotrado más de una pulgada en la sólida madera. Pocos minutos después llegó el segundo en busca del cuchillo, pero al día siguiente se lo devolví secretamente a Leach. Al entregárselo hizo una mueca, que contenía una gratitud más sincera que esos raudales de verbosidad que acostumbran a prodigar los miembros de mi clase.

Contrariamente a todos los compañeros del barco, me encontraba ahora libre de riñas y contaba con la simpatía de todos. Es posible que los cazadores no hicieran sino tolerarme, pero ninguno me mostraba aversión, tanto, que Smoke y Henderson, aún convalecientes bajo un toldo en la cubierta y balanceándose día y noche en sus hamacas, me aseguraban que yo valía más que una enfermera del hospital y que al final del viaje, cuando cobraran, no se olvidarían de mí. ¡Como si yo necesitara de su dinero! Yo estaba encargado de atenderles y cuidar sus heridas, y no hacía sino cumplir mi misión lo mejor que podía.

Wolf Larsen sufrió otro terrible ataque de jaqueca, que duró dos días. Debía padecer mucho, porque me mandó llamar y obedeció mis órdenes como un niño enfermo. Pero todo lo que podía hacerle resultaba ineficaz. A instancias mías, sin embargo, dejó de fumar y beber; pero a mi me extrañaba que un ejemplar tan magnifico tuviese dolores de cabeza.

-Esto es la mano de Dios, te digo -así es cómo lo interpretaba Louis-. Es un castigo por todas sus malas obras, y aún le espera más, a no ser que...

-A no ser que... -repetí yo.

-Dios se haya dormido y no cumpla con su deber; pero esto no debiera decirlo.

Dije mal al decir que contaba con la simpatía de todos. No sólo seguía odiándome Thomas Mugridge, sino que había presentido una nueva razón para odiarme. En vano traté de adivinarla, hasta que al fin comprendí que era a causa de haber nacido con mejor suerte que él; había nacido caballero, según decía.

-Todavía no ha muerto nadie -dije a Louis, censurándole, cuando Smoke y Henderson, en amigable conversación, hacían por primera vez un poco de ejercicio.

Louis me miró con sus ojos grises y astutos y movió la cabeza con un gesto agorero.

-Ya llegará, y te aseguro que habrá velas y drizas y trabajo para todos cuando empiece a aullar. Tengo hace tiempo un presentimiento, y ahora lo siento con la misma claridad que oigo el roce del cordaje en una noche oscura. Anda cerca, anda cerca.

-¿Quién será el primero? -le pregunté.

-El viejo y gordo Louis no, te lo garantizo riendo-. Porque le he prometido a este cuerpo que el año próximo por este tiempo estaré mirándome en los ojos de mi madre, cansados de tanto escrutar el mar en espera de los cinco hijos que le ha dado.

-¿Qué te estaba diciendo? -me preguntaba Thomas Mugridge un momento después.

-Que cualquier día se irá a su casa para ver a su madre -respondí con diplomacia.

-Yo no he conocido a la mía -comentó el cocinero, mientras clavaba en los míos sus ojos sin brillo y sin esperanza.

CAPITULO XIV

Había comenzado a darme cuenta del escaso valor que siempre había atribuido a la mujer. En cuanto a eso, a pesar de no ser un temperamento erótico, por lo que he podido comprender, yo nunca había salido de la atmósfera de las mujeres hasta ahora. Mi madre y mis hermanas estaban conmigo y yo trataba siempre de huir de ellas, porque con su solicitud, sus cuidados y sus Incursiones periódicas en mis habitaciones me fastidiaban y me volvían loco, después de las cuales la ordenada confusión, de fa que estaba yo tan orgulloso, se convertía en una confusión mayor y menos ordenada, aunque tuviese mejor aspecto. Después que ellas salían, nunca podía encontrar nada. Pero ahora, ¡cuánto no hubiese agradecido

sentirlas cerca de mí, oír el frufrú de sus vestidos, que tan cordialmente había detestado! Tengo la seguridad de que, si alguna vez vuelvo a casa, no me mostraré irascible con ellas. Podrán cuidarme y atenderme de la mañana a la noche, y limpiar, barrer y ordenar mis habitaciones en todo momento del día, y no haré sino reclinarme, contemplarlas y dar las gracias sin cesar por tener una madre y varias hermanas.

Todo esto ha dado lugar a que yo me preguntase: "¿Dónde están las madres de estos veinte hombres tan extraños que lleva el Ghost?" Me parece contrario a la naturaleza que los hombres estén totalmente separados de la mujer y vayan por el mundo sin ella como rebaños. La grosería y la brutalidad son los resultados inevitables. Estos hombres que me rodean habrían de tener esposas, hermanas, hijas; entonces podrían ser tiernos y cariñosos. Ahora ninguno de ellos está casado. Hace años y años que no han estado en contacto con mujeres buenas, bajo la irresistible influencia o redención que de ellas irradia. En sus vidas no ha habido equilibrio. Su masculinidad, que en sí ya es brutal, se ha desarrollado con exceso. La otra fase de su naturaleza, la espiritual, se ha atrofiado, en realidad.

Son una reunión de célibes que se rozan ásperamente todos los días, y de este roce diario ha nacido una mayor callosidad. Hay veces que me parece imposible que estos hombres hayan tenido nunca madre.

Dan la impresión de ser una raza aparte, medio brutos y medio hombres, que carecen totalmente de sexo, parece cual si hubieran sido empollados por el sol como los huevos de tortuga y que toda su vida se han enconado en la brutalidad y el vicio, para morir al fin tan toscos como han vivido.

Este nuevo rumbo de las ideas ha despertado mi curiosidad, y anoche hablé con Johansen las primeras palabras con que me ha favorecido desde que empezó el viaje. Salid de Suecia cuando tenía dieciocho años, ahora tiene treinta y ocho, y en todo este tiempo no ha vuelto una sola vez a su casa. Hace un par de años encontró a un paisano en una fonda de marineros en Chile por el que supo que su madre vivía aún.

-Ahora debe ser ya muy vieja -dijo, fijando meditabundo los ojos en la bitácora y lanzando después una mirada penetrante a Harrison, que se había apartado un punto de la ruta.

-¿Cuándo fue la última vez que le escribiste?

Hizo su cálculo mental en voz alta.

-Ochenta y uno, no; ochenta y dos, ¿eh?, no, ochenta

y tres. Sí, ochenta y tres. Diez años atrás. Desde un punto insignificante de Madagascar donde hacía negocio.

-Pero mira -prosiguió como si se dirigiera a su madre olvidada-, cada año pensaba ir a casa. Así es que no valía la pena escribir, y siempre sucedía algo que me impedía realizar mi propósito. Pero ahora soy el piloto y cuando cobre en San Francisco, tal vez quinientos dólares, me embarcaré en un velero que vaya a Liverpool, dando la vuelta por el cabo de Hornos, con lo cual ganaré más dinero, y luego me pagaré el pasaje desde allí a case. Entonces ella ya no trabajará más.

-Pero, ¿trabaja aún ahora? ¿Qué edad tiene?

-Alrededor de los setenta -respondió. Y después añadió con arrogancia-: Nosotros, en nuestro país, trabajamos desde que nacemos hasta que morimos. Por eso vivimos tantos años. Yo llegaré a los cien.

Jamás olvidaré esta conversación. Estas palabras fueron las últimas que le oí pronunciar, tal vez fuesen también las últimas que pronunciara. Al bajar a la cabina para acostarme, noté que hacía demasiado calor para dormir abajo. Era una noche de calma. Habíamos salido del contraalisio y el Ghost hacía apenas un nudo por hora. Así es que cogí una manta y una almohada y subí a cubierta.

Pasé entre Harrison y la bitácora, que estaba construida encima de la cabina, y vi que se había apartado tres puntos completos de la ruta. Creyendo que estaba dormido y deseando evitarle una repulsa o algo peor, me acerqué para hablarle. Pero no dormía. Tenía los ojos fijos y muy abiertos. Parecía extraordinariamente turbado y no pudo contestarme.

-¿Qué te pasa? -le pregunté-. ¿Estás enfermo?

Sacudió la cabeza, y con un profundo suspiro, como si despertara, recobró el aliento.

-Pues procura no abandonar el rumbo entonces :e reprendí.

Hizo girar un poco el volante y observé cómo la brújula se inclinaba lentamente hacia Nornoroeste y se sostenía con ligeras oscilaciones.

Había encontrado un lugar fresco para tender la manta y ya me disponía a tumbarme, cuando me sorprendió un ligero ruido y miré hacia la barandilla de popa. Una mano fuerte chorreando agua se había agarrado a ella Una segunda mano surgió de la oscuridad al lado de la primera. Miré fascinado. ¿Qué visitante de las profundidades del abismo iba a aparecer? Fuese quien fuera, comprendí que trepaba a bordo por la cuerda de la corredera. Vi una cabeza, el cabello mojado y aplastado y luego los ojos inconfundibles y la cara de Wolf Larsen. La mejilla izquierda estaba cubierta de sangre que manaba de alguna herida de la cabeza.

Con un ligero esfuerzo se encaramó a bordo y se puso de pie, mirando al mismo tiempo al hombre del timón, como para asegurarse de su identidad y de que nada había de temer de su parte. Todo él chorreaba agua de mar. Hacía un ruidito muy perceptible, que me distrajo. Al dirigirse hacia mí retrocedí instintivamente, porque en sus ojos había como una amenaza de muerte.

-Hola, Hump -dijo en voz baja-. ¿Dónde está el segundo?

Yo moví la cabeza

-¡Johansen! -llamó suavemente-. ¡Johansen!... ¿Dónde está? -preguntó a Harrison.

El joven parecía haber recobrado la serenidad, porque contestó con bastante firmeza:

-No lo sé, señor. Hace poco, le vi dirigirse a proa.

-También yo fui a proa, pero habrás observado que no vuelvo por el mismo camino. ¿Puedes explicarte esto?

-Debe usted haber caído al agua, señor.

-¿Quiere que le busque en la bodega, señor? -pregunté yo.

Wolf Larsen sacudió la cabeza.

-No le hallarás, Hump. Pero tú sirves lo mismo… Ven. No te preocupes de tu ropa de carea.

Yo le seguí. Nada se movía en el centro del barco.

-Estos malditos cazadores -comentó- son demasiado gordos y holgazanes para resistir cuatro horas de guardia.

Pero en el extremo del castillo de proa encontró a tres marineros dormidos. Les empujó para verles la cara Formaban la guardia de cubierta, y cuando hacía buen tiempo, era costumbre en el barco dejar dormir a la guardia, excepto el oficial, el timonel y el vigía.

-¿Quién es el vigía? -preguntó.

-Yo, señor -respondió Holyoak, uno de los marineros de alta mar, con un ligero temblor en la voz-. Acababa de cerrar los ojos en este momento, señor. Perdóneme usted, señor; no volverá a suceder.

-¿Habéis oído o visto algo en la cubierta?

-No, señor; yo...

Pero Wolf Larsen ya se alejaba, dejando al marinero, que se restregaba los ojos sorprendido de haber salido tan bien librado.

-Sin hacer ruido ahora -me advirtió Wolf Larsen, con un murmullo al doblar el cuerpo para introducirse por la escotilla del castillo de proa y bajar.

Yo le seguía, latiéndome con fuerza el corazón. Lo que iba a suceder me era tan inesperado como lo ocurrido anteriormente. Se había vertido sangre, y Wolf Larsen, por capricho, no se había tirado al agua con '1 cráneo abierto. Además, faltaba Johansen.

Aquélla era la primera vez que bajaba yo al castillo de proa, y tardaré en olvidar la impresión que me produjo visto desde el pie de la escalera. Construido en los mismos ojos del barco, afectaba la forma triangular, y siguiendo la dirección de los lados, estaban en doble hilera las literas. No era mayor que un dormitorio de la Grub Street[3], y no obstante dormían allí, comían y efectuaban todas las funciones de la vida doce hombres. Mi alcoba en mi casa no era grande, pero hubiese podido contener una docena de veces el castillo de proa, y teniendo en consideración la altura del techo, una veintena al menos.

Los durmientes no se enteraron de nuestra llegada. Había ocho, las dos guardias, y el aire estaba viciado por el calor y el olor de sus alientos y lleno del ruido de sus ronquidos, suspiros y gruñidos, prueba evidente del reposo de la bestia humana. Pero, ¿estaban, en efecto, dormidos todos o habrían despertado? Esto era, sin duda, lo que Wolf Larsen quería averiguar: los hombres que parecían dormir, los que no dormían o que no habían dormido en mucho rato. Y lo efectuó en una forma que me trajo a la memoria un cuento de Boccaccio.

Descolgó la lámpara del soporte y me la entregó. Comenzó por las primeras literas de proa del lado de estribor. En la más alta estaba Oofty-Oofty, un kanaka y marino espléndido, llamado así por sus compañeros. Dormía acostado sobre la espalda y respiraba tan plácidamente como una mujer. Tenía un brazo debajo de la cabeza y el otro encimad e las mantas, Wolf Larsen le cogió la muñeca entre el pulgar y el índice y contó sus pulsaciones. Estando en esto, despertó el kanaka con la misma delicadeza con que habla dormido. No hizo el menor movimiento con el cuerpo. Sólo movió los ojos. Eran grandes y negros, y los fijó muy abiertos, sin Parpadear, en nuestros rostros. Wolf Larsen se llevó un dedo a los labios indicándole que guardara silencio, y los ojos volvieron a cerrarse.

En la litera de abajo estaba acostado Louis, gordo y sudoroso, dormido de verdad y respirando trabajosamente. Mientras Wolf Larsen le tenía cogido de la muñeca, se agitó incómodo, arqueando el cuerpo de modo que durante un momento se apoyó en los hombros y los talones. Sus labios se movieron, y dejó oír frases enigmáticas

"Un chelín vale un cuarto; pero sacad fuera las lámparas, porque si no, los republicanos os las echarán encima por seis peniques."

Después se volvió de lado, con un profundo suspiro, casi un sollozo, y dijo:

"Una moneda de seis peniques es un curtidor y un chelín es un cencerro pero un pony no sé qué es." Satisfecho con la sinceridad del sueño de este hombre y del kanaka, Wolf Larsen pasó a las dos literas siguientes del mismo lado de estribor, ocupadas, según vimos a la luz de la lámpara, por Leach la de arriba y por Johnson la otra.

Al inclinarse Wolf Larsen hacia la litera más baja para tomar el pulso de Johnson, yo, que estaba de pie y sosteniendo la lámpara, vi levantarse la cabeza de Leach y mirar a hurtadillas por el borde de la cama para ver qué pasaba. Debió adivinar la jugada de Wolf Larsen y la seguridad de ser descubierto, pues al momento me fue arrebatada la lámpara de la mano y el castillo de proa quedó a oscuras. En el mismo instante debió saltar directamente sobre Wolf Larsen.

Los primeros ruidos fueron los de un combate entre un toro y un lobo. Oí un mugido furioso producido por Wolf Larsen, y Leach aullaba con una desesperación que helaba la sangre. Johnson debió reunírsele inmediatamente, ya que su conducta vil y rastrera sobre cubierta, durante los últimos días, no había sido sino una ficción que formaba parte de su plan.

[3] Grub Street, hoy llamada Milton Street, donde antiguamente solían residir los literatos pobres.

Yo estaba atemorizado con esta lucha en la oscuridad y me apoyé contra la escala, trémulo y sin poder subir. Volvía a invadirme aquel malestar en el estómago causado siempre por el espectáculo de la violencia física. Entonces no podía ver, pero oía el ruido de los golpes, el blando crujido de la carne al chocar con fuerza con la carne. Después fue el roce de los cuerpos enlazados, las respiraciones anhelantes y el jadear breve y rápido producido por el dolor.

Debieron entrar más hombres en la conspiración para asesinar al capitán y al segundo, pues por los ruidos comprendí que Leach y Johnson habían recibido pronto el refuerzo de algunos de sus camaradas.

-¡Que me den un cuchillo! -gritaba Leach.

-!Dale en la cabeza! ¡Machácale los sesos! -vociferaba Johnson.

Pero a Wolf Larsen no se le volvió a oír después del primer mugido. Luchaba horrible y silenciosamente por la vida. Estaba herido y acorralado. Desde un principio había tratado en vano de ponerse en pie y a pesar de su fuerza formidable pensé que no había esperanza para él.

De la violencia de la lucha participaba yo directamente, pues me derribaban aquellos cuerpos embravecidos y me magullaban dolorosamente. En medio de la confusión, logré introducirme en una litera baja que estaba vacía.

-¡Aquí todos! ¡Ya le tenemos, ya le tenemos! -oí gritar a Leach.

-¿A quién? -preguntaban los que habían estado realmente dormidos y ahora despertaban sin saber para qué.

-Es el maldito piloto -contestó Leach astutamente con voz apagada.

Estas palabras fueron saludadas con gritos de alegría, y desde aquel momento Wolf Larsen tuvo siete hombres fornidos encima, pues Louis creo yo que no tomó parte en el combate. El castillo parecía un enjambre de abejas excitadas por algún merodeador. -
¡Hola, muchachos, ánimo! -gritó Latimer desde la escotilla, demasiado prudente para bajar al infierno de odio, cuyos ruidos furiosos oiría bajo él en la oscuridad.

-¿No tiene nadie un cuchillo? ¡Oh!, ¿no tiene nadie un cuchillo? -insistió Leach en el primer intervalo de relativo silencio.

El número de los agresores era motivo de confusión. Se entorpecían sus esfuerzos, en tanto que Wolf Larsen con un solo propósito, consiguió realizarlo. Consistía éste en abrirse paso por el suelo hasta la escalera. A despecho de la absoluta oscuridad, yo seguía sus progresos por el ruido. Ningún hombre, de no ser un gigante, hubiese llevado a término lo que él hizo, una vez que hubo ganado el pie de la escalera. Paso a paso, a fuerza de brazos, teniendo encima todos los hombres, que se esforzaban por hacerle retroceder, levantó el cuerpo del suelo y se puso de pie. Y entonces, paso a paso, ayudado de pies y manos, subió lentamente :a escalera.

El final de todo aquello pude verlo bien, pues Latimer había traído al fin una linterna, y la sostenía de tal modo que la luz entraba por la escotilla. Wolf Larsen estaba casi en los últimos tramos, pero yo no le veía. Todo lo que podía abarcar era el grupo de hombres que le sujetaban. Se encaramaban tras él como una enorme araña de muchas patas y se balanceaban de atrás adelante, siguiendo el rítmico vaivén del barco. Y paso a paso, con grandes intervalos, el grupo subía. Una vez vaciló y estuvo a punto de caer hacia atrás, pero volvió a asir la presa un momento abandonada y continuó ascendiendo.

-¿Quién es? -preguntó Latimer.

A la luz de la linterna pude ver su semblante perplejo mirando hacia abajo.

-Larsen -dijo una voz velada que salió del grupo.

Latimer alargó su mano libre. Vi subir otra mano para cogerla. Latimer estiró y los dos últimos escalones fueron subidos de un salto. Después la otra mano de Wolf Larsen se agarró al borde de la escotilla. El grupo se precipitó fuera de la escalera, aferrados todavía

aquellos hombres al enemigo que se escapaba. Empezaron a salir, a lastimarse con los bordes aguzados de la escotilla y a ser pateados por unas piernas que ahora golpeaban con fuerza. Leach fue el último en retirarse, cayendo de espaldas desde lo alto de la escotilla y empujando con la cabeza y los hombros a los camaradas que se agitaban abajo. Wolf Larsen desapareció con la linterna y quedamos en tinieblas.

CAPITULO XV

Cuando los hombres que estaban al pie de la escalera lograron levantarse, comenzaron a jurar, a maldecir.

-Encended una luz, tengo el pulgar descoyuntado -decía uno de ellos, Parsons, un hombre moreno y silencioso, timonel del bote de Standish, del cual Harrison era remero.

-Lo encontrarás brincando por el poste de amarras -repuso Leach, sentándose en el borde de la cama en que estaba yo oculto.

Se oyeron tanteos y raspar de cerillas, y la lámpara turbia y ahumada volvió a alumbrar, y a su luz indecisa se agitaban hombres con las piernas desnudas curándose las contusiones y las heridas. Oofty-Oofty se había apoderado del pulgar de Parsons, tirando de él con fuerza y volviéndolo al sitio. Al mismo tiempo noté que los nudillos del kanaka estaban desollados hasta e¡ hueso. Los exhibía, mostrando al hacerlo los hermosos dientes blancos en una mueca y explicando que se había producido aquella herida golpeando a Wolf Larsen en la boca.

-Entonces, ¿fuiste tú, negro miserable? preguntó en tono belicoso uno llamado Kelly, irlandés-americano, albino y remero de Kerfoot, que se embarcaba por primera vez--

Al hacer la pregunta escupió una bocanada de sangre y dientes y arrimó su rostro pendenciero a Oofty Oofty. El kanaka retrocedió de un salto a su camarote, para volver de otro salto esgrimiendo un largo cuchillo.

-Ea, acostaros, me fatigáis -intervino Leach. Evidentemente, a pesar de su juventud y escasa experiencia, era el gallo del castillo de proa.

-Anda, Kelly, déjale. ¿Cómo diablos podía saber que eras tú en la oscuridad?

Kelly se apaciguó, pero siguió refunfuñando, y el kanaka enseñó sus dientes blancos en una sonrisa agradecida. Era un ser hermoso, de belleza casi femenina; en su rostro y en sus grandes ojos había una dulzura de ensueño que parecía contradecir su reputación de enérgico y valiente.

-¿Cómo ha podido escapar? -preguntó Johnson.

Estaba sentado en el borde de su litera y todas sus facciones reflejaban una extrema tristeza y absoluto abatimiento. Aún respiraba con dificultad a causa del esfuerzo realizado-- Durante la pelea le habían arrancado la camisa, y de una herida en la mejilla fluía la sangre, que se deslizaba por su pecho desnudo, marcando un rojo sendero a través del muslo blanco, para acabar goteando en el entarimado.

-Porque es el diablo, como ya os tengo dicho -contestó Leach, y como consecuencia se levantó y desahogó su contrariedad con lágrimas de coraje-. ¡Y no darme ninguno de vosotros un cuchillo¡ -no cesaba de lamentar.

Pero el resto de los hombres, vivamente preocupados con lo que sobrevendría, no le prestaban atención. -¿Cómo podrá saber quién ha sido? -preguntó Kelly, y al proseguir dirigió una mirada cruel a su alrededor. ¡A no ser que nos delate alguien ¡

-Lo sabrá tan pronto como nos eche la vista encima -replicó Parsons-. Le bastaría con mirarte a ti. Dile que se hundió el techo y te arrancó los dientes cuajo -aconsejó Louis haciendo una mueca.

Era el único hombre que no había abandonado la
cama, y estaba lleno de júbilo por no tener lesión alguna, con lo cual probaba no haber tomado parte en la conspiración de la noche.

-Esperad solamente hasta mañana, en que eche una ojeada a los vasos -añadió riendo.

-Diremos que le tomamos por el segundo -dijo uno.

Y otro repuso:

-Yo ya sé qué le diré... que al oír el escándalo salté de la cama, para recibir un mamporro en la quijada, y que fue tal el dolor que me produjo, que me lancé en medio de la refriega, y claro, en la oscuridad no pude conocer a nadie y pegué desatinadamente.

-Y por supuesto, yo fui quien te hirió -concluyó Kelly, y al momento se iluminó su semblante-. Leach y Johnson no tomaban parte en la conversación, y era fácil advertir que sus compañeros les consideraban como hombres perdidos, sin esperanzas, y les daban por muertos. Leach soportó sus reproches durante un buen rato, pero al fin estalló:

-¡Me aburrís! ¡Sois un atajo de cobardes! Si hablarais menos con la boca e hicierais algo con las manos, a estas horas ya hubiéramos acabado con él. ¿Por qué uno de vosotros, sólo uno, no me dio un cuchillo cuando lo pedí. ¡Me aburrís! Todo se os vuelve armar escándalo, como si hubiera de mataros cuando os coja! Bien sabéis que no lo hará; no puede prescindir de vosotros. Aquí no hay sobra de marineros y él os necesita para su negocio-- Si os perdiera, ¿a quién tendría para las maniobras? Johnson y yo somos los únicos que habremos de pagar las consecuencias. Idos a la cama; quiero dormir un rato.

-Está muy bien -repuso Parsons-. Es posible que a nosotros no nos haga nada, pero acordaos de lo que os digo: de ahora en adelante el infierno será una nevera comparado con este barco.

Durante todo este tiempo estaba yo preocupado respecto de mi situación. ¿Qué pasaría cuando aquellos hombres notaran mi presencia? No podría abrirme paso luchando como lo había hecho Wolf Larsen, y en este preciso instante, Latimer gritaba por la escotilla: -
Hump, el viejo te llama.

-No está aquí -contestó Parsons.

-Sí que está -dije yo, deslizándome de la litera y haciendo lo posible para comunicar a mi voz firmeza y audacia.

Los marineros me miraron consternados. El miedo se dibujaba con trazos enérgicos en sus semblantes y también la maldad que el miedo inspira.

-¡Voy! -grité a Latimer.

-¡No, no irás! -exclamó Kelly interponiéndose entre la escalera y yo y con la mano derecha engarfiada como si fuera a estrangularme-. ¡Víbora maldita, yo te cerraré la boca!

-Déjale -ordenó Leach.

-¡No, por tu vida! -respondió colérico.

Leach no se movió del borde de la cama.

-¡Déjale, te digo! -repitió, pero esta vez su voz era estridente y metálica--

El irlandés vaciló.

- Yo intenté pasar por su lado y él se apartó. Cuando hube alcanzado la escalera, me volví hacia aquel círculo de rostros brutales y malvados que me miraban a través de la penumbra. De pronto me inspiraron una profunda simpatía; recordé la expresión del cocinero: "¡Cómo debía odiarles Dios para tratarles así! ".

-Os aseguro que no he visto ni oído nada -dije con aplomo.

-Ya os he dicho que es un buen muchacho -oí que afirmaba Leach mientras yo subía la escalera-. Quiere tanto al lobo como tú y yo.

Encontré a Wolf Larsen esperándome en la cabina, desnudo y cubierto de sangre. Me saludó con una de sus sonrisas caprichosas.

-Ven, doctor, ponte al trabajo. Según las muestras, este viaje será favorable para que hagas una práctica extensa. No sé qué hubiera sido del Ghost sin ti, y si yo pudiese albergar tan nobles sentimientos, te diría que su patrón te está profundamente agradecido.

Yo conocía el manejo del sencillo botiquín que llevaba el Ghost, y mientras calentaba agua en la estufa de la cabina y preparaba las cosas para curarle las heridas, él andaba por allí examinándose las lesiones y calculando su importancia. Hasta entonces no le había visto nunca desnudo, y la vista de su cuerpo me dejó suspenso. Jamás me he sentido propenso a exaltar la carne, muy lejos de ello, pero hay en mí bastante sentimiento artístico para poder apreciar sus maravillas.

Debo decir que quedé fascinado por la perfección de líneas de la figura de Wolf Larsen y por lo que podría llamarse la terrible belleza de la misma. Me había fijado en los hombres del castillo de proa; no obstante ser algunos de ellos de musculatura poderosa, todos tenían alguna incorrección; falta de desarrollo excesivo allá, alguna torcedura que había destruido la simetría, piernas demasiado cortas o muy largas, demasiado nerviosas o huesudas o delgadas. Oofty-Oofty era el único cuyas líneas eran del todo satisfactorias, pero todo lo que tenían de agradables lo tenían también de afeminadas.

Wolf Larsen era el prototipo del hombre, casi un dios, por su perfección. Al andar o mover los brazos, los fuertes músculos saltaban y se movían bajo la piel satinada. Se me había olvidado decir que el color bronceado terminaba con la cara. Su cuerpo, gracias a la sangre escandinava, era blanco como el de la más blanca de las mujeres. Recuerdo que cuando se llevó la mano a la cabeza para reconocer la herida, observé el bíceps agitarse como una cosa viva bajo la blanca epidermis. Era el bíceps que estuvo una vez a punto de arrancarme la vida, el que había visto asestar tantos golpes mortales. No podría apartar de él mis ojos; me había quedado de pie, inmóvil, con un paquete de algodón antiséptico en la mano, que lo solté y dejé caer en el suelo.

El me vio, y se apercibió de que estaba contemplándole.

-Dios se lució con usted -dije.

-¿Te parece? -respondió-. Eso he pensado yo también muchas veces, sin poderme explicar el motivo.

-Se propondría... -comencé.

-La utilidad -me interrumpió-. Este cuerpo fue hecho para el uso. Estos músculos fueron creados para coger, desgarrar y destruir las cosas vivas que se interpusieran entre la vida y yo. Pero, ¿has pensado en las otras cosa vivas? Ellas también tienen músculos de una clase o de otra, hechos para apretar, desgarrar y destruir; y cuando se ponen entre la vida y yo, procuro inutilizarlas. El propósito no puede explicar esto, pero sí la utilidad.

-Eso no es bello -protesté.

-No creas que la vida lo sea --dijo sonriendo-. Y con todo, has dicho que yo estoy bien hecho. ¿Ves esto?

Puso en tensión las piernas y los pies, oprimiendo el entarimado de la cabina con los dedos de los mismos, como si hiciera presa con ellos. Los músculos se combaron bajo la piel, formando nudos y prominencias.

-Toca -ordenó.

Eran duros como el hierro, y observé también que todo su cuerpo se había puesto en tensión y elástico; los músculos se dibujaban suavemente alrededor de las costillas, a lo largo de la espalda y a través de los hombros; tenía los brazos ligeramente levantados, con los músculos contraídos, los dedos se engarfiaban hasta convertirse en garras; y aun los ojos habían cambiado la expresión, encendiéndose atentos y vigilantes con la luz de la acometividad.

-Estabilidad, equilibrio -dijo relajando la tensión de su cuerpo y volviéndolo al reposo-. Pies para apoyarme en el suelo, piernas para sostenerme y para contribuir a la

resistencia mientras lucho, con los brazos, los dientes y las manos para matar y no ser muerto. ¿Propósito? No; utilidad es la palabra más apropiada.

No repliqué. Había visto el mecanismo de los primitivos animales de combate, y estaba tan emocionado como si hubiese contemplado la maquinaria de un gran barco de guerra o de un trasatlántico.

Me sorprendió el considerar la lucha feroz del castillo de proa y la superficialidad de sus lesiones, y puedo jactarme de haberlas curado con gran destreza. Aparte varias heridas de alguna importancia, lo demás no eran sino contusiones y rasguños. El golpe que había recibido en la cabeza antes de caer al agua le había producido un corte de varias pulgadas. Siguiendo sus instrucciones, lo lavé y saturé, no sin antes afeitar los bordes de la herida. Además, tenía la pantorrilla profundamente lacerada, como si hubiese sido despedazada por un alano. Dijo que al principio de la refriega algún marinero se había aferrado a ella con los dientes, siendo arrastrado sin soltar hasta lo alto de la escalera del castillo de proa, donde se lo sacudió de una patada.

-Por lo que he podido observar, Hump, eres un hombre habilidoso -empezó Wolf Larsen cuando hubo terminado-. Nos falta el segundo. De ahora en adelante distribuirás las guardias, recibirás setenta y cinco dólares y en todo el barco te llamarán míster Van Weyden.

-Yo... yo no entiendo nada de navegación, usted ya lo sabe -dije lleno de asombro.

-No es necesario.

-En realidad, no ambiciono destinos elevados -objeté-. En mi humilde situación presente, ya me resulta bastante precaria la vida. Carezco de experiencia. La mediocridad tiene sus compensaciones.

Sonrió como si todo estuviera resuelto.

-¡Yo no quiero ser segundo en este barco infernal! -exclamé, retándole.

Vi endurecerse la expresión de su semblante y a sus ojos asomó la chispa cruel.

-Y ahora, míster Van Weyden, buenas noches.

-Buenas noches, míster Larsen -respondí débilmente.

CAPITULO XVI

No puedo decir que el empleo de segundo llevara consigo más placeres que el de no lavar platos. Yo ignoraba hasta los deberes más sencillos inherentes a este cargo, y sin duda lo hubiera pasado muy mal de no haber simpatizado conmigo los marineros. No conocía ninguna particularidad de cuerdas y aparejos, ni sabía colocar ni orientar las velas; pero los marineros trataban de ponerme al corriente, especialmente Louis, que demostró ser un buen maestro, y mis subordinados me ocasionaron pocas molestias.

Con los cazadores ya fue otra cosa. Familiarizados con el mar, aunque no todos en el mismo grado, me tomaban a broma. No expuse ninguna queja, pero Wolf Larsen exigió para conmigo la disciplina más estricta y mucho más respeto del que el pobre Johansen había recibido en vida; y después de varias riñas, amenazas y bastante gruñir, logró poner a los cazadores en cintura. De proa a popa era yo míster Van Weyden, y únicamente en privado me llamaba Hump Wolf Larsen.

En efecto, resultaba muy divertido eso; si por casualidad el viento barloaba algunos puntos, me decía Wolf Larsen al levantarse de la mesa; "míster Van Weyden, tenga usted la bondad de virar a babor. Y yo subía a cubierta, llamaba por señas a Louis, que me enseñaba lo que había que hacer. Pocos minutos después, habiendo digerido sus instrucciones y dominando bien la maniobra, procedía a ejecutar las órdenes recibidas. Recuerdo uno de los primeros ejemplos de esta clase, en que apareció en escena Wolf Larsen precisamente cuando

había empezado yo a entrar en funciones. Fumaba un cigarro y se quedó observando en silencio hasta que la cosa estuvo efectuada, y entonces se llegó a popa por la parte de barlovento y se puso a mi lado.

-Hump -dijo-, perdón, míster Van Weyden, le felicito. Me parece que ya puede echar de nuevo a la tumba las piernas de su padre. Ha descubierto usted las suyas y ha aprendido a sostenerse con elles. Un poco de práctica con las cuerdas, con la navegación, y de experiencia con los temporales, y al final del viaje estará en condiciones para mandar cualquier goleta de cabotaje.

Durante el período que medió entre la muerte de Johansen y la llegada a la región de la caza, pasé las horas más agradables de mi navegación en el Ghost. Wolf Larsen se mostraba muy considerado, los marineros me ayudaban y ya no estaba en enojoso contacto con Thomas Mugridge; y puedo asegurar que según transcurrían los días iba sintiéndome secretamente orgulloso de mí mismo. A pesar de lo fantástico de la situación (un bigardo de tierra nada menos que segundo), yo la desempeñaba bastante bien, y durante aquel breve tiempo estuve satisfecho de mí, acabando por encariñarme con el vaivén del Ghost, que iba balanceándose a través del mar tropical, en dirección Noroeste, hacia el islote donde debíamos llenar de agua los toneles.

Mi felicidad, sin embargo, no era completa. Aquello no fue sino un período de menos sufrimientos que se deslizó entre un pasado y un porvenir de grandes penalidades. El Ghost por lo que a sus marineros se refería, era un barco infernal de la peor especie. Wolf Larsen no olvidaba el atentado de que había sido objeto y la paliza recibida en el castillo de proa, y de la mañana a la noche, y a veces de la noche al amanecer, se dedicaba a hacerles intolerable la vida.

Conocía bien la psicología de las cosas pequeñas, y con eso les fastidiaba hasta volverles locos. Le he visto hacer levantar de la cama a Harrison para que pusiera ; un pincel en su sitio y arrancar de su pesado sueño a las dos guardias de abajo para que le hicieran compañía y le vieran dormir. Cosas insignificantes, en verdad, pero que multiplicadas por las mil estratagemas ingeniosas de aquella inteligencia, hacen comprender fácilmente el estado mental de los hombres del castillo de proa.

Por supuesto que empezaron a rezongar y de continuo había pequeñas revueltas, pero entonces se repartían golpes, y siempre había dos o tres hombres curándose heridas recibidas de manos de la bestia humana que era su patrón. Una acción unánime se hacía imposible en vista del bien provisto arsenal que había en la bodega y la cabina. Leach y Johnson eran las dos víctimas predilectas del genio diabólico de Wolf Larsen, y el aspecto de profunda melancolía que ofrecía siempre el semblante de Johnson me llegaba al alma.

Con Leach ya era otra cosa. Este se asemejaba más a un animal de combate. Parecía poseído de un furor insaciable que no dejaba lugar para el dolor. Sus labios estaba siempre contraídos en un gruñido permanente, que a la sola vista de Wolf Larsen, aunque inconscientemente, creo yo, se hacia ruidoso, horrible y amenazador. Le seguía con los ojos como la fiera sigue a su guardián en tanto que el gruñido feroz resonaba en las profundidades de la garganta y salía vibrando por entre los dientes.

Recuerdo una vez que, estando Leach sobre cubierta, en pleno día, le toqué en el hombro antes de darle una orden. Se hallaba de espaldas, y al primer contacto de mi mano dio un respingo y se alejó de mí gruñendo y volviendo la cabeza. Por un momento me había confundido con el hombre a quien odiaba.

El y Johnson hubiesen matado a Wolf Larsen a la más leve oportunidad, pero esta oportunidad no se presentaba nunca. Wolf Larsen era demasiado prudente, y además carecían de armas adecuadas, pues con los puños solamente no tenían seguridad de vencer. Sólo una vez luchó Wolf Larsen con Leach, que no hizo más que retroceder como un gato montés, defendiéndose al mismo tiempo con dientes, uñas y puños, hasta quedar tendido sobre

cubierta, agotado y desvanecido. Después de esto ya no volvieron a encontrarse frente a frente. Toda la maldad que había en Leach desafiaba la maldad de Wolf Larsen. De haberse presentado los dos al mismo tiempo sobre cubierta, se hubiesen enzarzado de nuevo entre juramentos y gruñidos. He visto a Leach lanzarse sobre Wolf Larsen sin avisarle. Una vez le arrojó su enorme cuchillo, y faltó poco para que le cortara la garganta. Otra vez dejó caer sobre él un pasador del palo de mesana. Y aunque a decir verdad era difícil acertarle con el balanceo del barco, la aguda punta del pasador, al bajar silbando desde setenta pies de altura, casi dio en la cabeza de Wolf Larsen, que en aquel momento salía de la escalera de la cabina, y se hundió más de dos pulgadas en el sólido entarimado de la cubierta. En otra ocasión entró furtivamente en la bodega y se apoderó de una escopeta cargada, pero fue sorprendido y desarmado por Kerfoot.

Yo me preguntaba por qué no le mataría Wolf Larsen y ponía fin a aquel estado de cosas; pero él se reía y parecía divertirse y excitarse con todo aquello, como si saboreara el placer que deben experimentar ciertos hombres al hacer de sus animales feroces sus favoritos.

-Esto da emoción a la vida -me explicaba- cuando se la domina. El hombre es jugador por naturaleza y la vida es su mejor postura, siendo mayor la emoción cuanto mayor es la desigualdad. ¿Por qué habría de negarme el placer de excitar el alma de Leach hasta el delirio? Precisamente le hago un favor; la fuerza de la sensación es mutua. Vive más regiamente que ningún hombre del castillo de proa, aunque él no se dé cuenta. Tiene lo que a ellos les falta: propósito y objeto; lucha para alcanzar un fin que le obsesiona, desea matarme y le mantiene la esperanza de conseguirlo. En realidad, Hump, vive una vida intensa y elevada. Dudo que haya vivido jamás tan de prisa y con tanta emoción como ahora, y puedes creer que le envidio cuando le veo en el paroxismo de la cólera y de la sensibilidad.

-¡Ah, pero eso es una cobardía, una cobardía! -exclamé-. Usted tiene todas las ventajas.

-¿Quién es el mayor cobarde de nosotros dos, tú o yo? -preguntó muy serio-. Si la situación es desagradable, tú te comprometes con tu conciencia formando parte de ella. Si fueras realmente grande, realmente sincero contigo mismo, unirías tus fuerzas a las de Leach y Johnson. Pero tienes miedo, tienes miedo, quieres vivir. La vida que hay en ti clama por vivir, cueste lo que cueste, y así vives ignominiosamente, eres desleal al mejor de tus ideales, pecas contra tu pequeño código despreciable y si hubiese infierno a él te dirigirías de cabeza. ¡Bah! Yo desempeño el papel más simpático. Yo no peco, porque soy fiel a los impulsos de mi vida; yo al menos soy sincero con mi alma, y eso es lo que no eres tú.

Sus palabras despertaban mi remordimiento. Quién sabe si, después de todo, estaba desempeñando yo un papel de cobarde. Cuanto más pensaba en ello, más me parecía que mi deber consistía en hacer lo que él me había aconsejado, en unir mis fuerzas a las de Leach y Johnson para procurar la muerte de Wolf Larsen. Creo que al llegar a este punto entró en juego la austera conciencia de mis antepasados puritanos, impulsándome a cometer acciones lúgubres y sancionando hasta el homicidio como un acto de justicia. Me detuve en esta idea. Librar al mundo de aquel monstruo sería una acción muy moral que haría a la humanidad, sería mejor y más feliz y le permitiría vivir más tranquila.

Lo meditaba largamente mientras estaba en la cama desvelado, viendo pasar en procesión interminable todas las circunstancias de la situación. Durante las guardias nocturnas, y cuando Wolf Larsen estaba abajo, hablaba con Johnson y Leach. Ambos habían perdido la esperanza, Johnson a causa de su abatimiento constitutivo, Leach porque había usado en vano toda su energía luchando y estaba agotado. Una noche, éste, en un momento de emoción, me cogió la mano y me dijo:

-Yo le creo a usted honrado, míster Van Weyden, pero continúe donde está y no hable. No diga sino lo que pueda saberse. Ya sé que nosotros podemos considerarnos muertos; pero con todo, quizá pueda alguna vez hacernos un favor si lo necesitamos.

Al día siguiente, al aparecer Wainwright Island a barlovento, Wolf Larsen, que había luchado con Johnson y Leach, al ser atacado por éste, y había acabado por zurrar a los dos les dijo:

-Ya sabes, Leach, que cualquier día te mataré.

Este le contestó con un gruñido.

-En cuanto a ti, Johnson, entes de que acabe contigo estarás tan harto de la vida que te tirarás al mar; y si no, al tiempo pongo por testigo.

-Eso es una sugestión -añadió, hablándome en voz baja-. Apuesto contigo la paga de un mes a que lo hace.

Yo había acariciado la esperanza de que sus víctimas encontrarían una oportunidad para huir mientras estuviésemos llenando los toneles de agua, pero Wolf Larsen había escogido bien el sitio. El Ghost se hallaba a media milla de una costa. desierta y acantilada, donde desembocaba una profunda garganta de paredes
volcánicas y escarpadas, imposible de escalar. Y aquí, bajo su inspección inmediata, pues desembarcó él mismo, Leach y Johnson llenaron los pequeños toneles y los llevaron rodando hasta la playa. No tuvieron ocasión para intentar evadirse en uno de los botes.

Sin embargo, Harrison y Kelly hicieron una tentativa. Tripulaban un bote y su trabajo consistía en ir desde la costa a la goleta transportando un solo tonel cada vez. Precisamente, antes de comer salieron en dirección de la costa con un barril vacío, y alteraron el rumbo hacia la izquierda con el fin de rodear el promontorio que, avanzando en el mar, se interponía entre ellos y la libertad. Más allá de su base espumosa se hallaban las lindas aldeas de los colonizadores japoneses y los risueños valles que penetraban hasta el interior, y una vez en seguridad, los dos hombres podrían desafiar a Wolf Larsen.

Yo había observado que Henderson y Smoke vagaban toda la mañana por la cubierta, y ahora comprendí cuál era su objeto. Cogiendo los rifles, abrieron fuego deliberadamente contra los desertores. Aquello era un alarde de sangre fría de los tiradores. Al principio los proyectiles sólo desfloraron la superficie del agua a ambos lados del bote, pero viendo que los hombres continuaban bogando vigorosamente, la puntería se fue ciñendo más.

-Ahora voy a romper el remo derecho de Kelly -dijo Smoke, apuntando con más cuidado.

Con los anteojos vi cómo el tiro destrozaba la hoja del remo. Henderson hizo otro tanto, eligiendo el remo derecho de Harrison. El bote ya no pudo seguir luchando. Pronto quedaron inutilizados los dos remos restantes. Entonces los hombres trataron de remar con las astillas, pero también les fueron arrancadas de las manos, y no tuvieron más remedio que entregarse, dejando derivar el bote, hasta que otro, enviado desde la playa por Wolf Larsen, les remolcó y condujo a bordo.

Al atardecer levamos el ancla y continuamos el viaje. Ante nosotros no se ofrecía otra perspectiva, bien negra por cierto, que los tres meses de cacería en las regiones de las focas, y yo me puse al trabajo con el corazón entristecido. Sobre el Ghost parecía haber descendido un desaliento aplastante. Wolf Larsen estaba postrado en la cama por uno de aquellos dolores de cabeza tan extraños y agobiantes. Harrison se apoyaba indolentemente en el timón, como si le abrumara el peso de su propia carne. Los demás hombres permanecían tristes y silenciosos. Hallé a Kelly acurrucado junto a la escotilla de sotavento del castillo de proa, con la cabeza sobre las rodillas y en una actitud de indecible desesperación.

A Johnson le encontré tendido cuan largo era sobre el castillo y con los ojos fijos en la espuma que abría la gorja, y recordé horrorizado la sugestión de Wolf Larsen. Parecía que iba a producir su efecto. Traté de distraer al hombre de sus pensamientos mórbidos llamándole, pero sonrió tristemente y se negó a obedecer.

Cuando volvía a popa, se me acercó Leach.

-Voy a pedirle un favor, míster Van Weyden -dijo-. Si tiene usted la suerte de volver algún día a San Francisco, ¿querrá buscar a Matt McCarthy? Es mi viejo. Vive en la Colina, detrás de la panadería de Mayfair; tiene una tienda de zapatero remendón que todo el mundo conoce y no le será difícil encontrarle. Dígale que he vivido lamentando las penas que le he causado y las cosas que le he hecho-…y acabe diciéndole de mi parte que Dios le bendiga.

Asentí con la cabeza, pero le dije:

-Volveremos todos a San Francisco, Leach, y tú me acompañarás cuando vaya a visitar a Matt McCarthy.

-Quisiera poder creerle -contestó, estrechándome la mano-, pero me es imposible. Sé que Wolf Larsen acabará conmigo, y ya no me queda sino desear que sea cuanto antes.

Y cuando me dejó, sentí nacer el mismo deseo en mi corazón. Ya que había de suceder, que fuese pronto. El desaliento general me había envuelto también entre sus pliegues; lo peor parecía inevitable, y mientras paseaba hora tras hora por la cubierta, me sentía atormentado con las ideas repulsivas de Wolf Larsen. ¿Qué significaba todo aquello? ¿Dónde estaba la grandeza de la vida al permitir aquella loca destrucción del alma humana? Esta vida era una cosa sórdida, y sin valor alguno, así que cuanto antes acabara, mejor sería. ¡Concluir de una vez con ella! Me incliné también sobre la barandilla y contemplé el mar ansiosamente, con la seguridad de que tarde o pronto habría de hundirme para siempre en las profundidades verdes y frías del olvido.

CAPITULO XVII

Aunque parezca extraño, a despecho de los presentimientos de todos, no ocurrió nada digno de mención en el Ghost. Corríamos en dirección Noroeste, hasta que divisamos la costa japonesa y encontramos el gran rebaño de focas. Viniendo de algún lugar remoto del ilimitado Pacífico, se dirigían en su emigración anual a los lugares remotos donde se reproducían. Nosotros las seguíamos en la misma dirección, matando y destruyendo, tirando los esqueletos a pedazos a los tiburones y salando las pieles que más tarde pudieran adornar los bellos hombros de las mujeres de las ciudades.

Era una matanza loca, y todo por la mujer. Ningún hombre comía carne o aceite de foca. Tras un día afortunado, he visto las cubiertas llenas de pieles y cuerpos, resbaladizas por la sangre y la grasa que chorreaba por los imbornales. Salpicados de rojo los mástiles, las cuerdas y las barandillas, y los hombres con los brazos y manos desnudos y ensangrentados, ocupados en el penoso trabajo de separar con sus cuchillos las pieles de los cuerpos de los hermosos animales marinos que habían cazado.

Yo estaba encargado de tarjar las pieles cuando llegaban a bordo desde los botes, de vigilar el desollamiento y luego la limpieza de las cubiertas y cómo volvían a ponerse las cosas en orden. No era un trabajo muy grato. Mi alma y mi estómago se rebelaban, y sin embargo, por otra parte, el manejar y dirigir a muchos hombres era bueno para mí-- Esto desarrollaba mi escasa capacidad ejecutiva y tenía la sensación de hallarme sometido a un régimen de endurecimiento y tenacidad que no podía ser sino saludable para el alfeñique de Van Weyden.

Comenzaba a sentir que ya nunca más volvería a ser el mismo de antes. Aunque la esperanza y la fe en la vida humana sobrevivían a la crítica destructiva de Wolf Larsen, no por ello había sido menos la causa de mi cambio en las cosas menores. Había abierto a mis ojos el mundo de la realidad, del que prácticamente nada conocía y ante el cual había retrocedido siempre. Aprendí a mirar más de cerca la vida y la forma de ser vivida, a

reconocer que en el mundo había hechos que salían del dominio del pensamiento y de la idea y conceder cierto valor a las fases concretas y objetivas de la existencia.

Durante la cacería aprendí a conocer de veras a Wolf Larsen. Pues cuando hacía buen tiempo y nos hallábamos en medio del rebaño, todos los hombres salían en los botes y sólo quedábamos a bordo él y yo y Thomas Mugridge, que no contaba para nada-- Pero no era cuestión de tumbarse a la bartola-- Los seis botes se alejaban de la goleta, desplegándose en forma de abanico. El primero de barlovento y el último de sotavento llegaban a alcanzar una distancia de diez a veinte millas, y así cruzaban el mar en línea recta hasta que la llegada de la noche o el mal tiempo les obligaban a volver. Nuestro deber era dirigir el Ghost hacia sotavento, a fin de que los botes tuviesen viento favorable para acercarse a nosotros en caso de borrasca o de tiempo amenazador.

No es tarea liviana para dos hombres, particularmente cuando se ha levantado un viento recio, manejar un barco como el Ghost, gobernar, vigilar los botes, izar o arriar las velas, por lo que me vi obligado a aprender muy de prisa. Gobernar supe pronto, pero trepar a lo alto de los palos y suspenderme de los brazos con todo mi peso cuando dejaba las cuerdas traveseras, para encaramarse aún más arriba, ya era más difícil. También lo aprendí rápidamente, sin embargo, porque sentía un deseo impetuoso de rehabilitarme a los ojos de Wolf Larsen y probarle mi derecho a vivir por otros medios que por los de la inteligencia. Es más, llegó momento en que hallé un placer en subir a lo alto de los mástiles y en sostenerme con las piernas a una altura tan incierta, mientras reconocía el mar con los anteojos, en busca de los botes.

Me acuerdo de un hermoso día en que éstos salieron temprano, y los disparos de las escopetas se fueron perdiendo en la lejanía, hasta dejar de oírse por completo al desparramarse por la inmensidad del mar. Soplaba precisamente del Oeste una brisa muy suave, y cuando nos disponíamos a dirigirnos hacia sotavento del último bote que había desaparecido por allí, se encalmó. Yo estaba en lo alto del mástil, y vi uno a uno perderse los botes tras la curva del horizonte, persiguiendo a las focas por el Oeste. Apenas nos balanceábamos sobre la placidez de las aguas, incapacitados de seguirles. Wolf Larsen estaba receloso. El barómetro había bajado y por el Este el cielo tenía un aspecto que no le gustaba-- Lo estudiaba incensantemente.

-Si sopla de allá con fuerza -dijo- y nos arrastra a barlovento de los botes, probablemente quedarán desocupadas algunas literas en la bodega y el castillo de proa.

Serían las once cuando el mar estaba como un cristal. A mediodía, a pesar de hallarnos cerca del Septentrión, el calor era sofocante. El aire caldeado era bochornoso y pesado, y me recordaba lo que los viejos californianos llaman tiempo de terremoto. Flotaba en la atmósfera algo siniestro y de un modo intangible se sentía la inminencia del peligro. lentamente, por el Este, el cielo se llenaba de nubes que se elevaban por encima de nosotros como una cordillera tenebrosa de las regiones infernales. Con tal claridad se distinguían las gargantas, los desfiladeros, los precipicios y las sombras de sus profundidades, que se buscaba inconscientemente la línea blanca de la resaca y los rugidos en las cavernas donde rompe el mar. Nosotros seguíamos balanceándonos dulcemente, sin que soplara viento alguno.

-No hay ráfagas -dijo Wolf Larsen-. La madre Naturaleza va a levantarse sobre las patas traseras, y piafará con todas sus fuerzas y nos hará saltar, Hump, quitándonos la mitad de nuestros hombres. Podías subir y soltar las gavias.

-Pero, ¿y si empieza a aullar y no somos más que nosotros dos? pregunté con un tono de protesta en la voz.

-Pues empieza por hacerlo primero y corramos hacia nuestros botes antes que nos sean arrebatadas las velas. Después de eso no respondo de lo que sucederá. Los palos resistirán y tú y yo también, pero tendremos que bregar mucho.

Continuaba la misma calma. Comimos, yo precipitado e inquieto por los dieciocho hombres que teníamos en el mar, más allá de la línea del horizonte, y aquella cordillera de nubes que en el cielo avanzaba lentamente sobre nosotros. Wolf Larsen, sin embargo, no parecía afectado; pero cuando volvimos a cubierta noté en él un ligero estremecimiento de las aletas de la nariz, una visible rapidez de movimientos. Había aumentado la seriedad de su semblante y la dureza de sus facciones, y con todo, en sus ojos, de un azul claro este día, había un extraño brillo, más chispas de luz. Me pareció que estaba alegre, con una alegría feroz, que gozaba ante la inminencia de la lucha, que estaba emocionado y excitado con la percepción de que gravitaba sobre él uno de los grandes momentos en que la marea de la vida se levanta embravecida.

Una vez sin darse cuenta de lo que hacía o de que yo estaba viéndole, se puso a reír a carcajadas, burlándose y retando a la tormenta próxima. Todavía parece que le estoy viendo como un pigmeo de Las mil y una noches, ante la inmensa frente de algún genio maligno. Estaba desafiando al Destino y no tenía miedo.

Se dirigió a la cocina.

-Cocinero, cuando termines con las cacerolas y sartenes, te necesitaremos en la cubierta. Procura estar preparado para cuando te llame.

"Hump -me dijo, comprendiendo la mirada de fascinación que tenía posada en él-, esto supera al whisky, y es en lo que se equivocó tu Omar. Creo que, después de todo, sólo vivió a medias.

La mitad occidental del firmamento también se había oscurecido ahora-- El sol había desaparecido de nuestra vista. Eran las dos de la tarde, y un crepúsculo lóbrego cruzado por varias luces de púrpura había descendido sobre nosotros. Con estos reflejos rojos fue encendiéndose el rostro de Wolf Larsen, y a mi excitada fantasía apareció nimbado por una aureola. Nos hallábamos en medio de un silencio ultraterreno, mientras que a nuestro alrededor todo eran signos y presagios del avance de ruido y movimiento. El calor bochornoso había llegado a hacerse insoportable. El sudor me cubría la frente. Me pareció que iba a desmayarme, y tendí la mano hacia la barandilla en busca de apoyo.

Y entonces, en aquel preciso instante, llegó un hálito sutilísimo. Procedía del Este y pasó una y otra vez como un soplo débil-- Las velas lacias no se habían agitado, y sin embargo, el hálito me había rozado la cara, refrescándola.

-Cocinero -llamó Wolf Larsen en voz baja. Thomas Mugridge volvió el rostro, lastimoso y amedrentado-. Suelta la jarcia del botalón de proa y crúzala, y cuando sea necesario, suelta la vela y sujétala con la jarcia. Y si haces un zafarrancho, te aseguro que será el último. ¿Entendido...? Míster Van Weyden, prepárese a pasar las velas de proa. Después suba a las gavias y extiéndalas tan rápidamente como pueda, cuanto más aprisa lo haga tanto más fácil lo hallará. Respecto del cocinero, si no anda listo déle un puñetazo entre los ojos.

Comprendí el alcance de la lisonja y me complació el que no acompañara sus instrucciones con amenazas. Habíamos puesto la proa al Noroeste, y su intención era lanzarse a toda vela aprovechando el primer soplo.

-La brisa vendrá por nuestro cuadrante -me explicó-. Con los últimos tiros los botes arribaban ligeramente hacia el Sur.

Se volvió y se dirigió a popa para apoderarse del timón. Marché a proa y me situé junto a los foques. Pasó otro hálito, y después otro. El velamen aleteaba perezosamente.

-Gracias a Dios que no viene de golpe, míster Van Weyden -fue la ferviente jaculatoria del cocinero.

Yo estaba verdaderamente agradecido, pues por entonces ya había aprendido lo bastante para saber qué desastre nos esperaba en aquellas condiciones y llevando todas las velas extendidas. Los hálitos se convirtieron en soplos, las velas se llenaron y el Ghost se

movió. Wolf Larsen inclinó rudamente el timón a babor y empezamos a soltarnos. El viento soplaba ahora por la popa, bufando cada vez con mayor fuerza, y mis velas de proa trabajaban vigorosamente. No vi lo que pasaba en la otra parte, pero sentí la súbita agitación Y los tumbos de la goleta cuando la presión del viento pasó a los foques del trinquete y de la vela mayor. Estaba ocupado con el contrafoque, el foque y la vela del estay, y cuando hube ejecutado esta parte de mi cometido, el Ghost se hallaba ya brincando, empujado por el Sudoeste, con el viento en su cuadrante y todo el velamen a estribor. Sin detenerme para tomar aliento, a pesar de que el corazón me latía como el martillo sobre el yunque, me lancé a las gavias, y antes de que el viento hubiese llegado a ser demasiado recio ya las teníamos arriadas y plegadas. Después me fui a popa para recibir órdenes.

Wolf Larsen aprobó con un gesto y me cedió el timón. El viento aumentaba en fuerza y el mar comenzó a agitarse. Goberné durante una hora, y cada momento se me hacía más difícil. Yo no tenía experiencia suficiente para gobernar con aquella marcha y aquel rumbo.

-Ahora sube con los anteojos, a ver si descubres algún bote. Hemos corrido a diez nudos, y en este momento vamos a doce o trece. Esta muchacha sabe nadar.

Me contenté con subir a los soportes del aparejo de proa. Mientras exploraba la desierta superficie, comprendí la necesidad urgente de apresurarnos si queríamos rescatar algunos de nuestros hombres. Al contemplar el mar tempestuoso que estábamos atravesando dudaba de que hubiese ningún bote a flote. No parecía posible que tan frágiles embarcaciones pudiesen resistir tal violencia del viento y del agua.

No podía apreciar toda la fuerza del viento, porque seguíamos la misma dirección, pero desde mi elevado observatorio miré hacia abajo, fuera del Ghost, y vi su silueta recortarse enérgicamente sobre el mar cubierto de espuma al abrirse paso en su lucha por la vida. A veces se levantaba, se lanzaba sobre una ola enorme, hundiendo la barandilla de estribor y sumergiendo la cubierta hasta la altura de las escotillas bajo el océano hirviente. En uno de estos momentos, sorprendido desde barlovento por el balanceo, volé por el aire con rapidez vertiginosa adherido al extremo de un gran péndulo invertido, cuyo arco entre los mayores vaivenes debía ser de diez pies o más. Me dominó el terror, y durante un buen rato permanecí aferrado de pies y manos, débil y tembloroso, imposibilitado para explorar el mar en busca de los botes que faltaban o de ver otra cosa que no fueran las olas que rugían debajo y se esforzaban por abatir al Ghost.

Pero el pensamiento de los hombres perdidos en aquella inmensidad me devolvió la firmeza, y buscándolos me olvidé de mí. Durante una hora no vi sino el mar desnudo y desolado. Y entonces, en el lugar en que una flecha de luz solar hería el océano, bañando de plata su irritada superficie, sorprendí una pequeña mancha negra, lanzada un momento a lo alto y tragada después por las aguas. Esperé pacientemente. De nuevo volvió a proyectarse la manchita negra a través del brillo imponente, un par de puntos más allá de nuestra proa a babor. No intenté gritar, sino que comuniqué la noticia a Wolf Larsen agitando el brazo. Cambió el rumbo y yo hice signos afirmativos cuando hubo puesto la proa en dirección de la mancha.

Fue haciéndose mayor, y tan rápidamente, que por primera vez aprecié en su totalidad la velocidad de nuestra carrera. Wolf Larsen me indicó por señas que bajara, y cuando estuve a su lado, me dio instrucciones para virar.

-Puede que se desate el infierno en masa -me advirtió-, pero no hagas caso. Tu deber es ocuparte de tu trabajo y hacer que el cocinero no se mueva del lado del trinquete.

Traté de dirigirme a proa, pero igual dificultad encontraba en un lado como en otro, pues tan pronto se sumergía la barandilla de barlovento como la contraria. Después de haber explicado a Thomas Mugridge lo que debía hacer, me encaramé unos cuantos pies por el aparejo de proa. El bote estaba muy cerca ahora, y pude descubrir fácilmente que se hallaba de cara al viento y a las olas, remolcando el mástil y la vela, que habían sido lanzados al mar

y utilizados como áncora de resistencia. Los tres hombres se estaban hundiendo. Cada montaña de agua los cubría, haciéndomelos perder de vista, y yo les acechaba con indescriptible ansiedad, temiendo que no volviesen a aparecer. Después salía de nuevo el bote a través de las crestas espumosas con la proa apuntando al cielo y mostrando toca la longitud de su carena mojada y oscura, y cuando parecía que iba a volcar y caer en aquellos abismos, hundida la proa, dejando ver todo su interior y con la popa levantada casi verticalmente, vislumbré a los tres hombres que achicaban el agua con frenética precipitación. Cada vez que reaparecían era un milagro.

El Ghost cambió de rumbo de pronto, alejándose, y pensé, con verdadero sentimiento, que Wolf Larsen renunciaba a rescatarles por creerlo imposible. Después me di cuenta de que se preparaba a virar. Íbamos delante del viento y el bote estaba lejos y frente a nosotros. Sentí súbitamente que la goleta se movía con mayor desembarazo, librándose por el momento de la presión, a la vez que aceleraba la velocidad. Daba la vuelta sobre el costado en la dirección del viento.

Cuando se situó formando ángulo recto con la ola, la fuerza del viento (del que hasta ahora habíamos huido) nos cogió de lleno. Por ignorancia y por desgracia mía, yo estaba arrostrándolo. Se alzaba ante mí como un muro, llenándome los pulmones de aire que luego no podía expeler, Y en tanto que me ahogaba y el Ghost se revolvía durante un momento con un costado en alto y se lanzaba balanceándose violentamente contra el viento, vi una ola enorme levantarse por encima de mi cabeza. Volví la cara, tomé aliento y miré de nuevo. La ola dominaba al Ghost y yo le contemplé sin miedo. La cresta, herida por un dardo de luz solar, me dio la impresión de una masa verde translúcida e impetuosa coronada de espuma.

Entonces se precipitó, se desató el pandemonium y todo sucedió en un instante. Recibí un choque, un golpe anonadador, en ningún sitio en particular, pero que me hirió todo el cuerpo. Había perdido el apoyo, me hallaba bajo el agua, y por mi mente cruzó la idea de que aquella cosa terrible de que había oído hablar era el ser arrastrado al fondo del mar. Mi cuerpo, golpeado y magullado, fue arrojado como un guiñapo, dando vueltas y vueltas, y cuando ya no pude contener más el aliento aspiré dentro de mis pulmones el agua salada y picante. Pero, a través de todo ello, me así a esta idea única: "Había de pasar el foque a barlovento". No temía a la muerte. No dudaba de que saldría de aquello fuese como fuera. Y como persistiera en mi ofuscada conciencia la idea de cumplir la orden de Wolf Larsen, creí verle en medio de aquel desbarajuste de pie junto al timón, oponiendo su voluntad a la voluntad de la, tormenta y desafiándola.

Tropecé violentamente contra lo que yo tomé por la barandilla y respiré de nuevo el aire bienhechor. Traté de levantarme, pero me di un golpe en la cabeza y volví a caer sobre las manos y las rodillas. Por un capricho de las aguas había sido arrastrado debajo del enjaetado del castillo de proa y de las escotillas. Al trepar con pies y manos, pasé por encima del cuerpo de Thomas Mugridge, que estaba acurrucado y gruñendo. No había tiempo para hacer investigaciones. Había de pasar el foque.

Cuando asomé sobre cubierta, me pareció ver el fin de todas las cosas. Por todas partes se oían crujidos de maderas, acero y lona. El Ghost estaba dislocado y haciéndose pedazos. Con la maniobra se vaciaron el trinquete y la gavia, y como no había nadie para arreglar las velas, se rasgaban restallando; el pesado botalón azotaba las barandillas en sus movimientos y se hacía astillas. Por el aire volaban maderas, cuerdas sueltas, estays que se retorcían y silbaban como serpientes, y debajo de todo esto se desgarraba la cangreja del trinquete.

El botalón faltó poco para que me hiriera, y este hecho fue estimulante que me hizo entrar de nuevo en acción. Tal vez la situación no fuese desesperada. Recordé la advertencia de Wolf Larsen. Había esperado que se desencadenara el infierno, y ya lo teníamos. Y él, ¿dónde estaría? Le vi afanándose con la escota mayor, tirar de ella hasta ponerla en tensión

con sus músculos formidables, vi la popa de la goleta elevarse en el aire y su cuerpo recortarse en la blanca espuma de una ola que pasó de largo. Todo esto y más -todo un mundo de caos y ruinas- había visto, oído y vislumbrado en el espacio de quince segundos.

No me detuve a mirar lo que había sido del pequeño bote, pero me abalancé a la escota del foque, que empezaba a estallar, llenándose parcialmente y vaciándose con agudas detonaciones, pero con una vuelta de la escota y el empleo de toda mi fuerza cada vez que se acudía, conseguí pasarla. Lo que sí puedo asegurar es que puse toda mi voluntad. Tiré tanto, que me erosioné las yemas de los dedos, y mientras tiraba, el contrafoque y la vela estay se desgarraron e inutilizaron con un ruido atronador.

Yo seguía tirando, recogiendo lo que ganaba con una doble vuelta, hasta que la sacudida siguiente me daba más. Entonces la escota cedía fácilmente y Wolf Larsen estaba cerca de mí halando solamente, mientras yo me hallaba ocupado en aprovechar la sacudida.

-¡Atala y ven! -gritó.

Mientras le seguía, notaba que, a pesar de la destrucción y la ruina el barco obedecía. El Ghost halaba y seguía obedeciendo y trabajando. Aunque había desaparecido el resto de las velas, el foque pasado a barlovento y la vela mayor arbolada resistían, haciendo resistir a la vez a la proa.

Busqué el bote y mientras Wolf Larsen desenredaba
el aparejo de los botes, lo vi a sotavento encaramado sobre una ola enorme y a menos de veinte pies de distancia. Y tan bien había hecho sus cálculos, que derivó sobre él exactamente de manera que no había sino enganchar las cuerdas por los extremos e izarlo a bordo. Pero esto no se hizo con la misma facilidad que se escribe.

A proa iba Kerfoot, Oofty-Oofty a popa y Kelly en medio. Cuando derivábamos más cerca, el bote se levantó a lomos de una ola casi por encima de mí y pude ver las cabezas de los tres hombres inclinadas sobre la borda y mirando hacia abajo. Un instante después, nos remontábamos nosotros al mismo tiempo que se hundían ellos. Parecía imposible que la ola siguiente no hiciera estrellar contra el Ghost aquella pequeña cáscara de huevo.

En el momento preciso, pasé la cuerda al kanaka, mientras Wolf Larsen hacía lo propio con Kerfoot. Ambas cuerdas fueron atadas en un abrir y cerrar de ojos, y los tres hombres, aprovechando hábilmente un movimiento del barco, saltaron a la goleta simultáneamente. Cuando el Ghost sacó el costado fuera del agua, fue izado el bote, y antes de que volviese a hundirse con el siguiente vaivén, le habíamos subido por encima de la borda y colocado sobre cubierta con la quilla hacia arriba. Noté que la mano izquierda de Kerfoot sangraba. Tenía el tercer dedo machucado como una pulpa, pero no dio muestras de dolor, y con sólo la mano derecha nos ayudó a amarrar el bote en su sitio.

-¡No te muevas y largarás el foque, Oofty! -ordenó Wolf Larsen en cuanto terminamos con el bote-. ¡Kelly, ven a popa y arría la vela mayor! ¡Tú, Kerfoot, ve a proa y mira qué ha sido del cocinero! ¡Míster Van Weyden, vuelva a subir a lo alto y corte toda impedimenta!

Y habiendo dado órdenes, se fue a popa con sus peculiares saltos de tigre y cogió el timón. Mientras yo quitaba los obenques de proa, el Ghost avanzaba lentamente, y esta vez, cuando nos hundimos en la concavidad de las olas y nos barrieron éstas, ya no hallaron velas que llevarse. Yo subía por la arboladura, aplastado contra los aparejos por la fuerza del viento, de manera que me hubiera sido imposible caer, y al llegar a la mitad de la ascensión, el Ghost se acostó casi sobre los extremos de los baos, con el mástil paralelo al agua. Entonces miré, no hacia abajo, sino en ángulo recto con la perpendicular a la cubierta del Ghost, pero no vi la cubierta, sino el lugar que ésta debiera haber ocupado, pues estaba sepultada bajo una cascada de agua. Fuera asomaban los dos mástiles y nada más. Por el momento, el Ghost estaba debajo del mar. Fue enderezándose poco a poco, librándose de la

presión del costado, y por fin apareció la cubierta, abriendo la superficie del océano como el lomo de una ballena.

Después empezó a correr desenfrenadamente a través del mar embravecido, mientras yo continuaba adherido como una mosca a la arboladura y tratando de ver los otros botes. Media hora más tarde divisé el segundo bote con la quilla hacia arriba, a la que se agarraban desesperados Jock Horner, el gordo Louis y Johnson. Esta vez permanecí en lo alto, y Wolf Larsen consiguió virar sin contratiempos. Como antes derivó directamente sobre el bote, se sujetaron los aparejos y se tiraron las cuerdas a los hombres, que se encaramaron como monos. El bote, en cambio, se hizo astillas contra el costado de la goleta al izarlo; pero los restos se ataron fuertemente, porque aún podría componerse y utilizarse.

Una vez más barrenó el Ghost, y tanto se sumergió que durante unos segundos creí que no aparecería. Hasta el timón, bastante más alto que el resto de la nave lo cubrieron las aguas. En aquellos momentos me sentía extrañamente solo con Dios y contemplaba el caos de su ira. Después surgió de nuevo el timón, y los anchos hombros de Wolf Larsen, sus manos aferradas a los rayos de la rueda y semejante a un dios terrenal que dominara la tormenta y ahuyentara las aguas, haciéndolas servir sus propios fines, volvió a imprimir al Ghost el rumbo que su voluntad le imponía. ¡Esto era verdaderamente maravilloso! ¡Que un hombre tan pequeño pudiese vivir, respirar y conducir una frágil embarcación de madera y lona a través de aquella terrible contienda de los elementos!

Como antes, el Ghost emergió de las profundidades, sacó la cubierta fuera del agua y salió impelido por el huracán. Ahora eran las cinco y media, y poco más tarde, al disolverse el día en un crepúsculo sombrío y furioso, divisé el tercer bote. Estaba con la quilla hacia arriba y no había huellas de sus tripulantes. Wolf Larsen repitió la maniobra, se apartó, y después, virando a barlovento, derivó sobre él; pero esta vez se equivocó de cuarenta pies y el bote se quedó atrás.

-¡Bote número cuatro! -gritó Oofty-Oofty, leyéndolo con su mirada penetrante en el momento en que surgió de la espuma.

Era el bote de Henderson, y con él habían desaparecido Holyoak y Williams, otro de los marineros de alta mar. No quedaba la menor duda de que se habían perdido, pero quedaba el bote, y Wolf Larsen hizo otro esfuerzo temerario para recuperarlo. Yo había bajado a cubierta y vi a Horner y a Kerfoot protestar en vano contra tan descabellada tentativa.

-¡Por vida de ...! ¡No quiero que me robe mi bote ningún temporal del infierno! -dijo gritando, y a pesar de que los cuatro estábamos con las cabezas muy juntas para poder oír mejor, su voz sonó débil y lejana, como si se hallara a una distancia inmensa de nosotros-. ¡Míster Van Weyden! -voceó, y a través del tumulto me pareció un susurro-. ¡Sostenga el foque con Johnson y Oofty! ¡Los otros a popa, a la escota mayor¡ ¡Aprisa, si no queréis que os embarque a todos para el reino de los cielos! ¿Entendido?

Y cuando hizo girar el timón rudamente y se levantó la proa del Ghost, los cazadores no tuvieron más remedio que obedecer y hacer lo posible para que se llevara a término aquella prueba arriesgada. De la magnitud de este riesgo me di cuenta al verme una vez más sepultado bajo las olas imponentes y agarrándome a la barandilla el pie del palo de trinquete. Me sentí arrebatado, arrastrado y lanzado al mar por encima de la borda. No pude nadar, pero antes de hundirme del todo me sentí sostenido por una mano fuerte, y cuando el Ghost emergió al fin, comprendí que debía la vida a Johnson. Le vi mirar ansioso a su alrededor y noté que faltaba Kelly, que había acudido a proa en el último momento.

No habiendo acertado esta vez a recoger el bote, Wolf Larsen se vio precisado a recurrir a una maniobra diferente; corriendo de cara al viento con todas las velas a estribor, viró y volvió barloando sobre babor.

-¡Magnífico! -gritó Johnson a mi oído cuando hubimos salido indemnes de la siguiente inundación, y comprendí que se refería, no a la pericia de Wolf Larsen, sino a la hazaña del Ghost.

Había oscurecido tanto, que no se distinguía el bote; pero Wolf Larsen avanzó a través del horrible tumulto, como guiado por un instinto infalible. Ahora, aunque nos hallábamos continuamente medio sepultados, no se abría ninguna concavidad ante nosotros y pudimos derivar directamente sobre el bote volcado, que fue duramente castigado al ser izado a bordo.

A esto siguieron dos horas de penoso trabajo, durante las cuales todos los del barco -dos cazadores, tres marineros, Wolf Larsen y yo- nos ocupamos en rizar el foque primero y la vela mayor después. Halando con tan poca vela, nuestras cubiertas se veían relativamente libres del agua y el Ghost se balanceaba y sumergía como un corcho entre las olas.

Yo tenía las puntas de los dedos erosionados y durante el rizado de las velas trabajé vertiendo lágrimas de dolor; y cuando terminamos me desmayé como una mujer, rodando por la cubierta con la agonía del agotamiento.

Entretanto, se había sacado a rastras, semejante a una rata ahogada, a Thomas Mugridge, que estaba cobardemente oculto bajo el extremo del castillo de proa. Vi cómo le conducían a popa, hacia la cabina, y noté con sorpresa que la cocina había desaparecido. En el lugar que había ocupado aparecía un espacio más limpio de cubierta.

Hallé a todos reunidos en la cabina, y mientras se preparaba café en la pequeña estufa, bebimos whisky y comimos galleta. Nunca me había parecido tan oportuna la comida; jamás me había sabido tan bien el café caliente. El Ghost cabeceaba, se agitaba y tumbaba con tal violencia, que resultaba imposible, aun para los marineros, caminar por allí sin sostenerse, y varias veces, después del grito: "¡Ahí va!», nos vimos amontonados sobre la pared de babor de la cabina como si hubiese sido la cubierta.

-¡Cualquiera sale a echar un vistazo! -oí decir a Wolf Larsen después que hubimos comido y bebido hasta la hartura, En la cubierta no se puede hacer nada. Si hemos de irnos a pique, no está en nuestra mano el evitarlo; así, pues, quedémonos aquí todos, y a dormir un rato.

Los marineros se deslizaron hasta la proa, colocando al pasar las luces laterales, en tanto que los dos cazadores se quedaban a dormir en la cabina, por no parecer prudente abrir la puerta de la escalera que conducía a la bodega. Entretanto, Wolf Larsen y yo cortamos el dedo aplastado de Kerfoot y suturamos el muñón. Mugridge, que durante todo el rato que se había visto obligado a guisar, servir el café y mantener encendido el fuego, se había quejado de agudos dolores, juraba ahora tener dos o tres costillas rotas. Después de reconocerle hallamos que tenía tres, pero diferimos su cura para el día siguiente, principalmente por la razón de que yo no sabía una palabra sobre costillas rotas y antes había de leer algo acerca de ello.

-Me parece que no merecía dar la vida de Kelly por un bote inservible -dije a Wolf Larsen.

-Kelly no valía gran cosa -repuso-. Buenas noches.

Después de todo lo sucedido, sufriendo un dolor insoportable en los extremos de los dedos y con la pérdida de tres botes, sin hablar de las violentas sacudidas del Ghost, me parecía imposible poder conciliar el sueño. Pero mis ojos debieron cerrarse en cuanto la cabeza tocó la almohada, y era tal mi agotamiento, que dormí toda la noche mientras el Ghost, abandonado y sin dirección, se abría camino a través de la tormenta.

CAPITULO XVIII

Al día siguiente, en tanto amainaba el temporal, Wolf Larsen y yo nos atracamos de anatomía y cirugía y le arreglamos las costillas a Mugridge. Después, cuando calmó la tormenta, recorrimos en todas direcciones la región del océano donde nos había sorprendido el mal tiempo, siempre con tendencia a Poniente, mientras se procedía a arreglar los botes y se hacían y ajustaban velas nuevas. Vimos y abordamos buen número de goletas dedicadas asimismo a la caza de focas, muchas de las cuales iban en busca de sus botes perdidos, y otras llevaban a bordo botes y tripulantes de otras embarcaciones que habían recogido, pues el grueso de la flota había estado más a Occidente, y los botes, esparcidos en todas direcciones, habían huido desesperados buscando el refugio más próximo.

A bordo del Cisco hallamos dos de nuestros botes con todos sus hombres a salvo, y con gran contento de Wolf Larsen y disgusto mío recogimos a Smoke, Nilson y Leach, del San Diego. Así, que al cabo de cinco días sólo nos faltaban cuatro hombres -Henderson, Holyoak, Williams y Kelly- y cazábamos de nuevo en los flancos del rebaño.

Mientras seguíamos hacia el Norte nos salieron al encuentro las terribles nieblas marinas. Todos los días se arriaban los botes y casi antes de que tocaran el agua desaparecían de nuestra vista. Desde el barco haciamos sonar el cuerno a intervalos regulares y cada quince minutos disparábamos un cañonazo. Continuamente perdíamos y encontrábamos botes, pues es costumbre que los recoja la goleta que antes los encuentra hasta que dan con la suya. Pero Wolf Larsen, como era de esperar, al faltarle un bote, tomó posesión del primero que halló extraviado y obligó a sus hombres a cazar con el Ghost, sin permitirles volver a su propia goleta cuando la divisaron. Recuerdo que al pasar su capitán a poca distancia y pedirnos noticias, Wolf Larsen forzó a los hombres a permanecer abajo apuntándoles con un fusil.

Thomas Mugridge, aferrado a la vida con extraña pertinacia, volvió pronto a cojear por allí, efectuando el doble trabajo de cocinero y grumete. Johnson y Leach seguían siendo insultados y golpeados lo mismo que antes, y tenían la certeza que sus vidas sólo durarían lo que durara la caza; el resto de los tripulantes vivían y eran tratados como perros por aquel patrón despiadado. En cuanto a Wolf Larsen y yo, nos llevábamos divinamente, aunque no me abandonaba la idea de que mi deber hubiera sido matarle. Me fascinaba de un modo indecible y me inspiraba un miedo absoluto; y, con todo, no podía imaginármelo como mortal. Había en él una resistencia como de perpetua juventud, que impedía representárselo muerto; únicamente podía suponerlo siempre vivo y dominador, luchando y destruyendo constantemente, pero sin perecer jamás.

Una de sus diversiones favoritas, cuando nos hallábamos en medio del rebaño y el mar estaba demasiado borrascoso para bajar los botes, consistía en embarcarse con dos remeros y un timonel, y en unas condiciones que los mismos cazadores juzgaban imposibles cobraba buen número de piezas, pues era excelente tirador. Esta exposición de su vida y esta lucha continua Por ella, contra fuerzas tan tremendamente superiores, parecía algo necesario a su existencia.

Yo aumentaba continuamente mis conocimientos de náutica y un día que tuvimos claro -cosa que ocurría ahora muy raras veces- tuve la satisfacción de dirigir y manejar el Ghost para recoger los botes. Wolf Larsen se hallaba postrado por uno de sus dolores de cabeza, y yo permanecía todo el día en el timón cruzando el océano tras el último bote de sotavento, halando y recogiéndole, lo mismo que a los otros cinco, sin órdenes ni insinuaciones de su parte.

Con mucha frecuencia teníamos temporales, pues aquella región era muy tormentosa y a mediados de junio nos sorprendió un tifón, el más memorable y el de mayor importancia para mi por los cambios que introdujo en mi porvenir. Este huracán debió cogernos en el centro de su movimiento circular, y Wolf Larsen salió de él hacia el Sur, primero con dos rizos en el foque y finalmente con los mástiles desnudos. Nunca hubiese imaginado que el mar fuese una cosa tan terrible. Las olas que habíamos encontrado hasta entonces no eran

sino ligeras ondulaciones comparadas con éstas que median media milla de longitud y se alzaban, según creo yo, por encima de nuestro palo mayor. Eran tan enormes, que el mismo Wolf Larsen no se atrevía a virar, a pesar de que le impelían hacia el Sur y le alejaban del rebaño de focas.

Cuando el tifón amainó, debíamos hallarnos en la ruta de los buques que cruzan el Pacífico, y aquí, con gran sorpresa de los cazadores, nos encontramos rodeados de focas, probablemente un segundo rebaño, una especie de retaguardia, que aquéllos juzgaron la cosa más insólita. Se bajaron los botes y durante todo el día se oyeron disparos de fusil y hasta muy tarde se prolongó la despiadada matanza.

Acababa yo de tarjar las pieles del último bote, cuan_ do se acercó Leach en la oscuridad y me dijo en voz baja:

-¿Puede usted decirme, míster Van Weyden, a qué distancia se halla la costa y cuál es la situación de Yokohama?

Mi corazón saltó de alegría, porque comprendí lo que intentaba, y le di los informes requeridos: Oesnorueste y a quinientas millas de distancia.

-Gracias, señor -fue todo lo que dijo, y volvió a desaparecer entre las sombras.

Al día siguiente por la mañana faltaba el bote número 3, con Johnson y Leach. Igualmente se echaron en falta los depósitos de agua y las cajas de provisiones de los otros botes, así como también las camas y equipajes de los dos hombres. Wolf Larsen se puso furibundo. Soltó más vela y se lanzó en dirección Oesnorueste, llevando constantemente dos cazadores en lo alto de los mástiles que exploraban el mar en todos sentidos, en tanto él caminaba por la cubierta furioso como un león. Conocía demasiado mi simpatía por los fugitivos para encargarme de buscarles desde allá arriba.

El viento soplaba bastante, pero sin seguridad, y querer descubrir aquel bote exiguo en la inmensidad azul era como buscar una aguja en un pajar. Pero Wolf Larsen dirigió el Ghost de tal manera que se situó entre la tierra y los desertores, y una vez así, empezó a recorrer el espacio por donde él suponía debían pasar.

A la mañana del tercer día, acababan de dar las ocho, cuando bajó un grito de Smoke desde lo alto avisando que el bote estaba a la vista. Todos los hombres se asomaron a la barandilla-- Del Oeste soplaba una brisa juguetona como una promesa de más viento, y a sotavento, a la inquieta luz plateada del sol naciente, aparecía y desaparecía un puntito negro.

Viramos en aquella dirección, corriendo en su busca. El corazón me pesaba como si hubiese sido de plomo;
sentía por anticipado una angustia invencible, y cuando vi la llamada del triunfo asomar a los ojos de Wolf Larsen, se me oscureció la mirada y experimenté un impulso irresistible de abalanzarme sobre él. Tan desesperado estaba al pensar en las violencias que esperaban a Johnson y a Leach, que la razón debió abandonarme. Me deslicé hasta la bodega como una sombra, y en el preciso instante en que me disponía a subir con una escopeta cargada en las manos, oí una voz que decía: -¡Hay cinco hombres en el bote!

Me apoyé en la escalera, débil y tembloroso, en tanto se confirmaba la noticia con las observaciones de los otros hombres. Entonces mis rodillas cedieron y caí sobrecogido de espanto al pensar lo que había estado próximo a realizar; y cuando hube dejado el rifle y me encontré de nuevo sobre cubierta, di gracias a Dios.

Nadie notó mi ausencia-- El bote estaba lo bastante cerca para comprobar que era mayor que ninguno de los de caza y de tipo completamente distinto. Cuando llegamos junto a él, se arriaron las velas y bajaron los vigías. Los ocupantes del bote recogieron los remos y esperaron a que viráramos para recogerles a bordo--

Smoke, que se hallaba ahora sobre cubierta y a mi lado, empezó a reír de una manera significativa. -¡Vaya una mezcla! -dijo en tono burlón.

-¿Qué pasa? -pregunté. Volvió a reír--

-¿No ve usted en el fondo del bote, a popa? ¡Qué no vuelva a matar una foca en mi vida, si no es una mujer!

Miré con más atención, pero no tuve la seguridad de ello hasta que no se levantaron exclamaciones de todos los lados. En el bote había cuatro hombres, y el quinto ocupante era, sin duda alguna, una mujer. Todos estábamos perplejos, excepto Wolf Larsen, que se hallaba muy contrariado evidentemente por no haber encontrado su bote con sus dos víctimas.

Arriamos el contrafoque; los remos hirieron el agua, y tras unos cuantos golpes, el bote estuvo a nuestro lado. Ahora, por primera ves, distinguí bien a la mujer. Se envolvía con una burda capa de Ulster, pues la mañana era fría, y no pude verle más que la cara y la mata de cabello castaño claro que asomaba por debajo de la gorra de marinero con que iba tocada. Los ojos eran grandes, oscuros y luminosos, la boca dulce y expresiva, y el óvalo de la cara, a pesar de que el sol y el aire salitroso le habían enrojecido la epidermis, era de una extrema delicadeza.

Se me antojó un ser de otro mundo. Hacía mucho tiempo que no veía a ninguna mujer, y estaba embobecido en una admiración tan grande, que me olvidé de mis deberes de segundo y ni siquiera ayudé a socorrer a los recién llegados. Cuando uno de los marineros la elevó hasta los brazos que Wolf Larsen le tendía, clavó sus ojos en nuestros semblantes curiosos y sonrió dulcemente y un poco divertida, como sólo sabe sonreír r una mujer; sonrisas como ésta ya no las recordaba yo, de tanto tiempo como no las veía.

-¡Míster Van Weyden!

La voz de Wolf Larsen me hizo estremecer bruscamente .

-¿Quiere acompañar abajo a esta dama y procurarle lo que necesite? Que se prepare la cabina desocupada de babor, encargue de ello al cocinero, y vea qué encuentra para esta cara; está horriblemente quemada;

Se apartó súbitamente de nosotros y comenzó a interrogar a los hombres que acababan de llegar. El bote quedó flotando, abandonado, a pesar de que uno de ellos lo llamó "una ignominia" estando tan cerca de Yokohama.

Esta mujer que yo acompañaba a popa me intimidaba extrañamente, además me sentía torpe. Por primara vez creí darme cuenta de lo delicada y frágil que es una mujer, y cuando la cogí del brazo para ayudarla a
bajar la escalera me sorprendió su delgadez y suavidad. Bien es verdad que era una mujer esbelta y delicada, pero a mí me pareció de una esbeltez y delicadeza tan etéreas, que temí estrujarle el brazo con la sola presión de mi mano. Lo digo para explicar la primera impresión después de tan larga privación de la mujer en general y de Maud Brewster en particular.

-No es menester que se preocupe usted mucho por mí -protestaba cuando la hice sentar en la butaca de Wolf Larsen, que traje precipitadamente de su cabina-. Los hombres esperaban ver tierra de un momento a otro esta mañana, y esta noche tal vez hubiéramos llegado. ¿No lo cree usted así?

Su sencilla fe en el inmediato porvenir me volvió a la realidad. ¿Cómo explicarle la situación, hablarle del hombre que recorría los mares como el Destino, de todo aquello que a mí me había costado meses aprender? Pero le contesté honradamente

-Si fuera otro el capitán, podría asegurarle que mafiana desembarcaría usted en Yokohama; pero es un hombre muy raro y le ruego que esté preparada para cualquier cosa... ¿comprende? Para cualquier cosa.

-Confieso que... apenas le entiendo -dijo titubeando, con expresión de inquietud, pero no de miedo, en los ojos-. Creo, según tengo entendido, que los náufragos son acreedores a toda suerte de consideraciones, y como eso es una cosa tan insignificante y estamos tan cerca de tierra...

-De todos modos, no sé nada -dije tratando de tranquilizarla-; quería únicamente prepararla a usted por si luego ocurre algo desagradable. Este hombre, este capitán, es un bruto, un demonio, y nunca sabe uno cuál será su próxima ocurrencia.

Yo empezaba a excitarme, pero ella me interrumpió con un "¡Oh, ya comprendo!", y en su voz había tal ;: cansancio, que sólo el pensar le costaba un esfuerzo. Estaba a punto de desmayarse.

Dejó de hacer preguntas y no me permití más observaciones, dedicándome tan sólo a cumplir la orden de Wolf Larsen, que consistía en tratarla con solicitud. Me movía como un ama de casa, preparando lociones calmantes para su piel quemada, registraba el depósito particular de Wolf Larsen en busca de una botella de oporto, que tenía la seguridad de haber visto, y dirigía a Thomas Mugridge en la forma de disponer la cabina desocupada.

El viento refrescaba rápidamente, tumbando al Ghost sobre un costado, y cuando el camarote estuvo preparado, empezaba el barco a saltar sobre las aguas, con movimientos agitados. Ya me había olvidado por completo de la existencia de Leach y Johnson, cuando de pronto bajó por la escalera como un trueno el grito de "¡Bote a la vista!". Era la voz inconfundible de Smoke que llegaba de lo alto del mástil. Dirigí una mirada a la mujer, pero se halla reclinada en la butaca con los ojos cerrados, vencida por un extremo cansancio. Dudé que hubiese oído nada, y resolví evitarle la vista de las brutalidades que indudablemente seguirían a la captura de los desertores. Puesto que estaba rendida de sueño, que durmiese.

Sobre cubierta se daban órdenes rápidas, se oyeron pisadas y el restallar de los rizos de las velas, cuando el Ghost, que corría en la dirección del viento, viró de bordo. Según se iban llenando las velas e inclinando el barco, resbalaba la butaca, y salté en el momento preciso para evitar que viniera al suelo la mujer que acabábamos de rescatar.

En sus ojos había demasiado sueño para expresar otra cosa que una leve sorpresa y turbación, cuando se levantó para seguirme tambaleándose y dando traspiés hasta su camarote. Al indicar a Thomas Mugridge que saliera y volviese a sus ocupaciones de la cocina, me hizo una mueca insinuante y se vengó divulgando entre los cazadores que yo estaba dando pruebas de ser "una excelente doncella".

Mientras iba de la butaca al camarote, la mujer se apoyó en mí pesadamente, y creo que por el camino volvió a quedarse dormida, pues cayó sobre la cama con una brusca sacudida de la goleta. Se despertó, sonrió somnolienta y volvió a quedarse dormida; y así la dejé, cubierta con un par de gruesas mantas de marinero y descansando la cabeza en una almohada traída de la cama de Wolf Larsen.

CAPITULO XIX

Cuando subí a cubierta, el Ghost corría inclinado sobre babor y atajando por barlovento a una cebadera conocida que abarloaba en nuestra dirección. Todos los hombres estaban allí porque comprendían que ocurriría algo cuando Leach y Johnson subieran a bordo.

Eran las cuatro. Louis viró a popa para relevar al timonel; la atmósfera estaba húmeda y noté que se había puesto el impermeable.

-¿Qué tendremos? -le pregunté.

-Una pequeña tormenta, señor -respondió-, con una rociada suficiente para mojarnos las agallas y nada más.

-Siento que les hayamos encontrado -dije, cuando una gran ola desvió la proa de un punto y el bote saltó a la altura de los foques, ofreciéndose a nuestra vista

Louis repuso, temporizando:

-Creo que nunca hubiesen llegado a tierra, señor.

-¿Te parece? -pregunté.

-¿No ve usted eso? -una ráfaga había cogido a la goleta, y Louis tuvo que hacer girar el timón rápidamente para mantenerla fuera del viento-. De aquí a media hora no quedará a flote ni una sola de estas cáscaras de huevo. Para ellos ha sido una suerte que estuviéramos aquí y que podamos recogerles.

A grandes zancadas, Wolf Larsen se dirigió a popa desde el centro del barco, donde había estado hablando con los hombres recién salvados. La elasticidad felina
de sus pasos era un poco más pronunciada que de costumbre, y en sus ojos había un brillo mordaz.

-Tres fogoneros y un maquinista -dijo a guisa de saludo-. A toda costa hemos de convertirles en marineros. ¿Y qué tal la dama?

No supe explicarme la causa, pero al nombrarla tuve la sensación de una punzada como si me hubiesen herido con un cuchillo. Lo atribuí a una susceptibilidad estúpida; mas persistió a pesar mío, y sólo le contesté con un encogimiento de hombros.

Wolf Larsen frunció los labios con un silbido zumbón y prolongado.

-¿Cómo se llama? -preguntó.

-No lo sé -repuse-. Estaba muy cansada. Precisamente espero que usted me dé informes. ¿Qué barco era?

-Un vapor correo -respondió brevemente-. El City o f Tokio, que hacía la travesía desde San Francisco a Yokohama. Era una barrica vieja y el tifón lo destrozó. Se llenó de agujeros como un tamiz y hacía cuatro días que estos náufragos vagaban a la ventura. ¿Tú no sabes quién es ella? ¿Si es soltera, casada o viuda? Bien, bien.

Sacudió la cabeza con gesto burlón y me miró risueño.

-¿Va usted...? -comencé.

Estuve a punto de preguntarle si llevaríamos los náufragos a Yokohama.

-¿Voy a qué? -preguntó.

-¿Qué piensa usted hacer con Leach y Johnson?

Movió la cabeza.

-Realmente no lo sé, Hump. Con estos aumentos ya tengo aproximadamente toda la tripulación que necesito.

-Y han huido, que es lo que deseaban –dije-. ¿Por qué no les trata usted de otra manera? Tómeles a bordo
y pórtese mejor con ellos. Por grande que haya sido su delito, en el mismo pecado han encontrado el castigo.

-¿Y tengo yo la culpa?

-Usted -respondí con firmeza-. Y le advierto, Wolf Larsen, que soy capaz de olvidar el apego a mi propia vida y dejarme llevar del deseo de matarle si persiste en maltratar a esos pobres diablos.

-¡Bravo! -exclamó-. ¡Estoy orgulloso de ti, Hump! Con una venganza has encontrado tus piernas. Eres un individuo completo. Era una lástima que tu vida no saliera de los moldes usuales; pero ahora te desenvuelves y por ello me gustas más.

Su voz y su expresión habían cambiado. Estaba serio.

-¿Tú crees en los juramentos? -preguntó-. ¿Son cosas sagradas?

-Por supuesto -respondí.

-Pues hagamos un pacto -prosiguió, como un actor consumado que era-. Si yo te juro no poner mis manos sobre Johnson y Leach, ¿me jurarás tú, en cambio, no hacer ninguna

tentativa para matarme?... ¡Oh, no creas que te tengo miedo, no creas que te tengo miedo! -- se apresuró a añadir.

Apenas podía dar crédito a mis oídos. ¿Qué cambio se había operado en él?

-¿Convenido? -preguntó, Impaciente-Convenido -contesté.

Su mano solicitó la mía y al estrechársela cordialmente hubiese jurado que por un momento había brillado en sus ojos el diablo de la burla.

Atravesamos la popa hacia el lado de sotavento. El bote estaba muy cerca ahora y en una situación desesperada. Johnson gobernaba y Leach achicaba el agua con un cubo. Pasamos por su lado casi a dos pies de distancia. Wolf Larsen ordenó a Louis que se alejara un Poco, y nos lanzamos por delante del bote a menos de veinte pies a barlovento. El Ghost les resguardaba del viento. La cebadera aleteó vacía, y el bote, enderezándose sobre una quilla llana, hizo cambiar rápidamente de posición a los dos hombres, El bote avanzaba, y cuando nosotros nos elevamos a lomos de una ola altísima, se inclinó por la proa y cayó en la síma.

En este momento fue cuando Leach y Johnson levantaron la vista hacia el rostro de sus camaradas, que se alineaban sobre la barandilla del centro del barco. Nadie les saludó. Sus compañeros les consideraban como muertos, y entre ellos se abría el abismo que separa a la vida de la muerte.

Un momento después se hallaron detrás de la popa, donde estábamos Wolf Larsen y yo. Nos hundíamos y ellos se elevaban sobre una ola. Johnson me miró, y su rostro reflejaba la fatiga y el extravío. Le saludé con la mano y él contestó con otro saludo, pero su gesto era desesperado. Parecía más bien una despedida. En los ojos de Leach, que estaba mirando a Wolf Larsen, no vi la antigua expresión de odio implacable flotar con la intensidad de antes.

Iban quedándose atrás. La cebadera se hundió de pronto con el viento, inclinando de tal manera la frágil embarcación, que parecía seguro iba a zozobrar. Una ola blanca de espuma se alzó sobre ellos y se rompió en una lluvia de color de nieve. Después volvió a emerger el bote medio inundado. Leach achicaba el agua, mientras Johnson, pálido y angustiado, se cogía al timón.

Wolf Larsen se rió con una risa breve que parecía un ladrido y se alejó de aquel lado de la popa. Yo esperaba que diese órdenes para virar; más el Ghost siguió avanzando sin que Wolf Larsen hiciera ninguna señal. Louis continuaba empuñando el timón, imperturbable, pero noté que los marineros agrupados a proa volvían hacia nosotros sus rostros disgustados. El Ghost siguió avanzando, hasta quedar el bote reducido a una mancha, cuando la voz de Wolf Larsen resonó dando una orden y pasó a estribor.

Estábamos a dos millas más a barlovento de la vale. rosa cáscara de caracol, cuando fue arriado el foque y viró la goleta. Los botes que se dedican a la caza de focas no están construidos para trabajar a barlovento. Su única esperanza estriba en conservar una posición que les permita correr delante del viento en cuanto sople un poco para ir en busca de la goleta. Pero en aquel desierto enfurecido no había más refugio para Leach y Johnson que el Ghost y resueltamente emprendieron la lucha a barlovento. Con aquel mar tan embravecido era difícil el avance. Estaban expuestos a que de un momento a otro les sumergieran aquellas olas imponentes. Una y otra ves vimos el bote orzar sobre las enormes masas de agua, avanzar y retroceder como un corcho.

Johnson era un gran marinero, que dominaba tan bien los barcos pequeños como los grandes. Al cabo de hora y media estaba casi a nuestro lado, muy cerca de la popa, y haciendo esfuerzos inauditos por arribar.

"Parece que habéis cambiado de opinión -oí murmurar a Wolf Larsen hablando para sí, pero como si ellos pudieran oírle-. Queréis venir a bordo, ¿eh? Bueno, pues preparaos a subir."

-¡Duro con el timón! -ordenó a Oofty-Oofty, el kanaka, que durante este intervalo había relevado a Louis.

Las órdenes se sucedían incesantemente. La goleta adelantaba y el trinquete y la vela mayor se izaron aprovechando el viento favorable. Y cuando Johnson soltó su vela con peligro inminente y cortó nuestra estela un centenar de pies más allá, nosotros corríamos y saltábamos viento en popa Otra vez volvió a reír Wolf Larsen, indicándoles al mismo tiempo por señas que siguieran. Evidentemente intentaba jugar con ellos, darles una lección, aunque peligrosa, en lugar de una Paliza, así al menos lo pensé yo pues la frágil embarcación estuvo a punto de desaparecer.

Johnson se avino prontamente y corrió en pos
de la goleta. No podía hacer otra cosa. La muerte acechaba por todas partes y no pasaría mucho tiempo sin que una de aquellas altísimas olas cayera sobre el bote lo volcara y hundiera para siempre.

-En sus corazones anida el horror a la muerte -murmuró Louis a mi oído cuando pasé a proa para ver de acortar el contrafoque y la vela del estay.

-¡Oh, dentro de poco virará y les recogeremos! -contesté alegremente-. Se propone darles una lección y nada más.

Louis me miró con malicia.

-¿Lo cree así? -preguntó.

-Naturalmente -respondí-. ¿Tú no?

-Yo no pienso estos días en nada más que en mi propio pellejo -fue lo que me contestó-. Y me pregunto extrañado la manera cómo acabará todo esto. Para mí, el whisky de San Francisco es algo exquisito, como lo será para ustedes la mujer que han recogido. ¡Ah, yo sé que harán ustedes alguna tontería!

-¿Qué quieres decir? -le dije.

-¿Qué quiero decir? -exclamó-. ¡Y me lo pregunta usted! No es lo que yo pienso, sino lo que piensa Wolf Larsen. ¡El lobo, el lobo!

-Si ocurre algo, ¿nos ayudaréis? -le interrogué impulsivamente, porque aquel hombre acababa de expresar mis propios temores.

-¿Ayudarles? Yo sólo ayudaré al viejo Louis, y disgustos no faltarán. Ahora estamos aún al principio, le digo a usted que al principio nada más.

-Nunca te hubiese creído tan cobarde -repuse en tono burlón.

El me favoreció con una mirada desdeñosa. -¿Cree usted que tengo ganas de que me rompan la cabeza por una mujer a quien no he visto hasta ahora? Le volví la espalda con desprecio y me fui a popa.

-Convendría, míster Van Weyden -insinuó Wolf Larsen al verme llegar-, que se recogieran las gavias.

Sentí alivio por lo que a los dos hombres se refería Era evidente que no quería alejarse demasiado de ellos. Con este pensamiento volvió a renacer en mí la esperanza, y ejecuté al momento la orden. Apenas había abierto yo la boca para pronunciar las disposiciones necesarias, cuando ya los hombres, impacientes, habían saltado a las drizas y traveseras, pugnando por ver quién llegaba antes a lo alto. Esta impaciencia no pasó desapercibida a Wolf Larsen y sonrió horriblemente.

Todavía seguimos ganando terreno, y cuando el bote quedó varias millas atrás, viramos y nos quedamos esperando. Todos los ojos le miraban acercarse hasta los del mismo Wolf Larsen, pero él era el único de los de a bordo que no estaba emocionado. Louis, con la vista fija, revelaba una pena que difícilmente podía contener.

El bote se acercaba cada vez más y se precipitaba por aquel hervidero como una cosa viva, elevándose, hundiéndose y saltando sobre las crestas altísimas de las olas o desapareciendo tras ellas para volver a salir y lanzarse cara al cielo. Parecía imposible que

pudiese seguir, y sin embargo, con cada uno de aquellos saltos vertiginosos realizaba lo imposible. Cayó un chubasco y el bote surgió de entre la lluvia casi encima de nosotros.

-¡Firme ahí! -gritó Wolf Larsen saltando sobre el timón y haciéndole dar la vuelta.

El Ghost corrió otra vez delante del viento y Johnson y Leach nos siguieron durante dos horas. Virábamos y volvíamos a correr, y así continuamente, teniendo siempre a popa aquel pedazo de vela que luchaba, se lanzaba hacia el cielo y caía entre las olas impetuosas. Estando a un cuarto de milla de distancia, un fuerte chubasco lo ocultó a nuestra vista y nunca más volvió a emerger. El viento despejó de nuevo la atmósfera, pero ya ningún trozo de vela rompió la atormentada superficie. Por un momento creí ver la negra carena del bote sobre la cresta de una ola y eso fue todo. Para Johnson y Leach habían concluido las rudas fatigas de la existencia.

Los hombres permanecían agrupados en el centro del barco. Nadie había bajado ni nadie hablaba, ni siquiera cambiaron miradas entre sí. Todos parecían asombrados; meditaban profundamente, como si no estuviesen seguros, tratando de comprender lo que acababa de ocurrir. Wolf Larsen les dejó poco tiempo para pensar. En seguida marcó su rumbo al Ghost, rumbo que significaba el rebaño de focas y no el puerto de Yokohama. Los hombres ya no mostraron impaciencia al efectuar las maniobras, y les oí lanzar maldiciones que se extinguieron en sus labios, quedándose tristes y desanimados. Con los cazadores no fue así. El incorregible Smoke relató una historia, y bajaron a la bodega riendo a carcajadas.

Al pasar a sotavento de la cocina, cuando me dirigía a popa, se me acercó el maquinista que habíamos rescatado. Estaba pálido y le temblaban los labios.

-¡Dios mío! ¿Pero qué clase de barco es éste, señor? -exclamó.

-Si tiene usted ojos, ya ha podido verlo -respondí casi brutalmente, a causa del dolor y del espanto que había en mi propio corazón.

-¿Y su promesa? -dije a Wolf Larsen.

-Cuando hice la tal promesa, no hacía cuenta de tomarles a bordo -contestó-. Y de todos modos, habrás de convenir en que no les he puesto la mano encima.-. -añadió riendo.

No repliqué. Había demasiada confusión en mis ideas para poder contestarle. Sabía que necesitaba tiempo para reflexionar. Aquella mujer que dormía ahora en la cabina era para mí una responsabilidad, y el único pensamiento razonable que cruzó mi mente fue que no debía precipitarme si quería serle útil.

CAPITULO XX

El resto del día transcurrió sin más contratiempos. Después de habernos mojado sin compasión, el temporal empezó a perder fuerza. El maquinista y los tres fogoneros, tras una discusión acalorada con Wolf Larsen, fueron equipados en el bazar, se les asignaron sitios como a los cazadores en los diversos botes y en las guardias del barco y pasaron al castillo de proa. Pro- testaron, pero sin levantar mucho la voz. Estaban amedrentados con lo que ya habían visto del carácter de Wolf Larsen, y las narraciones dolorosas que no tardaron en oír en el castillo de proa les quitaron los últimos deseos de rebelión.

Miss Brewster (el maquinista nos había dicho su nombre) seguía durmiendo. A la hora de cenar supliqué a los cazadores que no gritaran y así no la molestarían, y hasta el día siguiente por la mañana no hizo su primera aparición- Mi intención había sido servirle las comidas aparte, pero Wolf Larsen se opuso a ello. ¿Quién era esta mujer, para que la mesa y la sociedad de la cabina no fuesen dignos de ella? Fue lo que me preguntó.

Su presencia en la mesa tenía en sí algo de divertido. Los cazadores estaban silenciosos como ostras. Jock Horner y Smoke eran los únicos que no se sentían intimidados,

mirándola a hurtadillas de vez en cuando y hasta tomando parte en la conversación. Los otros cuatro convergían los ojos en el plato y masticaban firmemente, moviendo las orejas al mismo tiempo que las mandíbulas, como hacen muchos animales.

Al principio, Wolf Larsen hablaba poco, no haciendo más que contestar cuando se le dirigía la palabra-- No es que estuviese cohibido, muy lejos de ello, sino que esta mujer era un tipo nuevo para él, de raza distinta a todas las que había conocido hasta entonces, y sentía curiosidad. La estudiaba y sus ojos se apartaban raras veces de su cara, a no ser para seguir los movimientos de las manos y los hombros. Yo también la estudiaba, y a pesar de ser quien mantenía la conversación, reconozco que me mostré un poco reservado, que no fui bastante dueño de mí. El poseía el equilibrio perfecto, la suprema confianza en sí mismo que nada podía hacer vacilar, y tan poco le intimidaba una mujer, como un temporal o un combate.

-¿Cuándo llegaremos a Yokohama? -preguntó ella, volviéndose y mirándole directamente a los ojos.

Allí estaba la pregunta sin rodeos. Las mandíbulas dejaron de trabajar, las orejas de moverse, y aunque los ojos no se levantaron de los platos, todos esperaban la respuesta con ansiedad.

-Dentro de cuatro meses, tal vez tres, si la temporada concluye pronto -dijo Wolf Larsen.

Ella tomó aliento y tartamudeó

-Yo creí... tenía entendido que Yokohama distaba sólo un día de barco. Usted. -se detuvo y dirigió una mirada en derredor de la mesa, al círculo de rostros antipáticos que contemplaban los platos con dura insistencia-. Esto no es justo -concluyó.

-Esta es una cuestión que tendrá usted que resol. ver con míster Van Weyden -repuso él señalándome, con un guiño malicioso. Míster Van Weyden es lo que podríamos llamar una autoridad en estas cosas de justicia. Yo, como no soy más que un marinero, vería la situación desde un punto de vista algo diferente. Es posible que para usted sea una desgracia tener que permanecer con nosotros; pero para nosotros es indudable. mente una suerte.

La observó sonriente, y ella bajó los ojos ante su mirada, pero volvió a levantarlos para clavarlos en los míos, retadora. Leí en ellos la pregunta: «¿Qué, es justo?». Pero yo había decidido representar un papel completamente neutral y no contesté.

-¿A usted qué le parece? -preguntó.

-Que es una lástima, especialmente si tiene alguna invitación para estos meses próximos. Pero, puesto que dice que se dirigía al Japón por motivos de salud, puedo asegurarle que lo mismo mejorará a bordo del Ghost que en cualquier otra parte.

Vi en sus ojos un relámpago de indignación, y esta vez fui yo quien humillé los míos y sentí enrojecerse mi rostro bajo su mirada-- Esto era una cobardía, pero, ¿qué otra cosa podía hacer?

-Míster Van Weyden habla con la voz de la autoridad -dijo Wolf Larsen riendo.

Yo asentí con la cabeza, y ella, habiéndose recobrado, se quedó a la expectativa.

-No es que todavía sea una gran cosa -prosiguió Wolf Larsen-, pero se ha perfeccionado maravillosamente. Debía usted haberle visto cuando llegó a bordo. Con dificultad podría imaginarse un ejemplar humano más endeble e insignificante. ¿No es eso, Kerfoot?

Kerfoot, al serle dirigida la palabra tan directamente, se sobresaltó y dejó caer el cuchillo al suelo, pero hizo lo posible por gruñir una afirmación.

-Se ha desenvuelto mondando patatas y lavando platos. ¿Eh, Kerfoot?

De nuevo gruñó este héroe.

-Y ahora, mírele usted. Claro que en realidad no se le puede llamar musculoso, pero tiene músculos, lo cual es más de lo que tenía cuando llegó a bordo. Además, tiene piernas para sostenerse. Al verle, no lo hubiera

usted creído pero al principio le era imposible sostenerse solo.

Los cazadores se mofaban; pero ella me miró con tal simpatía en los ojos, que hizo más que compensarme de las torpezas de Wolf Larsen. Hacía tanto tiempo que no conocía la simpatía, que me estremecí, y desde aquel momento me convertí gustosamente en su esclavo-- Pero yo estaba enojado con Wolf Larsen. Recusaba mi virilidad con sus infamias, recusaba mis verdaderas piernas, que él pretendía haberme procurado.

-Yo puedo haber aprendido a sostenerme sobre mis piernas -repliqué-, pero todavía sé patear a otros con ellas.

Me miró con insolencia.

-Pues entonces tu educación sólo está a medio completar -dijo secamente, y se volvió hacia ella-. En el Ghost somos muy hospitalarios. Míster Van Weyden lo ha descubierto- Hacemos lo posible para que nuestros huéspedes se encuentren como en su casa, ¿verdad, mister Van Weyden?

-Hasta con lo de mondar patatas y fregar platos -respondí, sin mencionar los apretones de pescuezo por puro compañerismo.

-Le suplico que no forme un concepto equivocado de nosotros por míster Van Weyden -interrumpió con fingida inquietud. Podrá observar, miss Brewster, que lleva un puñal en el cinto, una cosa poco común entre oficiales de marina. Míster Van Weyden, aunque realmente digno de toda estima, es a veces, ¿cómo lo diré? es pendenciero, siendo preciso tomar medirlas enérgicas. En sus momentos de calma, es completamente razonable, y puesto que ahora está en uno de estos momentos, no negará que ayer, sin ir más lejos, me amenazó con matarme.

Yo estaba casi sofocado y mis ojos ardían seguramente. Fijó aún más la atención en mí--

-Mírele ahora: apenas puede dominarse delante de
usted. No está acostumbrado a la presencia de señoras. Tendré que armarme antes de atreverme a subir a cubierta con él.

Movió la cabeza tristemente, murmurando: "¡Malo, malo!", y los cazadores rieron a carcajadas.

Las voces ásperas de aquellos hombres rugiendo en el reducido espacio producían un efecto salvaje. Todo el conjunto tenía este carácter, y por primera vez al contemplar a aquella extraña mujer y darme cuenta de lo desplazada que resultaba allí, advertí lo mucho que participaba yo de aquel ambiente. Conocía a aquellos hombres y sus procesos mentales, yo mismo era uno de ellos, viviendo la vida de los cazadores de focas, alimentándome como ellos y no pensando sino en cosas pertenecientes a la caza de aquellos animales. A mí ya no me extrañaba aquello: las ropas toscas, los rostros groseros, las risas salvajes, el movimiento de las paredes de la cabina y el balanceo de las lámparas.

Mientras untaba con manteca un pedazo de pan, mis ojos se detuvieron casualmente en mi mano. Tenía los nudillos desollados e inflamados, los dedos hinchados y las uñas bordeadas de negro. Sentí sobre el cuello el mullido de la barba, sabía que la manga de mi americana estaba rota, que faltaba un botón en el cuello de la camisa azul que llevaba. El puñal mencionado por Wolf Larsen descansaba en la cadera dentro de su vaina. Era muy natural que yo estuviese allí, ahora más que nunca. que lo veía todo a través de los ojos de aquella mujer Y sabía cuán extraño era para ella lo que allí ocurría.

Pero ella adivinó la burla en las palabras de Wolf Larsen y volvió a favorecerme con una mirada de simpatía. En sus ojos había además un poco de turbación. Al ser aquello una burla, hacía su situación más embarazosa aún.

-Tal vez pudiera llevarme algún barco que pase por aquí -sugirió.

-Por aquí no pasan barcos, como no sean los que van a la caza de focas -respondió Wolf Larsen.

-No tengo ropa ni nada -objetó-. Usted apenas se da cuenta, señor, de que no soy un hombre o que no estoy acostumbrada a la vida errante y despreocupada que usted y sus hombres parecen llevar.

-Cuanto más pronto se acostumbre, mejor -dijo él-. Espero que no será para usted una desgracia demasiado horrible hacerse un par de vestidos.

Ella torció el gesto, como dando a entender su ignorancia en el arte de la costura. Yo veía claramente que estaba atemorizada y turbada y que trataba valerosamente de ocultarlo.

-Supongo que estará usted, como míster Van Weyden, acostumbrada a que todo se lo den hecho. Bueno; pues me parece que el hacerse usted misma algunas cosas no le dislocará los huesos. En fin: ¿con qué se gana usted la vida?

Miróle ella, sin poder ocultar su extrañeza.

-No pretendo ofenderla, créame. La gente come; necesita, por consiguiente, procurarse los alimentos. Estos hombres cazan focas, para vivir; por la misma razón mando yo la goleta, y míster Van Weyden, en la actualidad, al menos, gana su comida ayudándome. Usted, pues, ¿qué hace?

Ella encogió los hombros.

-¿Se mantiene usted misma o la mantiene alguien?

-Me parece que alguien me ha mantenido durante la mayor parte de mi vida -dijo riendo y esforzándose valientemente por penetrar el alcance de la broma aunque yo pude ver cómo aparecía y aumentaba en sus ojos una expresión de terror mientras observaba a Wolf Larsen.

-Supongo que alguien más le hará a usted la cama -Yo "he hecho" camas -replicó.

-¿Muy a menudo?

Movió la cabeza con fingida tristeza.

-¿Sabe lo que hacen los Estados con los hombres pobres que, como usted, no trabajan para vivir?

-Soy muy ignorante -arguyó ella-. ¿Qué hacen con los pobres como yo?

-Los llevan a la cárcel. El crimen de no ganarse la vida se llama vagancia en este caso. Si yo fuese míster Van Weyden, que machaca eternamente sobre cuestiones de justicia e injusticia, preguntaría con qué derecho vive usted cuando no hace nada para merecerlo.

-Pero como usted no es míster Van Weyden, no tengo por qué contestarle, ¿verdad?

Clavó sus ojos aterrorizados, y la elocuencia de los mismos me llegó al corazón. Tuve que intervenir en la conversación y llevarla por otros derroteros.

-¿Ha ganado usted nunca un dólar con su propio trabajo? -preguntó él, seguro de la respuesta, con una nota de triunfo en la voz.

-Si, señor -contestó ella lentamente, y yo me hubiese reído muy a gusto al ver el abatimiento que reflejaba la cara de Wolf Larsen-. Recuerdo que mi padre, una vez, cuando era pequeña, me dio un dólar por haber permanecido quieta durante cinco minutos.

El sonrió con indulgencia.

-Pero de esto hace mucho tiempo -continuó-, y usted no se atreverá a exigir de una niña de nueve años que se gane la vida... En la actualidad, sin embargo -añadió después de otra pausa-, gano aproximadamente mil ochocientos dólares al año.

Como heridos por un resorte, todos los ojos abandonaron los platos y se posaron en ella. Una mujer que ganaba mil ochocientos dólares al año valía la pena mirarla. Wolf Larsen no ocultaba su admiración.

-¿Salario o trabajo libre? preguntó.

-Trabajo libre -respondió ella prontamente.

-Mil ochocientos dólares... -calculó él-. Esto hace
ciento cincuenta dólares mensuales. Bueno, miss Brewster, en el Ghost no hay mezquindades. Durante el tiempo que esté con nosotros tendrá usted sueldo.

Ella no se dio por enterada. Estaba aún poco acostumbrada a los caprichos de aquel hombre, para aceptarlos con ecuanimidad.

-Se me olvidó preguntar -prosiguió suavemente la naturaleza de su trabajo. ¿Qué productos elabora usted? ¿Qué herramientas y materiales necesita?

-Papel y tinta -dijo ella riendo-. ¡Ah, y una máquina de escribir!

-Usted es Maud Brewster -dije yo lentamente y con seguridad, casi como si estuviera culpándola de un crimen.

Levantó sus ojos hacia los míos, llena de curiosidad.

-¿Cómo lo sabe usted?

-¿No es cierto? -pregunté.

Confirmó su identidad con un movimiento de cabeza. Ahora le tocó a Wolf Larsen quedarse perplejo. Aquel nombre y el encanto que emanaba del mismo nada significaban para él. Yo estaba orgulloso de que para mí tuvieren significación, y por primera vez, durante un rato enojoso, tuve la sensación convincente de mi superioridad.

-Recuerdo haber escrito la crítica de un pequeño volumen... -había comenzado a decir, cuando ella me interrumpió.

-¡Usted! -exclamó-. Usted es...

Tenia en mí sus ojos dilatados por el asombro.

A mi vez, le aseguré de mi identidad.

-Humphrey van Weyden -concluyó; después añadió con un suspiro de alivio, sin darse cuenta de que al hacerlo había dirigido una mirada a Wolf Larsen-: ¡Cuánto me alegro! Me acuerdo de la critica -se apresuró a continuar-, aquella crítica excesivamente lisonjera.

-En modo alguno -repliqué, animoso-. Además, la crítica de mi hermano está de acuerdo con la mía.

¿No ha incluido Lang su Beso tolerado entre los cuatro mejores sonetos escritos por mujeres en lengua inglesa?

-Es usted muy amable.

-Una vez estuve a punto de conocerla en Filadelfia. Daba usted una conferencia sobre Browning, me parece. Pero mi tren llegó con cuatro horas de retraso.

Y desde aquel momento nos olvidamos del sitio donde nos hallábamos, dejando a Wolf Larsen abandonado y silencioso entre el diluvio de nuestra charla. Los cazadores se levantaron de la mesa y subieron a cubierta y nosotros seguimos hablando. Sólo Wolf Larsen continuaba allí. De pronto advertí su presencia; le vi inclinado hacia atrás y escuchando con curiosidad nuestra extraña conversación sobre un mundo que no conocía.

Me detuvo en medio de una frase. El presente, con todos sus peligros e inquietudes, se abatió sobre mí con violencia asombrosa. Del mismo modo hirió a miss Brewster, y cuando miró a Wolf Larsen asomó a sus ojos un terror vago e indescriptible.

Entonces él se puso de pie y rió groseramente con una risa metálica.

-¡Oh, no se preocupen de mi! -dijo haciendo con la mano un ademán humilde-. Sigan, sigan, se lo ruego. Pero las puertas de la charla se habían cerrado, y nosotros nos pusimos también de pie y reímos fuertemente.

CAPÍTULO XXI

El mal humor de Wolf Larsen por haber prescindido de él en la conversación con Maud Brewster había de exteriorizarse de alguna manera, y la víctima fue Thomas Mugridge, que ni había modificado sus costumbres ni se había mudado la camisa, aunque él lo afirmase.

El pingajo desmentía la afirmación, y la acumulación de grasa sobre la cocina económica y en los pucheros y sartenes tampoco atestiguaban una limpieza general.

-Estás avisado, cocinero -le dijo Wolf Larsen-, y ahora vas a tomar la medicina.

El rostro de Mudridge palideció bajo la costra de suciedad, y cuando Wolf Larsen pidió una cuerda y llamó a un par de hombres, el desdichado cocinero huyó desalentado de la cocina y se esquivó por la cubierta, perseguido por la tripulación gesticulante. Pocas cosas hubieran podido ser más del agrado de estos hombres que darle una zambullida, pues siempre mandaba al castillo de proa unos ranchos y guisotes de la peor especie. Las circunstancias favorecían la empresa. El Ghost se deslizaba por el agua a una velocidad no mayor de tres millas por ahora, y el mar estaba en absoluta calma; pero Mugridge era poco aficionado a hacer inmersiones y es posible que ya hubiese visto antes remolcar a otros hombres. Además, el agua estaba horriblemente fría, y la complexión del cocinero no era nada robusta.

Como de costumbre, las guardias que estaban abajo y los cazadores salieron ante la promesa de una diversión. El agua parecía inspirar a Mugridge un miedo rabioso, e hizo alarde de una agilidad y rapidez de que no le hubiéramos creído capaz. Al verse acorralado en el ángulo recto que formaba la toldilla y la cocina, saltó como un gato sobre el techo de la cabina y corrió a popa. Pero habiéndose anticipado sus perseguidores, retrocedió, cruzando la cabina, pasó por encima de la cocina y alcanzó la cubierta por la escotilla de la bodega. Se lanzó directamente a proa, seguido de cerca por el remero Harrison, que le ganaba terreno por momentos. Mugridge, sin embargo, saltando de pronto, cogió la cuerda del botalón del foque en menos tiempo del que se emplea para decirlo y sosteniéndose sólo con los brazos y doblando el cuerpo por la cintura, dejó caer ambos pies a la vez. Harrison, que llegaba en pos de él, recibió las coces en pleno estómago y gimiendo involuntariamente se encogió y cayó de espaldas sobre la cubierta.

Los cazadores saludaron la hazaña con aplausos y risas atronadoras, en tanto Mugridge, eludiendo la mitad de sus perseguidores, que se hallaban junto al palo de trinquete, corrió a popa y cruzó entre los restantes como un jugador en el campo de foot-ball. Dirigióse a popa en línea recta y de allí a la toldilla hasta el extremo mismo del barco. Tan grande era su velocidad, que al doblar el ángulo de la cabina resbaló y cayó, chocando su cuerpo violentamente con las piernas de Nilson, que estaba gobernando. Los dos hombres rodaron juntos, pero únicamente se levantó el cocinero. Por un capricho de la suerte, el frágil cuerpecillo quebró las piernas del hombre robusto como si hubieran sido tubos de pipa.

Parsons cogió el timón, y la persecución continuó. Daban vueltas y más vueltas por la cubierta, Mugridge muerto de miedo, los marineros azuzándose y voceando, y los cazadores excitándoles con rugidos y carcajadas. Mugridge cayó junto a la escotilla de proa debajo de tres hombres; pero emergió del montón como una anguila, y saltó al aparejo mayor con la boca llena de sangre y la camisa, motivo de aquel escándalo, hecha jirones. Subió rápidamente, pasó por la cruz y llegó a lo alto del mástil.

Media docena de marineros se esparcieron por la arboladura tras él y se enracimaron, mientras dos de ellos, Oofty-Oofty y Black, que era el timonel de Latimer, continuaron trepando por los delgados estays de acero y elevando sus cuerpos con sólo el esfuerzo de los brazos.

Era una empresa peligrosa, pues a una altura de más de cien pies, y sujetándose únicamente con las manos, no estaban en las mejores condiciones para protegerse de los pies de Mugridge. Este seguía coceando ferozmente, hasta que el kanaka, suspendido con una mano sola, cogió con la otra el pie del cocinero. Black hizo lo mismo con el otro. Luego le arrancaron de allí y los tres bregaron y se escurrieron hasta caer en brazos de sus compañeros, que se hallaban en la cruz.

El combate aéreo había terminado, y Thomas Mugridge, con la boca llena de espuma sanguinolenta y lamentándose en su jerigonza, fue bajado a cubierta; Walf Larsen ató una

bolina a un trozo de cuerda y se lo pasó por debajo de los brazos. Después le llevaron a popa y le tiraron al agua. Soltaron cuarenta... cincuenta... hasta sesenta pies de cuerda; finalmente, Wolf Larsen gritó

-¡Amarrar!

Oofty-Oofty dio una vuelta al poste con la cuerda, que se tendió y el Ghost, al adelantar, de una sacudida hizo salir al cocinero a la superficie.

Era un espectáculo que inspiraba compasión, pues aunque no podía ahogarse y tenía siete vidas por añadidura, sufría todas las angustias del que se ahoga 3 medias. El Ghost marchaba muy despacio, y cuando su popa se levantaba sobre una ola y avanzaba, subía al pobre diablo a la superficie y le dejaba respirar un momento; pero después volvía a bajar la popa, y mientras la proa trepaba perezosamente sobre la ola siguiente, la cuerda se aflojaba y él se hundía.

Yo me había olvidado por completo de la existencia de Maud Brewster, y la recordé con sobresalto cuando oí sus leves pasos a mi lado. Era la primera vez que subía a cubierta desde su llegada a bordo y su aparición fue saludada con un silencio de muerte.

-¿Cuál es la causa de todo este júbilo? -inquirió.

-Pregúnteselo al capitán Larsen contesté grave y fríamente, pero en mi interior hervía la sangre el pensar que aquella mujer iba a ser testigo de tamaña brutalidad.

Maud, siguiendo mi consejo, se volvía ya para ponerlo en práctica, cuando sus ojos tropezaron con Oofty Oofty, que se encontraba justamente delante de ella, sosteniendo la cuerda con la gracia y viveza naturales en él.

-¿Está usted pescando? -le preguntó.

El no respondió. Sus ojos, intensamente fijos en el mar, fulguraron de pronto.

-¡Tiburón a la vista, señor! -exclamó.

-¡Izar! ¡Aprisa! ¡Aquí todos! -gritó Wolf Larsen, y saltó el primero a coger la cuerda.

Mugridge había oído la voz de alerta del kanaka y chillaba como un loco. Vi una aleta que cortaba el agua y corría hacia él con más rapidez de la que era arrastrado e bordo. Nadie podía augurar si el tiburón alcanzaría al cocinero antes que nosotros le izáramos; pero en todo caso, era cuestión de momentos. Cuando Mugridge se hallaba precisamente debajo de la popa, ésta descendió después de pasar sobre una ola, lo cual dio ventaja al tiburón. La aleta desapareció, el vientre mostró su blancura en un salto rápido hacia arriba. Casi tan rápido como el tiburón fue Wolf Larsen, que empleó toda su fuerza en un tirón formidable. El cuerpo del cocinero salió del agua, y otro tanto hizo en parte el del carnívoro. El hombre alzó las piernas y la fiera pareció que no hacía sino tocar un pie y volver a sumergirse ruidosamente. Pero en el momento del contacto, Thomas Mugridge dio un alarido. Después saltó la barandilla fácilmente, como un pez recién cogido en el anzuelo, haciendo resonar la cubierta al caer sobre las manos y revolcándose.

De la pierna derecha brotaba un torrente de sangre; le faltaba el pie, amputado en redondo por el tobillo- Instantáneamente miré a Maud Brewster, estaba pálida y con los ojos dilatados por el horror, miraba, no a Thomas Mugridge, sino a Wolf Larsen, y él lo notó porque dijo con una de sus breves carcajadas:

-Bromas de hombres, miss Brewster. Concedo que son un poco crueles para usted, pero con todo, no dejan de ser bromas de hombres. El tiburón no había entrado en el cálculo. Eso...

Pero en este instante, Mugridge, que había levantado la cabeza y comprobado la extensión de su pérdida, se debatió sobre la cubierta y hundió los dientes en la pierna de Wolf Larsen. Este se inclinó tranquilamente hacia el cocinero y con el pulgar y un dedo le apretó detrás de las quijadas y debajo de las orejas. Las quijadas se abrieron por fuerza, y la pierna de Wolf Larsen quedó libre.

-Como iba diciendo -prosiguió, como si nada extraordinario hubiese sucedido-, el tiburón no había entrado en nuestros cálculos. Fue... ejem..., ¿llamémoslo la Providencia?

Ella no dio muestras de haberle oído; sin embargo, cuando se volvió para alejarse, había en sus ojos una expresión de indecible repugnancia. Pero no hizo sino volverse, pues vaciló a los primeros pasos y me tendió la mano débilmente. La cogí e tiempo para evitar que cayera, y la ayudé a sentarse en la cabina, donde creí que se desmayaba pero se dominó.

-¿Quiere usted darse una vuelta por aquí, míster Van Weyden? -dijo Wolf Larsen, llamándome.

Yo dudaba, pero miss Brewster movió los labios, y aunque no articularon ninguna palabra, con los ojos me mandó tan claramente como si hubiese hablado que fuera a asistir a aquel desdichado.

-Por favor -consiguió murmurar, y no tuve más remedio que obedecerla.

Por entonces había desarrollado yo tal habilidad en la cirugía, que Wolf Larsen, después de hacerme algunas advertencias, me dejó solo en mi tarea con dos marineros para que me ayudaran. El, por su parte, se encargó de vengarse del tiburón. Cebó un enorme anzuelo de torniquete con un trozo de tocino salado y lo lanzó al agua, y cuando concluía yo de taponar las venas y arterias seccionadas, los marineros subían cantando al monstruo culpable. Yo no lo vi, pero mis ayudantes, uno primero y después el otro, me abandonaron durante unos momentos para correr al centro del barco a ver qué ocurría. El tiburón, que medía dieciséis pies, fue izado contra el aparejo mayor. Tenia las quijadas distendidas por medio de garfios hasta su límite máximo, y se le encajó una fuerte estaca aguzada por los extremos, de tal forma que cuando se le quitaron los garfios quedaran las quijadas clavadas en ella. Una vez efectuado esto, se cortó el anzuelo. El tiburón volvió a hundirse en el mar, impotente a pesar de toda su fuerza` Y condenado a perecer de hambre, una muerte lenta, que, más que él, merecía el hombre que inventó el castigo.

CAPITULO XXII

Ya sabía yo de qué se trataba cuando la vi llegar hacia mí. Le, había visto hablar seriamente por espacio de diez minutos con el maquinista y ahora, haciéndole seña de que callara, la conduje adonde el timonel no pudiese oírla-- Estaba pálida y preocupada; sus ojos, más grandes que de costumbre por la resolución que había en ellos, se clavaron penetrantes en los míos-- Me sentí un poco intimidado y receloso, pues venía a explorar el alma de Humphrey van Weyden, y Humphrey van Weyden no tenía de qué enorgullecerse, particularmente desde su llegada a bordo del Ghost.

Anduvimos hasta la escala de la toldilla, donde se volvió y se encaró conmigo. Miré en derredor para cerciorarme de que nadie escuchaba.

-¿Qué pasa? -le pregunté dulcemente; pero la expresión decidida de su semblante no cambió.

-He podido comprender fácilmente -empezó- que el asunto de esta mañana fue todo lo más un accidente; pero he hablado con míster Haskins. Me ha dicho que el día que fuimos rescatados, mientras yo me encontraba en la cabina, fueron ahogados dos hombres, ahogados deliberadamente, asesinados.

En su voz había una pregunta; me miraba acusadora, como si yo fuese culpable del hecho, al menos en parte.

-El informe es completamente cierto -contesté-. Los dos hombres fueron asesinados--

-¡Y usted lo consintió!

-No pude evitarlo, no se puede expresar de otra forma -repuse, siempre con dulzura.

-¿Pero usted trató de evitarlo? -pronunció la palabra "trató" con énfasis y un leve tono de disculpa en la voz-. ¡Oh, no hizo usted nada! -se apresuró a decir, adivinando mi respuesta- ¿Por qué?

Encogí los hombros.

-No debe usted olvidar, miss Brewster, que es una recién llegada a este pequeño mundo y que no comprende todavía las leyes que rigen en él. Usted lleva consigo concepciones excelentes de humanidad, pero aquí hallará usted que son erróneas. A mí me ha ocurrido también -añadí, con un suspiro involuntario.

Ella sacudió la cabeza, incrédula--

-¿Qué me hubiera aconsejado usted, pues? -le pregunté-. ¿Que hubiese cogido un cuchillo o una carabina y matase a ese hombre?

Casi dio un salto hacia atrás.

-No, eso no.

-Entonces, ¿qué debí hacer? ¡Matarme!

-Usted habla en términos puramente materiales -objetó-. Hay una cosa que se llama valor moral, y esto siempre surte efecto.

-¡Ahí -dije sonriendo-. Usted me aconseja que no le mate a él ni me mate yo, pero que le deje matarme.

Ella iba á hablar y la detuve con un gesto.

-El valor moral no tiene valor alguno en este pequeño mundo flotante-- Leach, uno de los hombres que fueron asesinados, tenía valor moral en grado superlativo y Johnson, el otro hombre, también. Y esto no solamente no les reportó ninguna ventaja, sino que contribuyó a su destrucción y eso ocurriría conmigo si pusiera en práctica el poco valor moral que pudiera poseer-- Debe usted comprender, miss Brewster, comprender con toda claridad, que este hombre es un monstruo. No tiene conciencia. Para él no hay nada sagrado, ninguna acción le parece demasiado horrible. Si ocupo el primer lugar a bordo, es debido a su capricho, e igualmente ha sido un capricho suyo que yo siga viviendo. No hago nada, no puedo hacer nada, porque soy esclavo de este monstruo, como lo es usted ahora; porque deseo vivir, como lo deseará usted, porque no puedo luchar con él y vencerle, del mismo modo que usted tampoco podría.

Ella esperó que continuara.

-¿Qué remedio queda, entonces? Mi papel es el del débil. Permanecer callado y sufrir ignominias, lo mismo que hará usted. Y esto es lo mejor que podemos hacer si queremos conservar la vida. La victoria no es siempre para el fuerte. Nosotros carecemos de la fuerza necesaria para derrotar a este hombre, hemos de disimular y vencer, si es que lo logramos por medio de la astucia. Si quiere seguir mi consejo, esto es lo que hará usted. Sé que mi posición es peligrosa, y debo decir con franqueza que la suya lo es más aún. Hemos de defendernos juntos, sin que lo parezca, aliándonos en secreto. No podré ponerme de su parte abiertamente, y cualesquiera que sean las indignidades que caigan sobre mí, debe usted igualmente guardar silencio. No hemos de provocar escenas con este hombre, ni oponernos a su voluntad. Hemos de sonreírle y mostrarnos amables con él, por muy repulsivo que nos parezca.

Se pasó la mano por la frente como para poner orden en sus ideas y dijo:

-Sigo sin entender.

-Debe usted entender lo que le digo -la interrumpí con autoridad, porque vi los ojos de Wolf Larsen dirigirse hacia nosotros desde el centro del barco, donde se hallaba paseando con Latimer-. Hágalo así, y no tardará mucho en comprender que tengo razón.

-¿Qué debo hacer, pues? -preguntó sorprendiendo la mirada de inquietud que había yo dirigido al objeto
de nuestra conversación, y puedo asegurar que impresionada por la seriedad de mi tono.

-Prescinda todo lo posible del valor moral -dije vivamente-. No despierte la animosidad de ese hombre. Sea muy amable con él, háblele sobre arte y literatura, pues es muy aficionado a estas cosas. Hallará en él un oyente interesado y nada tonto. Y en bien de usted, procure no presenciar, en cuanto le sea posible, las brutalidades del barco. Así le será más fácil representar su papel.

-He de mentir -repuso en tono firme y rebelde-, he de mentir de palabra y de obra.

Wolf Larsen se había separado de Latimer y venia hacia nosotros. Yo estaba desesperado.

-Por favor, trate de comprenderme -dije rápidamente, bajando la voz-.Toda su experiencia de los hombres y las cosas no significa ningún valor aquí. Tiene usted que volver a empezar. Ya lo sé, lo estoy viendo, usted está acostumbrada a imponerse a las gentes con sus ojos, dejando que su valor moral hable por ellos-- A mí ya me ha dominado usted, pero no lo intente con Wolf Larsen. Más fácilmente dominaría a un león, y además se expondría a sus burlas -proseguí, cambiando de conversación, cuando Wolf Larsen subió a la toldilla-. Los editores recordará usted que le temían y los directores de revistas no querían tratos con él. Pero yo sabía lo que me hacia. Su genio y mi juicio quedaron rehabilitados cuando dio aquel golpe magnífico con su Fragua.

-Era un poema de periódico -dijo ella con naturalidad.

-Vio la luz en un periódico -repliqué-, pero no porque los editores de revistas lo rehusasen en cuanto le echaron una ojeada. Hablábamos de Harris -dije a Wolf Larsen.

-¡Oh, sí! -confirmó-. Recuerdo La Fragua-- Llena de sentimientos y de una gran fe en las ilusiones humanas. Por el momento, míster Van Weyden, podría usted ir a ver al cocinero. Está agitado y se queja mucho.

Así fui alejado sin más cumplidos de la toldilla, sólo para encontrar a Mugridge durmiendo estrepitosamente a causa de la morfina que le había dado. Tardé en volver a la cubierta, y cuando lo hice tuve la satisfacción de ver a miss Brewster en animada conversación con Wolf Larsen. Como he dicho, aquello me satisfizo. Seguía mi consejo. Y sin embargo, me sentía ligeramente molesto, herido, al ver que podía hacer lo que yo le habla rogado que hiciese y que tanto le había repugnado.

CAPITULO XXIII

Vientos favorables, que soplaron valientemente, impulsaron al Ghots hacia el Norte, en medio del rebaño de focas. Lo encontramos sobre el paralelo cuarenta y cuatro, en un mar desapacible y tormentoso, cruzado por la niebla que el viento empujaba infatigable. Durante muchos días no vimos el sol ni pudimos hacer observaciones; después el viento despejó la superficie del océano y nos permitió conocer nuestra posición. Tal vez seguiría un día claro, de buen tiempo, o tres o cuatro, pero luego volvería a envolvernos la niebla y nos parecería más espesa que antes.

El cazar era peligroso; no obstante, los botes bajaban cada día, y la oscuridad gris los tragaba, sin que volviésemos a verles hasta el anochecer, y a veces surgían mucho más tarde de las sombras, como si fuesen espectros marinos. Wainwright, el cazador que Wolf Larsen había robado juntamente con los hombres y el bote, se aprovechó de la ventana de este mar velado para huir-- Una mañana, desapareció en la niebla que nos envolvía con sus dos hombres y ya no lo vimos más; pero pocos días después nos enteramos de que, pasando de goleta en goleta habían llegado a la suya.

Esto mismo es lo que había decidido yo hacer, pero la oportunidad no se ofrecía nunca. No formaba parte de las obligaciones del segundo el salir en los botes, y aunque agucé

toda mi astucia, para conseguirlo, Wolf Larsen jamás me concedió este privilegio. De haberlo consentido, hubiese procurado, fuera como fuese, llevar conmigo a miss Brewster. Ahora, la situación había llegado a un período que me asustaba considerar. Yo evitaba voluntariamente pensar en ello, y sin embargo, este pensamiento surgía a todas horas en mi mente como un fantasma molesto.

En mis tiempos había leído novelas de marinos, en las que figuraba, inevitablemente, una mujer sola en una tripulación de hombres; pero ahora veía que nunca había comprendido el verdadero significado de tal situación, sobre la que tanto insistían los escritores y que explotaban tan bien. Ahora lo tenían delante de mí, y para que fuese más vital, esta mujer era Maud Brewster, que en estos momentos me encantaba personalmente como me había encantado a través de sus obras.

No se podía imaginar a otra mujer más descentrada. Era una criatura delicada y etérea, ondulante como un sauce, de movimientos gráciles y ligeros. Me parecía que no andaba o al menos como los demás mortales. Su flexibilidad era extrema y avanzaba con una suavidad indefinible que recordaba el vuelo de un pájaro de alas silenciosas.

Era como un objeto de porcelana, y yo estaba continuamente impresionado porque me figuraba que corría peligro su fragilidad. No he visto jamás un cuerpo y un espíritu ten perfectamente de acuerdo. Calificando sus versos, como lo han hecho los críticos, de sublimes y espirituales, se tendrá la descripción de su cuerpo.

Ofrecía un contraste sorprendente con Wolf Larsen. Eran dos tipos totalmente opuestos. Una mañana, les contemplé paseando juntos por la cubierta y les comparé a los extremos de la escala de la evolución humana: él, la culminación de la barbarie; ella el producto más delicado de la más refinada de las civilizaciones. Cierto que Wolf Larsen poseía una inteligencia poco común, pero carecía de dirección para el ejercicio de sus feroces instintos y no hacía sino convertirle en un salvaje más formidable aún. Tenía una musculatura poderosa, era un hombre macizo, y a pesar de que caminaba con la seguridad y derechura del hombre físico, su paso no tenía solidez. Su manera de levantar los pies y asentarlos de nuevo en el suelo traía a la memoria la selva virgen-- Era felino, flexible y fuerte, siempre fuerte. Yo lo comparaba a un tigre enorme, a un valiente animal de rapiña. Otro tanto ocurría con su mirada, y el brillo penetrante que aparecía a veces en sus ojos era el mismo que había observado en los ojos de los leopardos enjaulados y de otras fieras de los bosques.

Pero aquel día, al verles pasear de arriba abajo, noté que era ella quien terminaba el paseo-- Venían hacia mí que estaba de pie junto a la entrada de la escalera. Aunque ella no lo revelaba por ningún signo exterior, yo sentía en cierto modo, que estaba muy turbada. Hizo alguna observación fútil, mirándome, y rió con bastante ligereza; pero vi sus ojos volverse hacia los de Wolf Larsen involuntariamente, como fascinados, después se abatieron, más no tan de prisa que velaran la expresión de terror que los llenaba.

La causa de su turbación la hallé en los ojos del hombre, que de ordinario eran grises, fríos y duros y ahora se habían convertido en cálidos, suaves y dorados, bailando en ellos unas lucecillas que se oscurecían y apagaban, o se encendían hasta que toda la órbita quedaba inundada con aquel resplandor de llamarada. Quizá fuese debido a esto su color de oro pero el caso es que eran dorados, atractivos y dominadores, y al mismo tiempo amenazantes y violentos, expresando una demanda y un grito de la sangre que ninguna mujer, y mucho menos Maud Brewster, podía dejar de comprender.

El terror de la mujer me ganó a mí en aquel momento de miedo, el miedo más horrible que un hombre puede experimentar, y comprendí que la quería de una manera inefable-- La convicción de este sentimiento surgió con el terror, y con el corazón oprimido por estas dos emociones que me helaban la sangre y al propio tiempo la agitaban tumultuosamente, me sentí arrastrado por una fuerza independiente y superior a mí mismo, y mis ojos se volvieron contra mi voluntad y se clavaron en los de Wolf Larsen. Pero él se había recobrado. El color

de oro y las luces inquietas habían desaparecido. Cuando se inclinó bruscamente para marcharse, volvían a ser grises, fríos y acerados.

-Tengo miedo -murmuró temblando Maud Brewster-. Tengo miedo.

Yo también tenía miedo, y a causa de mi descubrimiento de cuánto ella significaba para mí, todo era confusión en mi mente, pero logré contestarle, completamente tranquilo

-Todo se arreglará, miss Brewser. Tenga confianza en mí, que todo se arreglará.

Me respondió con una sonrisa agradecida, que acabó de abatir mi corazón, y empezó a bajar la escalera.

Durante un buen rato permanecí de pie donde ella me había dejado- Sentía la necesidad imperiosa de ajustarme a las circunstancias, de considerar la significación del cambio que había sufrido el aspecto de las cosas. Al fin había llegado el amor cuando menos lo esperaba y en las condiciones menos favorables. Claro que mi filosofía había reconocido siempre que inevitablemente, tarde o pronto, asomaría la llamarada del amor; pero los largos años de estudioso silencio me habían hecho desprevenido y desatento.

Y ahora había llegado. ¡Maud Brewster! Mi memoria retrocedió al pequeño tomo que había encima de mi escritorio, y vi ante mí, con toda precisión, la hilera de pequeños volúmenes colocados en mi librería. ¡Cuán gratos habían sido para mí cada uno de ellos! Cada año había llegado uno de la imprenta, representando el acontecimiento de la temporada-- Ellos habían proclamado una afinidad de espíritu, y como tales los había recibido en una camaradería mental; pero ahora su lugar estaba en mi corazón.

¿Mi corazón? Me había invadido una reacción sentimental. Parecía como si hubiese salido fuera de mí y me contemplara incrédulo.

¡Yo, Humphrey van Weyden, estaba enamorado! Y de nuevo volvió a asaltarme la duda. Ahora que había llegado la felicidad, no podía creerlo. No podía ser tan afortunado-- Era demasiado bueno, demasiado bueno para ser cierto. Acudieron a mi memoria las palabras de Symon:

Durante todos estos años he ido vagando
entre un mundo de mujeres, buscándote.

A veces me había considerado, efectivamente, fuera de la comunidad, como si se me hubiesen negado las pasiones eternas o pasajeras que yo veía y comprendía tan bien en los demás- ¡Y ahora había llegado! ¡Sin haber sonado en ello ni haberse anunciado! Caminaba a lo largo de cubierta, murmurando para mis adentros estas líneas deliciosas de mistress Browning:

Viví con visiones por toda compañía,
en lugar de hombres y mujeres, hace muchos años.
Y les hallaba, compañeros amables,
sin pensar en conocer otra música más dulce
que la que ellos ejecutaban para mí.

La música más dulce sonaba en mis oídos, y yo estaba ciego para todo y todo lo había olvidado. La ruda voz de Wolf Larsen me despertó.

-¿Qué demonios te pasa? -preguntó.

Yo había llegado hasta la proa donde se hallaban pintando los marineros, y al volver a la realidad vi que estaba a punto de volcar con el pie un bote de pintura.

-¿Es sonambulismo... -dijo- insolación?

-NO, indigestión -repliqué, y continué mi paso como si nada desagradable hubiese ocurrido.

CAPITULO XXIV

Entre los recuerdos más intensos de mi existencia se cuentan los de los acontecimientos ocurridos en el Ghost durante las cuarenta horas que sucedieron al descubrimiento de mi amor por Maud Brewster.

Empezaré anotando que a la hora de comer, Wolf Larsen hizo saber a los cazadores que en adelante comerían en la bodega. Esto era una cosa sin precedentes en las goletas dedicadas a la caza de focas, donde es costumbre considerar a los cazadores como oficiales, fuera de los asuntos de servicio No adujo razones, pero el motivo era sobradamente obvio: Horner y Smoke se habían permitido, en broma, dirigir una galantería a Maud Brewster, inofensiva para ella, pero que a él debió resultarle desagradable.

El anuncio fue recibido con un silencio hosco, y los otros cuatro cazadores miraron significativamente a los dos que habían sido la causa de su destierro. Jock Horner, reposado como de ordinario, no hizo el menor gesto; en cambio, la frente de Smoke se ensombreció con una oleada de sangre y abrió a medias la boca para hablar. Wolf Larsen se le quedó mirando con el brillo acerado de sus ojos, pero Smoke volvió a cerrar la boca sin haber dicho nada.

-¿Tienes algo que decir? -le preguntó, agresivo.

Era un desafío, y Smoke no lo quiso aceptar.

-¿Acerca de qué? -pregunté tan inocentemente, que Wolf Larsen quedó desconcertado y los otros sonrieron.

-¡Oh!, nada -dijo Wolf Larsen de mal humor-. Creí que deseabas registrar un puntapié.

-¿Acerca de qué? -volvió a preguntar Smoke, imperturbable.

Sus compañeros sonreían groseramente; el capitán hubiese podido matarle y no me cabe la menor duda de que hubiera corrido la sangre, de no haber estado presente Maud Brewster. A esto precisamente fue debido que Smoke se portara como lo hizo, pues era demasiado discreto y precavido para incurrir en el enojo de Wolf Larsen en ocasión en que este enojo pudiera expresarse en términos más enérgicos que palabras. No había que temer una riña, pero un grito del timonel contribuyó a salvar la tripulación.

-¡Humo a la vista! -se oyó a través de la puerta de la escalera, que estaba abierta.

-¿Por dónde? -gritó Wolf Larsen.

-Por la popa, señor.

-Quizá sea un ruso -sugirió Latimer.

A estas palabras los semblantes de los cazadores reflejaron inquietud. Un ruso no podía significar más que una cosa: un crucero. Los cazadores, aunque conocían muy vagamente la posición del barco, sabían, sin embargo, que se hallaban cerca del mar prohibido, y al mismo tiempo no ignoraban que la reputación de Wolf Larsen como cazador furtivo era notoria. Todos los ojos convergieron en él.

-Estamos completamente a salvo -les aseguró, con una carcajada-. Esta vez no hay minas de sal, Smoke. Pero os diré de qué se trata. Apostaría cinco contra uno a que es el Macedonia.

Nadie aceptó la oferta, y prosiguió.

-Por consiguiente, se pueden jugar diez contra uno a que nos amenaza algún disgusto.

-No, gracias -dijo Latimer-. No soy aficionado a exponer mi dinero, pero alguna vez me gusta intentarlo. No se han juntado nunca su hermano y usted sin que haya habido algo que lamentar, y a eso sí que juego veinte contra uno.

A estas palabras sucedió una sonrisa general, a la que se unió Wolf Larsen, y después continuó la comida tranquilamente, gracias a mí, pues me trató todo el rato abominablemente y me dirigió pullas en tono protector hasta que logró hacerme temblar de rabia mal contenida. Sin embargo, supe dominarme por consideración a Maud Brewster, pero me sentí recompensado cuando sus ojos se cruzaron con los míos durante un momento y me dijeron claramente, como si hubiesen hablado: "Sea usted valiente, sea usted valiente".

En la monotonía de aquel mar, un vapor era una grata interrupción, aumentada con la excitación del convencimiento de que se trataba del Macedonia y de Death Larsen, por lo que nos levantamos de la mesa para subir a cubierta. El viento y la mar gruesa que habíamos tenido la tarde anterior habían amainada durante la mañana, de manera que ahora era posible bajar los botes y cazar hasta anochecido. La caza prometía ser abundante. Desde la salida del sol habíamos corrido por un paraje completamente libre de focas y ahora navegábamos de nuevo en medio del rebaño.

El humo estaba aún varias millas a popa, pero se aproximaba rápidamente cuando bajamos los botes, que se diseminaron por el océano y emprendieron la carrera hacia el Norte. De vez en cuando se oían los disparos de las escopetas. Las focas eran numerosas, y el viento, que se debilitaba por momentos, parecía prometer una buena caza. Cuando salimos para alcanzar el último bote de sotavento, hallamos el mar totalmente alfombrado de focas dormidas. Estaban en derredor nuestro, en una abundancia nunca vista, tendidas cuan largas eran sobre la superficie, en grupos de dos o tres y durmiendo como perritos.

Bajo el humo que se acercaba, iba agrandándose el casco y la parte superior del buque. Era el Macedonia, Leí el nombre con los anteojos cuando pasó a una milla escasa de estribor. Wolf Larsen dirigió una mira. da feroz al barco, en tanto que Maud Brewster mostraba gran curiosidad.

-¿Dónde está el peligro que, según usted, nos amenazaba, capitán Larsen? -le preguntó alegremente.

El la miró divertido durante un momento y se le dulcificaron las facciones.

-¿Qué esperaba usted, que subieran a bordo y nos cortaran el cuello?

-Algo parecido -confesó ella-. Debe usted comprender que los cazadores son gente tan nueva y extraña para mí, que estoy siempre dispuesta a esperar alguna cosa extraordinaria..

El asintió con la cabeza.

-Tiene razón, tiene razón. Su único error ha consistido en no esperar lo más malo.

-Pero, ¿qué puede ser peor que cortarnos el cuello? -preguntó con una sorpresa deliciosamente ingenua.

-Que nos quiten el dinero. En estos tiempos la capacidad de vivir del hombre se determina por el dinero que posee.

-A mí, el que me robe la bolsa me quita lo de menos valor -dijo ella citando un refrán.

-Pues el que a mí me robe la bolsa me roba mi derecho a vivir -replicó Wolf Larsen-. Y así lo dice un proverbio contrario. Porque me roba el pan, la carne, la cama, y con esto pone mi vida en peligro. No hay bastantes comedores gratuitos para alimentar a todo el mundo, ¿sabe?, y cuando los hombres no tienen nada en el bolsillo, lo regular es que mueran miserablemente..., a no ser que puedan volver a llenarlo pronto.

-Pero yo no veo que este vapor tenga ningún designio contra nuestras bolsas.

-Espere y verá -respondió él frunciendo el ceño.

No tuvimos que esperar mucho. Habiendo llegado el Macedonia varias millas más allá de nuestra línea de botes procedió a bajar los suyos. Sabíamos que llevaba catorce para nuestros cinco (a nosotros nos faltaba uno por la deserción de Wainwright), y comenzó a

arriarlos mucho más a sotavento que el último de los nuestros; continuó arriándolos, atravesándose en nuestro camino, y terminó bastante después de nuestro primer bote de barlovento. Nos habían estropeado la caza. Detrás de nosotros no había focas y enfrente la hilera de catorce botes barría el rebaño delante de sí como una escoba enorme.

Nuestros botes cazaron en las dos o tres millas de agua que quedaban entre ellos y el punto donde el Macedonia había arriado los suyos, y después emprendieron el regreso. El viento había decaído hasta convertirse en un hálito, el océano se encalmaba por momentos, y esto, unido a la presencia del gran rebaño, hacía que el día fuese inmejorable para la caza uno de los dos o tres que pueden darse a lo sumo en toda una temporada favorable. Remeros y timoneles, lo mismo que cazadores, se arremolinaron junto al Ghost. Cada uno de ellos se creía robado; y los botes fueron izados entre maldiciones, que de haber tenido bastante poder hubiesen decidido de Death Larsen para toda una eternidad.

-¡Muerto y maldito para una docena de eternidades! -comentaba Louis, guiñándome los ojos, mientras descansaba después de haber amarrado su bote.

-Escuchen y vean si es difícil descubrir lo más
esencial de sus almas -dijo Wolf Larsen-. ¿Fe? ¿Amor? ¿Ideales elevados? ¿Bondad? ¿Belleza? ¿Verdad?

-Su sentido innato del derecho ha sido violado -advirtió Maud Brewster, uniéndose a la conversación.

Se hallaba a unos doce pies de nosotros, se apoyaba con una mano en el obenque mayor y se balanceaba suavemente con el ligero vaivén del barco. Apenas había levantado la voz, y me sorprendió su tono claro y sonoro. ¡Ah, qué dulce resonaba en mi oído! En aquel momento casi no me atreví a mirarla por miedo a traicionarme. Tocaba su cabeza con una gorra de muchacho, y su cabello castaño claro, ahuecado y flojo, al ser herido por el sol, parecía una aureola alrededor del delicado óvalo de su rostro. Era positivamente encantadora. Renacía en mí toda mi antigua admiración por la vida a la vista de tan espléndida encarnación, y la fría explicación que de la vida y su significado daba Wolf Larsen me parecía verdaderamente ridícula y risible.

-Usted es sentimentalista -dijo con sorna- lo mismo que míster Van Weyden. Estos hombres reniegan porque sus deseos han sido ultrajados. Eso es todo.

-Pues usted se conduce como si su bolsillo no hubiese sido perjudicado -dijo ella sonriendo.

-Y, sin embargo, no es así. Al precio corriente del mercado de Londres y basándonos en un buen cálculo de lo que la caza de esta tarde hubiese podido ser de no habernos hecho el Macedonia esta mala acción, el Ghost ha perdido alrededor de mil quinientos dólares en pieles.

-Lo dice usted tan tranquilo...

-Pero no lo estoy; sería capaz de matar al hombre que me ha robado. Si, ya sé que este hombre es mi hermano-..

Su rostro sufrió un cambio inesperado. Su voz era menos áspera y completamente sincera al decir .

-Ustedes los sentimentalistas deben ser felices, real y verdaderamente felices, al soñar y hallar las cosas buenas, y al creer buenas algunas de ellas se creen buenos ustedes mismos. Díganme ahora ustedes dos ¿me creen bueno?

-Usted es bueno si se mira... en cierto modo -le repliqué.

-En usted la bondad se halla en potencia -respondió Maud Brewster.

-Ya está -le gritó medio enojado-. Sus palabras no tienen sentido para mí. En el pensamiento que ha expresado no hay nada claro, agudo o definido. No se le puede coger con las dos manos y contemplarle. En realidad, no es un pensamiento. Esto es un sentimiento, algo basado en la ilusión, pero de ninguna manera un producto de inteligencia.

Cuando prosiguió, su voz volvió a suavizarse y adoptó un tono confidencial.

-Miren, a veces me sorprendo deseando también ser ciego para los hechos de la vida y conocer únicamente sus fantasías e ilusiones. Son falsas, todas falsas, desde luego, y contrarias a la razón; pero la mía me dice frente a ellas que eso es falso, que el soñar y vivir las ilusiones proporciona el mayor placer. Y después de todo, el placer es el ensueño de la vida. Sin placer la vida es un acto sin valor. Construirse uno la vida sin recompensa es peor que la muerte. El que más goza más vive, y vuestros sueños e ilusiones les molestan menos y satisfacen más que a mí mis realidades.

Movió la cabeza lentamente, meditando.

-Con frecuencia dudo del valor de la razón. Los sueños deben ser más sustanciales y convincentes. El placer emocional es más completo y duradero que el placer intelectual, y además, ustedes pagan por sus momentos de placer intelectual con sus melancolías. Al placer emocional siguen las sensaciones del desaliento, de las que pronto se recuperan. Les envidio a ustedes, les envidio.

Se detuvo bruscamente, y sus labios dibujaron una de sus extrañas sonrisas burlonas cuando añadió:

-Les envidio con mi cerebro, entiéndalo bien, no con mi corazón. Me lo dicta mi razón. La envidia es un producto de la inteligencia. Yo soy como un hombre sobrio que mira un borracho, y que estando muy aburrido quisiera emborracharse también.

-O como un hombre cuerdo que viendo a unos locos deseara también volverse loco -dije riendo.

-Exactamente -repuso-. Ustedes, pareja de locos fallidos, son felices. Para ustedes no hay realidades en su cartera.

-No obstante, gastamos con la misma liberalidad que usted -advirtió Maud Brewster.

-Con más liberalidad, porque no les cuesta nada.

-Y porque nosotros giramos contra la eternidad -replicó ella.

-Lo mismo da que sea así, como que lo crean ustedes. Gastan ustedes lo que no han ganado, y en cambio alcanzan mayor mérito por gastar lo que no ganaron, que yo gastando lo que he ganado con mi sudor.

-Entonces, ¿por qué no cambia usted la base de su moneda? -preguntó ella, para contrariarle.

El la miró rápidamente, medio esperanzado, y dijo después con pesadumbre:

-Demasiado tarde. Tal vez me hubiese gustado, pero no puedo- Mi cartera está atiborrada de la antigua moneda y es una cosa muy inflexible. Ya nunca podré considerar nada tan válido como esto.

Cesó de hablar, y su mirada vagó ausente más allá de donde ella estaba y fue a perderse en la placidez del mar. La vieja melancolía original se había apoderado de él Fuertemente y se le había entregado temblando. Sus razonamientos le habían sumergido en uno de esos intervalos de desaliento, y durante algunas horas se hubiera esperado en vano que el demonio que llevaba dentro levantara la cabeza y se agitara. Me acordé de Charley Furuseth y comprendí que su tristeza era el tributo que los materialistas pagan siempre por su materialismo.

CAPITULO XXV

-¿Ha estado usted en la cubierta, míster Van Weyden? -dijo wolf Larsen a la mañana siguiente, a la hora del desayuno-. ¿Cómo se presentan las cosas?

-Bastante claras -contesté, contemplando la luz del sol que se derramaba por la puerta de la escalera-. Suave brisa de Poniente, con la promesa de arreciar, si son exactas las predicciones de Louis.

Movió la cabeza, complacido.

-¿Hay señales de niebla?

-En el Norte y Noroeste se divisan masas tupidas.

Volvió a mover la cabeza, mostrando aún mayor satisfacción que antes.

-¿Qué me dice del Macedonia?

-No se ha visto -respondí.

Hubiese jurado que al oírlo desapareció la alegría de su semblante, pero yo no podía concebir la causa de su contrariedad.

No tardaría en conocerla.

-¡Humo a la vista! -gritaron desde cubierta, y su rostro se iluminó.

-¡Bien! -exclamó, y al instante se levantó de la mesa para dirigirse. a cubierta y a la bodega, donde los cazadores se desayunaban por primera vez después de su destierro.

Maud Brewster y yo tocamos apenas la comida que teníamos delante; en cambio, nos mirábamos uno a otro con inquietud y escuchábamos la voz de Wolf Larsen, que penetraba fácilmente en la cabina a través del mamparo. Habló largo rato, y sus conclusiones fueron saludadas con una violenta salva de aplausos. El mamparo era demasiado grueso para poder oírse lo que decía; pero, fuese lo que fuera, afectó profundamente a los cazadores, pues a los aplausos siguieron exclamaciones ruidosas y gritos de alegría.

Por los sonidos que llegaban de la cubierta comprendimos que los marineros habían recibido orden de hacer los preparativos para arriar los botes. Maud Brewster subió conmigo, pero la dejé en la escalera de la todilla, desde donde podría observar la escena sin verse mezclada en ella. Los marineros debían estar enterados del proyecto, y el ardor y la energía que ponían en el trabajo atestiguaban su entusiasmo. Los cazadores llegaron en tropel a la cubierta con escopetas y cajas de municiones, y, cosa inaudita, con los rifles- Estas armas se llevaban raras veces en los botes, porque una foca herida a distancia con un rifle se hundía invariablemente antes de que el bote pudiese alcanzarla. Pero aquel día cada cazador llevaba uno y abundante provisión de cartuchos. Noté que hacían muecas de satisfacción cuando miraban hacia el humo del Macedonia, que iba apareciendo más alto según se acercaba desde el Oeste.

Los cinco botes bajaron impetuosamente, se desparramaron coma el varillaje de un abanico, y como la tarde anterior, hicieron rumbo al Norte, hacia donde debíamos seguirles. Les observé curioso durante un rato, pero su proceder no parecía tener nada de extraordinario. Arriaron las velas, mataron tocas y volvieron a izar velas y continuaron haciendo lo mismo de siempre. El Macedonia repitió la hazaña del día antes, invadió el mar con sus botes, adelantóse a los nuestros, cruzándose en su camino. Catorce botes requieren una considerable extensión de agua para cazar cómodamente, y cuando ya hubo envuelto nuestras líneas prosiguió su ruta en dirección nordeste, dejando más botes a su paso.

-¿Qué ocurre? pregunté a Wolf Larsen, no pudiendo por más tiempo reprimir mi curiosidad.

-No te preocupe esto -respondió con aspereza-. No tardarás mil años en descubrirlo, y entretanto, lo que puedes hacer es rogar que sople todo el viento posible... Bueno, a ti te lo puedo decir -prosiguió, un momento después-. Voy a dar a este hermano mío una dosis de su propia medicina. Usaré sus mismas pilladas, pero no un día, sino el resto de la temporada, si tenemos suerte.

-¿Y si no? -inquirí-.

-No habría nada. Es preciso que tengamos suerte, pues de lo contrario lo perderíamos todo.

El se quedó junto al timón y yo me dirigí a mi hospital del castillo de proa, donde se hallaban mis dos inválidos: Nilson y Thomas Mugridge. Nilson estaba todo lo alegre que pudiera esperarse, pues su pierna fracturada se cicatrizaba magníficamente; pero el cocinero era presa de una melancolía desesperada, y yo sentía aumentar mi compasión por aquel ser tan desdichado. Y lo más admirable era que continuara viviendo, aferrándose a la vida. Los años de brutalidad habían reducido su cuerpo flaco de por sí a una ruina, y con todo, la llama de la vida ardía con el mismo brillo de siempre.

-Con un pie artificial, y ahora los fabrican excelentes, seguirás renqueando por las cocinas de los barcos hasta el fin de los siglos -le dije.

Pero su respuesta fue seria, solemne.

-Yo no sé nada de lo que usted dice, míster Van Weyden, pero de lo que estoy seguro es que no volveré a ser feliz hasta que vea muerto a ese perro del infierno. Es imposible que viva tanto como yo. No tiene derecho a vivir, y según dice la Escritura: "Morirá abandonado de todos". Y yo digo: amén, y que sea cuanto antes.

Cuando volví a cubierta, hallé a Wolf Larsen gobernando con una mano, en tanto que con la otra sostenía los anteojos y estudiaba la situación de los botes, prestando particularmente atención a la posición del Macedonia. La única diferencia perceptible en nuestros botes era que habían avanzado más en dirección del viento y habían torcido varios puntos hacia el Noroeste. Todavía continuaba yo sin ver la utilidad de la maniobra, porque el mar libre se hallaba interceptado aún por cinco botes de aquel barco, que, a su vez, también habían avanzado con el viento. Así, pues, divergían hacia Poniente alejándose de los demás botes de su línea. Los nuestros no sólo llevaban extendidas las velas, sino que remaban al mismo tiempo. Hasta los cazadores empuñaban los remos, y con tres pares de ellos en el agua, alcanzaron pronto a los que, con toda propiedad, pudiéramos llamar enemigos.

El humo del Macedonia se había reducido a una pequeña mancha por la región Noroeste del horizonte- El barco ya no podía distinguirse. Nosotros habíamos ido vagando hasta ahora con las velas medio caídas y desdeñando el viento, y dos veces en poco tiempo habíamos virado de borda. Pero ahora se orientaron las velas, y Wolf Larsen se dispuso para salir al paso a los adversarios. Atravesamos nuestra línea de botes y nos dirigimos sobre el primero de barlovento de la línea contraria.

-Abajo el contrafoque, míster Van Weyden -ordenó Wolf Larsen-, y quédese aquí para pasar los foques al otro lado.

Corrí a proa, y cuando llegamos junto al bote que se encontraba a unos cien pies a sotavento, ya había atado la cuerda del contrafoque. Los tres hombres que lo ocupaban nos miraron con desconfianza. Habían hecho una trastada a Wolf Larsen, y le conocían, cuando menos, por referencia. Noté que el cazador, un gigantesco escandinavo, sentado en la proa, tenía el rifle dispuesto encima de las rodillas, en vez de guardarlo en el lugar apropiado. Cuando estuvieron detrás de nuestra popa, Wolf Larsen les saludó con la mano y gritó:

-¡Venid a bordo y echaremos un párrafo!

Esto significa entre los tripulantes de goleta de caza hacer una visita, charlar un rato y romper agradablemente la monotonía de la vida de los navegantes--

El Ghost viró en redondo a barlovento y yo concluí mi tarea a proa a tiempo para correr a popa y echar una mano a la escota mayor.

-Usted tendrá la bondad de permanecer sobre cubierta, miss Brewster -dijo Wolf Larsen cuando se dirigía a proa para recibir a sus huéspedes-. Y usted también, míster Van Weyden.

El bote había arriado la vela y se deslizaba a nuestro lado-- El cazador, de barba dorada como un rey de los mares, pasó por encima de la barandilla y saltó a cubierta-- Pero su estatura no bastaba a disipar sus temores. La duda y la desconfianza se reflejaban con fuerza en su semblante, que era transparente a pesar de su escudo de pelos, y experimentó un

alivio instantáneo cuando, al pasar los ojos desde Wolf Larsen a mí, vio que no éramos sino dos-- Después miró a sus dos hombres, que acababan de reunírsele. La verdad es que no tenía motivos para estar asustado. Parecía un Goliat al lado de Wolf Larsen. Imaginé su peso doscientas cuarenta libras. En él no había grasa, todo era hueso y músculo.

Cuando, en lo alto de la escalera, Wolf Larsen le invitó a bajar, volvió a demostrar desconfianza-- Pero se tranquilizó al dirigirle una mirada, pues aunque también era alto, no lo parecía al lado de aquel gigante. Así que desechó todas las dudas, y ambos bajaron a la cabina. Entretanto, sus dos hombres, siguiendo la costumbre de los marineros, se habían ido al castillo de proa para hacer algunas visitas por su cuenta.

De pronto llegó de la cabina un rugido ahogado seguido de todos los ruidos de una lucha furiosa. Eran el leopardo y el león; pero el león era el que armaba todo el estrépito. Wolf Larsen era el leopardo.

-¡Vea usted cuán sagrada es para él la hospitalidad! -dije a Maud Brewster con amargura.

Ella indicó con un gesto que también había oído, y en su rostro noté los síntomas del mismo malestar que tanto me hizo sufrir durante las primeras semanas de mi estancia en el Ghost al presenciar un combate violento.

-¿No sería mejor que se fuera usted a proa o junto la escalera de la bodega, hasta que termine esto? -le dije.

Sacudió la cabeza y me miró lastimosamente. No era temor, sino desaliento lo que sentía ante aquella brutalidad.

Pronto cesaron los ruidos de la cabina. Después, Wolf Larsen subió solo a cubierta-- Su piel de bronce estaba un poco arrebolada, pero aparte de esto, no presentaba más señales de la lucha.

-Mándeme a popa a aquellos dos hombres, míster Van Weyden -dijo-.

Obedecí, y poco después estaban a su lado.

-Subid el bote -les ordenó-. Vuestro cazador ha decidido permanecer un rato a bordo y no quiere que se estrelle contra el barco. Subid el bote he dicho -repitió con mayor severidad esta vez, viendo que titubeaban en cumplir su mandato-. ¿Quién sabe? Tal vez naveguéis una temporada conmigo -dijo completamente ablandado mientras ellos obedecían de mala gana, pero en su voz había una amenaza encubierta que desmentía aquella dulzura. Por consiguiente, valdría la pena que comenzáramos poniéndonos de acuerdo amistosamente. ¡Vivo, ahora! ¡Death Larsen os hace bailar de otra forma, de sobra lo sabéis!

Los movimientos de aquellos hombres se avivaron visiblemente bajo el influjo de las palabras de Wolf Larsen, y cuando el bote estuvo a bordo me envió a proa para soltar el foque. Wolf Larsen empuñó el timón, dirigiendo el Ghost en persecución del segundo bote.

Mientras recorríamos el trayecto, como no tenía nada que hacer, me entretuve en observar la situación de los botes. El tercero de barlovento del Macedonia era atacado por dos de los nuestros, el cuarto por los otros tres, y el quinto había vuelto para contribuir o la defensa de su compañero más cercano. El combate había comenzado a gran distancia y los rifles disparaban sin cesar. El mar se había agitado bastante con el viento, lo cual impedía apuntar bien; y de vez en cuando, según nos acercábamos al lugar de la contienda, veíamos saltar los proyectiles de ola en ola.

El bote que perseguíamos había virado en ángulo recto y corría delante del viento, huyendo de nosotros y contribuyendo al mismo tiempo a rechazar el ataque general de los nuestros.

Ocupado ahora con las escotas y las amarras, no me quedaba tiempo para ver lo que sucedía, pero cuando Wolf Larsen ordenó a los dos marineros extraños que posaran al castillo de proa, me encontraba yo en la toldilla. Los interpelados obedecieron aunque torciendo el

gesto. Después mandó a miss Brewster a la cabina y sonrió ante la expresión de horror que asomó a sus ojos.

-No verá usted nado horripilante abajo -le dijo-; sólo hay un hombre bien asegurado en los cáncamos-- Es posible que llegue alguna bola o bordo y no quiero que la maten.

Mientras hablaba, uno bala, desviada por uno de los rayos de la rueda que estaban recubiertos de latón, pasó por entre sus manos, y silbando, cruzó el aire hacia barlovento.

-Ya ve usted -le advirtió; y luego, dirigiéndose a mí, dijo-: míster Van Weyden, ¿quiere coger el timón?

Maud Brewster se había metido en la escalera y únicamente sacaba la cabeza. Wolf Larsen tenía un rifle en lo mano y lo estaba cargando. Con los ojos supliqué a miss Brewster que bajara, pero ella repuso sonriendo

-Nosotros seremos débiles criaturas de tierra, mas podemos demostrar al capitán Larsen que somos al menos tan valientes como él.

Este le dirigió una rápida mirada de admiración.

-Y por ello me gusto usted cien veces más -dijo él-. Libros, cerebro y valor. Usted es digno de ser ¡a esposa de un jefe de piratas. ¡Ejem! Esto lo discutiremos más tarde -añadió con una sonrisa, cuando una bala golpeó la pared de la cabina-.

Vi en sus ojos el resplandor dorado, y en los de ella asomar el terror.

-Nosotros somos más valientes -me apresuré a decir-; yo, al menos, hablo por mí, y sé que soy más valiente que el capitán Larsen.

Ahora fui yo el favorecido con una mirada. Se preguntaba si me estaría burlando de él-- Hice rodar tres o cuatro rayos para que el Ghost pusiera una arrufadura al viento y volví a dirigirlo en su rumbo anterior. Wolf Larsen seguía esperando uno explicación y yo dije apuntando a mis rodillas

-Usted observará un ligero temblor aquí. Eso es porque tengo miedo, mi carne tiene miedo, y tengo, además, miedo en la mente porque no quiero morir. Pero mi espíritu domino a la carne temblorosa y o los desmayos de la mente. Yo soy más valeroso. Lo carne de usted no tiene miedo, usted tampoco lo tiene. A Usted no le cuesto nada salir al encuentro del peligro; es más, hasta le causa placer. Goza con ello. Así que usted podrá no tener miedo, míster Larsen, pero debe reconocer que el más valiente soy yo.

-Tienes razón -afirmó-. Nunca lo había mirado desde este punto de vista. ¿Será cierto lo contrario? Si tú eres más valiente que yo, ¿seré yo más cobarde que tú?

Ambos nos reímos del absurdo, y él bajó a cubierta, desde donde apuntó apoyando el rifle en la barandilla. Hasta entonces, las balas habían llegado después de recorrer casi una milla, pero ahora habíamos partido esta distancia, y Wolf Larsen disparó tres tiros con mucho cuidado. El primero cayó a cincuenta pies a barlovento del bote; el segundo, casi al lado de éste, y con el tercero el timonel soltó la barra y fue a rodar al fondo de la embarcación.

-Me parece que ya no se moverán -dijo poniéndose de pie-. No creo que el cazador coja el timón, y además es muy posible que el remero no sepa gobernar, en cuyo caso el cazador no puede gobernar y disparar al mismo tiempo.

Su razonamiento era justificado, pues el bote se precipitó contra el viento y el cazador saltó a popa para ocupar el puesto del timonel. Allí ya no hubo más tiros, aunque los rifles seguían disparando alegremente desde los otros botes.

El cazador había conseguido colocar la embarcación de manera que el viento les llegara por la popa, y nosotros corrimos hacia ellos, pasando por su lado a menos de dos pies de distancia. Cuando estuvimos cien yardas más lejos, vi que el remero entregaba un rifle al cazador. Wolf Larsen fue al centro del barco y descolgó una cuerda de una clavija de las drizas del foque mayor, después apuntó por encima de la barandilla. Dos veces vi al cazador soltar una mano del timón para coger el rifle y otras tantas titubear. Ahora pasábamos por su lado.

-¡Eh, tú! -gritó súbitamente Wolf Larsen al remero-. ¡Da la vuelta!

Al propio tiempo lanzó la cuerda, que cayó con toda ¡a precisión y golpeando casi al hombre; pero éSte, en vez de obedecer, miró al cazador en espera de órdenes. El cazador, a su vez, estaba indeciso. Tenía el rifle entre las rodillas, pero si dejaba el timón para disparar, el bote viraría y chocaría contra la goleta. Además veía el rifle de Wolf Larsen apuntando sobre él y comprendía que le dispararía antes de que hubiese tenido tiempo de poner el suyo en juego.

-¡Da la vuelta! -dijo al remero en voz baja.

Este dio una vuelta alrededor del asiento con la cuerda hasta ponerla tirante. El bote se precipitó y el cazador lo hizo seguir paralelo al costado del Ghost, separado tan sólo unos veinte pies.

-¡Ahora, arriad la vela y acercaos! -les ordenó Wolf Larsen.

El no abandonaba el rifle ni aun al pasar las cuerdas con una mano- Una vez sujetas a proa y a, popa, y cuando los dos hombres ilesos se disponían a subir. a bordo, el cazador cogió el rifle como para ponerlo en una posición más segura.

-¡Déjalo! -gritó Wolf Larsen, y el otro lo soltó cual si hubiese estado ardiendo y le hubiese quemado.

Cuando los dos prisioneros estuvieron a bordo, izaron el bote, y bajo la dirección de Wolf Larsen, llevaron al castillo de proa al timonel herido.

-Si nuestros cinco botes se portan tan bien como nosotros, pronto tendremos una tripulación completa -me dijo el capitán.

-El hombre que hirió usted-.. le curarán -indicó Maud Brewster.

-En el hombro -contestó-. Nada serio. Dentro de tres o cuatro semanas míster Van Weyden lo habrá puesto tan bueno como antes. Pero no podrá impedir que estos muchachos vean esto -añadió señalando al
tercer bote del Macedonia, hacia el cual había dirigido yo el barco, y que ahora se hallaba casi frente a nosotros-. Esto es obra de Horner y Smoke. Les dije que necesitábamos hombres vivos y no cadáveres; pero el placer de hacer blanco es una cosa que ciega, especialmente cuando ya se ha aprendido a tirar. ¿No lo ha probado usted nunca, míster Van Weyden?

Yo sacudí la cabeza y contemplé la obra de los cazadores. Había sido realmente sangrienta, pues al alejarse se habían reunido con nuestros tres botes restantes para atacar a los otros dos del enemigo. El bote abandonado se hundía entre las olas y se balanceaba como ebrio, y la cebadera, floja y atravesada, aleteaba con el viento y el remero estaba en el fondo, pero el timonel iba tumbado sobre la borda del combés, medio dentro y medio fuera, arrastrando los brazos sobre el agua y oscilándole la cabeza de un lado a otro.

-No mire, miss Brewster; por favor no mire usted -le supliqué, y me alegré al notar que hacía caso.

-Dirija en derechura al grupo, míster Van Weyden -fue la orden de Wolf Larsen.

Al aproximarse más, cesó el fuego y vimos que el combate había terminado.

-¡Mire usted allá! -grité involuntariamente, señalando hacia el Nordeste.

La mancha de humo que indicaba la posición del Macedonia había reaparecido.

-Sí, he estado observándolo -contestó Wolf Larsen tranquilamente. Midió la distancia que le separaba del banco de niebla y se detuvo para percibir la fuerza del viento en su mejilla-. Me parece que lo conseguiremos; pero puede estar seguro que este dichoso hermano mío ha descubierto nuestro pequeño juego, y ahora precisamente se nos echa encima a toda marcha. ¡Ah, mire, mire!

La mancha de humo negrísimo se había agrandado de pronto.

-Sin embargo, te ganaré -dijo riendo-. Te ganaré, y además espero que a ese paso acabarás con tus viejas máquinas.

Viramos en medio de un tumulto violento, pero ordenado. Los botes llegaban a bordo por ambos costados a un mismo tiempo. Tan pronto como los prisioneros saltaban la barandilla, eran conducidos a proa por nuestros cazadores, mientras nuestros marineros subían los botes atropelladamente, dejándolos en cualquier sitio de la cubierta, sin detenerse a sujetarlos. Cuando el último abandonó el agua y se balanceó al extremo de las jarcias, ya teníamos todas las velas izadas y tendidas y las escotas sueltas en espera del viento favorable.

Era necesario apresurarse. El Macedonia, vomitando por su chimenea un humo muy negro, cargaba sobre nosotros desde el Nordeste. Desdeñando los botes que le quedaban, había alterado su rumbo para anticipársenos. No corría directamente en nuestra dirección sino frente a nosotros. Nuestras rutas convergían como los lados de un ángulo, cuyo vértice era el borde del banco de niebla- Allí es donde únicamente podía quedarle al Macedonia la esperanza de cogernos. La esperanza del Ghost estribaba en poder pasar aquel punto antes de que llegara el Macedonia.

Wolf Larsen gobernaba, y sus ojos echaban chispas cuando se detenían o saltaban de uno a otro detalle de la persecución. Unas veces observaba el mar por barlovento, en busca de indicios que le advirtieran si el viento arreciaba o amainaba; otras al Macedonia, y de nuevo recorría todas las velas con la mirada y daba órdenes para que se aflojara un poco una escota aquí o se apretara la de allá, hasta que arrancó al Ghost su máxima velocidad. Entonces se olvidaron todos los odios y resentimientos, y me sorprendí del ardor con que los hombres que tanto tiempo habían soportado sus brutalidades corrían a ejecutar sus órdenes. Aunque parezca extraño, el recuerdo del infortunado Johnson acudió a mi mente cuando nos elevábamos, nos hundíamos o nos tumbábamos sobre un costado, y lamenté que no estuviese vivo en aquel momento, ya que tanto había amado al Ghost y tanto se había complacido viéndole navegar.

-Bueno será que tengáis preparados los rifles, compañeros -dijo Wolf Larsen a nuestros cazadores.

Y los cinco hombres se alinearon en la barandilla, esperando con las armas en la mano.

Ahora el Macedonia apenas distaba una milla y corría desenfrenado, a una marcha de diecisiete nudos, tanto, que el humo que salía de su chimenea formaba un ángulo recto.

-El banco de niebla está muy cerca -dijo Wolf Larsen.

De la cubierta del Macedonia salió una bocanada de humo, oímos una fuerte detonación y en la lona tendida de nuestra vela mayor se dibujó un agujero redondo. Nos disparaban con uno de los pequeños cañones que llevaban a bordo. Nuestros hombres, agrupados en el centro del barco, agitaron los sombreros y prorrumpieron en aclamaciones burlonas. De nuevo surgió otra humareda y resonó una detonación. La bala de cañón esta vez cayó a menos de veinte pies de la popa y brilló dos veces a barlovento al saltar de ola en ola antes de hundirse.

No disparaban con los rifles por la sencilla razón de que todos sus cazadores o bien se hallaban en los botes o eran prisioneros nuestros. Cuando los dos barcos estuvieron sólo a media milla de distancia, un tercer disparo produjo otro agujero en nuestra vela mayor. En aquel momento penetramos en la niebla. Estaba a nuestro alrededor, velándonos y ocultándonos con su gasa densa y húmeda.

Tan súbita transición sobrecogía. Hacía un instante que saltábamos a la luz del sol, teniendo encima el azul del cielo, el mar abierto y agitado perdiéndose en los confines del horizonte y un barco que vomitaba fuego y proyectiles de hierro precipitándose como un loco sobre nosotros. Y de pronto, en un abrir y cerrar de ojos, el sol se borraba, desaparecía el cielo, hasta las puntas de los mástiles se perdían de vista, y nuestro horizonte era como el que se podría distinguir a través de los ojos llenos de lágrimas. La niebla gris se precipitaba sobre nosotros. Cada filamento de lana de nuestras ropas, cada cabello de nuestras cabezas y caras

estaba adornado con un glóbulo de cristal. Los obenques estaban empapados de la humedad que goteaba también de los aparejos más altos; y debajo de los botalones las gotas de agua dibujaban largas líneas inclinadas, que a cada sacudida de la goleta se despegaban remedando una lluvia. Así como los ruidos del barco al alejarse sobre las olas eran reflejados por la niebla, ocurría lo mismo con nuestros pensamientos. La mente recordaba la contemplación de un mundo más allá de este velo de humedad que nos envolvía por todas partes. Y ahora el mundo era esto, el universo con los límites tan próximos, que uno se sentía impulsado a extender los brazos para empujarlos. Parecía imposible que lo demás estuviese detrás de aquellas paredes grises, todo era un sueño, nada más que el recuerdo de un sueño.

Aquello era sobrenatural, extrañamente sobrenatural. Miré a Maud Brewster y comprendí que estaba bajo el peso de impresiones análogas. Después miré a Wolf , pero en él no había nada subjetivo acerca de su estado de ánimo; todo su interés era para el presente objetivo e inmediato. Continuaba empuñando el timón, y sentí que observaba la medida del tiempo, computando el paso de los minutos con cada salto hacia adelante y cada movimiento de sotavento del Ghost.

-Vete a proa y refuerza a sotavento, sin hacer ruido -me dijo en voz baja-. Recoge las gavias primero. Pon hombres a todas las escotas y procura que no rechinen las garruchas, ni haya ruido de voces. Nada de ruido, ¿comprendes? nada de ruido.

Cuando todo estuvo dispuesto, la orden de reforzar a sotavento pasó de boca en boca; el Ghost viró de borda sobre babor sin hacer realmente ningún ruido. Y el poco que pudo haber -el restallar de unos rizos y el crujir de la roldana en un par de garruchas- fue apenas perceptible bajo el palio hueco y resonante que nos cubría.

Parecía que casi no habíamos avanzado, cuando la niebla se sutilizó bruscamente y volvimos a hallarnos a la luz del sol y el mar inmenso se tendía ante nosotros hasta el horizonte. Pero el océano estaba solitario. El Macedonia ya no quebraba la superficie ni oscurecía el cielo con su humo.

Wolf Larsen torció en seguida y corrió a lo largo del banco de niebla. Su juego era claro; había penetrado en la niebla a barlovento del vapor, y mientras éste se había lanzado a ciegas a través de la masa gris con la esperanza de alcanzarnos, nosotros habíamos dado la vuelta y salido de su abrigo, y ahora íbamos a entrar de nuevo en él por sotavento. Al lograr nuestro objeto, el antiguo símil de la aguja en el montón de heno resultaba verdaderamente pálido comparado con la probabilidad de encontrarnos Death Larsen.

No corrimos mucho. Extendiendo el trinquete y la vela mayor y volviendo a colocar las gavias, hicimos otra vez rumbo al banco de niebla. Yo juraría que cuando entramos en él vi una silueta vaga emerger a barlovento. Miré a Wolf Larsen rápidamente; él también lo había visto; faltó poco para que el Macedonia, adivinando su maniobra, no se le anticipara. Sin duda había escapado sin ser visto.

-El no puede seguir así -dijo Wolf Larsen-. Tendrá que retroceder para recoger el resto de sus botes. Mande un hombre a proa, míster Van Weyden, y manténgase en esta dirección. Puede asimismo establecer las guardias, porque esta noche no podemos entretenernos. Daría quinientos dólares, sin embargo -añadió-, por poder estar a bordo del Macedonia durante cinco minutos y escuchar las maldiciones de mi hermano. Y ahora, míster Van Weyden -me dijo cuando quedó relevado del timón-, hemos de obsequiar a los recién venidos. A los cazadores sírvales whisky en abundancia, y procure que se deslicen unas cuantas botellas a proa. Apuesto a que cada uno de esos hombres se embarcará y cazará para Wolf Larsen tan contento como antes cazó para Death Larsen.

-¿No cree que se escaparán, como lo hizo Wainwright? -pregunté.

Sonrió maliciosamente.

-No, mientras nuestros cazadores tengan la palabra Repartiré entre ellos un dólar por cada pieza que maten los cazadores nuevos. La mitad, al menos de su entusiasmo de hoy era debido a esto. ¡Oh, no, no escapará nadie!

CAPITULO XXVI

Bebieron todos, aun los heridos y Oofty-Oofty, que me ayudaba. Únicamente se abstuvo Louis, que no hacía más que humedecer los labios en el licor, pero se unió a la orgía con el mismo abandono que el más ebrio de ellos. Aquello fue una saturnal- Discutían a voces sobre el combate de aquel día, reñían por el menor detalle o se hacían amigos de los hombres con quienes habían peleado. Prisioneros y apresadores hipaban, apoyándose mutuamente en los hombros, y cambiaban formales juramentos de respeto y estimación. Lloraban por las miserias del pasado y las que les esperaban bajo la férula inflexible de Wolf Larsen, y todos le maldecían y contaban historias terribles de su brutalidad.

¡Wolf Larsen! Todas las conversaciones giraban alrededor de este nombre. Wolf Larsen, esclavizador y atormentador de hombres, era una Circe macho, y ellos sus cerdos, brutos pacientes que se revolcaban en su presencia y únicamente se sublevaban cuando estaban ebrios, y entonces, aun entonces, en secreto. ¿Sería yo también uno de sus cerdos?, pensé. ¿Y Maud Brewster? Apreté los dientes, colérico e indignado, hasta el extremo que el hombre a quien estaba atendiendo se retorció bajo mi mano, y Oofty-Oofty me miró con curiosidad. De pronto me sentí dotado de una fuerza nueva Nada temía. Ejecutaría mi voluntad contra todo y a despecho de todo: a despecho de Wolf Larsen y de mis treinta y cinco años de estudios. Todo saldría bien; yo haría porque saliese bien. Y así exaltado, sostenido por una sensación de poder, subí a cubierta, donde la niebla se arrastraba silenciosamente a través de la noche, y el aire era suave, puro y tranquilo.

La bodega, donde también había dos cazadores heridos, fue una repetición del castillo de proa, con la diferencia de que aquí no se maldecía a Wolf Larsen; así que cuando volví a encontrarme sobre cubierta, dirigiéndome a popa hacia la cabina, experimenté un gran alivio. La cena ya estaba dispuesta, y Wolf Larsen y Maud se hallaban esperándome.

Aun cuando todos los del barco se emborracharon tan rápidamente como pudieron, él permaneció sereno; por sus labios no pasó ni una gota de licor. No se atrevía en aquellas circunstancias, pues sabía que sólo podía contar con Louis y conmigo, y aun Louis se hallaba ahora en el timón. Navegamos a través de la niebla, sin vigía y sin luces. A mí me sorprendió que Wolf Larsen hubiese prodigado la bebida con sus hombres, pero él, evidentemente, conocía su psicología y el mejor sistema para cimentar en cordialidad lo que había comenzado con efusión de sangre.

Su victoria sobre Death Larsen parecía haber producido en él notables efectos. La tarde anterior, sus propios razonamientos le habían abatido y yo había esperado de un momento a. otro una de sus salidas características. No ocurrió nada, sin embargo, y ahora estaba de un humor espléndido. Es posible que la suerte de capturar tantos cazadores y botes hubiese contrarrestado la reacción habitual. En todo caso, el abatimiento había desaparecido sin que hubiese vuelto a mostrarse. Así pensaba yo por aquel entonces; pero, ¡ay! qué poco le conocía, o cuando menos, qué poco sospechaba que tal vea estaba meditando una explosión más terrible que ninguna de las que hasta aquella fecha había presenciado.

Cuando nos sentamos a la mesa, Wolf Larsen daba muestras de un humor espléndido. Nunca se le vio tan inclinado a hablar como aquel día; parecía no poder contener la energía concentrada, y se lanzó en una discusión sobre el amor. Según costumbre, él representaba el

lado puramente materialista y Maud el idealista. En cuanto a mí, aparte de alguna palabra suelta para sugerir o corregir algo, no participé en la polémica.

Maud aguzaba el ingenio y gozaba en la contienda tanto como Wolf Larsen, y esto que él gozaba enormemente, citando a este propósito las palabras que Isolda dirige a Tintagel:

Soy feliz por encima de todas las mujeres,
pues por encima de todas las mujeres está mi pecado, y mi culpa es perfecta.

Lo mismo que había leído "pesimismo" en Omar, ahora en los versos de Swinburne leía "triunfo", triunfo alegre y punzante, y hay que reconocer que leía perfectamente. Apenas había terminado, cuando Louis, introduciendo la cabeza por la puerta de la escalera, susurró

-Da usted su permiso, ¿verdad? La niebla se ha elevado, y en este momento la luz de babor de un buque cruza por delante de nuestra proa.

Wolf Larsen subió a cubierta de un salto, y tan rápidamente, que en el tiempo que nosotros tardamos en seguirle había puesto la tapa de la escotilla de la bodega sobre el tumulto de los borrachos y corría a proa a hacer otro tanto con la del castillo. La niebla, aunque persistía, se había elevado mucho, oscureciendo las estrellas y haciendo la noche absolutamente cerrada. Enfrente mismo de nuestra proa pude ver una brillante luz roja y otra blanca y oía la trepidación de las máquinas de un vapor. No había duda de que era el Macedonia.

Wolf Larsen había vuelto a popa y formábamos un grupo silencioso, observando las luces que cruzaban por delante de nosotros.

-Afortunadamente, no lleva ningún reflector -dijo.

-¿Y si yo diera unas voces? -le pregunté en un murmullo.

-Estaríamos perdidos -respondió-. Pero, ¿has pensado en lo que sucedería inmediatamente?

Sin darme tiempo para expresar mi deseo de conocerlo, me había cogido por la garganta con sus dedos de gorila, y con un ligero estremecimiento de los músculos, al parecer un aviso nada más, me sugirió el apretón que seguramente me hubiese roto el cuello- Un momento después me soltó, y continuamos mirando las luces del Macedonia.

-¿Y si gritara yo? -preguntó Maud.

-La quiero a usted demasiado para hacerle daño -dijo dulcemente, y su voz era tan tierna y cariñosa, que me dolió-. Pero de todos modos no lo haga, porque le rompería el cuello a míster Van Weyden.

-Pues entonces, le doy permiso para que grite -dije retándole.

-Se me hace difícil creer que quieras sacrificar a un prestigio de las Letras americanas -repuso en tono burlón.

No hablamos más, pues ya teníamos la suficiente confianza para que el silencio no resultara grosero, y cuando la luz roja y la blanca hubieron desaparecido volvimos a la cabina para terminar la cena interrumpida.

De nuevo volvieron a citar versos, y Maud recitó la Impernitentia última, de Dowson. Lo declamaba muy bellamente, pero yo no la miraba a ella, sino a Wolf Larsen. Me sentía fascinado por la mirada insistente, que clavaba en Maud. Estaba completamente fuera de sí y sorprendí el movimiento inconsciente de sus labios al repetir cada palabra con la misma rapidez que ella las pronunciaba- La interrumpió al llegar a los versos

Y sus ojos serían mi luz cuando el sol estuviese escondido,

y las violas de su voz los últimos sones que hiriesen mi oído.

-En su voz hay violas -dijo audazmente, y por sus ojos cruzó un destello de luz dorada.

Si alguna vez alcanzó Wolf Larsen la cumbre de la vida, fue seguramente en aquella ocasión. De vez en cuando abandonaba yo mis propios pensamientos para observarle, y le seguía admirado, dominado en aquel momento por su notable inteligencia a las órdenes de su pasión. Disertaba sobre el encanto de la rebeldía. Inevitablemente debía presentarse como ejemplo el Lucifer de Milton, y la sutileza con que Wolf Larsen analizó y describió aquel carácter fue una revelación de su genio malogrado.

-Fue precipitado del infierno sin haber sido derrotado -iba diciendo Wolf Larsen-. Se había llevado consigo una tercera parte de los ángeles del Señor, e inmediatamente incitó al hombre a revelarse contra Dios, y ganó para el infierno la mayor parte de las generaciones de los hombres. Pero, ¿estaba vencido por no hallarse en el cielo? ¿Por ser menos baladrón que Dios? ¿Menos orgulloso? ¿Menos ambicioso? ¡No y mil veces no! Dios era más poderoso, según decía él, porque el rayo le había hecho más grande. Pero Lucifer era un espíritu libre. Sirviendo se ahogaba. Prefería sufrir en libertad, a toda la felicidad de una servidumbre tranquila. El no quería servir a Dios; no quería servir a nadie. No era ningún mascarón de proa. Se sostenía sobre sus propias piernas; era un individuo.

-El primer anarquista -dijo Maud riendo, mientras se levantaba para retirarse a su camarote.

-¡Pues entonces es bueno ser anarquista! -exclamó.

El también se había levantado, y cuando ella se detuvo junto a la puerta de su dormitorio, se la quedó mirando y prosiguió

Aquí, al menos,
seremos libres;
el Todopoderoso no tiene fundamento para su envidia;
no nos arrojará a otra parte; aquí reinaremos seguros;
y el gusto de reinar merece la ambición, aunque sea en el infierno;
mejor es reinar en el infierno que servir en el cielo.

Era la voz de reto de un espíritu poderoso. La cabina resonaba todavía con ella, mientras continuaba allí, balanceándose, radiante el rostro bronceado, la cabeza erguida y dominadora, y sus ojos dorados y masculinos, intensamente masculinos e insistentemente dulces relampagueaban sobre Maud, que se hallaba de pie junto a la puerta.

Y de nuevo apareció en los ojos de ella aquel terror inconfundible y repelente, cuando dijo casi en un murmullo:

-Usted es Lucifer.

Cerró la puerta y desapareció de nuestra vista. El permaneció todavía un momento con la mirada fija, y después se recobró y me dirigió la palabra.

-Voy a relevar a Louis en el timón -dijo bruscamente-, y le ruego venga usted luego a sustituirme Ahora váyase a dormir un rato.

Se puso un par de mitones, la gorra y subió la escalera, mientras yo seguí su consejo yéndome a la cama. Por alguna razón desconocida que se insinuó misteriosamente, no me desnudé, sino que me acosté completamente vestido. Aún escuché durante un minuto el tumulto de la bodega y me maravillé del amor que acababa de nacer en mí; pero mi sueño en el Ghost se había hecho más sano y natural, y pronto las canciones y los gritos se

desvanecieron, se me cerraron los ojos y mi percepción se hundió en esa muerte aparente que es el sueño.

No puedo decir lo que me despertó, pero me hallé de pie fuera de la litera, con los ojos muy abiertos y el alma vibrante con la sensación del peligro, como estremecida por los sones de una trompeta. Abrí la puerta: la luz alumbraba débilmente la cabina, y vi a Maud, a mi Maud, luchando y retorciéndose entre los brazos poderosos de Wolf Larsen. Vi cómo se debatía y agitaba en vano apretando la cara contra el pecho de Wolf Larsen para huirle. Todo esto lo vi en el preciso instante en que me abalancé sobre él.

Cuando levantó la cabeza le golpeé el rostro con el puño, pero fue un golpe sin fuerza. Rugió como una fiera y me dio un empujón con la mano. No fue más que un empujón, un roce de la muñeca, pero tan tremenda era su fuerza, que caí hacia atrás como lanzado por una catapulta- Di contra la puerta del camarote que había sido de Thomas Mugridge, haciendo astillas los anaqueles con el choque de mi cuerpo. Logré levantarme y librarme con dificultad de la puerta destrozada, aunque sin notarme ninguna herida. Sólo me sentía dominado por el furor. Creo que también grité cuando tiré del cuchillo que llevaba en la cadera y me arrojé por segunda vez sobre él.

Mas algo había ocurrido. Estaban separados y vacilantes. Yo me hallaba junto a él con el cuchillo en alto, pero contuve el golpe. La extrañeza de aquel cambio me había dejado perplejo. Maud se apoyaba en la pared con una mano tendida en busca de sostén; y él, dando traspiés, se oprimía la frente y se cubría los ojos con la mano izquierda y con la derecha tanteaba en derredor suyo como si estuviera deslumbrado. Encontró la pared, y a este contacto su cuerpo pareció dar muestras de alivio físico y muscular, hallando de nuevo su situación, su posición en el espacio y algo en qué apoyarse.

Entonces volví a ver rojo- Con una claridad cegadora acudieron a mi mente todas sus injusticias, todas mis humillaciones, todo lo que me había hecho sufrir y hecho sufrir a los demás, toda la enormidad de la existencia de aquel hombre. Me arrojé sobre él como un ciego, como un loco, y le clavé el cuchillo en el hombro. Comprendí entonces que sólo le había herido en el músculo, pues sentí que el cuchillo le rozaba la paletilla, y lo levanté para hundirlo de nuevo.

Pero Maud había visto el primer golpe, y gritó: "¡No, no, por favor!".

Dejé caer el brazo un momento, un momento nada más. En seguida volvió a estar en alto el cuchillo, y sin duda alguna hubiese matado a Wolf Larsen de no haberse interpuesto ella. Me rodeó con los brazos y su cabello me rozó la cara. Mi pulso se agitó de una manera insólita, pero mi rabia creció con él. Maud clavó valientemente sus ojos en los míos.

-¡Deténgase por mí! -suplicó.

-¡Por usted le mataría! -exclamé, tratando de soltarme de sus brazos sin hacerle daño.

-¡Por favor! -dijo ella, y rozó ligeramente mis labios con sus dedos.

Hubiese podido besarlos, pero no me atreví, y aun entonces, en medio de mi furor, aquel contacto fue tan dulce...

-¡Por favor, por favor! -insistió, y con estas palabras acabó de desarmarme, como debía desarmarme siempre en lo sucesivo.

Retrocedí unos pasos, separándome de ella, y volvía a colocar el cuchillo en la vaina. Miré hacia Wolf Larsen, que continuaba oprimiéndose la frente y cubriéndose los ojos con la mano izquierda. Tenía la cabeza inclinada y parecía haberse quedado cojo. El cuerpo se le doblaba por la cintura y sus fuertes hombros, contraídos, se abatían hacia adelante.

-¡Van Weyden! -exclamó con voz bronca y algo asustada-. ¡Oh, Van Weyden! ¿Dónde está?

Dirigí una mirada a Maud, que no habló, pero asintió con la cabeza.

-Aquí estoy -dije, corriendo a su lado-. ¿Qué pasa?

-Acompañadme a una silla -dijo con la misma voz bronca y asustada-. Estoy enfermo, muy enfermo, Hump -añadió soltando mi brazo y dejándose caer en la silla.

Apoyó la cabeza encima de la mesa y se la cubrió con las manos. De vez en cuando la movía de atrás adelante a impulsos del dolor. Un momento que la levantó a medias, vi que tenía la frente, desde las raíces del cabello, cubierta de sudor.

-Estoy enfermo, muy enfermo -repetía sin cesar.

-¿Qué le pasa? -pregunté poniéndole la mano en el hombro-. ¿Qué puedo hacer por usted?

Pero sacudió la mano con un movimiento irritado, y durante un buen rato permanecí a su lado en silencio. Maud lo miraba todo con el semblante atemorizado. Nos era imposible imaginar lo que había sucedido.

-Hump -dijo al fin-, necesito acostarme- Ayúdame. Pronto estaré bien; son estos malditos dolores de cabeza, me parece- Siempre me han dado miedo. Tenía el presentimiento. No, no sé lo que me digo. Ayúdame a ir hasta la litera.

En cuanto estuvo acostado, volvió a hundir la cara entre las manos, tapándose los ojos y cuando volví para retirarme le oí murmurar:

-Estoy enfermo, muy enfermo.

Al salir, Maud me clavó una mirada interrogándome; yo dije, moviendo la cabeza.

-Algo le ha ocurrido, pero no puedo comprender de qué se trata. Me parece que por primera vez en su vida se siente débil y asustado. Debió sucederle antes de recibir la cuchillada, que por otra parte sólo le produjo una herida superficial. Usted habrá visto lo que le pasaba.

Ella negó con un gesto.

-No he visto nada. Esto es tan misterioso para mí como para usted- De pronto me soltó y se alejó titubeando. ¿Qué haremos? ¿Qué hago yo?

-Tenga la bondad de esperar hasta que yo vuelva -le respondí.

Subí a cubierta; en el timón estaba Louis.

-Puedes ir a proa y acostarte -dije, quitándoselo de la mano.

Obedeció diligente y me encontré sólo en la cubierta del Ghost. Con el mayor silencio posible recogí las gavias, arrié el contrafoque y la vela del estay, pasé el foque al otro lado y aflojé la vela mayor. Después bajé a la cabina donde se hallaba Maud. Me puse un dedo en los labios para indicarle que guardara silencio y entré en el cuarto de Wolf Larsen. Continuaba en la misma posición en que le había dejado y rodaba la cabeza de un lado a otro, como retorciéndose de dolor.

-¿Qué puedo hacer por usted? -le pregunté-.

Al principio no contestó, pero al repetir la pregunta, respondió

-No, no estoy bien- Déjame solo hasta mañana.

Pero en cuanto me volví noté que reanudaba el movimiento de la cabeza. Maud me esperaba pacientemente, y percibí, con un estremecimiento de alegría, la actitud majestuosa de 8u cabeza y la expresión de sus ojos serenos y gloriosos, que reflejaban la firmeza de su espíritu.

-¿Quiere usted confiarse a mí para un viaje de seiscientas millas aproximadamente? -le dije.

-¿Cree usted…? -comenzó, y comprendí que lo había adivinado todo-.

-Sí, eso precisamente -repliqué-. No nos queda otro recurso que el bote.

-Esto lo hace por mí -advirtió ella-, porque usted sigue tan seguro aquí como antes.

-No, no tenemos otro recurso que el bote -reiteré con energía-. Tenga la bondad de vestirse lo más abrigada posible y hacer un paquete de todo lo que quiera llevar consigo. Y dese prisa -añadí cuando se dirigía a su camarote.

El lazareto estaba precisamente debajo de la cabina y abriendo la trampa del suelo, bajé alumbrándome con una vela y empecé a registrar el depósito del barco. Elegí especialmente los alimentos en conserva y cuando ya lo tuve dispuesto, unas manos voluntarias se tendieron desde arriba para recoger lo que yo les iba pasando.

Trabajamos en silencio. Hice provisión de mantas, mitones, impermeables, gorras y objetos similares del almacén. Esto de aventurarnos en un pequeño bote con un mar tan revuelto y tempestuoso, no era una aventura fácil, y ante todo, se hacía preciso defendernos del frío y de la humedad.

Nos enardecimos transportando nuestro robo a cubierta y depositándolo en el centro del barco. Con tal ardimiento trabajábamos, que Maud, cuyas fuerzas eran muy escasas, se rindió y tuvo que sentarse en los escalones de la toldilla y descansar. Con esto no logró recobrarse, y se tendió de espaldas sobre el duro entarimado con los brazos abiertos y el cuerpo todo relajado. Recordé que así me engañaba mi hermana, y no dudé de que pronto volvería a ser dueña de sí. Comprendí también que sería prudente llevar armas y entré de nuevo en el camarote de Wolf Larsen para coger su rifle y su escopeta de caza. Le hablé y no me contestó, pero no dormía y seguía rodando la cabeza de un lado a otro.

"Adiós, Lucifer", dije para mis adentros al cerrar la puerta con grandes precauciones. Ahora había que hacerse con municiones, cosa fácil, a pesar de que para ello debía entrar en la bodega. Los cazadores tenían almacenadas allí las municiones que llevaban en los botes, y a pocos pies de distancia de su escandalosa orgía, me apoderé de dos cajas.

Luego había que arriar un bote, lo que no era tarea sencilla para un hombre solo. Una vez sueltas las amarras, icé primero la jarcia de proa después la de popa y el bote saltó por encima de la barandilla. Luego fui bajando un par de pies cada una de las cuerdas, hasta que quedó suspendido sobre el agua junto al costado de la goleta. Me aseguré de que contenía todo el equipo de remos, chumaceras y velas. El agua era de suma importancia y me apoderé de los depósitos de todos los botes. Había, nueve entre todos, y pensé que al mismo tiempo que tendríamos agua suficiente, nos serviría de lastre, aunque es posible que el bote fuese excesivamente cargado dada la generosa provisión que estaba haciendo de otras cosas.

Mientras Maud me largaba los paquetes, que yo iba colocando en el bote, un marinero subió del castillo de proa. Se quedó un rato en el lado de barlovento (nosotros nos hallábamos a sotavento), y después vagó lentamente por el centro del barco, donde volvió a detenerse cara al viento y de espaldas a nosotros. Cuando me acurruqué en el bote, pude oír los latidos de mi corazón. Maud se había echado en el suelo de la cubierta y comprendí que permanecía sin moverse a la sombra del baluarte. Pero el hombre no se volvió, y luego de estirar los brazos por encima de la cabeza y bostezar giró sobre sus talones y desapareció por la escotilla del castillo de proa.

Dos minutos bastaron para concluir de cargar el bote y acabé de bajarlo hasta la superficie del agua- Cuando ayudé a Maud a saltar la barandilla y percibí su cuerpo tan cerca del mío, necesité de toda la fuerza de mi voluntad para no gritar: "¡Te amo! ¡Te amo!" Al fin era cierto que Humphrey van Weyden estaba enamorado, pensé, sintiendo la presión de sus dedos en los míos mientras la bajaba al bote. En aquel momento en que me apoyaba con una mano en la barandilla y sostenía su peso con la otra, me sentí orgulloso de mi proeza. Unos meses antes, cuando me despedí de Charley Furuseth y embarqué para San Francisco a bordo del malhadado Martínez, no poseía yo una fuerza semejante.

Al elevarse el bote sobre una ola, sus pies alcanzaron el fondo y le solté las manos. Desaté las jarcias y salté tras ella. En mi vida había remado, pero coloqué los remos y a costa de grandes esfuerzos conseguí alejar el bote del Ghost. Después ensayé con la vela. Había visto muchas veces a los cazadores y remeros izar las cebaderas, pero ésta era la primera que lo intentaba yo. Lo que a ellos les costaba dos minutos a lo sumo, a mí me costó veinte, pero al fin logré izarla y orientarla y con el timón en la mano abarloé.

-Aquí, frente a nosotros, está el Japón -exclamé.

-Humphrey van Weyden -dijo ella-, es usted un valiente.

-No -respondí-; la que es valiente es usted- Guiados por un mismo impulso, volvimos la cabeza para ver al Ghost por última vez. Su casco se levantó e inclinó a barlovento sobre una ola; su velamen apareció a lo lejos en la oscuridad de la noche; el volante amarrado crujía cuando el timón oscilaba; después la visión y los ruidos del barco se fueron debilitando, y nos quedamos solos en aquel mar tenebroso.

CAPITULO XXVII

Amaneció el día gris y frío. Empujaba el bote una brisa fresca, y la brújula indicaba que nos hallábamos en la ruta que debía conducirnos al Japón. Con todo y llevar gruesos mitones, tenía los dedos helados y me do. lían al empuñar la caña del timón. En los pies me atormentaba la mordedura del frío y deseaba fervorosamente que saliera el sol.

Maud se hallaba acostada en el fondo del bote, delante de mí. Ella, al menos, iba envuelta en buenas mantas. Con la de encima le había cubierto la cara para resguardarla del frío de la noche, así que no podía ver de ella sino los vagos contornos de su silueta y el cabello castaño que, al escaparse de las ropas que la tapaban, brillaban con la humedad de la atmósfera.

La contemplé largamente, deteniéndome en la única parte visible de su persona como sólo puede hacerlo un hombre que la juzga lo más precioso del mundo. Tan insistente era mi mirada, que al fin rebulló bajo las mantas, apartó el pliegue que le cubría la cara y me sonrió con los ojos todavía cargados de sueño.

-Buenos días, míster Van Weyden -dijo-. ¿Ha visto usted tierra ya?

-No -respondí-, pero nos aproximamos a ella a una velocidad de seis millas por hora.

Hizo un gesto de contrariedad.

-Lo cual equivale a ciento cuarenta y cuatro millas en veinticuatro horas -añadí para tranquilizarla.

Se iluminó su semblante.

-¿Y hemos de ir muy lejos?

-Siberia está por aquí -dije señalando hacia el Oeste-. Pero al Sudoeste, a unas seiscientas millas, está el Japón. Si dura este viento, haremos la travesía en cinco días.

-Y si hubiese temporal, ¿podría resistir el bote?

Tenía una manera peculiar de mirarle a uno a los ojos pidiendo la verdad, y así fue como me miró al hacerme la pregunta.

-Habría de ser un temporal muy fuerte -dije-. Pero de un momento a otro puede recogernos alguna goleta de caza. Las hay en abundancia en esta región del océano.

-¡Oh, está usted completamente helado! -exclamó-. Y en cambio yo bien abrigada.

-No sé qué hubiésemos resuelto de estar helándose usted también -repuse riendo.

-Pero no será así cuando yo aprenda a gobernar y aprenderé indudablemente.

Se sentó y comenzó a hacer su sencilla toilette. Soltóse la cabellera que se esparció como una nube de color castaño, cubriéndole el rostro y los hombros. ¡Delicioso cabello castaño, lleno de humedad! Hubiese deseado besarlo, dejarlo enroscarse en mis dedos, hundir mi rostro en él. Me extasié contemplándolo hasta que el bote al correr cara al viento y el aleteo de la vela me advirtieron que estaba descuidando mis deberes. He sido siempre idealista y romántico, a despecho de mi naturaleza analítica, y sin embargo, nunca hasta entonces había comprendido las características físicas del amor. Siempre había sostenido que el amor de hombre a mujer era algo sublime, relacionado únicamente con el espíritu, un lazo

espiritual que atraía y encadenaba las almas. Los lazos de la carne tenían poca importancia en mi cosmos de amor, pero ahora estaba experimentando por mí mismo la dulce lección. El alma se transmutaba, se expresaba por medio de la carne; la vista la sensación, el roce del cabello de la amada, eran aliento, voz y esencia del espíritu, tanto como la luz que irradiaba de sus ojos y los pensamientos que salían de sus labios. Después de todo, el espíritu puro era impenetrable, era algo que se adivinaba, que se presentía únicamente, pero que no podía expresarse con palabras propias. Jehová era antropomórfico, porque podía dirigirse a los judíos en términos que ellos comprendiesen; así le concebían a su propia imagen en forma de nube de columna de fuego, de algo tangible, físico que pudiese alcanzar la mente de los israelitas.

Y así contemplaba yo el cabello castaño de Maud y le amaba aprendiendo más de amor que poetas y cantores me habían enseñado a través de sus cantos y sonetos. Se lo echó hacia atrás con un movimiento rápido y diestro y apareció su rostro sonriente.

-¿Por qué no llevarán siempre el pelo tendido las mujeres? -pregunté-. ¡Es tan hermoso!

-Si no se enredara tan horriblemente -dijo riendo-. ¡Ahora he perdido una de mis preciosas horquillas!

Descuidé el bote y dejé que el viento sacudiera la vela una y otra vez tanto era lo que gozaba siguiendo cada uno de sus movimientos mientras buscaba la horquilla por entre las mantas. Yo estaba sorprendido y encantado de que fuese tan femenina, y la manifestación de cada rasgo, de cada ademán, que era genuinamente femenino, me causaba una sensación de profundo placer. Y es que la había colocado demasiado alto en mi concepto, alejándola excesivamente del plano de la humanidad y de mí mismo. Había hecho de ella una criatura casi divina e inaccesible. Así fue, que saludé con delicia los pequeños rasgos que ante todo la proclamaban sólo mujer, tales como el movimiento de la cabeza al echar atrás la nube de cabello y la busca de la horquilla. Era, pues, mujer de mi clase, estaba en mi plano mismo, y la intimidad deliciosa entre hombre y mujer era posible, tanto como la reverencia y el respeto, en los que comprendía yo había de envolverla siempre.

Con un pequeño grito adorable encontró la horquilla, y yo volví por entero la atención a mi tarea de gobernar. Ensayé la manera de atar y sujetar el timón con cuñas, hasta que el bote se mantuvo perfectamente en la dirección del viento sin necesidad de mi asistencia. Alguna vez se ajustaba con exceso o se apartaba con demasiada libertad, pero pronto lograba restablecerlo y la mayor parte del tiempo se portaba muy satisfactoriamente.

-Y ahora vamos a desayunar -dije yo-. Pero antes tiene que abrigarse más.

Saqué una camisa recia, nueva, cogida en el almacén del barco confeccionada con el mismo material de las mantas. Yo ya conocía aquella clase de tejido tan espeso y tupido que podía resistir la lluvia durante horas sin que lo atravesara la humedad. Cuando se la hubo pasado por la cabeza, cambié la gorra de muchacho que llevaba por otra de hombre lo suficiente ancha para cubrirle el cabello, y si bajaba los bordes de ¡a misma le tapaba por completo el cuello y las orejas. El efecto era encantador. Su rostro era de los que no pueden estar sino bien en todas las circunstancias. Nada podía destruir su óvalo exquisito, sus líneas casi clásicas, el delicado arco de las cejas, sus grandes ojos pardos, claros y serenos, de una serenidad gloriosa.

Entonces precisamente nos sacudió un soplo algo más fuerte que los usuales. Sorprendió al bote cuando cruzaba oblicuamente la cresta de una ola. Sumergió de pronto la regala de la borda del combes embarcando un cubo de agua o cosa así. En aquel momento abría yo una lata de lengua, y salté a la escota, desatándola a tiempo. La vela aleteó y el bote recobró el rumbo que regulé en pocos minutos, después de lo cual volví a preparar el desayuno.

-Esto va bien al parecer, aunque no estoy versada en cosas de náutica -dijo ella con grave gesto de aprobación al ver mi ingenio para gobernar.

-Pero esto sólo servirá cuando naveguemos con el viento -expliqué-. Cuando corramos un poco más libremente con el viento de lado o en el cuartel, será necesario que esté en el timón.

-Debo advertirle que no entiendo estas palabras técnicas -dijo-, pero sí entiendo la conclusión, y no me gusta. Usted no puede gobernar de día y de noche por toda la eternidad. Así que después de almorzar espero recibir la primera lección, y entonces podrá usted tenderse a dormir. Estableceremos guardias lo mismo que hacen en los barcos.

-No sé cómo voy a enseñarle -protesté-. Si yo estoy aprendiendo precisamente. Al confiarse usted a mí, no pensó que carecía yo de experiencia con botes pequeños. Esta es la primera vez de mi vida que los manejo.

-Pues entonces aprenderemos juntos, y como usted ya tiene una noche adelantada, me enseñará lo que haya aprendido. Ahora, a almorzar. ¡Vaya, este aire abre el apetito!

-No hay café -dije con sentimiento, pasándole galletas untadas con manteca y una lonja de lengua en conserva-. Y tampoco tendremos té, ni sopa, ni nada caliente, hasta que desembarquemos en algún sitio, sea como fuere.

Después de aquel sencillo desayuno cubierto con una taza de agua fría, Maud recibió la primera lección en el arte de gobernar. Enseñándole a ella aprendía yo también mucho, aunque no hacia sino aplicar los conocimientos adquiridos navegando en el Ghost y observando a los remeros embarcados en los botes. Maud era una discípula apta, y pronto aprendió a mantener el rumbo, a orzar los soplos del aire y a desatar la escota en un caso de urgencia.

Habiéndose cansado al parecer de aquel trabajo, me abandonó el timón. Yo había doblado las mantas; pero ella las volvió a extender en el fondo. Cuando todo es. tuvo preparado y bien mullido, me dijo:

-Ahora, señor, a la cama, y dormirá usted hasta la hora del lunch. Hasta la hora de comer -corrigió, recordando la distribución del Ghost.

¿Qué podía hacer yo? Insistió diciendo: "Por favor, por favor" con lo cual le entregué el timón y obedecí. Cuando me deslicé en la cama preparada por sus manos, experimenté un verdadero deleite sensual. La serenidad y el dominio, que constituían una gran parte de su ser, parecía haberlos comunicado a las mantas, por lo que tuve la sensación de un sueño dulce y placentero y de un rostro ovalado y unos ojos pardos encuadrados en una gorra de marinero y moviéndose en un fondo tan pronto de nubes grises como de un mar ceniciento, y después tuve la impresión de haber estado dormido.

Miré el reloj. Era la una. ¡Había dormido siete horas! ¡Y durante todo este tiempo había estado ella gobernando! Cuando fui a coger el timón tuve que soltarle las manos yertas. Sus escasas fuerzas estaban agotadas y ni siquiera podía cambiar de postura. Me vi obligado a dejar la escota mientras la ayudaba a meterse en el nido de mantas y a calentarle las manos y los brazos.

-Estoy tan cansada -dijo al recobrar el aliento rápidamente y dejando caer la abrumada cabeza.

Pero un momento después ya se había enderezado.

-Ahora no me riña, no se atreva a reñirme -gritó desafiándome.

-No creo que mi cara tenga aspecto enojado -respondí seriamente-, porque le aseguro que no lo estoy lo más mínimo.

-Seré buena -dijo con el gesto de un niño travieso-. Le obedeceré como un marinero a su capitán.

-Entonces tiene usted que prometerme otra cosa.

-A ver.

-Que no dirá usted. "¡Por favor, por favor!" con demasiada frecuencia, pues al hacerlo, así, tiene por seguro el anulamiento de mi autoridad.

Se rió divertida. Ella también se había dado cuenta del poder de las palabras "¡Por favor, por favor!" al ser repetidas.

-Ya sé que no debo abusar de ello -me dijo.

Y con una risa muy débil dejó caer de nuevo la cabeza. Alargué la cuerda del timón lo bastante para poder arroparle los pies y taparle la cara con un solo pliegue de la manta. Por desgracia, no era robusta. Miré con recelo hacia el Sudoeste y pensé en las seiscientas millas de privaciones que nos aguardaban si es que no había otra cosa peor que privaciones. En aquel mar, de un momento a otro podría levantarse un temporal y destruirnos. Y sin embargo, yo no tenía miedo. Carecía de confianza en el porvenir, en extremo dudoso, y con todo, no me sentía avasallado por ningún temor. Todo saldría bien, me repetía incesantemente.

Por la tarde refrescó el viento, agitando al mar de una manera muy sensible; pero la provisión de alimento y los nueve depósitos de agua permitían al bote resistir los embates del viento, y yo me sostuve cuanto me fue posible. Después quité la cebadera, halé estrechamente el penol de la vela, y corrimos con lo que los marineros llaman "una pierna de carnero".

Al atardecer divisé el humo de un vapor en el horizonte a sotavento, y supuse que seria o bien un ruso o más probablemente el Macedonia, que seguiría buscando al Gosht. El sol no haba lucido en todo el día y había hecho un frío insoportable. Al llegar la noche, las nubes se hicieron más sombrías y el viento refrescó más aún, tanto, que cenamos con los mitones puestos.

En cuanto cerró la noche por completo, viento y mar habían llegado a ser demasiado fuertes para el bote y de no muy buena gana recogí la vela y me dispuse a confeccionar un áncora de resistencia. Había aprendido esta estratagema oyendo hablar a los cazadores, y el prepararla era empresa sencilla. Plegué la vela y la até fuertemente alrededor del mástil, del botalón, del palo de la cebadera y de dos pares de remos de reserva y la lancé al agua.

Una cuerda la mantenía unida a la proa, y como flotaba muy baja y estaba virtualmente resguardada del viento, derivaba con menos rapidez que el bote. Por consiguiente, sostenía la proa frente al viento, posición la más segura para no sumergirse cuando las olas rompen encima.

-¿Y ahora? -preguntó Maud alegremente, cuando hube terminado el trabajo y me ponía los mitones.

-Ahora ya no vamos hacia el Japón -respondí-. Llevamos la dirección Sudeste o Sudsudeste a la velocidad de dos millas por hora. Siento no haber traído el cronómetro y el sextante de Wolf Larsen. Dentro de poco no podremos conocer nuestra situación sin un error menor de quinientas millas.

Después le pedí perdón y le prometí que no volvería a descorazonarme. A petición suya, la dejé hacer la guardia hasta medianoche -eran las nueve entonces-, pero antes de acostarme la envolví en mantas y la cubrí con el impermeable. Sin embargo, no pude dormir más que a pequeños intervalos. El bote saltaba y se hundía al caer desde lo alto de las olas, y las oía precipitarse, salpicando continuamente el interior del barco. Y, con todo, no podía llamarse mala aquella noche, pensaba yo, comparada con las que había pasado a bordo del Ghost, y con las que tal vez nos esperaban en aquella cáscara de huevo. Su tablazón tendría un espesor de tres cuartos de pulgada, así que entre nosotros y el fondo del mar no mediaba sino una pulgada de madera.

Y no obstante, aseguro y aseguraré siempre que no tenía miedo. La muerte que Wolf Larsen y Thomas Mugridge me habían hecho temer ya no me asustaba. Al cruzarse Maud Brewster en mi vida, parecía haberla transformado. Después de todo, creo que es mejor amar que ser amado, puesto que introduce en la vida algo tan valioso que nos permite afrontar la muerte sin repugnancia. Me olvidé de mi propia vida por el amor de otra vida; y a pesar de

ello, tal es la paradoja, nunca había deseado vivir tanto como ahora en que daba tan poco valor a mi propia vida. Nunca había tenido tantas razones para vivir como entonces, fue mi último pensamiento; y después, hasta que me dormí, contentéme tratando de penetrar la oscuridad hacia el lugar en que sabía se hallaba Maud, acurrucada en la popa, atenta al movimiento de las olas y pronta a llamarme en el primer instante de duda.

CAPITULO XXVIII

No creo necesario extenderme en el relato de nuestros sufrimientos durante los días que fuimos llevados de acá para allá a través del océano. Veinticuatro horas seguidas el viento sopló violentamente del Noroeste, luego se encalmó, y a medianoche se levantó de nuevo, pero del Sudoeste. Lo teníamos de cara, por lo que recogí el áncora de resistencia, coloqué la vela y volvimos a avanzar en dirección Sudsudeste. El viento no permitía seguir más que este rumbo o el Oesnorueste, pero los aires cálidos del Sur avivaron mi deseo de un mar más templado e influyeron en mi decisión.

Era medianoche, lo recuerdo bien, y la más oscura que he pasado en el mar, y durante tres horas, el viento que continuaba soplando del Sudoeste, se levantó furioso. obligándome otra vez a fijar el áncora de resistencia.

La aurora me encontró casi al extremo del áncora. Estábamos en inminente peligro de vernos inundados por las olas, sin contar que la espuma y las salpicaduras llegaban a bordo en tal cantidad, que sin cesar tenía que estar echando el agua con un cubo. Las mantas, todo lo del bote, estaba empapado, menos Maud, que envuelta en el impermeable y con calzado de goma conservaba seco el cuerpo, excepto la cara, las manos y un mechón de pelo rebelde. De vez en cuando me relevaba en la tarea de achicar el agua, y lo efectuaba con el mismo valor con que afrontaba el temporal. Todas las cosas son relativas, pues en realidad no eran más que unas ráfagas bastante fuertes; pero a nosotros, que luchábamos por la vida en nuestra frágil embarcación, nos parecían un temporal deshecho.

Bregamos todo el día; el viento frío y desapacible nos azotaba el rostro, y las olas rugían a nuestro lado. Llegó la noche, pero ninguno de nosotros durmió y vino el día y aún continuaba el viento azotándonos el rostro y rugiendo las olas encrespadas. La segunda noche el agotamiento rindió a Maud y se durmió. La cubrí con impermeables y un encerado. Se hallaba relativamente seca, pero el frío la tenía entumecida, y abrigué serios temores de que muriese durante aquella noche. El día amaneció igualmente triste y frío, con el mismo cielo nuboso, el mismo viento desapacible e idéntico mar embravecido.

Hacía cuarenta y ocho horas que yo no dormía. Estaba calado hasta los huesos, completamente helado me sentía más muerto que vivo. Tenia el cuerpo envarado, tanto del frío como del exceso de ejercicio, y el dolor de todos mis músculos constituía una horrible tortura cada vez que los ponía en movimiento, cosa que sucedía sin cesar. Entretanto, íbamos avanzando hacia el Nordeste, alejándonos precisamente del Japón y acercándonos al desierto mar de Bering.

Y nosotros seguíamos viviendo y resistía el bote y el viento no llevaba trazas de calmar. En realidad, al tercer día, aumentó algo más. La proa se hundió bajo una ola y nos entró buena cantidad de agua. Yo la achicaba como un loco. El peligro que representaba la entrada de otra ola semejante se vela aumentado por el exceso de peso del agua que ya llevábamos. Ello hubiera representado nuestro fin. Cuando el bote estuvo vacío, me vi obligado a quitarle el encerado con que había cubierto a Maud para sujetarlo a través de la proa. Esto dio buenos resultados, pues tapaba una tercera parte del bote, y en las horas que siguieron, rechazó tres veces el cargamento de agua, que, a no dudarlo, hubiésemos

embarcado cuando la proa se hundía bajo las olas. Maud se hallaba en un estado lastimoso. Estaba acurrucada en el fondo del bote con los labios amoratados y el rostro ceniciento, revelando claramente el tormento que sufría. Pero sus ojos me miraban todavía valerosamente y sus labios continuaban pronunciando palabras animosas.

Aquella noche debió desencadenarse lo peor del temporal, pero apenas me di cuenta de ello. Había sucumbido al sueño allí mismo, sentado en la popa. El cuarto día por la mañana el viento se había convertido en un blando céfiro, el mar se había encalmado y el sol brillaba sobre nosotros. ¡Bendito sol! ¡Cómo bañamos nuestros pobres cuerpos en su deliciosa tibieza! Revivimos como insectos o reptiles después de la tormenta. Volvimos a sonreír, a hablar alegremente, y aumentó nuestro optimismo respecto de la situación. Esta, sin embargo, era peor que nunca. Nos hallábamos mucho más lejos del Japón que la noche en que dejamos al Ghost y yo sólo podía conocer muy imperfectamente nuestra latitud y longitud. Calculando a dos millas por hora, durante las setenta que había durado el temporal, habríamos derivado ciento cincuenta hacia el Nordeste. Pero, ¿sería exacto este cálculo? Porque yo comprendía que bien podían haber sido cuatro millas por hora en lugar de dos, en cuyo caso nos encontraríamos a otras ciento cincuenta millas más cerca de lo malo.

Donde estábamos no lo sabía, aunque había muchas probabilidades de que nos halláramos en las proximidades del Ghost. A nuestro alrededor había focas, y a cada momento esperaba ver surgir una goleta de caza. Por la tarde, cuando volvió a iniciarse el viento Nordeste, divisamos una, pero se perdió pronto en la línea del horizonte y fuimos entonces únicos ocupantes de aquel círculo de agua.

Vinieron días de niebla, en que Maud se desanimaba y a sus labios no acudían palabras animosas; días de calma, en que flotábamos en la inmensidad del océano, oprimidos por su grandeza y maravillándonos, sin embargo, ante el milagro de las vidas pequeñas, pues que nosotros seguíamos viviendo y luchando por la vida: días de aguanieve y viento y borrascas, en que no lográbamos entrar en reacción; o días de llovizna, en que llenábamos los depósitos de agua con el chorro que destilaba la vela mojada.

Mi amor por Maud aumentaba de día en día. Pero aunque la confesión de mis sentimientos acudió a mis labios y tembló mil veces en mi lengua, comprendía que no era aquella ocasión la más oportuna para una declaración semejante.

Hubo más días y más noches de tormenta, en que el océano nos amenazaba con sus olas atronadoras y el viento azotaba nuestro bote. Pero continuábamos avanzando siempre hacia el Nordeste. Durante este temporal, el peor de cuantos tuvimos, dirigí una mirada aburrida a sotavento, no porque buscase nada, sino en una súplica muda a las fuerzas de la Naturaleza para que aplacaran su cólera y nos dejaran subsistir. Al principio no pude dar crédito a mis ojos. Tantos días y noches de angustia y sin dormir, me habrían trastornado sin duda. Volvíme para mirar a Maud, a fin de identificarme con el tiempo y el espacio. De nuevo volví el rostro hacia sotavento, y otra vez vi el promontorio que avanzaba alto, negro y desnudo, la resaca furiosa rompiendo alrededor de su base e hiriendo con las salpicaduras su elevada frente, la línea sombría e inhospitalaria de la costa corriendo hacia el Sudeste, orlada de una imponente franja de espuma.

-Maud –dije-, Maud.

Ella volvió la cabeza y miró lo que se ofrecía a sus ojos.

-¡Eso no puede ser Alaska! -exclamó.

-No, por desgracia -respondí; y le pregunté seguidamente-: ¿Sabe usted nadar?

Negó con un movimiento de la cabeza.

-Yo tampoco -1e dije-. Llegaremos como podamos a la costa. Desembarcaremos en alguna abertura de entre las rocas, donde podamos introducir el bote y encaramarnos; pero habrá que darse prisa y tener aplomo.

Yo hablaba con una confianza que ella sabia estaba muy lejos de sentir, porque me clavó sus ojos llenos de resolución y me dijo:

-Todavía no le he dado las gracias por todo lo que ha hecho por mí; pero usted podría ayudarme.

-¿A cumplir con sus deberes antes de morir? No, de ninguna manera. No moriremos. Desembarcaremos en aquella isla, y antes de finalizar el día habremos hallado abrigo.

Lo dije con energía, pero sin creer de ello una palabra. No era el miedo el que me impulsaba a mentir; no lo sentía, a pesar de que estaba seguro de hallar la muerte en aquel hervidero que atormentaba las rocas y que se acercaba progresivamente. No me imponía la muerte que me esperaba allí, pero me aterraba la idea de que hubiese de morir Maud. Mi maldita imaginación me la representaba destrozada contra las rocas, y esto era demasiado horrible. Yo me esforzaba en pensar que desembarcaríamos felizmente, y así decía, no lo que creía, sino lo que hubiese preferido creer.

Instintivamente nos aproximamos en el fondo del bote. Sentí su mano envuelta en el mitón tenderse hacia la mía, y así, sin hablar, esperamos el fin. No estábamos lejos de la línea que formaba el viento con el ángulo oeste del promontorio, y yo miraba con la esperanza de que alguna corriente o el embate de las olas nos hiciera pasar de largo antes de que nos envolviera la resaca.

Pero cuando pasamos el promontorio, toda la ensenada se ofreció a nuestra vista: era una playa en forma de media luna, cubierta de blanca arena sobre la que rompían unas olas enormes, y estaba invadida por un número infinito de focas.

-¡Un criadero! -exclamé-. Ahora sí que nos hemos salvado. Aquí debe haber cazadores y barcos para protegerlas. Es posible que haya una factoría tierra adentro.

Al examinar las olas que rompían sobre la playa, dije:

-Ahora, si los dioses quieren mostrarse verdaderamente propicios, pasaremos el otro cabo y llegaremos a una playa perfectamente protegida, donde podamos desembarcar sin mojarnos los pies.

Y los dioses se mostraron propicios. Pudimos llegar a una ensenada que penetraba profundamente en la tierra. El mar estaba tranquilo y el fondo era llano, por lo que recogí el áncora de resistencia y remé.

Allí no había focas. La roda del bote tocó al fin el duro fondo. Salté fuera y tendí la mano a Maud. Cuando mis dedos soltaron los suyos, se asió de mi brazo apresuradamente. Al mismo tiempo yo me ladeé como si fuese a caerme en la arena. Esto era el primer efecto de la cesación del movimiento. Habíamos estado tanto tiempo en el mar agitado, que la estabilidad de la tierra nos sorprendía. Esperábamos que la playa se levantara y hundiera y que las paredes de roca se balancearan de un lado a otro como los costados de un barco; y al bracear automáticamente, en espera de estos diversos movimientos, su ausencia nos hizo perder por completo el equilibrio.

-La verdad es que necesito sentarme -dijo Maud con risa nerviosa, como si fuera a desvanecerse y se sentó en la arena.

Cuidé de asegurar el bote y fui a reunirme con ella. Así fue cómo desembarcamos en Endeavour Island, mareándonos la inmovilidad de la tierra después de tan prolongada permanencia en el mar.

CAPITULO XXIX

Había descargado el bote y transportado su contenido a lo más elevado de la playa, donde me propuse montar una tienda. Encontré trozos de leña acarreados por el mar, aunque

no mucha, y esto y la vista de una cafetera que había cogido de la despensa del Ghost me había sugerido la idea de encender fuego.

-¡No hay cerillas! -exclamé desesperado-. No traje una sola cerilla, y ahora no tendremos café, ni sopa, ni té, ni nada.

-¿No fue Crusoe quien frotó un madero con otro? -balbuceó ella.

-Pero he leído las narraciones de unos veinte náufragos que lo intentaron en vano -respondí.

-Está bien -dijo Maud-; pero así como hemos podido hasta ahora prescindir de estas cosas, no hay ninguna razón para que no podamos seguir pasando sin ellas.

-¡Piense en el café¡ -grité-. Además, sé que es bueno. Lo cogí del camarote de Wolf Larsen. Y fíjese en esta leña tan rica.

Tuve que resignarme, y me dispuse a montar con la vela del bote una tienda para Maud.

-Tan pronto como ceda el viento -dije a Maud-, pienso salir con el bote para explorar la isla. En algún sitio ha de haber hombres. Algún Gobierno debe proteger a todas esas focas. Pero antes de partir, quiero que esté usted bien instalada.

-Yo quisiera ir con usted.

-Mejor seria que se quedara.

Se volvió y me miró a los ojos. Aquella mirada era tierna y al mismo tiempo resuelta.

-¡Por favor, por favor! -dijo, ¡oh! Con tal dulzura yo quise resistirme y moví la cabeza. Ella seguía mirándome. Vi una chispa de alegría brincar en sus ojos y comprendí que me había vencido. Después de esto era imposible seguir resistiendo.

El día amaneció gris y triste, pero tranquilo, y yo me levanté pronto y preparé el bote.

Cuando juzgué que era hora de despertar a Maud, me apresuré a llamarla.

-¿Qué hay ahora? -preguntó somnolienta y al mismo tiempo con curiosidad.

-Café -exclamé-. ¿Qué dice usted de una taza de café, de café caliente, humeante?

-¡Oh! -murmuró- además de alarmarme, es usted cruel. Luego que me he hecho el ánimo de prescindir de él, ahora me fastidia usted al recordármelo inútilmente.

-Míreme

De debajo de unas grietas, entre las rocas, recogí unos cuantos maderos y astillas. Las corté en virutas y las desmenucé. Arranqué una hoja de mi cuaderno de notas y de la caja de municiones cogí un cartucho de escopeta. Le quité el taco con el cuchillo y eché la pólvora sobre una roca plana. Después inspeccioné la cápsula del cartucho y la coloqué en medio de la pólvora. Todo estaba preparado. Maud seguía observándome desde la tienda. Sujeté el papel con la mano izquierda y golpeé la cápsula con una piedra que tenía en la derecha. Salió una bocanada de humo blanco, prendió la llama y ardió el borde del papel.

Maud batió las manos gozosa.

-¡Prometen! -exclamó.

Pero yo estaba demasiado ocupado para advertir su

alegría. Había que cuidar tiernamente la débil llama, para que se robusteciera y viviese. La alimenté primero con virutas y briznas, hasta que al fin, al prender en las astillas y maderas, estalló y crujió. Como no había entrado en mis cálculos el naufragio en una isla desierta no teníamos pucheros ni ningún utensilio de cocina, pero me ingenié con la lata que usábamos para achicar el agua, y más tarde, cuando consumimos toda la reserva de alimentos, acumulamos una imponente batería de cocina.

Yo herví el agua y Maud hizo el café. ¡Qué bien nos supo! Por mi parte, freí carne de buey en conserva con migas de galleta remojada. El almuerzo fue un éxito, y permanecimos sentados junto al fuego, más tiempo del que correspondía a unos intrépidos exploradores, sorbiendo el café caliente y hablando sobre nuestra situación.

Después nos embarcamos para navegar a lo largo de la costa empujados por un suave vientecillo, explorando las ensenadas con los anteojos y desembarcando alguna que otra vez, sin encontrar huellas de vida humana. Sin embargo, pudimos ver que no éramos nosotros los primeros en llegar a Endeavour Island. Dos ensenadas más allá de la nuestra, en lo más elevado de la playa, descubrimos los restos destrozados de un bote, un bote de cazadores de focas, porque las chumaceras estaban recubiertas de cuerda trenzada; en el lado de estribor de la popa había un soporte para las escopetas, y aún se podía leer en letras blancas el nombre de Gazelle núm. 2. Debía hacer mucho tiempo que aquel bote se encontraba allí, porque estaba casi lleno de arena, y las maderas hendidas tenían ese aspecto de las cosas largamente expuestas a los elementos. En las escotas de popa hallé una escopeta oxidada y un cuchillo roto y tan tomado de orín, que hubiera sido casi imposible reconocerlo.

-Se marcharían -dije alegremente; pero sentí un profundo descorazonamiento y creí adivinar la presencia de huesos calcinados en algún sitio de aquella playa-. No quise que Maud perdiera su buen humor con tal hallazgo, por lo cual volvimos a hacernos a la mar y rodeamos el cabo Nordeste de la isla. En la costa Sur no había playa, y en las primeras horas de la tarde pasamos el sombrío promontorio y completamos las circunnavegación de la isla.

Era húmeda y triste; azotada por los vientos tempestuosos y castigada por el mar, resultaba una morada melancólica y miserable. Maud se desanimó cuando desembarcamos en nuestra pequeña ensenada. Luchó valientemente para no dármelo a entender, pero mientras yo preparaba el fuego, comprendí que estaba ahogando los sollozos bajo las mantas en el interior de la tienda.

Yo seguí durmiendo en el bote, y aquella noche permanecí despierto mucho rato, reflexionando sobre nuestra situación. Una responsabilidad de esta clase era algo nuevo para mi. Wolf Larsen había estado en lo cierto. Yo me había sostenido con las piernas de mi padre. Abogados y agentes de negocios habían administrado mi dinero. No había tenido responsabilidades de ninguna clase. Después, en el Ghost, había aprendido a ser responsable de mí mismo. Y ahora, por primera vez en mi vida, me sentía responsable de alguien más. Y éste habla de ser una de las más graves, pues yo pensaba en Maud como en la única mujer, la mujer amada.

CAPITULO XXX

No es de extrañar que la llamáramos Endeavour[4] Island. Durante dos semanas nos afanamos en la construcción de una cabaña. Maud insistió en ayudarme, y la vista de sus manos contusas y ensangrentadas me daba ganas de llorar; y sin embargo, yo me sentía orgulloso de ella a causa de esto precisamente. Era verdaderamente heroica la manera con que esta mujer tan distinguida soportaba aquellos terribles sufrimientos y contribuía con su esfuerzo a realizar tan ruda labor. Ella recogió muchas de las piedras con que construí las paredes de la cabaña, y cuando me empeñaba yo en que desistiera, se hacia la sorda a mis súplicas. Después tomó a su cargo trabajos más ligeros, tales como guisar y buscar leña y musgo para el invierno.

Las paredes de la cabaña crecían sin dificultad y todo fue bien hasta que encaré el problema de la techumbre. ¿De qué servirían las paredes si no había techo? ¿Y con qué podría hacerse? Verdad es que teníamos los remos de reserva, que servirían de vigas, pero ¿con qué lo cubriría? El musgo no servía. La hierba de tundra no daría buenos resultados; la vela nos hacía falta para el bote y el encerado empezaba a agujerearse.

[4] Endeavour: esfuerzo.

-Winters empleó piel de morsa en su cabaña -dijo ella.

-Aquí hay focas -advertí yo.

Y como consecuencia, al día siguiente comenzó la caza. Yo no sabía tirar, pero me propuse a aprender, y después de gastar treinta cartuchos para tres focas, comprendí que las municiones se agotarían antes de que hubiese adquirido la pericia suficiente. Para encender el fuego ya había usado ocho, hasta que di con la estratagema de cubrir el rescoldo con musgo húmedo, y en la caja no quedaban sino un centenar de cartuchos.

-Habremos de matar las focas a mazazos -anuncié cuando me convencí de mi escasa puntería-. He oído decir que los cazadores lo hacen así.

-Son tan bonitas -objetó ella-, que me horroriza pensarlo. Es verdaderamente brutal, mucho más que matarlas a tiros.

-Es preciso concluir este techo -repuse de mal talante-. El invierno se nos echa encima, y antes son nuestras vidas que las suyas.

El resultado de todo ello fue que me acompañó el día siguiente por la mañana. Bogué por la ensenada inmediata, aproximándome todo lo posible a la playa. A nuestro alrededor el agua estaba llena de focas, y el rugido de las muchísimas que había en la orilla nos obligaba a hablar a gritos para poder entendernos.

-Yo sé que los hombres las matan a mazazos -dije tratando de tranquilizarme y mirando con desconfianza a un gran becerro que se hallaba a menos de treinta pies de distancia, apoyado en las aletas delanteras y fijando con insistencia sus ojos en mí-. Pero lo que no sé es el procedimiento.

-Hagamos el techo de hierba de tundra - dijo Maud.

Estaba tan asustada como yo ante la perspectiva de la matanza, y viendo de cerca aquellos dientes brillantes y aquellos hocicos perrunos, no faltaba razón para ello.

-Siempre había creído que temían a los hombres -advertí-. ¿Cómo saber que no tienen miedo? -pregunté un momento después, cuando hube remado un poco más a lo largo de la costa-. Y si me dirigiera audazmente a la playa, tal vez huirían y no podría cazar ninguna.

Salté del bote y avancé bravamente sobre un becerro de largas crines que se hallaba entre sus hembras. Yo iba armado con la maza corriente usada por los remeros para rematar las focas heridas, que los cazadores suben a bordo con la ayuda de unos ganchos. Tenía una longitud de pie y medio, y en mi absoluta ignorancia, no había imaginado nunca que las mazas utilizadas en tierra cuando se invadían los criaderos medían de cuatro a cinco pies. Las hembras huyeron pesadamente, y se fue acortando la distancia entre el becerro y yo. Se levantó sobre las aletas con un movimiento irritado. No nos separaban más que unos doce pies, y yo seguía avanzando y esperando que de un momento a otro se volviera y huyese.

Cuando me hallé sólo a seis pies del becerro, el pánico se apoderó de mi mente. ¿Qué pasaría si no huía? Pues entonces le mataría, me contesté. Con el miedo había olvidado que yo estaba allí para cobrar el becerro y no para hacerlo huir. Y en aquel preciso instante, dio un resoplido, gruñó y se precipitó sobre mí. Tenía los ojos encendidos y el hocico muy abierto, mostrando la blancura brillante y cruel de los dientes. Confieso sin avergonzarme que fui yo quien volvió la espalda y echó a correr. El animal avanzaba torpemente, pero avanzaba. No se hallaba más que a dos pasos de distancia cuando salté en el bote, y al impulsarlo con el remo, los dientes poderosos se cerraron sobre la pala. La sólida madera quedó machucada cual si hubiese sido una cáscara de huevo, Maud y yo estábamos aterrados. El becerro se zambulló inmediatamente, cogió la quilla con el hocico y sacudió el bote con violencia.

-¡Oh! -dijo Maud-. Vámonos.

Yo me negué.

-Lo que otros hombres han hecho, bien puedo hacerlo yo. Otros hombres han matado focas a mazazos; ahora que otra vez dejaré en paz a los becerros.

Bogué cosa de unos doscientos pies a lo largo de la playa, para equilibrar mis nervios, y luego volví a desembarcar.

-¡Tenga usted cuidado! -me gritó.

Asentí con un movimiento de cabeza y me dispuse a atacar por el flanco el harén más próximo. Todo fue bien hasta que dirigí un mazazo a la cabeza de una hembra, sin acertarla- Resopló y trató de huir, pero la seguí de cerca y le asesté otro golpe, que en lugar de darle en la cabeza la hirió en la paletilla.

-¡Cuidado! -oí chillar a Maud.

Tan excitado estaba, que no había parado mientes en nada más, y levanté los ojos para ver al señor del harén que se me echaba encima. De nuevo corrí hacia, el bote, pero esta vez Maud no habló siquiera de marcharnos.

-Me parece que sería mejor no meterse con los harenes y dedicarse a las focas solitarias y de aspecto inofensivo -fue lo único que dijo-. Creo haber leído algo acerca de eso. Si mal no recuerdo en el libro del doctor Jordán. Son los becerros jóvenes de edad insuficiente para poseer harenes propios. Los llama holluschickie o algo parecido. Si halláramos el sitio donde se arrastran...

-¡Eso es! -exclamé-. Lo que necesito es una maza más larga, y aquí tenemos a mano este remo roto.

-Ahora se me ocurre lo que contaba el capitán Larsen -dijo ella. Explicaba cómo cazan los hombres en los criaderos. Dividen las focas en rebaños, y antes
de matarlas las empujan a cierta distancia tierra adentro.

-Yo no quiero dedicarme a pastor de estos harenes -objeté.

-Pero quedan los holluschickie -contestó-, que viven aparte, y dice el doctor Jordán que entre los harenes quedan unos senderos donde, si los holluschickie permanecen sin extralimitarse, les dejan vivir en paz los amos de los harenes.

-Aquí hay uno -dije señalando un becerro joven-. Vigilémosle y sigámosle cuando salga.

Le vimos nadar directamente hacia la playa y arrastrarse hasta un pequeño espacio entre dos harenes, cuyos dueños emitieron unos gruñidos de alarma, pero no le atacaron. Observamos cómo avanzaba lentamente y cruzaba por entre los harenes a lo largo de lo que debía ser el sendero.

-Allá va -dije saltando del bote; pero confieso que el corazón se me encogió al pensar que debía atravesar aquel rebaño monstruoso.

-Quisiera saber cómo se hace para sujetar el bote -exclamó Maud.

Estaba a mi lado y yo la miré sorprendido. Movió la cabeza con decisión.

-Sí, voy con usted así que pueda asegurar el bote y tenga una maza.

-Volvámonos -repuse con el ánimo abatido-. Después de todo, creo que la hierba de tundra servirá lo mismo.

-Ya sabe usted que no -replicó ella-. ¿Voy delante?

Con un encogimiento de hombros, pero con el corazón henchido de orgullo por aquella mujer y admirándola calurosamente, la equipé con el remo inutilizado y cogí el otro. Realizamos la primera parte de la expedición con los nervios excitados. Una vez chilló Maud al ver que una hembra arrimaba a su pie una nariz inquisitiva, y yo aceleré varias veces el paso por idéntica razón. Pero aparte de algunos gruñidos de alarma que a nuestro paso se levantaban a ambos lados, no hubo más muestras de hostilidad. A este criadero no habían llegado nunca cazadores, y por consiguiente, las focas eran de carácter apacible y no tenían miedo. En el centro del rebaño el alboroto era terrible y casi nos aturdió. Me detuve y sonreí a Maud para tranquilizarla, pues yo había recobrado mi serenidad antes que ella. Vi que continuaba todavía muy asustada. Corrió a mi lado y gritó:

-¡Tengo un miedo terrible!

Yo, en cambio, ya no lo tenía. Sin haberme acostumbrado aún a todo aquello, la actitud pacífica de las focas había aquietado mi alarma, pero Maud estaba temblando.

-Creo que no tengo miedo -y los dientes le castañeteaban-; es mi cuerpo miserable el que teme, no yo.

-Bien, bien -dije tranquilizándola, e instintivamente mi brazo la rodeó para protegerla.

Nunca olvidaré la conciencia que tuve de mi virilidad en aquel momento. Despertaron las fuerzas primitivas de mi naturaleza; me sentí masculino, defensor del débil, en una palabra, me sentí el macho luchador. Y más que todo esto, sentíame el protector de la mujer amada. Ella se apoyó en mí levemente, con fragilidad de lirio, y cuando cesó su temblor noté en mí una fuerza nueva y prodigiosa. Me sentí digno contrincante del becerro más feroz del rebaño, y comprendí que si e: tal becerro me hubiese atacado, no hubiera titubeado en salirle al encuentro con el ánimo tranquilo y seguro de matarle.

-Ya pasó -dijo Maud, mirándome agradecida-. Sigamos.

Y al ver que mi fuerza la había tranquilizado y comunicado confianza, gocé con el triunfo. El vigor originario de la raza pareció brotar en mí, hombre supercivilizado, y viví por mi cuenta las jornadas de caza y las noches de la selva de mis olvidados y remotos antepasados. Gran parte de ello debía agradecérselo a Wolf Larsen, pensé al pasar por el sendero entre los harenes tumultuosos.

Un cuarto de milla tierra adentro sorprendimos a los holluschickie, becerros jóvenes de piel lustrosa, viviendo aparte la soledad de su celibato y reuniendo fuerzas para el día en que habrían de entrar en las filas de los recién casados.

Ahora todo resultaba fácil. Parecía como si ya supiese qué debía hacer y la forma de realizarlo. Gritando, haciendo gestos amenazadores con la maza y hasta aguijoneando a los perezosos, pronto conseguí separar de sus compañeros a unos veinte célibes. Si alguno de ellos intentaba retroceder hacia el agua, le obligaba a pasar delante de todos. Maud tomaba una parte muy activa en esta conducción, y voceando y blandiendo el remo roto me ayudaba eficazmente. Noté, sin embargo, que cuando alguno de ellos parecía cansado o se rezagaba, lo dejaba atrás. Pero advertí también que si alguno trataba de abrirse paso luchando, los ojos de Maud se encendían y centelleaban, y entonces le golpeaba fuertemente con su maza.

-¡Cómo excita eso! -exclamó deteniéndose, completamente agotadas sus fuerzas-. Me parece que voy a sentarme.

Conduje el pequeño rebaño (quedarían una docena de animales poderosos después de las deserciones que ella había permitido) un centenar de yardas más lejos, y cuando Maud volvió a reunirse conmigo, ya estaba concluyendo la matanza y empezaba a desollarlos. Una hora después regresábamos llenos de orgullo por el sendero que cruzaba los harenes, y volvimos a pasar dos veces más cargados de pieles, hasta que creí tener las suficientes para techar la cabaña. Coloqué la vela, viramos de borda para salir de la ensenada y volvimos a virar para penetrar en la nuestra.

-Parece como si regresáramos a casa -dijo Maud cuando arrimé el bote a la playa.

Sus palabras me produjeron un escalofrío; era tan deliciosa y espontánea aquella intimidad, que dije:

-Me imagino haber hecho siempre esta vida. El mundo de los libros y de los intelectuales es muy vago, más parecido al recuerdo de un sueño que a una actualidad. Indudablemente yo he cazado, saqueado y luchado desde que estoy en el mundo, y usted también parece haber formado parte de esta vida. Usted es... -estuve a punto de decir: "mi mujer, mi compañera", pero lo sustituí por "muy resistente para las penalidades". Mas su oído había advertido la interrupción; había notado una laguna en medio de la frase. Me dirigió una mirada penetrante.

-No es eso. ¿Usted estaba diciendo-..?

-Que la americana mistress Meynell vivió la vida de los salvajes completamente feliz -dije con desembarazo.

-¡Oh! -repuso ella; pero juraría que en su voz había un dejo de contrariedad.

Durante el resto del día y los subsiguientes, continuaron resonando en mi cabeza las palabras "mi mujer, mi compañera", y sin embargo, nunca sonaron con tanta fuerza como aquella noche, mientras la miraba quitar el musgo de encima del rescoldo, soplar el fuego y guisar la cena. Debió ser que despertaba la barbarie latente en mí, para que estas palabras tan estrechamente unidas con las raíces de la raza me conmovieran; pero el caso es que fue así, y las murmuré una y otra vez hasta quedarme dormido.

CAPITULO XXXI

-Esto olerá mal -dije-, pero conservará el calor y nos resguardará de la lluvia y la nieve.

Estábamos examinando la techumbre de piel de foca recién terminada.

Maud batió les manos y declaró que estaba enormemente satisfecha.

-Pero dentro está oscuro -dijo un momento después, encogiendo los hombros con un temblor involuntario.

-Pudo usted haber sugerido la idea de una ventana cuando subían las paredes -repuse-. Puesto que era para usted, debió ver la necesidad de ello.

-Siempre estamos a tiempo para abrir un hueco en la pared.

-Es cierto; no se me había ocurrido- repliqué, moviendo la cabeza con suficiencia-. Pero, ¿has pensado en encargar los cristales para la ventana? Avise a la empresa, y dígales de qué clase y medida convienen.

-Eso quiere decir... -empezó ella.

-Que no hay ventana.

Aquella cabaña oscura y de mal aspecto, sólo hubiera sido buena para cerdos en un país civilizado; pero para nosotros que hablamos conocido las penalidades del bote, resultaba una vivienda muy acogedora. Después de proveer a la calefacción, que se obtenía con aceite de foca y una torcida de algodón de calafatear, nos dedicamos a la caza, a fin de aprovisionarnos de carne para el invierno y construir la segunda cabaña. Ahora ya era empresa fácil salir por la mañana y volver a mediodía con el bote cargado de focas, y después, mientras yo me ocupaba en la construcción de la cabaña, Maud extraía el aceite de la grasa y mantenía un fuego lento bajo los trozos de carne. Yo había oído hablar de la forma en que se preparaba la cecina, y aquella carne salada y cortada a tiras se tumba espléndidamente suspendida sobre el humo.

La segunda cabaña se levantó con más facilidad, porque la construí adosada a la primera y sólo se necesitaron tres paredes, pero con todo, había que trabajar duramente. Maud y yo nos afanábamos desde el amanecer hasta que oscurecía, llegando al límite de nuestras fuerzas, de manera que cuando venía la noche nos acostábamos rendidos y dormíamos con ese sueño animal que produce el agotamiento. Y no obstante, aseguraba Maud que nunca se había sentido tan bien ni tan fuerte. Yo lo comprobaba por mí mismo; pero su fuerza era de una fragilidad que temía a cada momento verla derrumbarse. Cuántas veces la he visto, consumidas sus últimas reservas, tenderse de espaldas en la arena, con su manera peculiar de descansar y recobrarse, y después volver a levantarse y trabajar como antes. De dónde sacaba sus fuerzas era para mí un motivo de maravilla.

-Pienso en el interminable descanso de este invierno -respondía a mis reproches-. Entonces nos desesperaremos por no tener nada que hacer.

La noche en que estuvo cubierta mi cabaña dispusimos la calefacción en su interior. Era al final del tercer día de una horrible tormenta, que había dado la vuelta a la brújula desde Sudeste a Noroeste, y que ahora soplaba directamente sobre nosotros. Las playas de la ensenada exterior tronaban con la resaca, y aun en nuestra caleta, rodeada de tierra, rompía un oleaje formidable. En la isla no había ninguna cordillera lo bastante elevada que nos protegiera del viento, que silbaba y rugía alrededor de la cabaña, tanto, que a veces me hacía temer por la resistencia de las paredes. La techumbre de pieles se ponía tirante como un tambor y se encogía e hinchaba a cada ráfaga. En las paredes se abrió un número infinito de intersticios, no tan bien embutidos de musgo como Maud había supuesto; pero el aceite de foca ardía alegremente y nos hallábamos muy a gusto y con una buena temperatura.

Pasamos una velada verdaderamente agradable. Teníamos el ánimo tranquilo, pues no sólo nos habíamos resignado a pasar el crudo invierno, sino que estábamos preparados para él. Ahora ya no nos preocupaba que las focas emprendieran de un momento a otro su misterioso viaje hacia el Sur, y ni aun los temporales nos aterrorizaban. Además de sentirnos seguros contra la lluvia y el frío, teníamos los colchones más mullidos y suntuosos que pudieran hacerse con musgo. Esto había sido idea de Maud y ella misma había recogido celosamente todo el musgo. Aquella noche era la primera que había de dormir yo sobre el colchón, y sabía que por haberlo confeccionado ella, mi sueño sería más dulce.

Cuando se levantó para marcharse, volvióse hacia mí con su manera caprichosa y dijo:

-Presiento que va a suceder algo, mejor dicho, que está sucediendo. Algo que se nos viene encima, aunque ignoro qué pueda ser.

-¿Bueno o malo? -pregunté.

Sacudió la cabeza.

-No lo sé, pero está aquí en alguna parte.

Señaló en dirección del mar y del viento.

-Esto es una costa de sotavento -dije riendo-, y le aseguro que prefiero estar aquí, que llegar en una noche como ésta. ¿Tiene usted miedo? -le pregunté al levantarme para abrir la puerta.

Sus ojos intrépidos se fijaron en los míos.

-¿Se halla usted bien, perfectamente bien?

-Nunca he estado mejor -respondió.

Hablamos aún un poco antes de marcharse.

-Buenas noches, Maud -dije yo.

-Buenas noches, Humphrey -contestó ella.

Esto de llamarnos por nuestro nombre había surgido como la cosa más natural, y fue tan impremeditada como espontánea. En aquel momento hubiese podido rodearla con mis brazos y atraerla hacia mí, y así lo hubiese hecho, sin duda alguna, de habernos hallado en el mundo a que pertenecíamos. Pero en aquella situación, la escena terminó en la única forma que podía terminar. Yo me quedé solo en mi pequeña cabaña, saturado de une agradable satisfacción al sentir que existía entre nosotros otro lazo, un algo tácito que no había existido hasta entonces.

CAPITULO XXXII

Desperté oprimido por una sensación misteriosa. Parecía como si echara algo de menos a mi alrededor. Pero el misterio y la opresión se desvanecieron en cuanto estuve unos instantes despierto, y advertí que esa cosa cuya falta notaba era el viento. Me había dormido

en ese estado de tensión nerviosa producida por el ruido o movimiento incesantes, y al despertar continuaba con la misma tensión y dispuesto a recibir la presión de algo que ya no gravitaba sobre mí.

Era la primera noche que había pasado bajo techo después de varios meses, y permanecí voluptuosamente bajo las mantas (que esta vez no estaban mojadas por la niebla o las salpicaduras de las olas), analizando primero el afecto que causaba en mí la sensación del viento, y luego e'- placer, muy mío, de reposar sobre el colchón confeccionado por las manos de Maud. Cuando estuve vestido y abrí la puerta, oí saltar todavía las olas en la playa, atestiguando su furor de la noche. El día era claro y lucía el sol. Había dormido hasta muy tarde, y estaba dispuesto a recuperar el tiempo perdido, como correspondía a un habitante de Endeavour Island.

Una vez fuera, me detuve como clavado en el sitio. Allí, en la playa, a menos de cincuenta pies, con la proa de cara y desarbolado, había un barco negro. Mástiles y botalones revueltos con obenques, escotas y velas rasgadas, se mecían suavemente a su lado. Me froté los ojos antes de volver a mirar. Allí estaba la cocina que improvisamos nosotros, la conocida escalera de la toldilla, la cabina poco elevada del yate saliendo apenas por encima de la barandilla. No cabía duda: era el Ghost.

¿Qué capricho de la suerte le habría traído aquí precisamente? ¿Qué azar de los azares? Miré hacia la pared desnuda e inaccesible que había a mi espalda, y comprendí la profundidad de la desesperación. No había esperanza de huir, era inútil pensar en ello. Me acordé de Maud dormida allí en la cabaña que habíamos levantado, recordé su "Buenas noches, Humphrey", las palabras "mi mujer, mi compañera", pero ahora mis ojos lo vieron todo negro.

Es posible que sólo tardara un segundo, no tengo idea del tiempo que transcurrió antes de que volviese a ser dueño de mí. Allí estaba el Ghost, con la proa encarada a la playa, proyectándose sobre la arena el destrozado bauprés y el enredo de los mástiles rozándole el costado a la altura de las olas. Era preciso tomar una determinación.

De pronto me sorprendió, por lo extraño, que nada se moviera a bordo. Pensé que los hombres, rendidos de luchar toda la noche con el temporal, estarían durmiendo todavía. Luego se me ocurrió que aún podríamos huir Maud y yo, si lográbamos embarcar en el bote y doblar el cabo antes de que despertara nadie. La avisaría y partiríamos. Tenía la mano en alto para llamar a su puerta, cuando recordé la parvedad de la isla. Nos seria imposible ocultarnos en ella. Nuestro único recurso era el vasto océano inclemente. Pensé en nuestras tibias cabañas, en nuestras reservas de carne, aceite, musgo y leña, y comprendí que no resistiríamos el mar en invierno y los grandes temporales en perspectiva.

Estuve dudando si debía llamar. Huir era imposible. En mi mente brotó la idea desesperada de entrar y matarla mientras dormía. También en el barco dormían todos. ¿Por qué no introducirme en el Ghots y matar a Wolf Larsen aprovechando su sueño? De sobra conocía el camino de su camarote. Después ya veríamos. Muerto él, ya nos quedaría tiempo y espacio para disponer otras cosas; y además, ninguna situación podía ser peor que la presente.

Llevaba el cuchillo al costado. Volví a la cabaña en busca de la escopeta, y luego de asegurarme de que estaba cargada, me dirigí al Ghost. Me encaramé a bordo no sin dificultad y después de mojarme hasta la cintura. La escotilla del castillo de proa estaba abierta; me detuve para escuchar la respiración de los hombres, pero no oí nada. El corazón me dio un vuelco al pensar que tal vez el Ghost estuviese abandonado. Escuché con más atención, y tampoco percibí ningún ruido. Bajé la escalera tomando grandes precauciones. Aquel lugar daba la sensación de vacío y despedía ese olor mohoso peculiar de las viviendas largo tiempo deshabitadas. Por todas partes había montones de ropa revuelta y hecha jirones, botas de agua viejas, impermeables rotos, toda la impedimenta inservible del castillo de proa propia de un largo viaje.

Al ascender de nuevo a la cubierta, llevaba el convencimiento de que el barco había sido abandonado precipitadamente. En mi pecho renació la esperanza, y miré en derredor con más tranquilidad. Noté que faltaban los botes. En la bodega pude hacer idéntica comprobación que en el castillo de proa. Los cazadores hablan empaquetado sus cosas con igual precipitación. El Ghost estaba abandonado; era de Maud y mío. Pensé en los depósitos del barco y en el lazareto que había debajo de la cabina, y se me ocurrió la idea de sorprender a Maud con algo bueno para el almuerzo.

La reacción de mis temores y la convicción de que ya no era necesario el hecho horrible que había estado dispuesto a realizar me volvían pueril e impaciente. De dos en dos subí los escalones al salir de la bodega, sintiendo únicamente una gran alegría y deseando que Maud siguiera durmiendo hasta estar dispuesta la sorpresa del almuerzo. Al divisar la cocina, tuve una nueva satisfacción pensando en la espléndida batería que había en su interior. Salté los escalones de la toldilla y vi... a Wolf Larsen. A causa de mi ímpetu y de mi asombro, retrocedí tres o cuatro pasos por la cubierta, sin poder detenerme. Se hallaba de pie en la escalera, asomando sólo los hombros y la cabeza y con los ojos fijos en mí.

Empecé a temblar, a sentir las antiguas náuseas. Apoyé una mano en el borde de la cabina para sostenerme. Los labios se me habían secado de pronto y me los humedecí, aun cuando no sentía la necesidad de hablar. Ninguno de los dos hablamos. En su silencio e inmovilidad había algo siniestro. Volvió a invadirme el miedo de otros tiempos, pero centuplicado esta vez. Y ambos seguimos mirándonos con fijeza.

Yo me daba cuenta de la urgencia de entrar en acción, mas era presa de mi antigua impotencia y esperaba que él tomara la iniciativa. Después, según transcurrían los momentos, se me figuró hallarme en igual situación que cuando me aproximé al becerro de largas crines y el miedo oscureció mi intención de matarle a mazazos, hasta convertirlo en deseo de que echara a correr. Al fin tuve la impresión de que estaba allí, no para que Wolf Larsen tomara la iniciativa, sino para tomarla yo.

Amartillé la escopeta y le apunté con ella. Si llega a moverse o intenta bajar la escalera, sé que le hubiese matado; pero continuó quieto y con la vista fija como antes, y cuando me encaré con él, conservando siempre la escopeta en mi mano temblorosa, tuve tiempo Para advertir el enflaquecimiento y la consunción de su rostro. Parecía como si una gran inquietud le hubiese desvastado. Tenía las mejillas hundidas, y la frente arrugada revelaba cansancio. En sus ojos noté algo extraño, no sólo por la expresión, sino por su aspecto físico, como si los nervios ópticos y músculos hubiesen sufrido un tirón y le desviaran las pupilas.

Todo esto vi, y a mi cerebro, que ahora funcionaba con rapidez, acudieron mil pensamientos, y sin embargo, seguía sin poder apretar los gatillos. Bajé la escopeta y avancé hacia el ángulo de la cabina, ante todo para aflojar la tensión de mis nervios y tomar nuevo impulso, y al propio tiempo para estar más cerca de él. De nuevo levanté la escopeta. Wolf Larsen se hallaba casi a la distancia del brazo, así es que para él no había esperanza. Yo estaba decidido, y esta vez era imposible no acertarle por pobre que fuese mi puntería; pero sostenía una lucha conmigo mismo que me impedía apretar los gatillos.

-¿Qué hay? -preguntó, impaciente.

Todos mis esfuerzos por disparar resultaban vanos, y asimismo me veía imposibilitado de hablar.

-¿Por qué no disparas? -volvió a decir.

Carraspeé para aclarar la voz de una ronquera que me impedía articular ningún sonido.

-Hump -dijo lentamente-, tú no puedes disparar. No es que tengas miedo precisamente, sino que no puedes. Tu moralidad convencional es más fuerte que tú; eres esclavo de las opiniones que son artículo de fe entre las gentes de tu clase. Desde que

empezaste a hablar te inculcaron su código, el cual, a despecho de tu filosofía y de lo que te he enseñado yo, no te permite matar a un hombre desarmado e indefenso.

-Ya lo sé -dije con voz bronca.

-Y sabes también que yo soy capaz de matar a un hombre desarmado e indefenso con la misma facilidad con que me fumo un cigarro -prosiguió-. Tú me conoces por lo que soy, el valor que tengo en el mundo según tu medida. Me has llamado serpiente, tigre, tiburón, monstruo, Calibán, y sin embargo, tú, insignificante muñeco de trapo, pequeña máquina de repetición, no te atreves a matarme como matarías a una serpiente o a un tiburón, porque tengo manos, pies y un cuerpo formado en cierto modo como el tuyo. ¡Bah! ¡Yo esperaba algo mejor de ti, Hump!

Salió de la escalera y vino hacia mí.

-Baja esa escopeta. Quiero hacerte algunas preguntas. Aún no he tenido ocasión de echar una mirada por los alrededores. ¿Qué sitio es éste? ¿Dónde se halla Ghost? ¿Dónde está Maud? Perdón; miss Brewster... ¿o quizás debo decir mistress Van Weyden?

Me aparté de él desesperado ante mi incapacidad para matarle, pero sin cometer la tontería de bajar la escopeta. En mi desesperación, esperaba que insinuase algún acto hostil, alguna tentativa, para golpearme o ahogarme, porque sabia que así únicamente sería capaz de disparar.

-Esto es Endeavour Island dije.

-Nunca he oído tal nombre.

-Al menos, éste es el nombre que le hemos puesto nosotros -corregí.

-¿Nosotros? -preguntó-. ¿Quiénes sois vosotros?

-Miss Brewster y yo. Y el Ghost, como usted mismo puede ver, está de cara a la playa.

-Aquí hay focas -dijo él-. Me han despertado con sus ladridos, es decir, me hubiesen despertado de haber estado dormido. Las oí anoche cuando derivé. Fue la primera advertencia que tuve de que me hallaba en una playa de sotavento. Es un criadero como aquellos en que cazaba yo hace años. Gracias a mi hermano Death, he descubierto una fortuna. Esto es una mina. ¿Cuál es su situación?

-No tengo la menor idea -dije-. Pero usted debe
conocerla con mucha más exactitud. ¿Cuáles fueron sus últimas observaciones?

Me dirigió una sonrisa ambigua, pero no contestó.

-Bueno; ¿y dónde están los hombres? -le interrogué-. ¿Cómo es que se halla usted solo?

Esperaba, verle eludir mi pregunta, y me sorprendió lo rápido de su contestación.

-Mi hermano me tuvo prisionero durante cuarenta y ocho horas, sin que yo le faltara para nada. Por la noche me dejó en el barco con sólo la guardia de cubierta. Los cazadores volvían conmigo, pero él les ofreció mejores ganancias; yo lo oí porque lo dijo delante de mí precisamente. Como era de esperar, la tripulación se despidió. Todos pasaron a su barco y yo me quedé abandonado en el mío. Esta vez le tocó a Death, y de todos modos no ha salido de la familia.

-Pero, ¿cómo perdió usted los mástiles? -pregunté.

-Date una vuelta y examina aquellas drizas -dijo señalando hacia el lugar que debía haber ocupado el aparejo de mesana.

-¡Las han cortado con un cuchillo! -exclamé.

-No es eso -dijo riendo-; fue una obra más perfecta. Fíjate bien.

Volví a mirar. Las drizas habían sido cortadas, dejando sólo lo preciso para que retuvieran los obenques hasta que se ejerciera sobre ellas una presión mayor.

-Esto lo hizo el cocinero -dijo riendo de nuevo-. Lo sé, aunque no le sorprendí en ello. Una manera como otra de liquidar una cuenta.

-¡Bien por Mugridge! -grité.

-Sí, eso es lo que pensé cuando todo cayó al agua, sólo que lo dije en otro tono.

-Pero, ¿qué hacía usted mientras sucedía eso? -le pregunté.

-Todo lo que podía, puedes estar seguro; lo cual no era mucho, dadas las circunstancias.

Volvíme para examinar otra vez el trabajo de Thomas Mugridge.

-Me parece que voy a sentarme a tomar el sol -oí decir a Wolf Larsen.

En su voz había un ligero deje de debilidad física, y me pareció tan extraño, que me quedé mirándole fijamente. Se pasaba nerviosamente la mano por la cara como si se quitara unas telarañas. Yo estaba perplejo. Todo en él era tan distinto del Wolf Larsen que había conocido...

-¿Cómo van sus dolores de cabeza? -inquirí.

-Siguen fastidiándome –contestó-. Creo que están amenazándome otra vez.

Se deslizó de su asiento hasta quedar tendido en la cubierta. Después dio la vuelta y se tumbó de lado, descansando la cabeza sobre el bíceps y resguardándose los ojos del sol con el otro brazo. Le contemplé lleno de asombro.

-Aprovecha la ocasión, Hump -dijo.

-No le entiendo -mentí, pues le entendí perfectamente.

-¡Oh! nada -prosiguió con voz apagada, como si estuviera durmiéndose-; que me has encontrado donde tú querías.

-No -repliqué-; yo quisiera saberle a unos cuantos miles de leguas de aquí.

Se rió estrepitosamente, y luego ya no volvió a hablar. No hizo el menor movimiento cuando pasé junto a él y entré en la cabina. Levanté la tapa del suelo, pero durante unos momentos clavé los ojos, dudando, en la oscuridad del lazareto que se abría a mis pies. No me determinaba a descender. ¿Y si el haberse tumbado fuese una estratagema? Excelente para que me cazara como una rata. Subí con cuidado la escalera y atisbé para ver qué hacía. Continuaba en la misma postura. Bajé de nuevo, pero antes de hundirme en el lazareto tomé la precaución de bajar primero la tapa. Así, al menos, no podría encerrarme. Todo fue inútil, sin embargo. Regresé a la cabina con una provisión de jamones, galletas, carne en conserva y otras cosas, todo lo que pude llevar, y volví a colocar la tapa.

Eché una ojeada a Wolf Larsen y comprendí que no se había movido. Tuve una idea luminosa. Me introduje en su camarote y me apoderé de sus revólveres. Allí no había más armas, aunque revolví por completo los tres camarotes restantes. Para estar más seguro, retrocedí y registré la bodega y el castillo de proa; en la cocina recogí los afilados cuchillos que servían para la carne y las legumbres. Entonces me acordé de la enorme navaja que llevaba siempre consigo, y me acerqué a él, hablándole primero suavemente, luego en voz alta; pero no se movió. Me incliné y se la quité del bolsillo, y entonces ya respiré con más libertad. Carecía de armas con que matarme a distancia, mientras que yo, armado, podría hacerle frente siempre si intentaba luchar con sus terribles brazos de gorila.

Cogí un poco de vajilla de la alacena de la cocina, una cafetera y una sartén y volví a tierra, dejando a Wolf Larsen tumbado al sol.

Maud dormía aún. Soplé en el rescoldo (todavía no habíamos arreglado la cocina de invierno) y preparé el almuerzo con febril impaciencia. Cuando terminaba, la oí moverse en el interior de su cabaña mientras hacía su toilette. Una vez estuvo todo dispuesto y el café colado, se abrió la puerta y apareció.

-Eso no está bien -dijo a guisa de saludo-; usted ha usurpado mis prerrogativas. Ya sabe que convinimos en que el guisar era cosa mía, y...

-Sólo por esta vez -me defendí.

-Si promete no reincidir -añadió sonriendo-. A no ser que se haya cansado usted de mi pobre trabajo.

Con gran contento de mi parte, ni una sola vez se le ocurrió mirar hacia la playa, y con tal éxito sostuve la broma, que sorbió el café de la taza de porcelana, comió patatas fritas y untó la galleta con mermelada sin darse cuenta de nada. Advirtió al fin que el plato en que comía era de porcelana; miró el almuerzo, observando todos los detalles; luego me miró a mí y lentamente volvió el rostro hacia la playa.

-¡Humphrey! -dijo.

Asomó una vez más a sus ojos el antiguo terror indescriptible.

- ¿Está... él ...? -murmuró.

Yo asentí con la cabeza.

CAPITULO XXXIII

Todo el día estuvimos esperando que Wolf Larsen bajara a tierra. Fue un período de intolerable inquietud. Cada momento dirigíamos al Ghost miradas de angustia, pero él no dio señales de vida, ni siquiera apareció sobre cubierta.

-Quizá tenga dolor de cabeza -dije-. Le dejé tumbado en la toldilla. Probablemente habrá permanecido allí toda la noche. Iré a ver qué le pasa.

Maud me miró con ojos suplicantes.

-No se preocupe -la tranquilicé-. Cogeré los revólveres. Ya sabe que me he apoderado de todas las armas de a bordo.

-¡Pero quedan sus manos, sus terribles manos! -objetó. Y luego exclamó-: ¡Oh, Humphrey, ese hombre me da miedo! ¡No vaya, se lo ruego, no vaya!

Puso su mano en la mía como pidiendo protección, y mi pulso latió con más violencia. Tengo la seguridad de que por un momento mi corazón asomó a mis ojos. ¡Oh, dulce mujer querida!

-No voy a correr ningún riesgo -dije-. Sólo atisbaré por la proa.

Me oprimió efusivamente la mano y me dejó marchar. El lugar de la cubierta donde había dejado a Wolf Larsen estaba desocupado. Indudablemente, había bajado a la cabina. Aquella noche permanecimos de guardia alternativamente, durmiendo un rato cada uno ante la imposibilidad de prever qué podría hacer Wolf Larsen. Demasiado sabíamos que era capaz de todo.

Al día siguiente esperamos, y al otro lo mismo, y Wolf Larsen continuaba sin dar señales de vida.

-¡Esos dolores de cabeza que le dan, esos ataques! -dijo Maud-. Tal vez esté enfermo, muy enfermo. Puede haber muerto, o estar muriéndose -añadió viendo que yo no hablaba.

-Más valdría -respondí.

-Piense, Humphrey, que es un semejante en sus último momentos... y está solo...

-Es posible... -dije.

-Sí, es posible -reconoció-. Pero no lo sabemos, y sería terrible si fuese cierto. Yo nunca me lo perdonaría. Es preciso que hagamos algo.

-Tal vez -volví a insinuar.

-Debe usted ir a bordo, Humphrey.

Me levanté y me dirigí a la playa.

-Tenga cuidado -me gritó al alejarme.

La saludé con la mano desde el extremo del castillo de proa y bajé a la cubierta. Al llegar a popa me asomé a la escalera de la cabina y me contenté con llamar desde fuera. Wolf Larsen contestó, y cuando empezó a subir amartillé el revólver. Durante nuestra conversación, deliberadamente se lo mostré, pero él no hizo el menor caso. Físicamente

parecía el mismo de la última vez que le vi, si bien ahora estaba más triste Y silencioso. En realidad, las pocas palabras que cruzamos apenas podían llamarse conversación. Me abstuve de preguntarle por qué no había bajado a tierra, y él tampoco inquirió por qué no había estado yo a bordo. Según dijo, volvía a estar bien de la cabeza, Y me marché sin que mediaran más palabras.

Maud recibió mis noticias con muestras evidentes de alivio, y la vista del humo que luego salió de la cocina la puso de humor más alegre. Al día siguiente y al otro también vimos salir humo de la cocina, y algunas veces vislumbrábamos a Wolf Larsen en la toldilla. Pero eso era todo. No hacía ninguna tentativa para desembarcar. Esto lo sabíamos porque de noche seguíamos montando la guardia. Esperábamos que hiciese algo, y su inacción nos preocupaba y desesperaba.

Así transcurrió una semana. Después cesó de salir humo y no volvimos a ver a Wolf Larsen en la toldilla. De nuevo se mostró solícita Maud, pues consintió tímidamente y con cierto orgullo, creo, que repitiese su encargo de la otra vez. Después de todo, ¿por qué había de censurarla? Era mujer. Además, a mí también me producía molestia pensar que aquel hombre a quien había tratado de matar muriese solo, teniendo tan cerca a unos semejantes. El había estado en lo cierto. El código de mi grupo era más fuerte que yo. El hecho de que tuviese manos y un cuerpo formado a semejanza del mío constituía un título que yo no podía ignorar.

Por tanto, no aguardé a que Maud volviera a enviarme. Descubrí que nos hacía falta leche condensada y mermelada y anuncié que iba abordo. Noté sus vacilaciones; llegó hasta a murmurar que no eran cosas esenciales y que mi viaje en busca de ellas tal vez fuese inoportuno. Y así como había adivinado el valor de mí pensamiento, adivinó ahora el valor de mis palabras y comprendió que no iba a bordo a causa de la leche y de la mermelada, sino a causa de ella y de su inquietud que no había logrado disimular.

Cuando llegué al extremo del castillo de proa, me quité los zapatos, y así, descalzo, fui a popa sin hacer ruido. Esta vez tampoco llamé desde lo alto de la escalera; descendí con precaución y hallé la cabina desierta. La puerta del camarote de Wolf Larsen estaba cerrada. Primero pensé llamar, pero después me acordé de la comisión, motivo aparente de mi venida y resolví llevarla a efecto. Evitando cuidadosamente hacer ruido, levanté la tapa del suelo y la puse a un lado. Tanto el bazar como las vituallas estaban en el lazareto y aproveché la oportunidad para hacer provisión de ropa interior.

Al salir del lazareto oí ruido en el camarote de Wolf Larsen. Me agazapé y me quedé escuchando. Rechinó el pestillo de la puerta e instintivamente retrocedí a pasos furtivos detrás de la mesa, saqué el revólver y lo amartillé. Se abrió la puerta y avanzó Wolf Larsen. Nunca había visto yo una desesperación tan profunda como la que descubrí en el rostro de aquel hombre, de aquel Wolf Larsen fuerte e indomable. Retorciéndose les manos como una mujer levantó los puños crispados y rezongó. Abrió una mano y con la palma se restregó los ojos como si apartara unas telarañas.

-¡Dios! ¡Dios! -refunfuñó, y sus puños apretados se levantaron de nuevo hacia la infinita desesperación que vibraba en su garganta.

Era horrible; temblaba todo mi ser y sentía los escalofríos recorrerme el espinazo y el sudor de mi frente. Pocos espectáculos hay en el mundo más imponentes que el de un hombre fuerte en el momento en que se ve completamente débil y decaído.

Por un esfuerzo de su voluntad poderosa, pronto recobró Wolf Larsen el dominio de sí mismo. El esfuerzo fue enorme. Todo su cuerpo se estremeció con la lu. cha; pareció que iba a sufrir un ataque. En su empeño por calmarse su semblante se retorció, pero en seguida volvió a caer en su abatimiento. De nuevo levantó los puños crispados y gruñó. Suspiró varias veces, sollozando casi, y de nuevo su voluntad venció. Llegué a imaginar que era el

antiguo Wolf Larsen, y con todo, había en sus movimientos una vaga sugerencia de indecisión y debilidad.

Ahora sentí miedo por mi; la tapa abierta estaba directamente en su camino y este descubrimiento le conduciría a descubrirme. Yo estaba indignado conmigo mismo por haberme dejado sorprender en una posición tan cobarde. Aún estaba a tiempo, me puse de pie rápidamente, y comprendo que inconsciente en absoluto, adopté una actitud retadora.

El no se apercibió de mi presencia, como tampoco de la tapa. Antes de que yo hubiese podido darme cuenta de la situación, sin darme tiempo para actuar, se había dirigido hacia la abertura. Un pie descendía por el agujero mientras el otro empezaba a levantarse, pero cuando el que descendía echó de menos el sólido entarimado y notó el vacío bajo él, fue el antiguo Wolf Larsen y sus músculos de tigre los que hicieron saltar el cuerpo a través de la abertura, de tal manera que, extendiendo los brazos, dio con el pecho y el estómago en el otro lado del hueco. Un momento después sacó las piernas y consiguió salir de aquella posición, pero rodó sobre la mermelada y el fardo de ropa, golpeando la tapa del lazareto.

Por la expresión de su cara demostraba haberlo comprendido todo, y antes de que yo adivinara su pensamiento, había colocado la tapa en su sitio cerrando el lazareto. Entonces lo entendí: se figuraba que yo estaba abajo. Por tanto, estaba ciego; ciego como un murciélago. Le observé respirando con cuidado a fin de que no pudiese oírme. Entonces se dirigió rápidamente a su camarote; vi cómo su mano no acertaba a encontrar el picaporte con una pulgada de diferencia, cómo lo tanteaba vivamente y lo hallaba. Debía aprovechar el momento. Atravesé la cabina de puntillas y subí la escalera. Volvió arrastrando un pesado cajón que depositó sobre la tapa del lazareto. No contento con esto, trajo otro cajón y lo colocó encima del primero. Después recogió la ropa y la mermelada y puso todo encima de la mesa. Cuando subió la escalera yo me retiré y pasé silenciosamente sobre el techo de la cabina.

Empujó la puerta corredera, y apoyando los brazos en ella, permaneció allí. Por su actitud parecía mirar hacia la proa de la goleta, o más bien clavar la vista en ella, pues sus ojos estaban fijos y no pestañeaban. Yo me hallaba sólo a unos cinco pies de distancia y precisamente en lo que debió haber sido su campo de visión. Esto era misterioso; a causa de mi invisibilidad yo me figuré ser una sombra. Moví la mano, pero sin ningún resultado, por supuesto, si bien cuando la sombra movediza cruzó ante su cara vi en seguida que era susceptible a la impresión y su rostro se contrajo y se hizo más atento al tratar de analizarla e identificarla. El sabía que había respondido a alguna cosa exterior, que al cambiar algo de su alrededor, había rozado su sensibilidad, pero no pudo descubrir qué había sido. Cesé de agitar la mano a fin de que la sombra permaneciese estacionaria. Entonces empezó a mover la cabeza de atrás a delante y de un lado a otro, pasando del sol a la sombra, como si quisiera probarla con la sensación.

Yo también estaba preocupado queriendo averiguar cómo podría darse cuenta de la existencia de una cosa tan intangible cual era una sombra. Si la lesión afectaba a sus pupilas o si el nervio óptico no estaba del todo destruido, la explicación era sencilla, pero de no ser así, no se me alcanzaba otra conclusión sino que su epidermis en extremo sensible, notaba la diferencia de temperatura entre la sombra y la luz solar. O, ¿quién sabe si sería tal vez este fabuloso sexto sentido el que le transmitía la sensación de los objetos cercanos?

Abandonando su tentativa para determinar la sombra, salió a cubierta y se dirigió a popa, andando con una rapidez y seguridad que me sorprendieron, y no obstante había en su paso aquel vislumbre de debilidad propia de los ciegos. Ahora ya me lo explicaba todo.

Para contrariedad y a la vez diversión mías descubrió mis zapatos en el extremo del castillo de proa y se apoderó de ellos, dirigiéndose después a la cocina. Le vi encender el fuego y disponerse a guisar la comida; entonces me deslicé hacia la cabina en busca de mi mermelada y del paquete de ropa, pasé junto a la cocina y bajé a la playa para llevar a Maud la nueva de la pérdida de mis zapatos.

CAPITULO XXXIV

-¡Qué lástima que el Ghost haya perdido los mástiles! Nos podríamos haber marchado en él. ¿No le parece, Humphrey?

Me levanté de un salto.

-Es difícil, es difícil -repetía yo paseando de un lado a otro.

Los ojos de Maud me seguían brillantes de esperanza. ¡Tenia tal fe en mí! Y este pensamiento me comunicaba nueva energía. Recordé la frase de Michelet : "La mujer es para el hombre lo mismo que la tierra para su hijo legendario; con sólo echarse de bruces y besar su seno, vuelve a sentirse fuerte". Por primera vez comprendía la admirable verdad de estas palabras; las estaba viviendo. Maud representaba para mí un infalible manantial de fuerza y valor. No tenía más que mirarla o pensar en ella, para volver a sentirme fuerte.

-Se podría arreglar -pensaba yo en voz alta. Lo que hacen los hombres puedo hacerlo yo.

-¿Qué dice? -exclamó Maud-. ¿Qué es eso que podría hacer?

-Pues nada menos que colocar los mástiles en el Ghost y marcharnos.

-¿Pero y el capitán Larsen? -objetó.

-Está ciego e impotente.

-¡Y sus terribles manos! Ya sabe cómo saltó por encima del lazareto.

Y cómo me escurrí -contesté alegremente.

-Y perdió los zapatos.

Ambos nos echamos a reír, y luego nos pusimos seriamente a pensar la manera cómo colocaríamos los mástiles del Ghost. Recordaba vagamente la física estudiada en la escuela, pero en los últimos meses había adquirido una experiencia práctica de la mecánica. Sin embargo, cuando nos dirigimos al Ghost para estudiar más cerca el trabajo, casi me descorazonó la vista de los enormes mástiles flotando en el agua. ¿Por dónde empezaríamos? ¡Si al menos hubiera un mástil en su sitio o alguna cosa en alto donde sujetar las jarcias! Conocía la teoría de la palanca, pero ¿dónde hallar un punto de apoyo?

Maud estaba a mi lado silenciosa, mientras yo desarrollaba mentalmente la combinación conocida entre los marineros por "cizallas". Pero, aunque conocida de la gente de mar, yo le invité en Endeavour Island. Cruzando y atando los extremos de dos remos y elevándolos como una V invertida, obtuve un punto sobre la cubierta donde sujetar el motón elevador. A este motón podría atar otro en caso necesario. ¡Y además, tenia allí el molinete!

Maud adivinó que había encontrado una solución y sus ojos se encendieron con una llama de simpatía.

-¿Qué va usted a hacer? -me preguntó.

-Deshacer este enredo -contesté señalando la maraña de los restos del naufragio que flotaban junto al barco-. Si quiere usted venir en el bote conmigo, nos pondremos al trabajo y ordenaremos las cosas.

-Cuando los hombres luchan por la vida con la navaja entre los dientes -citó Maud; y durante el resto de la tarde trabajamos alegremente.

Su ocupación consistía en mantener el bote en posición mientras yo trabajaba en el enredo. Y, ¡qué enredo! Drizas, escotas, cabos, obenques, estays, todo esto sacudido, enmarañado y enroscado por el mar. Yo no cortaba sino lo preciso y pasando las largas cuerdas por debajo y alrededor de los botalones y mástiles, desguarneciendo drizas y escotas, adujando los cabos en el bote y desenrollándolos de nuevo a fin de atravesar otro nudo, acabé por calarme hasta los huesos.

Las velas requerían más cortes y las lonas empapadas de agua consumieron todas mis fuerzas, pero antes de la caída de la noche logré tenerlas todas tendidas en la playa para que se secaran. Ambos estábamos muy cansados cuando desembarcábamos para cenar, pues habíamos trabajado mucho, aunque a simple vista no lo pareciese.

Al día siguiente por la mañana, con la ayuda eficaz de Maud, entré en la cala del Ghost para desembarazar los soportes de los mástiles. Apenas habíamos dado principio a nuestro trabajo, cuando apareció Wolf Larsen atraído por los golpes y martillazos.

-¡Hola! -gritó por la escotilla.

Al sonido de su voz, Maud se me acercó con presteza como buscando protección y permaneció con una mano apoyada en mi brazo, mientras yo parlamentaba.

-¡Hola! -repuse yo-. Buenos días.

-¿Qué hacéis aquí? preguntó-. ¿Tratáis de barrenar el barco?

-Todo lo contrario; lo estoy reparando -respondí.

-Pero, ¿qué diablos vas a reparar?

-Voy a plantar de nuevo los mástiles -repliqué tranquilamente, como si fuese la cosa más sencilla del mundo.

-¡Al fin parece que te sostienes sobre tus propias piernas! -oí que decía; y luego se calló durante un buen rato.

-Me parece Hump volvió a decir-, que no lo conseguirás.

-¡Oh! ya lo creo -contesté-; en ello estoy precisamente.

-Pero este barco es mío. ¿Qué harías si yo te lo prohibiese?

-Olvida usted -dije- que ya no es la mayor porción del fermento. En otros tiempos podía devorarme; Pero ahora soy yo quien puede devorarle a usted. El fermento se ha convertido en cerveza.

Dejó oír una risa breve y desagradable.

-Veo que empleas mí propia filosofía conmigo dándole todo su valor, aunque te advierto que no debes cometer el error de menospreciarme. Eso te lo digo por tu propio bien.

-¿Desde cuándo se ha hecho usted filántropo? Confiese que al avisarme por mi propio bien da prueba de ser muy inconstante.

No quiso comprender mi sarcasmo y repuso:

-Suponte que ahora cerrase la escotilla; no te burlarías de mí como lo hiciste en el lazareto.

-Wolf Larsen -dije con severidad, llamándole por primera vez con su nombre familiar-, no puedo matar a un hombre desarmado e indefenso. Para su satisfacción y la mía, ha tenido ocasión de comprobarlo; pero soy yo quien le advierte, no tanto por su bien como por el mío, que le mataré en cuanto intente un acto hostil. Ahora mismo, desde aquí, puedo dispararle; y si tal es su intención, avance en seguida y pruebe a cerrar la escotilla.

-Sin embargo, te prohíbo absolutamente que te ocupes de mí barco.

-Usted adelanta el hecho de que el barco sea suyo, como si fuese una razón moral, y nunca ha admitido derechos morales en su trato con los demás. No tendrá la pretensión de que los atienda en mi trato con usted...

Yo había avanzado hasta colocarme debajo de la abertura, a fin de poderle ver. La falta de expresión de su semblante, tan distinta de lo que había yo supuesto antes de verle, aumentaba con sus ojos apagados y fijos. No resultaba agradable mirarle.

-Mira si soy desgraciado, que ni siquiera me queda ya el respeto de Hump -dijo con sorna.

La burla, sin embargo, sólo existía en su voz, pues su rostro permanecía tan inexpresivo como antes.

-¿Cómo está usted, miss Brewster? -dijo de pronto tras una pausa.

Esto me sorprendió. Ella no había hecho ningún ruido ni se había movido. ¿Sería que le quedaba algún vislumbre de visión, o que recobraba la vista?

-Y usted, ¿cómo sigue, capitán Larsen? -respondió ella-. Pero, ¿cómo sabe que estoy aquí?

-Porque oí su respiración. Digo que Hump ha mejorado mucho, ¿no le parece?

-No lo sé -contestó ella sonriéndome-. Nunca le he visto de otro modo.

-Debió usted haberle visto antes.

-Wolf Larsen a grandes dosis -murmuré.

-Quiero advertirte de nuevo, Hump -repuso, amenazador-, que valdría más dejar las cosas como están.

-Pero, ¿no desea usted huir, lo mismo que nosotros?

-No -respondió-, pienso morir aquí.

-Bueno, pues nosotros no -dije retándole y volviendo a los golpes y martillazos.

CAPITULO XXXV

Al día siguiente, una vez desembarcados de los mástiles, los soportes y preparado todo, nos dispusimos a subir a bordo los dos masteleros. La cofa mayor, medía más de treinta pies de largo, la cofa de trinquete cerca de treinta, y con éstos pensaba hacer las cizallas. Era un trabajo muy fatigoso. Sujetando el extremo de una gruesa jarcia al molinete y el otro a la parte más ancha de la cofa de trinquete, empecé a dar vueltas. Maud sostenía la cuerda doblada en el molinete y la adujaba.

Nos asombraba la facilidad con que subía el palo. El molinete era de manubrio, muy perfeccionado, y daba un enorme rendimiento.

Pero cuando el extremo de cofa de trinquete estuvo a nivel de la barandilla, todo se detuvo.

-Debí haberlo previsto -dije, impaciente-. Ahora hemos de volver a empezar.

-¿Por qué no sujeta la jarcia más en el centro del mástil? -sugirió Maud.

-Eso es lo que debí haber hecho -respondí, muy disgustado conmigo mismo.

Al cabo de una hora invertida entre trabajar y descansar, había elevado el palo hasta el punto en que ya no podía subir más.

Volví a deshacer todo lo hecho y bajé de nuevo el mástil hasta el agua, pero calculé mal el punto de equilibrio, y en lugar de subir la parte inferior del palo subió la superior.

Maud parecía desesperada, pero yo me reí y le dije que no se apurara, que al fin acertaríamos.

Procedí a elevar el aparejo y después de muchos intentos, el mástil fue elevándose lentamente hasta balancearse formando un ángulo recto con la barandilla, y entonces, con gran sorpresa, descubrí que no era preciso que Maud aflojara la cuerda. En realidad, era necesario todo lo contrario. Sujeté el aparejo de cuarto, hice dar unas vueltas al molinete y entré el mástil pulgada a pulgada hasta que su extremo tocó la cubierta y al fin quedó tendido sobre el entarimado.

Miré el reloj; eran las doce. La espalda me dolía cruelmente y estaba muy fatigado y hambriento. Y sin embargo, sobre cubierta no había más que un palo que representaba el trabajo de toda una mañana. Por primera vez me daba cuenta de la extensión de la tarea que debíamos realizar, aunque lo que había hecho me había servido de lección provechosa. Por la tarde ya estaríamos más prácticos. Y así fue, en efecto, cuando volvimos a la una, después de descansar y restaurar las fuerzas con una comida suculenta.

Anochecía ya cuando hube de dejar mi obra. Wolf Larsen, que había estado allí toda la tarde presenciando mi trabajo sin abrir la boca, se había marchado a la cocina a preparar la cena. Yo sentía tal envaramiento en la espalda, que el enderezarme me costaba un esfuerzo doloroso. Contemplé con orgullo lo que habíamos hecho. Ya empezaba a conocerse. Como un niño ante un juguete nuevo, sentía un deseo de elevar algo con mis cizallas.

-¡Qué lástima que sea tan tarde! -dije-. Me hubiera gustado ver cómo funciona esto.

-No sea ansioso, Humphrey -me respondió Maud-. Mañana será otro día, y ahora está tan cansado que apenas puede tenerse en pie.

-¿Y usted? Debe estar también muy cansada; ha trabajado rudamente. Estoy orgulloso de usted, Maud.

Nos retiramos y acabábamos de cenar, cuando me sobrevino el temor de cualquier asechanza de Wolf.

-Es una vergüenza que después de trabajar duramente todo el día, no podamos dormir tranquilos -dije.

-Pero, ¿puede haber peligro ahora con un ciego? -preguntó Maud.

-Yo no podré fiarme nunca de este hombre -aseguré-, y ahora que está ciego, mucho menos. La primera cosa que haré mañana será anclar al Ghost lejos de la playa, y así, cada noche, cuando nos dirijamos a tierra en el bote, Wolf quedará prisionero a bordo. Nos despertamos cuando amanecía.

-¡Oh, Humphrey! -oí gritar a Maud, consternada.

Tenía la vista fija en el Ghost. Seguí la dirección de su mirada, pero no vi nada extraordinario.

-Las cizallas -dijo, con voz trémula.

Me había olvidado de su existencia. Volví a mirar hacia el barco y no las vi.

-Sí, las ha... -murmuré ferozmente.

Compadecida, puso su mano sobre la mía y dijo:

-Tendrá que volver a empezar.

-Tiene usted razón, ha destruido las cizallas, y lo único que puedo hacer es empezar de nuevo... Pero en lo sucesivo haré centinela a bordo, y si vuelve a mezclarse...

-Pero yo no me atrevo a quedarme en tierra sola toda la noche -dijo Maud-. ¡Cuánto más no valdría que nos ayudara y pudiéramos vivir todos a bordo!

-Y así será -afirmé furioso, porque la destrucción de las cizallas me dolía profundamente-. Usted y yo viviremos a bordo quiera o no Wolf Larsen... Es usa tontería que haga estas cosas -dije riendo un momento después--. ¡Y que yo me enfade por ellas!

Pero el corazón me latió con violencia cuando trepamos a bordo y vi el destrozo que Wolf Larsen había hecho.

A los ojos de Maud asomaron las lágrimas. Yo también hubiese llorado. ¿Dónde había ido a parar nuestro proyecto de arbolar al Ghost? Wolf Larsen había hecho una obra perfecta. Me senté desesperado en el borde de la escotilla, con la barba apoyada en las manos. - Merece la muerte.

Maud estaba a mi lado acariciándome dulcemente, y decía:

-Bueno, bueno; todo se arreglará. La razón está de nuestra parte, y todo saldrá bien.

Me acordé de las frases de Michelet, recliné la cabeza en el regazo de Maud, y realmente volví a sentirme fuerte. Aquella bendita mujer era para mí un infalible manantial de fuerza y energía. ¿Qué importaba aquel retraso, aquella tardanza? La marea no podría haber arrastrado muy lejos los mástiles. Únicamente habría que buscarlos y remolcarlos hasta allí. Y además, aquello me serviría de lección. Pudo haber esperado a que nuestro trabajo hubiese estado más adelantado para destruirlo más eficazmente.

-Ahí viene -murmuró Maud.

Levanté los ojos. Wolf Larsen paseaba lentamente por el lado de babor de la toldilla.

-Haga como que no le ve -dije en voz baja-. Viene a gozarse en su obra. No demostremos que nos hemos enterado. Le podemos negar esta satisfacción. Quítese los zapatos, eso es, y llévelos en la mano.

Entonces nos pusimos a jugar al escondite con el ciego. Cuando pasaba a babor, nosotros nos deslizábamos a estribor; y desde la toldilla le vimos volverse y dirigirse a popa en nuestro seguimiento.

El debió conocer por algún indicio que nos hallábamos a bordo, porque dijo: "Buenos días" con mucha seguridad, y esperó que le fuera devuelto el saludo. Después pasó a popa, y nosotros huimos a proa.

-¡Oh! Sé que estás a bordo -gritó, y vi cómo luego de hablar escuchaba atentamente.

Me trajo a la memoria el búho, que cuando acaba de lanzar su grito lúgubre se queda acechando los movimientos de su presa asustada. Pero nosotros no nos movimos y sólo andábamos cuando andaba él. Y así, cogidos de la mano, nos esquivamos por la cubierta como un par de chiquillos perseguidos por un ogro, hasta que Wolf Larsen, evidentemente disgustado, dejó la cubierta y bajó a la cabina. En nuestros ojos brillaba la alegría y sonreíamos contentos cuando nos pusimos los zapatos, y trepando por la barandilla saltamos al bote. Y cuando miré a los ojos claros de Maud, olvidé todo el daño que Wolf Larsen me había hecho, y únicamente supe que la amaba y que ella me comunicaba la energía para abrirme el camino que debía conducirnos al mundo.

CAPITULO XXXVI

Durante dos días Maud y yo recorrimos el mar y exploramos las playas, en busca de los mástiles perdidos, pero hasta el tercero no los encontramos. Los hallamos todos, las cizallas incluidas, aunque en el lugar más peligroso, al pie del promontorio sudoeste, batido por las olas. ¡Y cómo trabajamos! Regresamos a nuestra pequeña ensenada, cerrada ya la noche, para proseguir en los días sucesivos nuestro desesperado esfuerzo.

Hubo un momento en que, completamente extenuados de fatiga, quise abandonarlo todo; pero Maud se opuso, significándome que era el único medio de libertarnos. De no poder navegar en el Ghost, habríamos de permanecer hasta la muerte en aquella isla desconocida, a la que no abordarla nadie.

-Se olvida del bote que hallamos en la playa -le recordé.

-Era un bote de cazadores -replicó-, y demasiado sabe usted que si los hombres se hubieran salvado, hubiesen vuelto para hacerse ricos en este criadero.

No hubo más remedio sino seguir hasta lograr reunir los mástiles, después de esfuerzos inauditos. Regresábamos a nuestra isla, a través de un mar agitado. A las tres y media de la tarde doblamos el promontorio sudeste. No solamente estábamos hambrientos, sino que además sufríamos el tormento de la sed; teníamos los labios secos y agrietados y ya ni siquiera podíamos humedecerlos con la lengua. Entonces el viento fue amainando gradualmente hasta el anochecer, en que calmó del todo y yo volví a remar, pero débil, muy débilmente. A las dos de la madrugada la proa del bote tocó la playa de nuestra ensenada interior, y dando traspiés lo amarré. Maud no podía tenerse de pie y yo no tenía fuerza suficiente para llevarla. Me dejé caer en la arena a su lado y cuando me hube recobrado la cogí por debajo de los brazos y la arrastré hasta la cabaña.

Al día siguiente no trabajamos; dormimos hasta las tres de la tarde, al menos yo, pues al despertar hallé que Maud estaba ya guisando la comida. Era admirable lo pronto que se reponía; en aquel cuerpo frágil como un lirio había tal tenacidad y tal actividad de las fuerzas vitales, que difícilmente podían conciliar con su debilidad aparente.

-Ya sabe usted que mi viaje al Japón tenía por motivo mi salud -dijo, cuando después de comer nos quedamos junto al fuego, deleitándonos con aquella inacción-. En realidad, nunca he sido muy fuerte, y como los médicos me recomendaron un viaje por mar, elegí el más largo.

-¡Qué poco sabía usted lo que elegía! -dije riendo.

-Pero esta experiencia me convertirá en una mujer distinta y más fuerte -repuso ella, y hasta creo que mejor. Cuando menos, me habrá servido para la perfecta comprensión de la vida.

Al día siguiente, no bien amaneció, desayunamos y nos pusimos al trabajo.

Tres días necesitamos aún para disponerlo todo y tener al fin un molinete rudimentario, que no daba el rendimiento del anterior, pero que hacia posible mí trabajo.

Al otro día subí a bordo los dos masteleros, y pronto funcionaron las cizallas lo mismo que antes. Aquella noche dormí sobre cubierta junto a mi trabajo, y Maud, que se negó a quedarse sola en tierra, se acostó en el castillo de proa. Wolf Larsen había estado dando vueltas por allí y escuchando cómo reparaba el molinete, pero no había hablado sino de cosas indiferentes. Ninguno de los tres aludimos para nada a la destrucción de las cizallas y él tampoco volvió a decirme que de- jara el barco. Sin embargo, seguía temiéndole, pues aunque ciego e impotente, siempre estaba al acecho, y yo, por si acaso, procuraba estar fuera del alcance de sus brazos mientras trabajaba.

Esta noche, estando dormido debajo de mis cizallas, me despertó el ruido de sus pasos sobre cubierta. A la luz de las estrellas pude distinguir la sombra de su cuerpo andar de un lado a otro; salí de bajo las mantas y le seguí descalzo para que no me oyera. Había cogido un cuchillo del cajón de las herramientas y se disponía a cortar las drizas del foque mayor que había yo atado de nuevo. Las tanteó con la mano y descubrió que no estaban bastante tirantes, de forma que le era imposible utilizar el cuchillo, por lo que tiró de los extremos de las cuerdas, las puso en tensión, las ató, y entonces se preparó a cortar.

-Convendría que dejase eso -le dije en voz baja.

Oyó cómo amartillaba la pistola y se echó a reír.

-¡Hola, Hump! -dijo-, ya sabía que estabas ahí; tú no puedes engañar a mis oídos.

-No es verdad, Wolf Larsen -le contesté en el mismo tono de antes-. Pero como estoy aguardando impacientemente la ocasión de matarle, empiece a cortar cuando quiera.

-La ocasión la tienes siempre -repuso con desdén.

-Empiece a cortar.

-Prefiero no darte ese gusto -dijo riendo, y desapareció de la cubierta.

-Hay que hacer algo, Humphrey -advirtió Maud a la mañana siguiente cuando le hube contado lo ocurrido-. Si ese hombre sigue en libertad, nos hará alguna trastada. Es capaz de hundir el barco o prenderle fuego. Habremos de amarrarle.

-Pero, ¿cómo? Yo no me atrevo a ponerme al alcance de sus brazos, y además, él sabe que mientras su resistencia sea pasiva no puedo matarle.

-Urge buscar una solución.

-Ya la tengo -dijo al fin.

Cogí una maza de les que servían para la caza de focas.

-Esto no le matará -continué-, y antes de que vuelva en si le habré atado fuertemente.

Maud volvió la cabeza con un estremecimiento.

-No, eso no... Debemos emplear otro medio menos brutal; esperemos.

Pero no hubimos de esperar mucho; el problema se resolvió por si solo. Después de varias tentativas hallé el punto de equilibrio del palo de trinquete, sujeté el aparejo elevador unos cuantos pies más arriba y nos dedicamos a nuestro trabajo.

Mientras tanto, Wolf Larsen había subido a cubierta. En seguida notamos en él algo extraño. La indecisión de sus movimientos era más pronunciada. Junto a la escalera de la

toldilla titubeó, se pasó una mano por los ojos con aquel gesto suyo tan peculiar, descendió los peldaños dando traspiés y cruzó la cubierta con el mismo paso inseguro, tendiendo los brazos en busca de apoyo. Al llegar cerca de la bodega, recobró el equilibrio y allí permaneció un buen rato como si fuera presa de vértigos, pero de pronto se le doblaron las piernas y se desplomó sobre el entarimado.

-Le ha dado un ataque -dije al oído de Maud.

Ella sacudió la cabeza, y sus ojos reflejaron profunda compasión.

Nos acercamos a él; respiraba convulsivamente. Maud le levantó la cabeza a fin de que la sangre no le congestionara y me envió a la cabina por una almohada. Traje también mantas y le instalamos lo mejor que pudimos. Le tomé el pulso, que latía con fuerza y casi era normal. Esto me extrañó y me hizo sospechar.

-¿Y si fuese una superchería? -dije sin abandonarle la muñeca.

Maud movió la cabeza y me dirigió una mirada de reproche; pero en aquel mismo instante la muñeca se me escapó de entre los dedos y aquella mano se cerró sobre la mía como un cepo de acero. Lancé un grito horrible e inarticulado, y cuando me rodeó el cuerpo con el otro brazo y me atrajo hacia él con un abrazo terrible, vi en su rostro una expresión de triunfo.

Me soltó la mano, pero me pasó el brazo por detrás de la espalda y me sujetó los míos de forma que me era imposible moverme. Con la mano libre me apretó la garganta, y en aquel momento tuve el amargo presentimiento de una muerte muy merecida por mi imbecilidad. ¿Por qué me habría puesto al alcance de aquellos brazos formidables? Sentí en el cuello el roce de otras manos, las de Maud, que se esforzaban en vano por soltar la garra que me estrangulaba. Viendo la inutilidad de su empeño, dio un alarido que me llegó al alma. Era el mismo que había oído al hundirse el Martínez.

Yo tenía la cara contra el pecho de Wolf Larsen y no podía ver nada, pero sentía que Maud daba vueltas por allí y finalmente corría por la cubierta. Esto ocurrió rápidamente. Aún no habla perdido yo el conocimiento, y sin embargo, el tiempo que transcurrió hasta que de nuevo oí acercarse sus pasos, me pareció interminable. En aquel preciso instante, sentí caer el cuerpo del hombre; cesó de respirar y su pecho se hundió bajo mi peso. Su garganta vibró con un profundo gemido. La mano que me oprimía la garganta aflojó la presión, dejándome respirar, mas se movió y otra vez volvió a apretar; pero con toda su voluntad, no pudo vencer la debilidad que le invadía. Aquella voluntad se quebró, se había desmayado.

Rodé hasta quedar de espaldas sobre la cubierta, jadeante y parpadeando a la luz del sol. Inmediatamente mis ojos se dirigieron al semblante de Maud, que estaba pálida, pero tranquila. Sorprendí en su mano una pesada maza.

Al cruzarse nuestras miradas soltó la maza como si de pronto la hubiese pinchado, y al mismo tiempo agitó mi corazón una gran alegría. Ahora sí que era verdaderamente mi mujer, mi compañera, que luchaba conmigo y por mí como lo hubiese hecho la compañera de un hombre de las cavernas. Despertaba todo lo que había en ella de primitivo, haciéndola olvidar su cultura y endureciéndola a despecho de la civilización en que había vivido.

-¡Mujer adorable! -exclamé poniéndome de pie.

Un momento después la estrechaba entre mis brazos, mientras ella lloraba convulsivamente, apoyada la cabeza en mi hombro. Vi la gloria de sus cabellos castaños brillando a la luz del sol como un tesoro. Y entonces incliné la cabeza y le besé el cabello dulcemente, tan dulcemente, que ella no se enteró.

Luego acudieron a mi mente pensamientos más razonables. Al fin y al cabo, no era sino una mujer que lloraba, una vez pasado el peligro, en los brazos de su protector o del que ella había salvado. La situación no hubiese sido otra de haberse hallado en mi lugar su padre o su hermano. Además, el sitio y la ocasión no eran los más apropiados para una declaración

amorosa y yo quería también ganarme mejores derechos a ello, por lo que volví a besarle el cabello dulcemente al sentir que se apartaba de mis brazos.

-Esta vez fue un ataque de verdad -dijo-, un golpe como el que le dejó ciego. Al principio fingió, pero luego lo sufrió realmente.

Le cogí por los sobacos y le arrastré hasta la escalera. Yo sólo no podía meterle en una litera, pero con la ayuda de Maud le coloqué en el borde y le hice rodar dentro de una litera baja

Sin embargo, esto no era todo; me acordé de las es posas que había en su camarote, y que usaba con los marineros. Fui por ellas; y cuando le dejamos estaba esposado de pies y manos. Por primera vez, en muchos días, respiré con entera libertad. Al subir a cubierta sentía como si me hubiesen quitado un peso de encima de los hombros. Al propio tiempo, viendo que Maud se me aproximaba, me pregunté si ella también notaría lo mismo, mientras nos dirigíamos hacia donde el palo de trinquete se hallaba pendiente de las cizallas.

CAPITULO XXXVII

En seguida nos trasladamos al Ghost, ocupando nuestros antiguos camarotes y guisando desde aquel día en la cocina. Nos hallábamos muy a gusto, y el palo de trinquete, suspendido de las improvisadas cizallas, daba a la goleta una apariencia en actividad que parecía la promesa de una próxima partida.

El ataque sufrido por Wolf Larsen, fue seguido de una notable pérdida de sus facultades. Maud lo descubrió por la tarde, al tratar de darle alimento. Ella le habló, pero no obtuvo respuesta. Estaba acostado sobre el lado izquierdo y era evidente que sentía grandes dolores. Su desasosiego le hizo volver la cabeza, quedando así la oreja izquierda libre de la presión de la almohada. Al instante oyó, y Maud vino corriendo a advertirme lo que sucedía.

Oprimiéndole la almohada sobre la oreja izquierda, pregunté a Wolf Larsen si me oía, pero no contesté; luego la quité, repitiendo la pregunta, y respondió afirmativamente.

-¿Sabe que está sordo de la oreja derecha? -le dije.

-Sí -repuso en voz baja pero enérgica-, y más aún, tengo afectado todo el costado. Parece como dormido. No puedo mover el brazo ni la pierna.

-¿Fingimos otra vez? -le interrogué, enojado.

Sacudió la cabeza, y en su boca inflexible se dibujó una sonrisa extraña y torcida Digo torcida porque sólo apareció en el lado izquierdo, mientras los músculos de la parte derecha de la cara permanecían inmóviles.

-Esta es la última hazaña del Lobo -dijo-. Tengo una parálisis y nunca más volveré a caminar. ¡Oh, únicamente dispongo del otro costado! -añadió, como si advirtiera la mirada de sospecha que dirigía a su pierna izquierda-. Es una lástima -continuó-. Hubiese preferido terminar contigo antes, Hump, y si desistí, fue porque te creí aniquilado.

-Y, ¿por qué? -pregunté entre horrorizado y curioso.

De nuevo sus labios duros dibujaron una torcida sonrisa, cuando dijo:

-¡Oh, precisamente para vivir, para vivir y obrar para ser la porción mayor del fermento hasta el fin, para devorarte; todo menos morir así!

Encogió los hombros, o más bien intentó encogerlos pues sólo el izquierdo se movió. Su gesto, lo mismo que la sonrisa, había resultado torcido.

-Pero, ¿cómo se explica usted esto? ¿Dónde está la causa de su enfermedad?

-En el cerebro. Es consecuencia de aquellos malditos dolores de cabeza.

-¿Qué síntomas experimentó?

-No hallo explicación posible a eso. En mi vida estuve enfermo. Habrá debido formarse algo en el cerebro, un cáncer, un tumor o algo que me devora y destruye. Me ha atacado los centros nerviosos, royéndolos poco a poco, célula tras célula, y produciéndome aquellos dolores.

-¿Los centros motores también? -sugerí.

-Eso parece; y lo peor de todo es que he de permanecer aquí en perfecto estado mental y sintiendo cómo se rompe, cómo desaparece toda conexión con el mundo. Estoy imposibilitado de ver, voy perdiendo el oído y el tacto; a este paso, pronto cesaré de hablar y mientras esté aquí conservaré todas mis actividades, pero seré impotente.

-Cuando dice usted que está aquí, me hace pensar en la posibilidad del alma.

-¡Tonterías! -replicó-. Esto significa únicamente que los centros más importantes están ilesos. Puedo recordar, pensar y razonar, y cuando esto termine habré terminado yo, habré dejado de ser. Pero, ¿el alma?...

Estalló en una carcajada burlona y después apoyó la oreja izquierda en la almohada, dando a entender así que ya no deseaba más conversación.

Maud y yo continuamos trabajando, impresionados por la terrible desgracia que había caído sobre él de cuyo horror, que participaba del respeto que inspira el castigo, nos dábamos ahora exacta cuenta.

-Podrías quitarme las esposas -dijo Wolf Larsen aquella noche-. Estás en completa seguridad; ahora estoy paralítico. Lo que hay que temer es que de estar en la cama se me formen úlceras.

Sonrió con su torcida sonrisa, y Maud, con los ojos dilatados por el horror, se vio obligada a volver la cabeza.

-¿Sabe usted que su sonrisa es torcida? -dije, sabiendo que Maud habría de cuidarle y deseando evitarle desagradables impresiones.

-Pues ya no sonreiré más -dijo con calma-. Ya me figuraba algo así; todo el día tengo entorpecida la mejilla derecha. Hace ya tres días que lo sentía venir. A ratos parecía como si se me durmiese tan pronto el brazo y la mano, como el pie y la pierna de este lado... Así, pues, ¿resulta torcida mi sonrisa?... Bueno, en adelante, supón que sonrío interiormente, con el alma si lo prefieres. Considera que ahora mismo estoy sonriendo.

Y durante varios minutos permaneció quieto entregado a su fantasía.

El hombre no había cambiado, continuaba siendo el antiguo Wolf Larsen, terrible e indomable, aprisionado

en aquella carne que en otros tiempos fue tan espléndida e invencible. Ahora le sujetaba con insensibles cadenas, encerrando su alma en la oscuridad y el silencio y separándola del mundo en que había cometido tantos excesos. Ya no volvería a conjugar el verbo "obrar" en todos los modos y tiempos. Sólo le quedaba el "ser" sin movimiento, que es como él había definido la muerte; querer, pero no ejecutar; pensar y razonar y seguir espiritualmente tan vivo como antes, pero materialmente estar muerto, bien muerto.

Aunque le quité las esposas, continuaba para nosotros con toda su potencialidad. No sabíamos qué podíamos esperar de él, qué cosa horrible sería capaz de realizar, elevándose por encima de la carne. La experiencia nos autorizaba a sentir este temor, y nos pusimos de nuevo al trabajo, siempre bajo el peso de la misma inquietud.

Yo había resuelto el problema que habían planteado las escasas dimensiones de las cizallas, pero para efectuar mi tarea, fueron necesarios dos días de trabajo, y hasta una mañana del tercero no pude levantar de la cubierta el palo. En eso si que demostré mi. torpeza. Tuve que aserrar, cortar y cincelar la madera hinchada por la humedad hasta que pareció roída por una rata gigantesca; pero al fin se ajustó.

-Esto trabajará, yo sé que trabajará -grité.

-¿Conoce usted el último juicio sobre la verdad del doctor Jordán? -preguntó Maud.

Sacudí la cabeza y me detuvo en la acción de quitar las virutas que se habían deslizado sobre mi espalda.

-¿Podemos hacerlo trabajar? ¿Podemos fiarle nuestras vidas?", dice el juicio.

-¿Es uno de sus favoritos?-dije.

-Cuando renové mi antiguo Panteón y eché fuera de él a Napoleón, a César y a todos sus compañeros, di entrada inmediatamente a otros, y el doctor Jordán fue el primero que instalé en él.

-Es un héroe moderno.

-Y porque es moderno es más grande -añadió ella.

-Como críticos, estamos de acuerdo -dije riendo.

-Lo mismo que como calafate y aprendiz -contestó ella, con otra carcajada.

En aquellos días, sin embargo, teníamos poco tiempo para reír, a causa de lo pesado del trabajo y de la horrible enfermedad de Wolf Larsen, que era como vivir muriendo.

Había sufrido otro ataque, a consecuencia del cual parecía haber perdido la voz; sólo a ratos podía hacer uso de ella. A veces, en medio de una frase, perdía el habla, y en ocasiones tardaba varias horas en restablecer la comunicación. Se quejaba de agudos dolores de cabeza, y durante este período fue cuando ideó un sistema para comunicarnos, en previsión de que llegara un día en que le sería absolutamente imposible hablar. Consistía el sistema en un apretón de la mano para decir "sí" y dos para decir "no". Este convenio fue muy oportuno, pues por la tarde había perdido la palabra para siempre. Desde entonces contestaba a nuestras preguntas con apretones de mano, y cuando deseaba decir algo, escribía con la mano izquierda sobre una hoja de papel con letra perfectamente legible.

Mientras tanto, había llegado el invierno. Los temporales se sucedían incesantemente, acompañados de nieve y lluvias. Las focas ya habían emigrado hacia el Sur y el criadero estaba completamente desierto. A despecho del mal tiempo y del viento, que es lo que especialmente me molestaba, trabajaba yo febrilmente y estaba sobre cubierta, desde el amanecer hasta la noche, haciendo notables progresos.

Mientras yo me afanaba en sujetar el aparejo al palo de trinquete, Maud cosía lona, pero siempre estaba dispuesta a dejarlo todo y venir en mi ayuda cuando hacían falta más de dos manos. La lona era dura y pesada y cosía con el rempujo y la aguja triangular que usan los marineros. Pronto tuvo las manos llenas de ampollas, pero seguía trabajando valerosamente, guisando y cuidando del enfermo por añadidura.

Cuando, siempre ayudado por Maud, quedó al fin colocado el palo en su sitio, después de grandísimos esfuerzos, ella acudió a mi lado para verlo. A la luz amarilla de la linterna contemplamos nuestra obra. Nos miramos y nuestras manos se buscaron y se unieron. Creo que ambos teníamos los ojos húmedos por la alegría de nuestro éxito.

-En realidad, esto era bien fácil -advertí-. La dificultad estaba en la preparación.

-Y la maravilla en el conjunto -añadió Maud-. Aún no acabo de creer que este mástil tan grande esté colocado como lo está; que lo haya subido del agua, y lo haya podido poner en su sitio. Es una verdadera obra de titanes.

Un olor extraño me llamó la atención. Eché una ojeada a la linterna y vi que no despedía humo.

-Algo se quema -dijo súbitamente Maud.

Saltamos juntos a la escalera, pero le pasé delante en la cubierta. Por la puerta de la bodega salía una densa columna de humo.

-Todavía no ha muerto el Lobo -dije para mis adentros, y me lancé por la escalera.

Era tan espeso el humo abajo, que tuve que ir buscando el camino a tientas, y tan grabada estaba en mi mente la poderosa imagen de Wolf Larsen, que esperaba de un momento a otro que el gigante, a pesar de hallarse impotente, me cogiera por el cuello y me estrangulara. Casi me dominó el deseo de volver a cubierta; Pero me acordé de Maud. Ante

mí pasó la visión de aquella mujer tal como la había visto hacía un momento a la luz de la linterna, con los ojos encendidos de alegría, y comprendí que no debía retroceder.

Cuando llegué a la litera de Wolf Larsen estaba sofocado, me ahogaba; alargué la mano buscándole. Allí estaba sin movimiento, pero se agitó ligeramente al tocarle. Palpé las mantas: no había señales de fuego. Sin embargo, aquel humo que me cegaba y me hacía toser debía proceder de algún sitio. Durante un momento perdí la cabeza y me precipité frenético por la bodega. Un golpe dado contra una mesa me volvió a la realidad. Me dije que un hombre paralítico no podía prender fuego muy lejos de donde yacía.

De nuevo volví al lado de Wolf Larsen, y allí encontré a Maud. No podía adivinar el rato que estaría en aquella atmósfera sofocante.

-¡Suba a cubierta! -le dije.

-Pero, Humphrey... -comenzó a protestar con voz extraña y ronca.

-¡Por favor, por favor!-le grité enérgicamente.

Obedeció sumisa, pero entonces pensé: "¿Y si no puede hallar la salida?" Seguí tras ella hasta el pie de la escalera, y entonces la oí gritar débilmente:

-¡Oh, Humphrey, me he perdido!

Estaba tanteando la pared del mamparo; la conduje, casi llevándola en vilo, y la subí por la escalera. Se hallaba sólo desvanecida, la dejé acostada en la cubierta y volví a sumergirme en la bodega.

El origen del humo debía estar muy cerca de Wolf Larsen. Mientras tanteaba por allí, cayó algo caliente sobre mi mano. Me quemaba. Entonces lo comprendí todo; haba prendido fuego a la colchoneta de la litera superior, pues para esto conservaba todavía bastante vigor en su brazo izquierdo. La paja húmeda de la colchoneta, falta de aire, no había prendido bien.

Al sacarla de la litera y ponerse en contacto con el aire, ardió. Quité los restos de paja encendida y salí un momento a cubierta en busca de aire.

Unos cuantos cubos de agua bastaron para apagarlo todo, y diez minutos después, cuando el humo se hubo disipado, consentí que bajara Maud. Wolf Larsen estaba
desvanecido, pero el aire fresco no tardó en devolverle el sentido.

Pidió por señas papel y lápiz.

«Les ruego que no me interrumpan -escribió-estoy sonriendo". "Como ven, todavía soy una porción de fermento", añadió, un poco más tarde.

-Me alegro de que sea usted una porción tan pequeña -dije.

"Gracias -escribió-; pero piensa en lo que habré de reducirme antes que me muera. Y sin embargo, sigo todo aquí, Hump -añadió como una rúbrica final-. Ahora puedo pensar con más claridad que en toda mi vida. Nada me distrae, la concentración es perfecta. Estoy todo aquí y más que nunca."

Esto era un mensaje desde las sombras de la tumba, pues el cuerpo de aquel hombre se había convertido en su mausoleo. Allí, en tan extraño sepulcro, vivía y revoloteaba su espíritu y seguiría así hasta que desapareciera el último medio de comunicación. Y aún después de esto, ¿quién sabe cuánto tiempo seguiría viviendo y revoloteando?

CAPITULO XXXVIII

"Me parece que estoy perdiendo el lado izquierdo -escribió Wolf Larsen la mañana que siguió a su tentativa de incendiar el barco-. La torpeza física aumenta. Apenas puedo mover la mano. Tendréis que hablar más fuerte. Desaparecen los últimos medios de comunicación."

-¿Siente usted dolor? -le pregunté.

Tuve que repetir la pregunta en voz más alta antes de que contestara:

"No siempre."

La mano izquierda resbaló lenta y penosamente por el papel, y desciframos los garabatos con gran dificultad. Parecía un mensaje de los espíritus, como los que dan en las reuniones de espiritistas a un dólar la entrada.

"Pero continúo aquí, todo aquí", garrapateó con más lentitud y dificultad que antes.

Se le cayó el lápiz y tuvimos que volver a colocárselo en la mano.

"Cuando no tengo dolor gozo de una paz y tranquilidad perfectas. Nunca he discurrido con tanta claridad. Puedo ponderar la vida y la muerte como un filósofo indio."

-¿Y la inmortalidad? preguntó Maud a gritos en su oído.

Tres veces trató de escribir, pero la mano le resbaló desesperadamente. Se le cayó el lápiz, y en vano nos esforzamos en volver a colocárselo en la mano. Los dedos no podían cerrarse sobre él. Entonces Maud se los apretó alrededor del lápiz con su propia mano, y pudo trazar en letras grandes y tan lentamente, que cada una le costó varios minutos

T-O-N-T-E-R-I-A.

Esta fue la última palabra de Wolf Larsen, "tontería", dando así buena prueba hasta el fin de un escepticismo invencible. El brazo y la mano se relajaron. El tronco se agitó ligeramente; después ya no hubo más movimiento. Maud soltó la mano. Los dedos se abrieron un poco, separándose por su propio peso, y el lápiz cayó rodando.

-He notado que los labios se movían ligeramente -advirtió Maud-. Preguntémosle algo.

-¿Tiene usted hambre? -le dijimos.

Los labios se movieron bajo sus dedos, transmitiendo la respuesta "sí".

-¿Quiere usted carne?

Contestó que no.

-¿Té?

-Sí, quiere té -dijo Maud-. Mientras oiga, podremos comunicar con él; pero después...

Maud fijó sus ojos en mí de una manera extraña. Vi cómo le temblaban los labios y cómo las lágrimas estaban a punto de rodar por sus mejillas. Se inclinó hacia mi y yo la cogí en mis brazos.

-¡Oh, Humphrey! -sollozaba.

Hundió la cabeza en mi hombro, mientras el llanto le sacudía su frágil cuerpo.

Después volvimos al trabajo. Una vez colocado el palo de trinquete, adelantó rápidamente todo. Casi antes de que me hubiese dado cuenta, coloqué el palo mayor en su sitio. Días después, todos los estays y obenques estaban en su lugar y todo dispuesto para la marcha. Las gavias habrían de ser un estorbo y un peligro para
una tripulación compuesta sólo de dos personas, por lo que subí los masteleros a la cubierta y los sujeté.

Se invirtieron varios días más en preparar las velas y colocarlas. Sólo habían tres acortadas y deformadas, resultando ridículo para una embarcación tan elegante como el Ghost.

-¡Pero haremos trabajar todo esto -exclamó Maud, muy animada-, y le confiaremos nuestras vidas!

El día que terminamos de sujetar las velas, perdió Wolf Larsen por completo el oído y se extinguió el movimiento de sus labios.

El medio de que nos valíamos para entendernos había desaparecido. En algún sitio de aquella tumba de carne habitaba todavía el alma de aquel hombre. Emparedada en aquella arcilla viviente ardía la inteligencia, pero ardía en el silencio y las tinieblas. El mundo no existía ya para ella. Se conocía únicamente a sí misma y para ella sólo tenían valor la extensión y profundidad del silencio y las tinieblas.

CAPITULO XXXIX

Llegó el día de nuestra partida. Ya no había nada que nos retuviese en la isla. Los mástiles recortados del Ghost estaban en su sitio, y las velas, también reducidas, se hinchaban.

Mi obra no era hermosa, pero era segura.

-¡Yo lo he hecho! ¡Yo lo he hecho! -deseaba gritar en voz alta.

Fue Maud quien, adivinando mi pensamiento, exclamó

-¡Y pensar, Humphrey, que usted lo ha hecho todo con sus propias manos!

-Pero había otras dos -respondí-, muy pequeñas.

Ella se rió, sacudió la cabeza y levantó las manos para mirárselas.

-Nunca más volveré a vérmelas limpias -deploró.

-Ese será su mejor galardón -dije estrechándole las manos, y las hubiese besado de no haberlas retirado ella rápidamente.

Después nos dispusimos a zarpar.

-Por ser el espacio tan reducido, no podremos subir el áncora una vez que haya dejado el fondo -dije-, pues iríamos a chocar contra las rocas.

-¿Y qué hará usted?

-Abandonarla. Y cuando empiece a maniobrar tendrá usted que ayudarme. Yo tendré que correr en seguida al timón, y al mismo tiempo, usted habrá de izar el foque.

Esta maniobra de la partida la había estudiado yo y ejecutado una veintena de veces. En la ensenada se había iniciado un vientecillo, y aunque las aguas estaban tranquilas, era menester un trabajo rápido para salir sin tropiezos.

Cuando solté el perno de la cadena, ésta cayó tronando al mar por el escobén. Corrí entonces a popa, haciendo rodar el volante. El Ghost pareció renacer a :a vida, poniéndose a la banda en cuanto se llenaron sus velas. El foque empezó a subir y al hincharse, la proa del Ghost saltó hacia delante, teniendo que echar mano del timón para imprimirle el rumbo.

Había inventado yo una escota automática, que pasaba a través del foque mismo a fin de que Maud no tuviese necesidad de atender a esto, pues estaba todavía izando la vela, cuando yo tuve que acudir al timón. Fue un momento de verdadera ansiedad, porque el Ghost se lanzaba directamente sobre la playa, de la cual distaba tan sólo un tiro de piedra, más el barco viró sobre la quilla con el viento.

Maud, al terminar su tarea, vino a mi lado con una gorrita sobre el alborotado cabello, las mejillas coloreadas por el ejercicio y las aletas de la nariz palpitantes por el choque del aire fresco y salado. Había en sus ojos una mirada impetuosa y aguda como nunca había visto. Tenía los labios entreabiertos, con el aliento suspendido, cuando el Ghost cargó sobre la pared de roca de la ensenada interior, voló con el viento y salió a mar abierto.

Mi empleo de segundo, cuando cazábamos focas, me fue de mucha utilidad para estas maniobras. Di otra vuelta, y el Ghost puso la proa al piélago inmenso. La goleta bogaba a impulsos de la corriente submarina, respirando el ritmo de la misma cuando se deslizaba blandamente montada sobre las olas que llevaban dirección contraria. El día había empezado nuboso y triste; pero ahora, el sol, irrumpiendo a través de las nubes, brillaba como un presagio de buen agüero en la curva de la playa. Toda la isla resplandecía bajo la caricia del sol. El mismo promontorio sudoeste aparecía menos cefiudo; aquí y acullá, donde las salpicaduras de las olas humedecían su superficie, surgían chispas luminosas que parpadeaban a la luz del sol.

-Recordaré siempre esto con orgullo -dijo Maud-. ¡Querida isla, siempre te amaré!

-Y yo también -repuse rápidamente.

Parecía que nuestros ojos habían de encontrarse, y sin embargo, esquivaron la mirada y no se encontraron. Dejando el timón, corrí a proa, aflojé la vela mayor y el trinquete, afiancé las jarcias en el botalón y lo orienté todo al viento que teníamos en nuestro cuadrante. Era un viento fresco, muy fresco, y resolví correr mientras me lo permitiese. Desgraciadamente, cuando se boga con todas las velas es imposible soltar el timón, por lo que se me presentaba una guardia de toda una noche. Maud insistió en relevarme, pero había dado pruebas de no tener la fuerza suficiente para gobernar con una mar gruesa, aun cuando hubiese conseguido tener la maestría necesaria para desenvolverse en tales circunstancias. Parecía descorazonada, pero recobró pronto su ánimo al recoger las jarcias, drizas y todas las cuerdas esparcidas.

Además, había que preparar la comida, hacer las camas, atender a Wolf Larsen y limpiar la cabina y la bodega.

No pude descansar en toda la noche gobernando el timón, pues el viento aumentaba y el mar se ponía cada vez más encrespado. A las cinco de la mañana me trajo Maud café caliente con bizcochos, que ella había preparado, y a las siete un sustancioso almuerzo, que me devolvió las fuerzas perdidas.

El Ghost seguía corriendo y devorando las distancias, hasta el extremo de que llegué a tener la certeza de que su velocidad no bajaba de nueve nudos. Al anochecer estaba yo agotado. Aunque mi estado de salud era inmejorable, treinta y seis horas de trabajo incesante habíanme conducido al límite de resistencia. Maud me suplicaba que virásemos, y yo comprendía que si el mar y el viento seguían aumentando en la misma proporción durante la noche, me sería imposible hacerlo. Así, pues cuando hubo oscurecido, llevé el Ghost, no sin recelo, contra el viento.

No había calculado la colosal tarea que representaba esto para un hombre solo. Mientras corríamos a favor del viento no había apreciado su fuerza; pero cuando cesamos de correr con él, dime cuenta, por mi desgracia y también para mi desesperación, de la violencia con que soplaba. El viento frustraba todos mis esfuerzos, arrancándome la lona de las manos y deshaciendo en un instante lo que había ganado en diez minutos de dura lucha. A las ocho sólo había conseguido poner el segundo rizo al trinquete. A las once no había adelantado más. De la punta de los dedos goteaba sangre y las uñas estaban rotas hasta sus raíces. De dolor y puro agotamiento lloré en la oscuridad, secretamente, a fin de que Maud no se enterase.

Después, desesperado, abandoné la tentativa de rizar la vela mayor, intentando al propio tiempo virar con el trinquete bien rizado. Necesité tres horas para plegar la vela mayor y el foque, y a las dos de la madrugada, desfallecido, casi muerto, apenas pude darme cuenta de que la maniobra había sido un éxito. El trinquete rizado trabajaba. El Ghost tomó ansiosamente la querencia del viento y no mostró ninguna propensión a inclinarse sobre el abismo.

Yo estaba muerto de hambre, y sin embargo, Maud trató en vano de hacerme comer. Me hubiese dormido seguramente al llevarme a la boca el alimento. Estaba tan rendido de sueño, que ella se vio obligada a hacerme sentar para que no cayese al suelo con las violentas sacudidas de la goleta.

No recuerdo cómo pasé de la cocina a la cabina, era un sonámbulo que Maud guiaba y sostenía. En realidad, no me di cuenta de nada hasta que desperté, tendido en mi litera y descalzo. Era de noche. Estaba entumecido y lloraba de dolor cada vez que las ropas de la cama tocaban la punta de los dedos.

Evidentemente no había amanecido aún, por lo que cerré los ojos y pude alcanzar el sueño nuevamente. Yo no me había enterado, pero había dormido toda una vuelta de reloj y volvía a ser de noche.

Desperté disgustado porque no podía seguir durmiendo. Encendí una cerilla y miré el reloj. Marcaba medianoche. ¡Y yo había dejado la cubierta a las tres! Adiviné lo que aquello significaba. Había dormido veintiuna horas. El buque marchaba perfectamente, estuve atento un instante al ruido de las olas y al trueno del viento sobre cubierta, y después me volví de lado y me dormí tranquilamente hasta la siguiente mañana.

Cuando me levanté, a las siete, no vi a Maud por ningún sitio, y presumí que estaría en la cocina preparando el desayuno. Una vez en la cubierta, observé que el Ghost trabajaba espléndidamente con su trozo de vela; pero en la cocina, aunque había fuego encendido y agua hirviendo, no encontré a Maud.

La hallé en la bodega junto a la litera de Wolf Larsen, que había caído desde la cumbre de la vida para quedar enterrado vivo, peor en realidad que la misma muerte. En su rostro sin expresión había un extraño relajamiento. Maud me miró y comprendí.

-Su alma ha volado durante la tormenta -dijo.

-La fuerza -dijo Maud- no le sujeta a la vida. Es un espíritu libre.

-Seguramente, es un espíritu libre -respondí, y cogiéndola de la mano la conduje a cubierta.

La tormenta había calmado aquella noche, lo cual quiere decir que había desaparecido con la misma rapidez con que había empezado. Después del desayuno, a
la mañana siguiente, cuando subí a cubierta el cuerpo de Wolf Larsen para el sepelio, el viento volvía a soplar duramente y el mar estaba agitado.

-Sólo recuerdo la primera parte del servicio fúnebre -dije-, que es ésta: "Y el cuerpo será arrojado al mar."

Maud me miró sorprendida y extrañada; pero el espíritu de algo que había visto antes obraba con fuerza sobre mí y me impulsaba a practicar con Wolf Larsen el mismo triste servicio que él había prestado a otro hombre. Levanté la tapa de la escotilla, y el cuerpo envuelto en lona se hundió en el mar con los pies delante. El peso del hierro le arrastró al fondo. Todo había concluido

-Adiós, Lucifer, orgulloso espíritu -murmuró Maud en voz tan baja, que fue ahogada por el ruido del mar; pero yo vi el movimiento de sus labios y lo comprendí.

Cuando con mucha dificultad nos trasladamos a popa, cogidos de la barandilla, dirigí casualmente una mirada a sotavento. El Ghost había montado sobre una ola, y sorprendí claramente un pequeño vapor que se balanceaba viniendo hacia nosotros. Estaba pintado de negro y a juzgar por lo que había oído decir a los cazadores, lo reconocí como un cúter de los Estados Unidos destinado a perseguir el contrabando. Se lo señalé a Maud y me disponía a bajar en busca de una bandera, pero pensé que me había olvidado de esto.

-No necesitamos hacer ninguna señal pidiendo socorro -dijo Maud-; les bastará con vemos.

-Estamos salvados -dije con una alegría desbordante, y añadí-: No sé si debo mostrarme satisfecho.

Nuestros ojos se encontraron fácilmente. Nos inclinamos el uno hacia el otro, y antes de que me hubiese dado cuenta, la había rodeado con mis brazos. Sus labios avanzaron al encuentro de los míos.

-¡Mi mujer, mi mujercita! -dije, y con mi mano
libre le acariciaba el hombro como saben hacerlo los amantes sin haberlo aprendido en la escuela.

-¡Mi hombre! -repuso Maud, mirándome un instante con los párpados temblorosos, que se bajaron y velaron sus ojos cuando inclinó la cabeza sobre mi pecho con un suspiro de felicidad.

Miré hacia el cúter, que estaba muy cerca y arriaba un bote.

-¡Un beso, amada mía!... -murmuré-. ¡Otro, antes que vengan!

-Y nos salven de nosotros mismos -completó ella, con una sonrisa adorable, henchida de amor.